SAN PEDRO DAMIÁN

Recopilaciones sobre el Antiguo Testamento

Collectanea in Vetus Testamentum

SABBATISMUS

San Pedro Damián (1007–1072)
Collectanea in Vetus Testamentum · Recopilaciones sobre el Antiguo Testamento

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

COLECCIÓN SOBRE EL ANTIGUO TESTAMENTO, EXTRACTADA DE LOS OPÚSCULOS DEL BEATO PEDRO DAMIÁN POR UN DISCÍPULO ANÓNIMO SUYO, POR EL CUIDADO Y ESTUDIO DE DON CONSTANTINO CAJETANI

65-70 PREFACIO DE CAJETANI.

Tienen esto de principal los escritos de los Padres católicos, oh óptimo lector, que en ellos, como en amenísimos huertos, por doquier exhalan su fragancia las flores de las Sagradas Escrituras; en cuya recolección y ordenación posterior se ejercitan no sin alabanza los ingenios de la posteridad.

Así nuestro Beda, varón no menos insigne por su religión y doctrina que preclaro por su santidad, interpretando las Epístolas de Pablo a partir del gravísimo y santísimo doctor Agustín, reunió en un solo volumen, con admirable orden, lo que aquel había dicho disperso en muchos lugares.

No de otro modo San Paterio, obispo de Brescia, y también Alulfo, monje, ambos benedictinos, promulgaron para la posteridad lo que habían seleccionado de los escritos de Gregorio Magno que pertenecían a la explicación de las sagradas letras.

Callo a los demás, que con igual cuidado y no disímil industria hicieron lo mismo con las obras de otros.

Siguiendo, pues, el ejemplo de estos, un cierto discípulo de San Pedro Damián, y muy versado, según parece, en sus escritos, tejió y elaboró a

partir de ellos una especie de centón (*cento*) de lugares de la Sagrada Escritura.

Esta obra, sin embargo, como se desprende de la inscripción, la dirigió al abad Damián, sobrino por parte de hermana del mismo santísimo cardenal obispo Damián, a quien existen dos epístolas de su beatísimo tío.

Este es aquel abad Damián de quien, según opino, San Bruno, obispo de Segni (antes abad del cenobio de Casino), hace honorable mención al principio de sus Comentarios sobre el Apocalipsis (que sé que vi hace algunos años en un códice antiquísimo escrito en letras lombardas, en poder de Horacio de Valle, J.C., hombre muy benemérito de mí y de la antigüedad romana), y conmemora que por ruego suyo escribió los Comentarios sobre el profeta Isaías; es necesario, sin embargo, que haya presidido otro monasterio que el de Fonte Avellana, puesto que quien era su cabeza y, por así decirlo, su cenobiarca (*caenobiarcha*), era llamado con el nombre de prior, no de abad; y que esta costumbre no solo se observó en vida de San Pedro Damián, según se desprende de sus escritos, sino que también perduró entre sus sucesores, lo demuestra patentemente el autor de la Vida de San Ubaldo, obispo de Gubbio, Teobaldo su sucesor, prior del mismo monasterio. Además de que, por los documentos escritos del cenobio de Nonántula, erigido en el campo de Módena, advertimos que este nuestro Damián fue abad del mismo monasterio, y también cardenal de la Santa Iglesia Romana (*S. R. E. cardinalem*); como atestigua Rangerio, escritor de la Vida de San

Anselmo, obispo de Lucca, y su hijo espiritual, al describir las exequias de su muerte: «Estaba presente —dice— el obispo de Maguelonne, de nombre Godefredo, y Benedicto, obispo de Módena, y Ariberto, obispo de Reggio, y el obispo de la misma ciudad, es decir, de Mantua, llamado Ubaldo; y también Damián, cardenal de la Iglesia Romana, que era también abad del cenobio de Nonántula. Todos estos vinieron para oír su sabiduría, para recibir su consejo, como ellos mismos y otros católicos solían hacer a menudo». Esto dice Rangerio; y como él atestigua que esto sucedió en el año de Cristo de mil ochenta, y nueve meses después del felicísimo tránsito del papa Gregorio VII, no habrá duda de que este abad Damián fue creado cardenal de la Santa Iglesia Romana por el mismo sumo pontífice Gregorio; y esto principalmente por la eximia benevolencia, gratísima memoria, virtudes apostólicas e ingentes méritos en la Iglesia Romana con que él proseguía a su santísimo tío.

He querido decir brevemente estas cosas, para que de algún modo se diera a conocer quién fue este abad Damián.

Pero aunque los códices no expresen el nombre de este escritor que extrajo esta obra de los libros de San Pedro Damián, sin embargo, que este trabajo suyo tiene una grandísima utilidad, se manifiesta sobre todo por esto: que mientras presenta testimonios de todas y cada una de las obras del santísimo cardenal, como discípulo suyo, cual testigo ocular, nos revelaría con fe constante que tan gran doctor había escrito esas

mismas obras sobre las que quizás se podría dudar.

Pero esperamos que tanto esto que ahora damos a la luz, como otras cosas que, con la ayuda de Dios, preparamos para editar, no serán inútiles ni desagradables a tus estudios, lector.

Adiós, y encomiéndame a Cristo Señor en tus oraciones.

EN EL NOMBRE DE LA SANTA E INDIVIDUA TRINIDAD. COMIENZA EL LIBRO DE LOS TESTIMONIOS DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO, que un cierto discípulo suyo cuidó de extractar estudiosamente de los Espejos del reverendo Pedro Damián.

70-74 COMIENZA EL PRÓLOGO.

Al señor y Padre suyo, el señor DAMIÁN, reverendo abad, el último de sus monjes, siervo, el obsequio de sincera devoción.

Mientras recientemente, por vuestra industria, recorría con frecuente meditación los hechos de nuestro Padre de beata memoria, Pedro el obispo, vuestro tío, deleitado como por ciertos banquetes nectáreos, encontré en ellos algo insigne, que percibí que redundaba en máxima utilidad.

Y así, mientras aquel ilustre varón consideraba que debía despreciarse la arrogante elocuencia de aquellos que, buscando la fama para su propio ingenio, se complacen en condensar cuanto inventan con múltiple opacidad, esforzándose sobremanera en obstruir, ya con la perplejidad de las sentencias, ya con dicciones inusitadas,

para que nadie pueda captar el sentido de lo que dicen, ni penetrar su íntima suficiencia sin el esfuerzo de un trabajo ímprobo: él, por el contrario, deseando abrir y aclarar el camino a todos los que leen, se afanaba con suma insistencia en allanar lo más elevado y en dilucidar lo más oscuro no solo con razones, sino también con ejemplos de las Escrituras.

Además, si algo hubiera presentado que pudiera parecer vacilante a los menos expertos, rodeándolo fuertemente con los testimonios de las mismas Escrituras, como con anclas arrojadas, lo fijaba con estabilidad inamovible, para que ya no pudiera fluctuar para nadie, y armándolo invenciblemente contra todos los ímpetus de los que lo impugnaban, obturaba todo acceso para la insidia, de modo que ningún acceso pudiera quedar abierto a dardo alguno.

Finalmente, tan acostumbrado estaba a mantener este apoyo de las Escrituras en sus actos, que a veces decidía que debía aplicarse incluso a palabras que ya se mantenían por todas partes cerradas e inconcusas por las razones aducidas.

De modo que, así como una ciudad cualquiera, después del circuito de sus murallas, después de la impenetrable fortificación de sus fuertes muros, se distingue todavía por las construcciones de sublimes almenas, no tanto, ciertamente, por la fortaleza de la necesaria defensa, cuanto por la belleza de su deseable hermosura: así también él parece haber insertado a menudo muchas cosas de las Escrituras en sus propios hechos por la sola gracia del ornato; o quizás, lo que no absur-

damente puede estimarse, para que, admitida así la ocasión de disertar sobre ellas, por su sermón se aclarase que eran fecundas por dentro las cosas que por fuera parecían vanas.

Ciertamente, a nadie que frecuente los umbrales de las Escrituras se le permite dudar que estas cosas, tan frecuentemente aplicadas en sus actos, ocultaban muy a menudo mucho de entendimiento místico y sagrado, las cuales, si no hubieran sido desveladas, habrían podido más bien oscurecerlas que ilustrarlas.

Así pues, penetrando y discutiendo sus interiores con la mano de una disertación lucífera, y extrayendo de raíz todo lo recóndito de sus penetrales, las devolvía, una vez reveladas, más claras que la luz.

Como para estas cosas, a menudo las solas palabras de la razón no parecían satisfacer, se aducían de nuevo otros testimonios, los cuales, como también a menudo ocultaban su propio sentido ya bajo el tipo de alegorías, ya bajo el arcano de algún misterio, le obligaban a trabajar de nuevo en su declaración; y así sucedió por divina providencia que muchas cosas abstrusas de la página sagrada, evidentísimamente desveladas por su obra, resplandecen para nosotros con el nitor de una inteligencia perspicua.

Así pues, habiendo el solícito varón considerado los testimonios de la Sagrada Escritura, disertados con tan elegante y recordada elucidación, juzgué que sería digno y muy útil que, extractados de aquellos códices, se redujeran a un cuerpo singular de un volumen propio, para que, escon-

didos entre tantas condensaciones voluminosas, no sufrieran el detrimento de permanecer desconocidos.

Aunque con esta consideración ha provisto claramente no poco a todos aquellos en cuyas manos estas cosas habían de llegar algún día, se ve, sin embargo, que ha mirado principalmente por aquellos a quienes no se les concede leer muchas cosas; para que, mientras tales hombres no pueden levantarse a abarcar la plenitud de toda la obra, estando al menos atentos a estas cosas módicas, de ninguna manera puedan pasar hambre y ayuno de la doctrina de tan ilustre varón: y que aquellos que son menos capaces de sacar una fértil presa del cauce del vasto abismo con una red capaz, no les pese suspender una fácil captura con la cerda de un tenue anzuelo desde este pequeño seno, apartado como en su propio cauce, con la que puedan rellenar la medida de su propia refección con manjares suficientes.

Por tanto, vuestra santidad se dignó encargarme el negocio de este asunto; no ciertamente porque se le ocultara la indigencia de mi sentido, sino quizás más bien porque esperó que yo proseguiría fielmente aquello que pensé que podía según mi propia capacidad; y no sin merecerlo, pues hacía tiempo que me sabía agraciado, por su sola y gratuita piedad, con cierta prerrogativa de amor por el mismo Padre.

Por lo cual yo mismo, aunque no sin recordar mi propia aridez, de ningún modo advertía que yo fuera idóneo para esto, sin embargo, no intenté sustraer mi hombro a esta carga de obediencia

con ninguna excusa; no ciertamente porque presumiera temerariamente de las fuerzas de mi propia facultad, sino porque esperaba que me ayudarían poderosamente tanto la obediencia con que anhelaba obedecer vuestro mandato, como los méritos del tantas veces mencionado Padre, a cuya alabanza, sin duda, no podía faltar cualquier cosa que en esta obra me proviniera.

Se añade a esto que aún no estaba claro de qué dificultad era esta misma obra, pues me persuadía a extraer los mencionados testimonios en el solo orden en que se encontraban en sus propias cédulas. Pero después que, habiendo ya transcurrido así una parte, advertí con deliberación que con el tenor comenzado más se confundiría el orden de la obra que se aclararía, y que podría llevar al lector más al sopor que a la meditación, juzgué mucho más fructífero para mí emprender el trabajo de cualquier dificultad, que seguir aquella facilidad infructuosa abrazándola.

Por lo tanto, abandonada la prosecución del tenor comenzado, en el que se mezclaban cosas viejas con nuevas, hagiógrafos o hechos de reyes con los profetas, emprendí ordenarlos de nuevo de tal modo que distinguiera cada testimonio componiéndolos por sus propios libros, para que quienquiera que desee buscarlos más estudiosamente pueda encontrar cada uno en el mismo orden en que están situados en sus propios códices; y no negando esta diligencia ni siquiera a los mencionados incisos, he insertado ahora su simple texto entre los demás, para que si los pusiera allí con sus exposiciones, no me duplicara

el trabajo y no infundiera tedio al lector, cuando repitiera lo que ya sabría haber leído más arriba. Además, me he esforzado en titularlos de tal manera que he expresado nominativamente qué lugar ocupa cada uno en sus propias cédulas. Pero que el lector se cuide de que, cuando lea en el título de alguna pieza 'en la epístola a tal persona', o 'en el sermón sobre tal santo', y quizás no encuentre lo buscado en una epístola o en un sermón, no piense que debo ser acusado de mentira, pues hay muchas epístolas suyas a una misma persona, y no menos sermones pulidos en alabanza de un mismo santo.

Por lo cual, lo que no se encuentra en estas, no dude que se encontrará en otras; aunque también sobre esto las mismas pretitulaciones pueden a menudo instruir. También hay que atender a esto: que, como encontré algunas cosas situadas en diversos lugares, y expuestas más latamente en un sitio, más compendiosamente en otro, o incluso con cambio de estilo o de orden, aunque con el mismo sentido, sin embargo algo dispares; algunas veces, elegí de una y otra parte lo que parecía competir, y lo compuse reducido a la forma de una sola sentencia.

Otras veces, en cambio, cuando el asunto evidentemente lo exigía, así como lo encontré allí, así también lo puse aquí íntegro y por separado. Y no debe pasarse por alto esto: que para algunas sentencias encontré allí propuestas cosas tan congruentes, que no debían cambiarse aquí en sus prefacios; pero para otras, fue necesario tomar lo que había que adaptar no solo de lo di-

cho bastante antes, sino también de lo siguiente; finalmente, para otras, me vi obligado a adaptar solo material recién compuesto.

Y que nadie se admire de esto, pues las sentencias precedentes de estas no miraban en absoluto a ellas como si fueran a seguir necesariamente, aunque ofrecieran la razón para introducirlas. De donde se percibe que no fue necesario que cualesquiera prefacios se adhirieran en todas partes a estas sentencias, que pudieran adaptarse aquí a sus propias prelocuciones.

Pero ya que me acerco al final, dirijo a ti, Padre, mis palabras, para que, a quien sirven las primeras partes, con justicia también le sirvan las últimas. En primer lugar, pues, imploro humildemente perdón ante la grandeza de vuestra santidad por los errores en los que quizás parezca haber delinquido en este negocio; lo cual también pido que se me conceda junto con este beneficio, que de ningún modo deje sin corregir lo que deba corregirse; no sea que alguna mano ajena encuentre en adelante algo que arrancar con insulto hacia mí.

Pues no creo haber corrido de tal manera que en todo y por todo me encuentre irreprensible. En aquello, pues, en lo que alguna vez parezca ser reprendido, prefiero, confesándolo yo mismo, atribuirlo a mi propia impericia que defenderlo procazmente.

Pero si algo he hecho que quizás agrade, lo atribuyo devotamente, después de Dios, a quien principalmente se han de rendir todos los dones que Él mismo ha distribuido, a la obediencia

mostrada a vuestra santidad y a los méritos del mismo tantas veces recordado padre.

A cuya clemencia de majestad, ruego, vuestra piedad se digne encomendarme en sus dignas oraciones.

La cual merced, en verdad, también pido con humilde súplica a todos aquellos a quienes este mi estudio quizás algún día sea de provecho.

Aquí termina el Prólogo.

77-78 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL GÉNESIS.

1. Dijo Dios: Hágase la luz, el día primero. 2. Que el segundo día hizo el firmamento y las divisiones de las aguas. 3. Congréguense las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo árido. 4. Que el cuarto día fueron hechas las lumbreras en el firmamento del cielo. 5. Que el quinto día fueron creados los peces y las aves. 6. Que el sexto día fue creado el hombre. 7. Que en el Sábado el Señor, consumadas todas las cosas, descansó y mandó al hombre descansar. 8. Envió el Señor un sopor sobre Adán; y mientras dormía, tomó una de sus costillas, etc. 9. Que paseándose el Señor en el paraíso, Adán, porque estaba desnudo, se escondió. 10. Que por Caín se dará venganza siete veces; pero por Lamec, setenta veces siete. 11. Hazte un arca de maderas pulidas, y la calafatearás con betún por dentro y por fuera. 12. Sobre la medida del arca del diluvio. 13. Quince codos más alta estuvo el agua sobre todos los montes que había cubierto. 14. Que el diluvio después de ciento cincuenta días

comenzó a disminuir. 15. Reposó el arca en el mes séptimo, el día 27 del mes, sobre los montes de Armenia. 16. Sobre el cuervo y la paloma enviados desde el arca. 17. Y habiendo esperado otros siete días, de nuevo Noé envió la paloma desde el arca. 18. Venid, hagámonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo. 19. Sobre los cinco reyes, a saber, de Sodoma y Gomorra y de las demás ciudades destruidas, que fueron vencidos por cuatro reyes. 20. Que Abraham, al ofrecer un sacrificio al Señor, dividió los animales por la mitad, pero no dividió las aves. 21. Que Abraham ahuyentaba las aves que descendían sobre el sacrificio. 22. Y cuando el sol se ponía, un sopor irrumpió sobre Abraham, y un horror grande y tenebroso lo invadió. 23. Descenderé y veré si han cumplido según el clamor que ha llegado hasta mí, o si no es así, para que yo lo sepa. 24. Que los sodomitas, mientras intentaban irrumpir violentamente donde los ángeles, fueron heridos de ceguera. 25. Que Abraham ofreció a su único hijo para ser sacrificado a Dios. 26. Sobre Lía y Raquel, las esposas de Jacob. 27. Sobre Bala y Zelfa, las siervas. 28. Que Raquel llamó el nombre de su hijo Benoní; pero su padre lo llamó Benjamín. 29. Este es Ana, que encontró las aguas cálidas en el desierto, mientras apacentaba los asnos de Sebeón su padre. 30. Judá descendió a Tamna para esquilar sus ovejas, con Hira el adulamita, pastor de su rebaño. 31. José mandó a sus siervos que llenaran de trigo los sacos de sus hermanos, y que repusieran el dinero de cada uno en sus

sacos; pero en el saco de Benjamín que incluyeran también la copa con el dinero.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL GÉNESIS.

CAPÍTULO PRIMERO. En una epístola a los cardenales Hildebrando y Esteban en la que enseña de qué modo el alma racional llega a la perfección.

De qué manera el hombre puede ser consumado, de qué modo debe ser perfeccionado, me place tratar sucintamente, según se encuentra en el orden mismo de la creación del mundo. Pues, puesto que se afirma que el hombre es un microcosmos (*microcosmus*), esto es, un mundo menor, es necesario que, esforzándose por el incremento de su propia plenitud, imite la forma misma de la condición del mundo, para que, así como este mundo visible y corpóreo fue consumado por la masa y la multitud de sus partes, así también nuestro hombre interior llegue paulatinamente a su plenitud mediante el aumento de las virtudes. Sobre esta plenitud especial, en verdad, dice el Apóstol: «Hasta que lleguemos todos a ser un hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Ef. 4).» Así pues, dijo Dios: «Hágase la luz (Gén. 1).» Entonces, sin embargo, se dice que en el hombre se hace la luz, cuando se le concede que la iluminación de la fe resplandezca en él. Pues la primera luz de la mente es la fe. De donde el Apóstol dice a los fieles: «En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora

sois luz en el Señor (Ef. 5).» Y este es el primer precepto de la ley: «Escucha, Israel: el Señor tu Dios es un solo Dios (Dt. 6).» Y así, en el hombre se hace el primer día, cuando llega nuevo a la fe.

En el segundo día, Dios hizo el firmamento, que es el cielo, e hizo divisiones de las aguas, para que unas fluyeran por las partes inferiores y otras permanecieran en las superiores. ¿Qué es, pues, el firmamento, sino la fortaleza de las Escrituras? De donde se lee: «Porque el cielo en el día del juicio se plegará como un libro (Isaías 34)». ¿Y qué son las aguas inferiores, sino las multitudes de los hombres? ¿Qué son las superiores, sino los coros de los ángeles? Pues los ángeles no tienen el cielo de las Escrituras sobre sí, sino bajo sí; porque no necesitan oír la palabra de Dios leyéndola, ya que contemplan manifiestamente al mismo Señor presente y arden siempre en su amor. Por tanto, cuando el hombre, a través del firmamento, esto es, a través de la enseñanza de la elocuencia celestial, ya empieza a ver las aguas inferiores y las superiores, es decir, a separar lo carnal de lo espiritual, lo terreno de lo celestial, entonces se hace en él el segundo día: porque no solo empieza a tener la luz de la fe, sino también el discernimiento de las cosas.

Luego dijo Dios: «Congréguense las aguas que están bajo el cielo en un solo lugar, y aparezca lo árido (Gén. I).» Hecha, pues, la división entre las cosas terrenas, como se ha dicho, y las celestiales, es necesario que la mente humana divida aún más minuciosamente entre sí estas mismas cosas terrenas, y así discierna a los hombres réprobos,

que sienten comezón por la salinidad de esta sabiduría terrena, de los justos, que tienen sed de la fuente de la fe, como el mar de la tierra árida. Pues los infieles, o los carnales, son sacudidos por las amargas olas de las tentaciones, y se hinchan como por tempestades procelosas de codicia o de arrogancia. En cambio, todos los santos y justos, como la tierra árida, tienen sed del Señor, y como tierra fértil, se esfuerzan por germinar los verdes frutos de las buenas obras. Y por eso mandó Dios que en el mismo día la tierra germinara hierba verde que diera semilla, y árbol frutal que diera fruto (Gén. I). Quienquiera, pues, que ejecute esto con diligencia, quienquiera que medite esto sutilmente, para él, sin duda, amanece ya el tercer día. Sepárese, pues, cada uno de la amarga salinidad de los que saben carnalmente; hecho tierra árida, tenga sed del Señor, fuente de vida, desde lo más íntimo de su ser; produzca los gérmenes de los buenos frutos, para que le amanezca el tercer día.

CAPÍTULO IV.

En la misma epístola.

Pues, una vez que estas cosas han sido así compuestas y saludablemente ordenadas, el alma del hombre, como si las tinieblas de los vicios hubieran sido apartadas y adormecidas, comienza a irradiar con el esplendor de las virtudes. Y por eso se dice que al cuarto día fueron hechas las lumbreras en el firmamento del cielo (Gén. 1). Pues, ¿qué significa que primero germina la tierra y luego son creadas las lumbreras, sino que, al

brotar el germen de la buena obra, una luz más copiosa surge en el alma, para que pueda imitar las huellas de su Redentor? Acelere, por tanto, la tierra de la mente humana el producir el fruto de las mieses espirituales, para que sea iluminada por los rutilantes rayos de la luz íntima, a fin de que, mientras disfruta de la luz del cuarto día, sea también arrebatada a contemplar las cosas celestiales a la manera de las aves espirituales.

CAPÍTULO V.

En la misma epístola

De ahí que en el quinto día fueran creados los peces, por los cuales se designa a aquellos que reciben los sacramentos del bautismo; y también las aves, que significan a aquellos que con las alas de las virtudes se elevan para contemplar las cosas celestiales. Por tanto, tiene el quinto día con las aves todo aquel que, despreciado el amor de este siglo, como que desdeña pisar el fango terreno, y por la gracia de la contemplación se eleva al deseo de la gloria celestial. Este, por tanto, ya no camina sobre la tierra, sino que vuela por el aire, porque, despreciando todas las cosas terrenas, anhela sediento las celestiales, diciendo: «Mi alma ha tenido sed del Dios vivo; ¿cuándo vendré y apareceré ante el rostro de Dios?» (Sal. 41). Este, por tanto, como varón perfecto, es merecidamente formado a imagen del Creador; sin duda, aquel que posee tan gran dignidad de carismas espirituales que se le manda seguir no ya solo la norma de cualesquiera santos, sino también esforzarse

por imitar, en cuanto es lícito, el ejemplo del Creador mismo; como dice el Apóstol: «Sed imitadores de Dios, como hijos queridísimos, y caminad en el amor, como también Cristo nos amó» (Ef. 5). Pues había una diferencia entre Pablo, que imitaba a Cristo, y aquellos a quienes llamaba a imitarse a sí mismo: «Sed imitadores míos —dice —, como también yo lo soy de Cristo» (1 Cor. 11).

Por lo cual, en el sexto día, el hombre fue creado a semejanza de su Creador. Y ciertamente, así como esto se hizo entonces por el comienzo de la condición humana, así ahora se realiza por el sacramento de la restauración íntima. Aquí, además, entre todos los seres vivientes de la tierra, del agua e igualmente del aire, recibe una especie de monarquía y un cierto principado de más sublime excelencia; porque todo varón perfecto, y consumado en virtudes, sabe pronunciar un juicio recto sobre cada cosa, como dice el Apóstol: «Mas el espiritual juzga todas las cosas, pero él de nadie es juzgado» (I Cor. 2). Por tanto, Dios omnipotente constituye a este varón perfecto —muerto, a saber, para el mundo y vivo para Él— como su trono, y a través de él promulga a menudo el edicto de su justicia. De aquí también que aquel orden angélico, por el cual Dios omnipotente decreta con más frecuencia sus juicios, es llamado Tronos; porque en ellos preside el supremo árbitro, cuando por medio de ellos ejerce juicios de equidad. Así pues, Dios constituye al varón perfecto como su solio, para descansar suavemente en él. De donde, por el Profeta: «¿Sobre quién», dice, «reposa mi Espíritu, sino sobre el humilde

y manso, y que tiembla ante mis palabras?» (Is. 66). Y ha de notarse que para cada día se dice: «Y fue hecha la tarde y la mañana». La tarde, a saber, es la perfección de la buena obra; la mañana, en cambio, la luz de la mente. Pues cuando una buena obra llega a la perfección, entonces en la mente del que obra surge la luz de la gracia espiritual; de modo que, mientras ejecuta exteriormente una obra luminosa, sea interiormente iluminado por la gracia misma del Espíritu.

CAPÍTULO VII.

En la misma epístola.

Así, pues, se llega al Sábado, en el cual Dios mismo, habiendo consumado todas las cosas, descansa, y manda al hombre descansar. De este modo, pues, el hombre se convierte en el Sábado de Dios, y Dios en el Sábado del hombre, cuando él mismo está en Dios, y Dios descansa en él. «Permaneced», dice, «en mí, y yo en vosotros» (Juan 14). Pues Él mismo es para nosotros un tiempo intemporal y un lugar sin lugar. Sin lugar, es decir, porque no está circunscrito; intemporal, porque nunca se acaba. Él es, pues, tiempo para nosotros, cuando dice: «¿No hay doce horas en el día?» (Juan 11). A sí mismo, es decir, se llama el día; y a las doce horas, dice, son otros tantos apóstoles. Pero el lugar se expresa indudablemente allí donde el Profeta, habiendo dicho primero: «Pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán», añadió en seguida: «Los hijos de tus siervos habitarán» (Salmo 101); allí, sin duda, cuando estén

en ti. Así pues, Dios hizo el cielo y la tierra, y no se dice que haya descansado. Hizo todas las cosas que se alimentan en la tierra y que se mueven en las aguas, y en ninguna de ellas se lee jamás que haya descansado; pero, una vez formado el hombre a su imagen, al punto amaneció el Sábado del reposo, y así descansó el Fundador del universo. Y aunque Él mismo dice por el profeta: «El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies» (Isaías 49), lo cual no se dice de la creación de aquellas cosas, se afirma que descansó solamente en la creación del hombre. Y para que te asombres más y más de la insigne dignidad de este día, dice la Escritura: «Porque bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él había cesado de toda su obra» (Génesis 2); lo cual de ningún modo se encuentra que haya hecho en los demás días. Pues, ¿qué es para Dios santificar el Sábado, sino construir un templo para sí mismo en la mente de un varón santo y perfecto? Como también dice el Apóstol: «El templo de Dios es santo, que sois vosotros, y el Espíritu Santo habita en vosotros» (1 Corintios 3). Además, así como hemos hablado del Sábado, también la razón exige que hablemos del templo, porque Dios es el templo del hombre, y el hombre es el templo de Dios; como dice Juan en el Apocalipsis: «No vi en ella templo alguno, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo» (Apocalipsis 21). Dios, por tanto, es el templo del hombre; el hombre se convierte en el templo de Dios. Este templo del hombre es un paraíso espiritual: a saber, una mente santa, una mente perfecta, una mente pura, y expresada

de manera significativa a imagen de su Creador. Esta mente, digo, o alma racional, con razón es llamada paraíso, la cual está regada por los arroyos de los carismas (*charismatum*) celestiales y, como árboles o plantas fértiles, está así adornada con los florecientes brotes de las santas virtudes. Pues aquella fuente o río, que se dice que sale del lugar del deleite para regar el paraíso, y que se divide en cuatro cabezas, es la razón de la mente, de la cual, como de una fuente original, las cuatro virtudes —a saber, justicia, fortaleza, prudencia e igualmente templanza— fluyen como otros tantos torrentes saludables que hacen fértil la tierra de nuestro corazón. El árbol de la vida, en verdad, es la sabiduría misma, madre de todos los bienes; de la cual también Salomón dice: «Árbol de vida es para los que la abrazan, y bienaventurado el que la retiene» (Proverbios 1). Pero el árbol de la ciencia del bien y del mal es la transgresión de la ley establecida y la experiencia de la miseria. Pero como no es nuestro propósito exponer todas las cosas en orden, baste aquí haber tratado sucintamente lo que compete a este asunto.

CAPÍTULO VIII.

En un sermón sobre San Columba.

Para esto, la virtud de Dios se anonadó, para fortalecer nuestras flaquezas; para esto, la sublimidad se inclinó, para levantar a los caídos; para esto, la Vida se dignó morir, para que, destruyendo el imperio de la muerte, llamara a los muertos a la vida. Esto, ciertamente, se declara también

en el mismo origen del género humano. Pues está escrito: «Porque el Señor envió un sopor sobre Adán; y, habiéndose dormido, tomó una de sus costillas y rellenó con carne en su lugar; y el Señor Dios edificó la costilla que había tomado de Adán en una mujer (Gén. II)». Sobre lo cual, hablando el Apóstol, dijo: «Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne», y al punto añadió: «Este es un gran sacramento; pero yo lo digo en Cristo y en la Iglesia (Efes. V)». Y verdaderamente es un sacramento, indicio de gran virtud y de admirable profundidad. Pues por Adán se designa a Cristo, y por Eva a la Iglesia. Mas, ¿qué es que primero el Señor adormeció a Adán, y luego sacó de su costado una costilla, de donde se formaría la mujer, sino que primero nuestro Redentor durmió en la muerte, y así de su costado fluyeron sangre y agua como sacramento de la Iglesia? Eva fue trasladada del costado del varón durmiente; la Iglesia salió del costado de Cristo pendiente en la cruz.

Pero, ¿por qué el omnipotente Creador, cuando dispuso propagar a la mujer a partir del varón, es decir, el sexo frágil a partir del más fuerte, no quiso presentar la carne del varón, sino más bien su hueso, como materia para hacer a la mujer? Pues pudo Dios quitarle al hombre carne, de donde se formara la mujer, y esto ciertamente parecería más congruente; pues se hacía el sexo más débil, que sin duda procedería más consecuentemente de la flaqueza de la carne que de la fortaleza del hueso; y, para que te asombres más del sacramento de la obra divina, no se devuelve

hueso por hueso, sino que más bien llenó con carne lo que en el cuerpo del varón quedaba vacío. De ahí que la Escritura, cuando dice: «Tomó una de sus costillas», añade al instante: «y rellenó con carne en su lugar (Gén. II)». Ciertamente, para plasmar a la mujer, podía quitarle carne al varón; podía restaurar la pérdida del hueso con hueso, sin mutilar el cuerpo; pero tomó hueso y devolvió carne, y así formó lo frágil a partir de la virtud. Así pues, Adán fue hecho débil para que Eva fuera hecha fuerte; Cristo fue debilitado para que la Iglesia fuera robustecida; pues la debilidad de Él es nuestra fortaleza, y para esto Él soportó nuestra debilidad, para establecernos en su fortaleza. «Lo que es debilidad de Dios», dice el Apóstol, «es más fuerte que los hombres (I Cor. I)». Y en otro lugar: «Pues si Cristo fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios». Pues aunque nosotros seamos débiles en él, pero vivimos en él por el poder de Dios (II Cor. XIII).

En verdad, los hombres de este siglo, que ambicionan brillar por su virtud en las guerras, que desean que sus victorias sean celebradas por boca del vulgo, cuando van a entrar en combate, lo que en su cuerpo es débil y blando, lo ponen debajo; lo que es duro y difícil de penetrar, lo superponen: pues se visten con corazas de hierro y se esfuerzan por proteger la carne, que cede fácilmente al golpe, para que aquello duro y fuerte, que está por fuera, defienda lo blando, que está por dentro. Pero nuestro Redentor, cuando entra en tal campo para luchar, cuando como fuerte luchador se arma para vencer las maldades de este aire,

como debía instituir un nuevo tipo de combate, se vistió con un nuevo género de armas: a saber, que superpuso lo que es débil y ocultó lo que es robusto. Pues se vistió con la coraza de la carne débil y ocultó la insuperable fortaleza de su divinidad. Así, así por la carne el diablo fue vencido por el segundo hombre, él que por la carne había vencido antaño al primer hombre; y la misma cosa que había sido materia de su victoria sobre el primer padre, se ha convertido ahora para él en causa de su ruina.

El frío concebido en el pecho suele cortar la voz. Este frío, pues, ya lo había concebido entonces aquel que, al Señor que paseaba en la brisa del paraíso después del mediodía, respondía con voz en cierto modo ronca: «Oí, dijo, tu voz, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí (Gén. III)». Además, como el fervor del mediodía ya se había alejado de él, se acercó la brisa, que es hija del frío; porque también a él la inocencia perdida ya lo había desnudado. ¿Qué otra cosa insinúan todas estas cosas sino que el frío del amor extinguido había atenazado sus entrañas, y por eso su voz sonaba ronca a los oídos del Señor? De este frío, ciertamente, fue ajeno Abraham, de quien la Escritura declara: «Pues se le apareció el Señor en el mismo ardor del día (Gén. XVIII)»; y aquel Esposo celestial, como se lee en los Cantares: «Apacienta y reposa al mediodía (Cant. I)».

CAPÍTULO X.

Sobre el discurso de San Lucas.

Y el bienaventurado Lucas, para mostrar que somos expiados de nuestros pecados por el advenimiento de nuestro Salvador, no comienza el orden del linaje desde el principio de la narración evangélica, sino solamente desde el bautismo de Cristo; el cual describe ascendiendo a través de setenta y siete grados de parentesco. Esto también se muestra evidentemente en el libro del Génesis, donde se narra que Lamec dijo a sus esposas: 'Siete veces será vengado Caín (Gén. IV);' pero de Lamec se dice que la venganza se dará setenta y siete veces, porque se afirma que setenta y siete hombres salieron de sus lomos, y se refiere que posteriormente fueron absorbidos por el diluvio devorador. Pero como Lamec se interpreta como 'el que hiere' o 'el herido', ¿qué se figura por esto, sino el primer padre del género humano? Quien, en efecto, infligió el dardo del pecado, por el cual él mismo fue el primero en ser herido y pereció, también a todo el linaje de su posteridad venidera. Por tanto, de este Lamec se tomó venganza setenta y siete veces, porque el pecado que el primer hombre contrajo prevaleció en el género humano durante setenta y siete generaciones hasta Cristo, puesto que permaneció el pecado original, que Él mismo borró por los sacramentos de su bautismo, desde donde Lucas comienza: donde, ciertamente, se dice de Él: 'He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I).'

La voz divina mandó que el arca, que contuvo ocho almas entre las corrientes del cataclismo, fuera untada con betún por dentro y por fuera.

A saber, la Santa Iglesia, que tiende a la gloria de la resurrección, es así untada con betún por dentro y por fuera, para que por fuera halague con dulzura fraterna y por dentro se mantenga unida en la verdad del amor mutuo. Pues quien ama por dentro, pero por fuera discorda de los hermanos por la aspereza disonante de sus costumbres, ciertamente tiene betún por dentro, pero no lo tiene por fuera. Pero quien se muestra afable solo en apariencia, simula la amistad, mas en lo oculto del corazón no conserva la verdad de la amistad, se resquebraja condenablemente por dentro, mientras que por fuera se mantiene unido por la simulación del betún superpuesto. De estos, ciertamente, ninguno es rescatado del naufragio diluvial, porque no está fortalecido con el doble betún de la caridad (*charitas*), como fue divinamente ordenado. Mas el que se muestra amable por fuera y conserva el amor por dentro, por fuera con las ramas de la palabra muestra el fruto del beneficio, por dentro fija una raíz profunda, porque ama desde la médula; este, en verdad, está untado con betún por dentro y por fuera, porque está unido a sus prójimos con el doble pegamento de la caridad. Además, como se manda que el arca se haga primero de maderas pulidas, y solo después se unte con betún, con esto se nos insinúa abiertamente que nuestras maderas —es decir, nuestras costumbres duras e incultas— deben ser primero pulidas por la disciplina del ejercicio espiritual, para que luego el betún se añada a la estructura compactada. En efecto, mientras las costumbres de los hombres

son ásperas e incultas, en vano se les aplica el pegamento de la caridad, puesto que rápidamente se separan unos de otros, mientras no se mantenga entre ellos una confederación igualitaria de vida pulida.

El arca del diluvio contuvo en sí el misterio de la cruz, cuya longitud la Escritura define como de trescientos codos. Este número, ciertamente, se contiene en la letra Tau, que expresa la forma de la cruz. Además, así como Noé con los suyos se salva por el agua y el madero, así también la familia de Cristo se salva por el agua y el madero, al ser lavada por el bautismo de salvación y sellada con la impronta de la cruz vivificante. Dicha arca, para que en el sacramento del cuerpo humano de Cristo pareciera igualar su medida, se dice que tuvo trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura y treinta de altura. Pues trescientos contiene el número cincuenta seis veces, y el treinta diez veces; y la longitud del cuerpo humano, es decir, desde la coronilla hasta los pies, es seis veces su anchura, que va de derecha a izquierda, y diez veces su profundidad, que va de adelante hacia atrás. Así, ciertamente, el arca contiene en el número trescientos de su longitud la forma de la cruz, y en la proporción de toda su dimensión, la figura del cuerpo del Señor; y, así como siete almas son dadas a Noé para ser salvadas por el madero sobre las olas, así las siete Iglesias, llenas del Espíritu septiforme, son salvadas en Cristo por el madero de la cruz y el agua del bautismo. Pues por un madero el príncipe de la soberbia nos sometió a la servidumbre; por este madero el

Autor de la humildad nos ha llamado de nuevo a los títulos de la libertad.

«Quince codos más alta estuvo el agua sobre todos los montes, que había cubierto (Gén. VII).» El número quindenario, claramente, porque consta de siete y ocho, contiene en sí el misterio del beato reposo y de la futura resurrección, puesto que Dios omnipotente, al fundar el mundo, descansó en el octavo día, y al redimirlo, resucitó en el octavo; y la virtud de este número contiene un sacramento (*sacramentum*) especialmente en el bautismo, donde, ciertamente, resurgimos como nuevos de lo viejo, y se nos manda en adelante descansar de la perturbación del estrépito mundano. Este misterio, pues, del séptimo reposo y de la octava resurrección, no lo entienden quienes se engríen ya sea por la jactancia de la gloria mundana o por las vanidades de la sabiduría terrena. Por eso aquí se dice abiertamente que «quince codos más alta estuvo el agua sobre todos los montes, que había cubierto»; los montes, ciertamente, significan a los soberbios y a los engreídos. Por tanto, el alto y profundo sacramento de la resurrección y del reposo íntimo trasciende todo el entendimiento de los sabios soberbios.

«Las aguas volvieron de sobre la tierra, yendo y viniendo, y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días (Gén. VIII).» Puesto que en el misterio de nuestra generación el séptimo descanso se une con el octavo de la resurrección, bien se dice en el libro del Génesis que las aguas volvieron de la tierra y comenzaron a disminuir

después de ciento cincuenta días. Pues setenta, porque deriva de siete, y ochenta, que se cuenta a partir del ocho, unidos, hacen ciento cincuenta.

«Y reposó el arca en el mes séptimo, el día veintisiete del mes, sobre los montes de Armenia (Gén. VIII),» porque, ciertamente, el descanso del septenario se elogia con razón en el bautismo. Esto se reconoce como figurado por aquel diluvio, en el cual, resurgiendo nuevos de la vejez, se nos manda en adelante descansar de la perturbación del estrépito mundano.

Ciertamente, en el mar de este mundo los justos trabajan, donde los réprobos poseen su descanso. Esta diversidad, ciertamente, la significan bien el cuervo enviado desde el arca y la paloma. «Pues el cuervo, posándose sobre los cadáveres, no regresó al recinto del arca; mas la paloma regresó, porque no encontró dónde su pie pudiera descansar (Gén. VIII).» Pues aquí, donde todos los malvados se sacian con placeres carnales, los varones santos no pueden encontrar dónde poner el pie de su deseo para descansar.

CAPÍTULO XVII.

En el sermón sobre la Cena del Señor.

Mientras los crímenes del mundo eran expiados en otro tiempo por el diluvio derramado, una paloma prefiguró la semejanza de un don futuro, cuando anunció, por medio de una rama de olivo, que la paz había sido devuelta a la tierra. Pues dice la Escritura: «Y habiendo esperado otros siete días, Noé envió de nuevo la paloma desde el

arca; y ella vino a él por la tarde, llevando en su boca una rama de olivo con hojas verdes (Gén. VIII)». En el envío y regreso de la paloma se pone el número siete, porque sin duda se sabe que son siete los dones del Espíritu Santo. Mas la paloma regresa al arca a la hora vespertina, porque el Espíritu Santo, que en el principio del mundo se cernía sobre las aguas, ha llenado ahora a la santa Iglesia al atardecer del siglo.

"Cuando partieron del Oriente, encontraron una llanura en la tierra de Senaar, y habitaron en ella. Y se dijo el uno al otro: Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos con fuego. Y tuvieron ladrillos por piedras, y betún por cemento (Gén. XI)." Además, puesto que Cristo es verdaderamente el Oriente (Oriens), como testifica el profeta que dice: "He aquí el varón, Oriente es su nombre" (Zac. VI), vienen del Oriente quienes se apartan de la compañía de Cristo, viviendo mal o difamando a sus prójimos. Senaar se interpreta como el crujir de dientes, o su hedor. Por lo tanto, habitan en la llanura de Senaar quienes, no establecidos en la ciudadela de las virtudes sino más bien en el valle de los vicios, rechinan los dientes para roer a sus prójimos con detracciones como a mordiscos, y emiten hedores mientras se pudren en la inmundicia de una vida cenagosa. Pero Dios omnipotente les arranca los dientes, cuando confunde tanto las obras como las palabras de cualesquiera perversos. De donde también allí se dice: "Por eso fue llamado su nombre Babel" (Gén. XI); porque allí fue confundida la lengua de toda la tierra, y por eso el Señor los dispersó sobre la faz de

las demás regiones. Rectamente, pues, se dice que aquellos hombres soberbios y buscadores de vanagloria, que se decían unos a otros: 'Venid, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre, antes de que seamos dispersados por todas las tierras'; habitaron en la llanura de Senaar: lo cual para nosotros, como se ha dicho, significa el crujir de dientes, o su hedor. Puesto que todos los perversos, mientras se ensoberbecen contra los mandatos de la ley divina, mientras levantan con arrogancia la cerviz de su corazón contra el Señor, y a veces detractan condenablemente de sus prójimos, ellos mismos se revuelcan más fácilmente en el estercolero de una vida obscena. Y sobre el crujir de dientes, ciertamente, se dice por medio de David: 'Tú has golpeado a todos los que se me oponen sin causa; has quebrado los dientes de los pecadores' (Sal. III). Y en otro lugar: 'Dios quebrantará sus dientes en su boca, el Señor romperá las muelas de los leones' (Sal. LVII). También sobre su hedor, otro profeta dice: 'Se pudrieron los jumentos en su propio estiércol' (Joel I). E Isaías: 'Habrá', dice, 'hedor en lugar de suave olor' (Is. III). En verdad, quienquiera que desee construir un edificio que no esté fácilmente expuesto a la ruina, es necesario que no tenga ladrillos y betún, que de repente se desmoronan; sino más bien piedras y rocas, que levanten los muros, y un cemento de cal y arena, que una los mismos muros con una trabazón inviolada de piedras. El hecho, por tanto, de que los mencionados babilonios tuvieran ladrillos por piedras y

betún por cemento, significa un edificio de vida carnal, destinado a ser derribado lo más rápidamente posible por la fuerza de los vientos o el ímpetu de los ríos.

«La prudencia de este mundo es enemiga de Dios, pues no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo (Rom. VIII).» De ahí que, como se dice en el libro del Génesis, los cinco reyes que no quisieron someterse a Quedorlaomer fueron vencidos por cuatro reyes, ¿y dónde? En el valle Silvestre, que ahora es el mar de la Sal (Gén. XIV). Pues, ¿quiénes son los cuatro reyes, sino las cuatro virtudes que la Sagrada Escritura llama principales? ¿Y qué se designa por los cinco reyes, sino otros tantos sentidos del cuerpo, y por ellos, la ciencia exterior? Así como, en efecto, aquellas cuatro virtudes proceden como de la fuente original de su madre, a saber, la razón; así estas se demoran en la vanidad de la sabiduría terrena, como en un valle de salinidad, y allí son postradas por sus enemigos, porque es digno que en el alma del hombre venza la sabiduría espiritual y perezca la astucia de la prudencia carnal. De ahí también se lee de David que se hizo un nombre 88 cuando regresó, tras capturar Siria, habiendo matado a doce mil en el valle de la Sal (II Reg. I).

«Tomando», dice la Escritura, «todas estas cosas, las dividió por la mitad, y puso las partes de cada una una frente a la otra; mas no dividió las aves (Gén. XV)». Ciertamente, los animales terrenos se oponen entre sí y unos contra otros; porque todos los hombres terrenos se enfurecen contra sus prójimos con riñas y contiendas, o

ciertamente arden con ocultas yescas de odio contra ellos. Mas, por el contrario, quienes se elevan a lo alto con la pluma del deseo celestial, mientras se ofrecen a sí mismos como sacrificio a Dios, no se apartan del pegamento del amor mutuo.

CAPÍTULO XXI.

En una epístola a Desiderio, abad de Montecasino.

Los espíritus malignos se esfuerzan, o bien en manchar nuestras oraciones con pensamientos perversos, o bien en corromper nuestras buenas obras con la contaminación de cualquier pecado. De donde está escrito que, «mientras el devoto Abrahán ofrecía a Dios un sacrificio de ganados y aves, descendieron aves sobre los cadáveres, y Abrahán las ahuyentaba (Gén. 15)». Pues, ¿qué representan las aves, sino los espíritus réprobos que vuelan por el aire? Por tanto, ahuyentamos las aves de nuestro sacrificio cuando custodiamos prudentemente nuestra oración, o las ofrendas de nuestras obras, de los espíritus malignos que intentan mancharlas.

CAPÍTULO XXII.

Al papa Alejandro; donde se queja de la insolencia de los hombres malvados.

"Cuando el sol se ponía, un profundo sueño cayó sobre Abraham, y un horror grande y tenebroso lo invadió (Gén. XV)." La puesta del sol designa la caída del mundo; mas el horror grande y

tenebroso figura la oscuridad de los vicios y de los crímenes, la cual cada día crece pestilentemente por la hirviente maldad de los hombres réprobos. De donde también se añade allí poco después: "Y cuando el sol se hubo puesto, se produjo una oscura niebla, y apareció un horno humeante". Pues así como el humo sale del fuego de un horno que echa vapor, así la oscuridad de todos los vicios y crímenes es generada por la chimenea de la avaricia hirviente. Como dijo el Apóstol: "Porque la raíz de todos los males es la avaricia (I Tim. VI)". Y esto hacia el final del día, es decir, hacia el fin del mundo. El horno humeante, por tanto, genera una oscura niebla, porque la chimenea de la avaricia, que hierve en los pechos de los hombres malvados, oscurece pestilentemente el mundo con las muchas tinieblas de las perversidades. ¿Acaso [la avaricia] no ciega las mentes de los infelices, la cual ciertamente quita la fe y extingue en sus corazones la luz de todas las virtudes? De donde, habiendo el Apóstol dicho lo anterior, añadió prontamente: "La cual avaricia, codiciándola algunos, se desviaron de la fe y se vieron envueltos en muchos dolores (I Tim. VI)". Ciertamente se enredan en muchos dolores, mientras que por ganancias temporales se separan unos de otros con una rivalidad irreconciliable; y muy a menudo, mientras corren a las armas por cosas corporales, despojan a sus almas de sus cuerpos. Pero aquellos que arden solo por las cosas celestiales, en lugar de dolores, obtienen deleites, porque viven unánimemente en la dulzura de la caridad fraterna. De aquí que en aquel sacrificio

vespertino que Abraham ofreció entonces, ciertamente colocó las bestias terrenas separadas unas de otras, pero no juntó las aves. De donde dice la Escritura: "El cual, tomando todo esto, lo dividió por el medio, y puso las dos partes de cada uno una contra la otra; mas no dividió las aves (Gén. XV)".

Si atendemos vigilantemente a los hechos de nuestro Creador, no debemos dar crédito fácilmente a los males de cualquiera; pues Él mismo, ante cuyos ojos todas las cosas están desnudas y patentes, no desdeñó, al hablar con Abraham sobre el clamor de los sodomitas que había llegado hasta Él, decir: «Bajaré y veré si han consumado en obra el clamor que ha llegado hasta mí; o si no es así, para que yo lo sepa» (Gén. XI.). Lo cual, en verdad, no parece haber sido dicho por ninguna otra razón, sino para que la ignorancia humana sea enseñada a no creer lo oído sin pruebas, a no juzgar a la ligera lo desconocido, ni a pronunciar sentencia antes de comprobar con testimonios un asunto dudoso.

«Y he aquí», dice la Escritura, «los varones alargaron la mano, e introdujeron a Lot consigo, y cerraron la puerta; y a los que estaban fuera, los hirieron con ceguera desde el menor hasta el mayor, de modo que no podían hallar la puerta (Gén. XIX)». Pues los sodomitas intentan irrumpir violentamente hacia los ángeles, así como los hombres inmundos intentan acercarse al Señor a través de los oficios del orden sagrado. Pero estos, en verdad, son heridos de ceguera; porque por el justo juicio de Dios caen en tinieblas interiores,

de modo que ni siquiera pueden hallar la puerta, porque, separados de Dios por el pecado, ignoran por dónde han de volver a él. Pues quienes anhelan acercarse al Señor no por el camino de la humildad, sino por los tortuosos senderos de la arrogancia y la soberbia, es ciertamente evidente que no reconocen por dónde se abre el acceso para entrar. O porque Cristo es la puerta, como él mismo dice: «Yo soy la puerta (Jn. X)». Quienes pierden a Cristo por sus pecados acuciantes, como si pudieran entrar en la morada de los ciudadanos celestiales, no encuentran la puerta. Son, por tanto, entregados a un sentido réprobo, porque, al no sopesar con sutil consideración el peso de su propia culpa en la balanza de su propia mente, consideran que una pesadísima masa de plomo es la levedad de plumas vacías. Lo que, por tanto, se dice allí: «Hirieron con ceguera a los que estaban fuera», esto el Apóstol lo declara manifiestamente cuando dice: «Los entregó Dios a un sentido réprobo». Y lo que allí se añade: «De modo que no podían hallar la puerta», esto él lo expone patentemente cuando dice: «Para que hagan lo que no conviene (Rom. I)»; como si dijera, que intentan entrar por donde no deben.

CAPÍTULO XXV.

En un sermón sobre la invención de la santa cruz.

Cuando Abraham quiso inmolar a su hijo a Dios, significó casi todos los sacramentos de la pasión de Cristo en orden. Pues así como Abraham, que es llamado "padre excelso", no

dudó en ofrecer a su único y amado hijo a Dios, así también el sumo Padre entregó a su Hijo unigénito por todos nosotros. Y así como el mismo Isaac llevó para sí la leña sobre la cual iba a ser puesto (Gén. 22), así también Cristo llevó sobre sus hombros el madero de su cruz, en el cual iba a padecer por nuestra salvación. Ahora bien, aquellos dos siervos dejados a distancia significan a los judíos; los cuales, como vivían de manera servil y pensaban carnalmente, no entendieron la altísima humildad de Cristo, y por eso ascendieron al monte, es decir, al lugar del sacrificio. Pero ¿por qué dos siervos, sino porque, al pecar Salomón, de un solo pueblo israelita se hicieron dos pueblos? (3 Reyes 11). A quienes ciertamente a menudo se les dice por el Profeta: "La apóstata Israel y la prevaricadora Judá (Jer. 3)". Además, aquel asno del que entonces se servía Abraham era la necedad insensata de los judíos; aquella necedad claramente bruta llevaba todos los sacramentos; sin embargo, qué llevaba, lo ignoraba, como un animal irracional. Y en verdad, ¿qué es lo que se les dijo: "Esperad aquí con el asno; mas después de que hayamos adorado, volveremos a vosotros? (Gén. 22)" Escucha al Apóstol: "La ceguera", dice, "ha sobrevenido en parte a Israel, hasta que entre la plenitud de los gentiles, y así todo Israel sea salvo (Rom. 11)". Pues, ¿qué es lo que se dice: "La ceguera ha sobrevenido en parte a Israel"? Esto es, a saber, "esperad aquí con el asno, hasta que entre la plenitud de los gentiles": esto es, después de que hayamos adorado, cuando, es decir, el sacrificio de la cruz del Señor, una vez cumplido,

haya sido predicado por todas las gentes. Mas en cuanto a lo que sigue: "Y así todo Israel sea salvo", esto es, "volveremos a vosotros". Pero ¿qué significa que se encuentre un carnero enredado por los cuernos entre las zarzas, el cual es ofrecido en sacrificio por Isaac? Pues la Cruz tiene cuernos; ciertamente, dos maderos se unen entre sí, y así forman la figura de una cruz: de ahí es, en efecto, que está escrito de Cristo: "Cuernos hay en sus manos (Hab. 3)". Por tanto, el carnero enredado por los cuernos es Cristo crucificado entre las espinosas e hirientes iniquidades de los judíos. Como Él mismo se queja por medio de Jeremías, diciendo: "Este pueblo mío me ha rodeado con las espinas de sus pecados". Consumado el sacrificio, se le dice a Abraham: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Gén. 22)". Y después de que el Señor dice: "Horadaron mis manos y mis pies", poco después en el mismo salmo añadió: "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las gentes. Porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Sal. 21)". Así pues, habiendo ofrecido Abraham a su hijo, y habiendo sido inmolado un carnero en su lugar, llamó el nombre de aquel lugar: "El Señor ve". Porque nuestro Redentor, después de que fue ofrecido en el altar de la cruz y pagó la deuda de nuestra muerte, se presentó desde entonces para ser visto por la mirada de sus fieles, para que, ciertamente, todos los redimidos lo vieran ya por la fe, quienes hasta entonces no tenían los ojos de la fe.

CAPÍTULO XXVI.

Sobre Lía y Raquel, en el libro De la perfección de los monjes.

Además, no es oscuro que Labán tuvo dos hijas, de las cuales Jacob deseó en matrimonio a la más joven; sin embargo, no pudo llegar a su abrazo hasta que, sin saberlo y, de hecho, contra su voluntad, recibió a la mayor (Gén. XXIX). Pero como hablo a quienes conocen el asunto, no es menester que me explaye con muchas palabras. Pues Labán se interpreta como 'blanqueamiento' (*dealbatio*); ¿y quién se convierte al Señor, sino para ser blanqueado por la gracia de la remisión, habiendo depuesto la negrura de los pecados? Como Él mismo promete, diciendo: «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos (Isa. I)». Esto es lo que aquel feliz pecador pedía, cuando decía: «Seré purificado, lávame, y sobre la nieve seré emblanquecido (Sal. L)». Lía se interpreta como 'la que trabaja' (*laborans*); Raquel, 'palabra' (*verbum*), o 'el principio visto' (*visum principium*). Pero si atendemos diligentemente a la Escritura, no encontramos que Jacob haya servido ni un solo día por el deseo de Lía; sino que durante todas aquellas semanas de años se sometió a la servidumbre solo por Raquel; más aún, toleró a la misma Lía con la vista puesta en aquella. ¿Pues quién se convierte al Señor con el propósito de padecer trabajos, y penalidades, y los combates de las tentaciones? Pues la intención de todo el que busca al Señor esto espera, a esto aspira: a que alguna vez llegue al reposo; y en el gozo de la suma con-

templación, como en los abrazos de la hermosa Raquel, descanse, es decir, que por la palabra que oye, ascienda a ver el principio que buscó. Pero es necesario que el trabajo de diversas luchas lo ejercite, antes de que alcance la suavidad del reposo íntimo que apetece. Primero es oprimido por la servidumbre, para que después, con derecho, sea promovido a los títulos de la perfecta libertad. En verdad, sirve durante siete años bajo la gracia del blanqueamiento, cuando guarda los siete mandamientos del Decálogo que pertenecen al amor del prójimo; a saber, que primero, constreñido por el temor y, por tanto, oprimido por el yugo de la servidumbre, comience al menos por los institutos de la ley antigua: que honre a sus padres, que no cometa adulterio, no mate, no robe, no dé falso testimonio, no codicie la mujer de otro, no codicie los bienes de su prójimo (Éx. XX).

Observados debidamente estos mandatos, no es conducido enseguida, como esperaba, a las delicias de la contemplación, para gozar, por así decir, de la belleza de la tan esperada Raquel, sino que Lía le es sustituida inesperadamente durante la noche; porque entre las tinieblas de esta ignorancia humana se le impone la tolerancia del trabajo, del cual, sin embargo, ya recibe una numerosa prole; porque por este trabajo adquiere abundantes frutos de ganancia espiritual. Así pues, tolerando a esta, llegará alguna vez a aquella a quien ama perseverantemente. Se le persuade, pues, a que se afane en servir otros siete años; porque ciertamente es necesario que conserve aún otros siete preceptos, pero ya más

libre, no los legales como un siervo, sino los evangélicos como un yerno, a saber: que sea pobre de espíritu, sea manso, llore, tenga hambre y sed de justicia, sea misericordioso, tenga un corazón limpio y, finalmente, sea pacífico (Mat. V).

En verdad, el hombre querría, si fuera posible, no soportar ninguna molestia del trabajo, ni en el obrar ni en el padecer, sino llegar enseguida, en los mismos rudimentos de su aprendizaje, a las delicias de la hermosa contemplación; sin embargo, esto no sucede en la tierra de los que mueren, sino en la tierra de los vivos. Esto parece ser significado por aquello que se le dice a Jacob: «No es costumbre en nuestro lugar —dijo Labán — que entreguemos a las menores a las nupcias antes (Gén. XXIX)»; y no sin razón se llama mayor a la que es primera en el tiempo. Pues en la formación del hombre, el trabajo de la buena obra es anterior al reposo de la contemplación. Así pues, cumplidas las dos semanas de años, una, a saber, la de la ley antigua, y la otra, la de la gracia evangélica, se llega pronto a los abrazos de la tan deseada Raquel; porque quienquiera que desee alcanzar las delicias de la contemplación divina, es necesario que primero se esfuerce por cumplir los mandatos de ambos Testamentos.

CAPÍTULO XXVII.

Sobre Bilhá y Zilpá, en el mismo libro.

Pero como cada elegido, no contento con el límite de su propia perfección, desea también engendrar hijos para Dios con fecundidad espiri-

tual, después de que Jacob contrajo un pacto conyugal con las dos hermanas, no rehusó tomar también a sus siervas para el uso de la generación, a fin de propagar la semilla de una prole más abundante (Gén. XXX); y para que se entienda que todo abunda en misterios espirituales, los nombres mismos de las siervas también fueron pronunciados bajo figuras místicas. Pues Bilhá se interpreta como *inveterata* (envejecida). Ciertamente, como la lengua humana no puede expresar con meras palabras el entendimiento de la sustancia espiritual, a veces la doctrina de la sabiduría se esfuerza por instruir al oyente mediante ciertas semejanzas corporales. Ahora bien, de la vida antigua, entregada a los sentidos carnales, se conciben imágenes corporales, cuyo uso se asume para enseñar cuando se oye algo de la incomprensible e inmutable esencia de la divinidad. Así pues, Raquel prefirió recibir hijos de su sierva de alguna manera, antes que permanecer completamente estéril. Porque la doctrina de la sabiduría, o la gracia de la contemplación, insinúa a sus oyentes, a través del conocimiento de las cosas exteriores o de las formas de las cosas visibles, todo lo que oculta sobre las cosas visibles en los arcanos de la mente; y así, en cierto modo, recibe hijos por medio de la sierva, cuando a través de ese conocimiento que está por debajo de ella, engendra hijos espirituales para Dios. Zilpá, en cambio, se interpreta como *os hians* (boca abierta). Esta sierva, por tanto, representa a aquellos cuya boca ciertamente se abre en la predicación de la fe evangélica, pero su corazón

no se abre; de quienes está escrito: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Mt. XV)»; y de quienes dice el Apóstol: «Tú que predicas que no se ha de robar, ¿robas? (Rom. II)». Sin embargo, de esta sierva recibió Lía otros hijos que serían herederos; porque a menudo, incluso a través de tales predicadores, la vida activa (*activa vita*) ha adoptado a muchos hijos del reino; de quienes la Verdad dice: «Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen (Mt. XXIII)». Y el Apóstol: «Sea por pretexto», dice, «o sea con verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo y me gozaré (Fil. I)». Pero consideramos que en esto se ha de tener en cuenta lo siguiente: que así como Jacob, con la mira puesta únicamente en Raquel, tomó a todas aquellas mujeres de las que engendró hijos, así todo aquel que, constituido bajo la gracia del blanqueamiento, desea fructificar para Dios con fecundidad espiritual, es necesario que en todo lo que haga tienda siempre a la gracia de la contemplación.

«Al salir el alma de Raquel por el dolor, y siendo ya inminente la muerte, llamó el nombre de su hijo Benoni, esto es, hijo de mi dolor; pero su padre lo llamó Benjamín, esto es, hijo de la diestra (Gén. XXXV).» Pues por Raquel, que se traduce como 'oveja' o 'visión del principio', se designa no sin razón a la Iglesia. Ella, ciertamente, vive inocentemente a semejanza de una oveja y, por el estudio de la contemplación, arde en lo más íntimo de su ser por ver la hermosura de su Redentor. Él es quien dijo de sí mismo a los judíos que le preguntaban: «Yo soy el principio, que también

os hablo (Jn. VIII).» Pero por Benjamín, a cuyo nacimiento muere su madre Raquel, se designa a Pablo, de quien nadie duda que procedió de su estirpe. Y bien se dice que la madre muere al nacer Benjamín, porque acercándose Saulo a la luz de la nueva regeneración, la Iglesia era gravemente atacada por él con persecuciones; como dice Lucas en los Hechos de los Apóstoles: «Saulo —dice — devastaba la Iglesia, entrando por las casas, y arrastrando a hombres y mujeres, los entregaba a la cárcel (Hch. VIII).» Congruentemente, pues, Raquel lo llama Benoni, esto es, hijo de mi dolor, a quien Jacob nombra Benjamín, esto es, hijo de la diestra. Porque Pablo, que había sido el dolor de la Madre Iglesia, que en cierto modo la mató al atacarla mientras nacía, fue llamado por Dios Padre hijo de la diestra; pues por medio de él la potencia divina luchó contra los gentiles como con su fuerte diestra, lanzó valientemente los dardos de las palabras, infligió saludables heridas en los corazones y, por medio de él, vencidos y postrados los enemigos, triunfó con gloria. De aquí que el mismo Pablo diga a los Gálatas: «Mas cuando agradó a aquel que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, para que revelase a su Hijo en mí y lo evangelizase entre los gentiles, al punto no consulté con la carne y la sangre (Gál. I).» No sin razón, por tanto, es llamado Pablo hijo de la diestra, por quien toda la multitud de los gentiles, que ha de ser puesta a la diestra de Dios, es congregada a los sacramentos de la fe.

«Este es Anah, que encontró aguas cálidas en el desierto, mientras apacentaba los asnos de Sebeón, su padre (Gén. XXXVI).» Esto, claramente, en cuanto a la letra, parece vano y frívolo. ¿Pues qué tiene que ver con la Sagrada Escritura el referir que un cuidador de asnos encontró aguas en el desierto? Pero donde no se ve ninguna utilidad en la letra, es necesario que la mente recurra a la inteligencia espiritual. ¿Qué es, en efecto, en sentido figurado, que Anah apaciente los asnos de su padre en el desierto, sino que un hombre espiritual, para quien Dios es padre, custodie a los hermanos sencillos bajo el estudio de una disciplina más apartada? ¿Y qué es encontrar aguas cálidas, sino prorrumpir en lágrimas de compunción, que son arrancadas del fervor del Espíritu Santo? Pues la misma interpretación de los nombres de esta figura no rehúye el entendimiento. Onán, en efecto, se interpreta como 'dolor', o 'tristeza de ellos', o también 'cuchicheo' o 'murmuración'. Pues quienquiera que se entristece verdaderamente con el dolor de la compunción, se ve compelido a murmurar contra la pravedad de su propia vida, como con un cierto cuchicheo quejumbroso. Sebeón, por su parte, se interpreta como 'permaneciendo en la equidad'; lo cual nadie ignora en absoluto que conviene a Dios. Él, en efecto, permanece principalmente en la equidad, quien, no coaccionado por ninguna necesidad, se desvía de la rectitud de la justicia. Por tanto, mientras Onán apacienta en el desierto los asnos de su padre Sebeón, encuentra aguas cálidas; porque quienquiera que se muestra hijo de Dios

por la rectitud de su vida, y se duele en lo más íntimo de sus pecados, mientras se hace solícito en el cuidado vigilante de los hermanos, percibe por don divino la gracia de las lágrimas. Pues aquella bienaventurada pecadora primero ungió los pies del Señor con ungüento, y después también derramó un alabastro de ungüento precioso sobre la cabeza del que estaba reclinado a la mesa (Mt. XXVI; Mc. XIV; Jn. XII). La cabeza de Cristo es Dios; los pies de Cristo, los siervos de Dios. Pues así como ella, mientras rendía obsequio a la humanidad de Cristo, mereció alcanzar el entendimiento de su divinidad. Así, ciertamente, así el doctor de la Iglesia, mientras custodia los miembros de Cristo, percibe la gracia de contemplar la divinidad.

CAPÍTULO XXX. EN UN SERMÓN SOBRE SAN JUAN BAUTISTA.

«Descendió Judá a Tamna para esquilar sus ovejas con Hira, el pastor adulamita de su rebaño (Gén. XXXVIII).» Tamna, sin embargo, se interpreta como «deficiente» (*deficiens*); por la cual se muestra, evidentemente, la Sinagoga, en la que reyes y profetas habían fallado; y al mismo tiempo que la unción cesaría, hasta que viniera Aquel para quien estaba reservada. De donde también se dice por el profeta: «Cuando venga el Santo de los santos, cesará la unción (Dan. IX).» ¿Qué, pues, se entiende por Judá, que vino a Tamna a esquilar las ovejas, sino nuestro Redentor, de quien se sabe que vino a la Sinagoga para descargar de sus pecados a las ovejas

perdidas de la casa de Israel? De donde también el esposo dice a la esposa en los Cantares: «Tus dientes como un rebaño de ovejas esquiladas, que suben del lavadero (Cant. IV).» Vino, pues, Judá a esquilar las ovejas, no ciertamente solo, sino con su pastor adulamita, cuyo nombre era Hira. ¿A quién entendemos por el adulamita, si no a Juan? Pues adulamita se interpreta como «testimonio en el agua» (*testimonium in aqua*); con este testimonio, claramente, vino el Señor al agua del bautismo, teniendo ciertamente un testimonio mayor que el de Juan, pero por causa de las ovejas débiles, se dignó usar este testimonio en el agua. De ahí que, cuando Juan lo vio acercarse a las corrientes del Jordán, exclamó al instante, diciendo: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I).» Y el evangelista dice: «Juan dio testimonio, diciendo: Porque vi al Espíritu que descendía como una paloma del cielo y permanecía sobre él; y yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar en agua, él me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo (Ibid.).» A cuya visión, ciertamente, también el nombre de aquel pastor se ajusta muy apropiadamente; pues Hira se interpreta como «visión de mi hermano» (*fratris mei visio*). Porque el Señor era hermano de Juan, no solo según la simiente de Abrahán, sino también según el parentesco de María e Isabel. Y así, Juan vio a su hermano aún encerrado en el vientre; lo vio en el bautismo; vio al hombre con los ojos de la carne: vio su majestad en el espíritu. De donde

también el mismo Juan comprendió la interpretación de ambos nombres, a saber, Hira, que es «visión de mi hermano», y adulamita, que suena «testimonio en el agua», en el verso de una sola sentencia, diciendo: «Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios (Ibid.).»

Así pues, al venir Judá a esquilar las ovejas, Tamar cambia de hábito, porque cambia de nombre espiritual. Pues Tamar se interpreta como «cambiante» (*commutans*), ya que de Sinagoga se convierte en Iglesia. Pero según la letra, permanece el mismo nombre de amargura, no aquella en la que un soldado ofreció al Señor hiel para beber (Mat. XXVII), sino más bien aquella en la que Pedro, después de su caída, lloró amargamente. (Ibid.). Judá, en cambio, se dice «confesión» (*confessio*). Por tanto, Tamar, durmiendo con Judá, concibe al instante, porque cuando la amargura se mezcla con la confesión para producir frutos de penitencia, la santa Iglesia es fecundada al momento. De donde también Juan dice: «Haced, pues, frutos dignos de penitencia (Juan III).» Estos frutos de penitencia, ciertamente, brotaron primero en Jerusalén, y así después germinaron por toda la anchura del mundo. De aquí dice la Verdad: «Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados a todas las gentes, comenzando por Jerusalén (Luc. XXIV).» Pues el mismo hábito de meretriz significa la confesión de los pecados, ya sea porque Tamar se compone de dos palabras corruptas, a saber, *thamna*,

que se dice «deficiente», y *mara*, que es «amargura». Bien decayó en ella la amargura, cuando, hecha fecunda de estéril, procreó la dulce prole de un nuevo germen. Tamar, por tanto, es fecundada por quien no la conoce, porque la santa Iglesia, en cuanto a la gentilidad en sus principios, no es reconocida cuando recibe la semilla de la nueva fe. De donde también se canta: «Un pueblo que yo no conocía, me ha servido (Sal. XVII).» Y Isaías: «He aquí, dice, llamarás a una nación que no conocías, y las gentes que no te conocieron, correrán hacia ti (Isa. LV).» Además, que se le envíe el cabrito por medio del mismo adulamita, ¿qué designa sino el reproche de los pecados hecho por medio de Juan? Pues era como si el portador llevara un cabrito a la meretriz cuando decía con increpación a la multitud que se apresuraba al lavatorio del bautismo: «¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira venidera?» (Mat. III.) Pero Hira el adulamita requería de Tamar su anillo, su brazalete y su báculo. Por el anillo se designa el sello de la fe (*signaculum fidei*); por el brazalete, el trabajo de la obra (*labor operis*); por el báculo, en verdad, el descanso de la esperanza (*requies spei*). Era como si requiriera el anillo de la fe cuando decía: «El que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna; pero el que es infiel a Cristo Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él (Juan III).» ¿Acaso no pertenecía también al anillo cuando decía: «El que tiene la esposa, es el esposo? (Ibid.)» Exigía el brazalete del trabajo cuando decía: «Haced penitencia (Mat. III).» Y también el descanso del

báculo, cuando añadía inmediatamente: «Porque el reino de los cielos se ha acercado (Ibid.).» Como si hablara claramente: No os canséis en el trabajo de la penitencia que se os ha impuesto, sino más bien fortaleced el alma con una firme esperanza en la aproximación del reino celestial.

Pero Judá la buscó en una encrucijada, mas no pudo encontrarla; porque la que había estado prostituida en público, según el Profeta, y bajo todo árbol frondoso (Jer. III), ya se había recluido en la casa de su padre, es decir, bajo la disciplina de Cristo; ni la encontró el reproche del pecado, a ella que la amargura de la confesión había cambiado. Se vistió con ropas de viudez, porque no admite a otro fuera del Esposo celestial, que murió por ella. Que aparecieran gemelos en su vientre significa que hay dos pueblos generados en el seno de la Iglesia por la gracia del Espíritu Santo. En efecto, en el mismo momento de su nacimiento, uno sacó la mano, y atado un hilo de grana, la retiró al instante, y así abrió el camino para que el otro naciera antes que él. Porque, ciertamente, el pueblo judío, que primero comenzó a nacer a la luz del Espíritu, mostró sus obras manchadas por la sangre de los profetas precedentes y del mismo Señor. De donde también Zara se interpreta como «naciente» (*oriens*); porque aquel pueblo hebreo nació primero a la letra de la ley, pero se hizo último en recibir la gracia del Evangelio. De este modo, pues, retiró la mano el pueblo de los judíos, que había comenzado a nacer por el Espíritu; y al instante irrumpió y se hizo primogénito el pueblo de los gentiles, para que,

según la sentencia de la Verdad, los que eran primeros fueran los últimos, y los que eran últimos se hicieran los primeros. Por tanto, Farés recibió con razón el nombre de «división» (*divisionis*). De donde también la partera, al nacer él, exclamó: «¿Por qué se ha dividido para ti la barrera?» (Gén. XXXVIII.) Ciertamente, todo el género humano, como retorcidos vástagos de los bosques, había hecho una barrera contra el Señor que venía en la carne, y unánimemente se oponía para que no entrara a realizar el misterio de la redención. De donde también Pablo dice: «Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, mas para los gentiles necedad (I Cor. I).» Pero el pueblo gentil dividió esta barrera, por así decirlo, al nacer, cuando por medio de Cornelio el centurión y otros (Act. X), recibiendo las primicias de la fe, el lavatorio del bautismo, acudió en masa bajo el estandarte de Cristo. El bienaventurado Juan consideraba esta alternancia del nacimiento cuando decía a las multitudes de judíos que afluían de todas partes: «No comencéis a decir: Tenemos por padre a Abrahán; porque os digo que Dios es poderoso para de estas piedras suscitar hijos a Abrahán (Marc. III).» Como si dijera abiertamente: Los pueblos gentiles, que son piedras porque adoran piedras, se os harán primogénitos en el sacramento de la regeneración y de la nueva gracia; de la cual vosotros, por las ceremonias legales, parecía que habíais tenido la primacía.

CAPÍTULO XXXI.

En un sermón sobre San Lucas evangelista.

«Mandó José a sus siervos que llenaran los sacos de trigo y que devolvieran el dinero de cada uno en sus sacos (Gén. 44).» Pues, ¿qué son los frutos que José confirió a sus hermanos, sino la doctrina evangélica y apostólica, de la cual, ciertamente, el pueblo hambriento pueda vivir, de la cual el rebaño de Cristo pueda recoger los alimentos vivificantes de la salvación? Este es claramente aquel dinero que mandó poner en la boca del saco; este dinero se propone ahora en la mesa de la Iglesia, para que después se requiera la usura a los negociantes. Pero a Benjamín se le añade también esto por encima de los demás: que en su saco se devuelva también una copa junto con el dinero (Ibíd.). Pues, ¿a quién indica José por medio de este misterio, sino a nuestro Redentor, a quien él ya entonces prefiguraba con su propio misterio? Pues dice la Escritura: «Porque el Faraón cambió su nombre, y lo llamó en lengua egipcia, Salvador del mundo (Gén. 41).» ¿Qué se designa por los hermanos, sino los santos apóstoles? ¿Qué por Benjamín, sino Pablo, que tuvo su origen en la tribu de Benjamín? Todos los hermanos, por tanto, reciben los frutos de la predicación, que deben sembrar por el mundo, y el dinero, que deben proponer en la mesa de la fe para el lucro de la usura. Pero solo a Benjamín se le añade también una copa, para que por medio de Pablo, a quien él significaba, no se ofreciera a los gentiles la pequeña copa del tabernáculo, sino el amplio y abierto cáliz de la palabra. De aquí es,

en efecto, que dice: «Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios, nuestro corazón se ha ensanchado, no estáis estrechos en nosotros (2 Cor. 6).» Como si dijera: Puesto que veis que la bebida de la palabra fluye abundantemente hacia vosotros desde una copa generosa, también vosotros, con corazones sedientos, abrid bien vuestras bocas para beber, para que la ola que corre no fluya en vano, sino que encuentre vasos capaces en los que pueda ser trasvasada. Sobre esta bebida, ciertamente, dice el Señor por medio de Isaías: «Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque di aguas en el desierto, ríos en la soledad, para dar de beber a mi pueblo, a mi elegido (Is. 43).» Por tanto, la copa de la predicación evangélica fue dada a Pablo en Benjamín, para que él cultivara especialmente el desierto de la gentilidad y regara su aridez con la abundante lluvia de la santa predicación. Sobre esta lluvia, ciertamente, está escrito: «El que cubre el cielo de nubes y prepara la lluvia para la tierra (Sal. 146).»

CAPÍTULO XXXII.

En el Sermón sobre San Vital.

«Si he hallado», dijo Jacob, «gracia a tus ojos, pon tu mano bajo mi muslo, y me harás misericordia y verdad, para que no me sepultes en Egipto, sino que duerma con mis padres, etc. (Gén. XLVII)». ¿Qué es esto, hermanos míos, qué significa una solicitud tan ansiosa por sepultar el cuerpo, viniendo de un varón tan grande? Pues si medimos esto según la costumbre humana,

ciertamente no encontramos nada digno de tan grande excelencia de una mente profética. Pues dondequiera que se sepulte un cuerpo humano, no por ello se cree, sin duda, que su futura resurrección será menos perfecta o menos gloriosa; pero si en la oscuridad de esta duda se busca la profundidad del sacramento místico, una clara luz de inteligencia surgirá para aquel que la encuentre. Pues los cadáveres de los muertos significan los pecados de los que viven injustamente. Pues así como la ley manda que los hombres se purifiquen después del contacto con cuerpos muertos (Núm. XIX), así también se nos ordena ser lavados por la penitencia después de la perpetración de los delitos. De aquí, ciertamente, se dijo aquella sentencia: «Quien se bautiza por un muerto y de nuevo lo toca, ¿de qué le aprovecha su ablución?» (Ecli. XXXIV). Pues se bautiza por un muerto quien es limpiado del pecado por las lágrimas, pero después del bautismo toca al muerto quien repite la culpa después de las lágrimas. Mas la sepultura de los muertos significa la remisión de los pecados. De donde se dice por el Profeta: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Sal. XXXI)». ¿Dónde, pues, debían ser sepultados los cadáveres de los patriarcas, sino en aquella tierra donde había de ser crucificado Aquel por cuya sangre se hizo la remisión de los pecados?

CAPÍTULO XXXIII.

En un sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

"Lavará en vino su túnica, y en la sangre de la uva su manto (Gén. XLIX)." La túnica de Cristo y su manto es la multitud de los gentiles, que el Señor entonces se vistió, cuando las unió a sí por la gracia de la redención, como promete por el Profeta, diciendo: "Vivo yo, dice el Señor, que a todos estos me vestiré como con un vestido (Isa. XLIX)." ¿Lavó, pues, el Señor su túnica en el vino, y su manto en la sangre de la uva, cuando, como un racimo, pendió del leño de la cruz? Pues entonces de su costado manaron sangre y agua; mas el agua nos lava, la sangre nos redime, ciertamente para presentarse a sí mismo una esposa sin mancha ni arruga (Efes. V).

CAPÍTULO XXXIV.

En el sermón sobre San Eleucadio.

"Más bellos son sus ojos que el vino", dijo Jacob a su hijo acerca de Cristo, "y sus dientes más blancos que la leche (Gén. 49)". Los ojos de Cristo son ciertamente los Apóstoles y Evangelistas, quienes proporcionaron la luz de la sabiduría a todo el cuerpo de la santa Iglesia; su doctrina, mientras suaviza el rigor y la dureza de la antigua ley, de algún modo su belleza sobrepasa la austeridad del vino viejo. En efecto, los preceptos evangélicos son mucho más claros que los mandatos del Antiguo Testamento. Los dientes son verdaderamente los santos predicadores, que apartan a los hombres convertidos de la sociedad de los malvados y, al recibirlos en el cuerpo de Cristo como en sus miembros, los transmiten co-

mo masticándolos. Además, por el nombre de la leche, se sugiere la doctrina de la ley, que parecía alimentar al pueblo carnal con una copa de leche como a niños pequeños. Ciertamente los doctores de la Iglesia son más blancos que su leche, porque ellos mismos comen el alimento fuerte y sólido de la palabra, y lo entregan a otros; de quienes dice el Apóstol a los Hebreos: "El alimento sólido es para los perfectos (Heb. 5)". Y se dice con razón que los doctores de la Iglesia son blancos, porque se les ve libres de la mancha de la maldad y claros por las obras de una conducta conspicua. Por lo cual debemos tener cuidado, hermanos míos, de que ninguna negrura de vicios nos deshonre a nosotros, que tenemos líderes blancos en la milicia de Cristo. Ciertamente las apariencias de las cosas fluctúan peligrosamente donde las insignias del ejército siguiente no concuerdan con los líderes. Pues nuestros bienaventurados padres se mostraron prontos a soportar suplicios; pero nosotros, cuando somos dañados por el prójimo, reprimamos al menos nuestros ánimos de la venganza. En efecto Moisés, descendiendo del monte como señal de venganza, apareció cornudo (Éxod. 34); pero la paloma descendió sobre el Señor en el Espíritu de la mansedumbre (Mat. 3). Ellos decretaron despreciar todas sus propias cosas por Cristo; pero nosotros aprendamos al menos a no ambicionar lo ajeno.

Terminan los testimonios del libro del Génesis.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL ÉXODO.

1. De las ciudades de los tabernáculos Pitón y Ramsés, que Faraón construyó con lodo y paja. 2. De la vara de Moisés convertida en serpiente. 3. Como arriba. 4. De la mano de Moisés, que al ser sacada del seno apareció leprosa. 5. Estando Moisés en camino, le salió al encuentro el Señor y quería matarlo. 6. Arrojaron los magos de Faraón en tierra sus varas, las cuales se convirtieron en dragones, pero la vara de Aarón las devoró. 7. De las diez plagas de Egipto: 1, de las aguas convertidas en sangre; 2, de la plaga de las ranas; 3, de los mosquitos; 4, de las moscas; 5, de la muerte de los animales; 6, de las úlceras y ampollas; 7, del granizo y los truenos y el fuego; 8, de la plaga de las langostas; 9, de las tinieblas; 10, de la matanza de los primogénitos. 8. Pida un hombre a su amigo, y una mujer a su vecina, vasos de plata y oro y vestidos. 9. Tomarán de la sangre del cordero, y la pondrán sobre ambos postes. 10. Habiendo dejado salir Faraón al pueblo, no los condujo el Señor por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca, no sea que si surgían guerras en el camino, se arrepintiera y volviera a Egipto. 11. María la profetisa, hermana de Aarón, tomó un tamboril en su mano. 12. De las aguas amargas, que por la mezcla de la madera que el Señor mostró a Moisés, se convirtieron en dulzura. 13. De las 12 fuentes de agua y las 70 palmeras en Elim. 14. Que el sexto día se mandaba recoger doble medida de maná. 15. Que los hijos de Israel, al ver el maná, decían: Manhu,

esto es, ¿Qué es esto? 16. Que el maná reservado para el día siguiente se pudría. 17. Que luchando Israel contra Amalec, Moisés teniendo la vara en la mano levantó los brazos. 18. Que el Señor en el monte Sinaí dio la ley a su pueblo por medio de Moisés. 19. Un altar de tierra me haréis. 20. No me edificaréis altar de piedras talladas. 21. Harás basas de plata, y erigirás tablas doradas encima. 22. Harás cuatro columnas y sus basas cubiertas de plata. 23. Que en el racional, que el sacerdote llevaba en el pecho, se pusieran 12 piedras preciosas, de tres en tres por cuatro ángulos encerradas en oro. 24. Tomando Moisés el becerro de oro lo quemó con fuego y lo trituró hasta el polvo; y esparciéndolo en el agua dio de beber al pueblo. 25. Que Moisés hizo matar a 23,000 hombres por la culpa del becerro fundido. 26. He aquí un lugar junto a mí, estarás sobre la roca, y cuando pase mi gloria, verás mis espaldas. 27. Hizo Moisés en el tabernáculo siete lámparas con sus despabiladeras y vasos.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL ÉXODO.

CAPÍTULO I. En la epístola a la monja Hermisindis, donde se dice que el edificio de la soberbia humana es destruido rápidamente.

Aquellas ciudades de los tabernáculos, que el Faraón construyó con lodo y paja —a saber, con lodo que mancha y paja que se destina a las llamas—, no sin misterio fueron llamadas Pitón

y Ramsés; en efecto, Pitón se interpreta como "boca del abismo" o "súbitamente". Pues quienquiera que, según la sentencia de Pablo, edifica ahora sobre el fundamento, que es Cristo Jesús, con madera, heno, paja, el fuego probará cuál es la obra de cada uno (I Cor. III); y cuanto más alto se levanta esta estructura de la vida carnal, tanto más fácilmente, como si estuviera sumergida en el torbellino del abismo, se disipa de repente. De donde está escrito: «Pasan sus días en la prosperidad, y en un instante descienden a los infiernos (Job XXI)». Bien, por tanto, se le llama tanto "boca del abismo" como "súbitamente", porque desde la cumbre de la vida carnal, que por él se significa, no se cae lentamente, sino con rapidez; y aquello que parecía ser el ascenso a la cima es la boca del abismo, como atestigua el Profeta que dice: Los derribaste mientras se enaltecían (Sal. LXXII). Ramsés, en cambio, se dice que significa "pasto" o "polilla". Pues todos los réprobos son el pasto (pabulum) del diablo, de quienes él se alimenta como un lobo de las ovejas, y con su perdición se sacia como con un banquete. De los cuales también se dice por medio de David: «Como ovejas son puestos en el infierno, y la muerte los pastoreará (Sal. XLVIII)».

"Dijo el Señor a Moisés: 'Arroja la vara que llevas en la mano a la tierra'; y la arrojó, y se convirtió en serpiente. Moisés al instante se aterró y huyó. Y le dijo el Señor: 'Agarra su cola', y la agarró, y se convirtió de nuevo en vara (Éxodo IV)." Todos sabemos claramente que la serpiente persuadió al hombre a la muerte; por lo tanto, la

muerte viene de la serpiente. ¿Quién, pues, es la vara, sino Cristo? de quien dice el profeta: Porque "saldrá una vara de la raíz de Jesé (Isaías II)." Así pues, la vara en serpiente, Cristo en la muerte. Mas Moisés se aterró y huyó, porque, suspendido en la cruz, o sea, muriendo el Señor, todo aquel número de los apóstoles, temblando, se aterró y se apartó de la solidez de la esperanza cierta y de la fe firme. Puesto que, en verdad, la cola es la parte extrema del cuerpo, ¿qué significa, sino el fin de la pasión del Señor? Por tanto, Moisés agarró la cola y nada de la serpiente apareció ya en la vara, porque, completado el misterio de la pasión y de la cruz del Señor, todo fiel entonces regresó a la fe, y Cristo, consumida la muerte, restauró en sí mismo aquello mismo que había sido, por la gloria de la resurrección.

Dijo el Señor a Moisés: ¿Qué es eso que tienes en tu mano? Respondió: Una vara. Dijo: Arrójala a tierra, etc. (Éxodo 4). ¿Quién es representado por Moisés, sino el pueblo judío; y qué por la vara, sino el poder de la divinidad; y qué se expresa por la serpiente, sino la mortalidad de nuestro Redentor? Pues como por la serpiente vino la muerte, rectamente el mortal es representado en la serpiente; o ciertamente, como está escrito: «Sed prudentes como las serpientes (Mateo 10)», porque la misma suma prudencia, es decir, la Sabiduría de Dios, se dignó encarnarse, rectamente su mortalidad es prefigurada en la serpiente. De donde también en el Evangelio habla de su pasión, diciendo: «Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el

Hijo del hombre sea levantado (Juan 3)». Moisés, por tanto, sostuvo la vara, porque el pueblo judío antes del advenimiento del Redentor confió en el poder divino; pero arrojó la vara a tierra, porque el mismo pueblo, por medio de los patriarcas y profetas, anunció que el Señor se encarnaría. La vara, por tanto, se convierte en serpiente, porque nuestro Redentor, Dios permaneciendo en sí mismo, se hizo mortal entre los hombres; pero Moisés, al ver la serpiente, se atemorizó y huyó, porque el pueblo judío, cuando vio al Señor, Redentor del género humano, de tal manera, tuvo miedo de creer, como si estuviera lleno de temor. A él se le ordena que tome la serpiente por la cola, porque aquel pueblo infiel, que ahora se niega a creer, en la parte final del cuerpo del Señor —es decir, en el tiempo posterior de la santa Iglesia, a saber, en el fin del mundo— se recogerá a la fe. Y toma la serpiente por la cola, porque confiesa como su Redentor, en la última parte de la Iglesia, a Aquel a quien antes había despreciado como mortal. Pero pronto la serpiente vuelve a ser vara, porque tan pronto como el pueblo judío crea en nuestro Redentor, el mismo Redentor aparecerá para el juicio en el poder de su divinidad, de modo que para él la serpiente sea ya una vara, porque Aquel que fue despreciado como hombre en la tierra, viniendo del cielo, será visto como Dios sobre los ángeles. Así como, por tanto, el Señor es llamado leproso sin lepra, y serpiente sin veneno por un misterio, así también es considerado necio sin necedad, y débil sin debilidad, porque, ciertamente, de tal modo se adapta y se conforma a

nuestra debilidad que tanto lucha con los que combaten como tolera igualmente los suplicios con los que padecen.

«Mete —dijo el Señor— tu mano en tu seno. Y habiéndola metido en su seno, la sacó leprosa como la nieve. Vuelve a meter —dijo— tu mano en tu seno; la volvió a meter y la sacó de nuevo, y era semejante al resto de su carne (Éx. IV)». ¿Qué se designa en este lugar por la mano de Moisés, sino el Hijo de Dios? De ahí que se diga en el salmo: «Sea tu mano para que me salve (Sal. CXVIII)»; como si dijera: Sea aquel por quien todo fue hecho, para que, mientras él se hace hombre, la creación sea liberada del contagio de su culpa. Esta mano está en el seno del Padre, como dice Juan el Bautista: «El Hijo, que está en el seno del Padre, él mismo lo ha dado a conocer (Jn. I)». Pero cuando esta mano fue sacada del seno, esto es, cuando apareció por el misterio de la encarnación, el pueblo del que había procedido lo consideró un pecador y como cubierto por la lepra del crimen. De ahí que diga Isaías: «Y nosotros lo tuvimos por leproso, y herido de Dios y humillado (Is. LIII)». Pero cuando esta mano regresó al seno, perdió por completo la lepra, porque nuestro Redentor, después de que regresó al Padre, pisoteado el imperio de la muerte, ya al final de los siglos no aparecerá a todos los judíos como un hombre pecador, sino verdaderamente como Dios y hombre.

«Y aconteció que, estando Moisés en el camino, en una posada, le salió al encuentro el Señor y quiso matarlo (Éxodo IV)». Es muy admi-

rable por qué se describe que el Señor quiso matarlo de repente, a quien ya había hecho familiarmente su confidente e iniciado (*symmystem*), a quien había revelado los arcanos de su consejo y voluntad, y a quien ahora dirigía en la ejecución de su obediencia. Pero, sin duda, se da a entender que había contraído alguna mancha de contagio por su prolongada cohabitación con los madianitas, y por ello debía ser purgado con el terror y la corrección de su negligencia, él, que se presentaba como portador de los mandatos celestiales para corregir a otros. Esto, ciertamente, lo entendió prudentemente su esposa Séfora, de quien la Escritura añadió en seguida: «Tomó al instante Séfora una piedra muy afilada y circuncidó el prepucio de su hijo (Ibíd.)». Pues habría sido absurdo que pareciera gentil en su hijo quien era israelita en sí mismo. Quien debe instruir a otros en el camino de la rectitud, debe tener sumo cuidado de que él mismo, Dios no lo quiera, no parezca errar en algo. De aquí, en efecto, que el pueblo israelita se inflame de celo por la rectitud para vengar el crimen de Benjamín, y, sin embargo, este mismo pueblo es primero postrado por las espadas de Benjamín (Jueces XX).

CAPÍTULO VI.

En la epístola a Bonifacio, donde se dice que la sabiduría espiritual debe ser preferida a la prudencia exterior.

«Los magos del Faraón arrojaron a tierra sus varas, las cuales se convirtieron en dragones; pero la vara de Aarón devoró sus varas (Éxodo VII)».

Ciertamente, la vara de Aarón absorbió las varas de los magos, porque la sabiduría de Cristo, que aquella significaba, anuló todas las sabidurías de este mundo y unió a los sabios del mundo a las entrañas de su cuerpo, que es la Iglesia. Por tanto, que la sabiduría espiritual absorba nuestra sabiduría terrena y la convierta, por así decirlo, en los arcanos de su propio cuerpo. Pues es absurdo y bastante deshonroso que la misma prudencia y la misma sutileza se apliquen a las cosas humanas que se dedica a las espirituales y divinas.

CAPÍTULO VII.

Sobre las diez plagas de Egipto, en la epístola al discípulo Juan.

Ahora bien, las plagas ocurrieron en Egipto porque en el mundo se infligen heridas al alma humana. De ahí que, cuantas plagas hubo, tantos preceptos fueron divinamente promulgados, para que, cuantas son las heridas del corazón enfermo, otros tantos sean los medicamentos que puedan aplicársele.

Así pues, la primera plaga es cuando las aguas se convierten en sangre (Éxodo VII). Además, estas plagas no ocurren sino en Egipto, es decir, en un corazón tenebroso y oprimido por la niebla de la ceguera. Para este, ciertamente, las aguas se convierten en sangre cuando la mente ciega, en lo que a ella respecta, confunde y viola la pureza de la recta fe; pues así como por el agua brotan todas las cosechas de las entrañas de la tierra, así de la fe se producen los alimentos espirituales

de las virtudes. Entonces, por tanto, el agua se convierte en sangre cuando el corazón insensato se oscurece por la ceguera de la perfidia. Como dice el Apóstol de algunos: «Porque habiendo conocido al Señor, no le glorificaron como a Señor, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos; y su necio corazón fue entenebrecido (Rom. I)». A esta primera plaga, es decir, a esta herida pestilentísima, se aplica inmediatamente la medicina del primer precepto: «Escucha, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios (Deut. VI)». Pues este es el vendaje medicinal con el que debe ser atada la herida de la perfidia, para que, oyendo esto, adores a un solo Dios y no derrames la podredumbre de la perfidia decadente en muchos dioses. Y por justo juicio de Dios, según la letra, sucedió que los egipcios fueron abrevados con la sangre de aquel río en el que primeramente eran ahogados los niños hebreos.

La segunda plaga, en verdad, es la abundancia de ranas (Éxodo VIII). La rana es un animal clamoroso, y por costumbre vocifera en los pantanos lodosos; a ella se juzgan semejantes los herejes y los filósofos, quienes, como sobre pantanos lodosos —esto es, entre multitudes sórdidas por la miseria de la perfidia—, vociferan con vanos oprobios contra Cristo, y, mientras no cesan de parlotear con importunos clamores mediante argumentos falaces, ciertamente producen un tedio inútil en los oídos, pero no aportan ningún alimento de vida a las mentes. A esta enfermedad, que ciertamente se ensaña letalmente en el alma, acude el segundo precepto como una copa de

salvación. Ahora bien, el segundo precepto es: «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano (Éxodo XX)». Pues en vano toma el nombre de Cristo quien no lo cree Creador, sino tan solo una criatura: «Porque la creación fue sujetada a vanidad (Rom. VIII)». Y por eso tales hombres son sin duda vanos, porque, cambiando la verdad de Dios en mentira, dan su fe a la vanidad.

La tercera plaga, en verdad, son los mosquitos (Éxodo VIII). Este animal, por su parte, es tan diminuto y pequeñísimo que, mientras se equilibra en el aire y vuela inestablemente de aquí para allá con giros errantes, escapa a la vista de quienes quieren verlo; sin embargo, cuando se posa en nuestro cuerpo, pica, de tal modo que, aunque no puedas verlos mientras vuelan, te ves obligado a sentirlos cuando pinchan; y mientras vuelan alrededor y se lanzan sobre nosotros con más impertinencia, no cesan de infestar nuestros rostros, no permitiendo descansar a quienes lo desean. Por esta razón, esta plaga designa manifiestamente el vicio de la vagancia y la inquietud. Ciertamente, algunos que padecen esta enfermedad corren inútilmente de aquí para allá y, como si estuvieran sujetos a malos torbellinos, no descansan por impaciencia. Pero como estos mosquitos son muy pequeños y nocivos, de modo que no parecen tener tanto peso como picadura, quienes se entregan al vicio de la vagancia, que es designado por los mosquitos, lo consideran un pecado leve, pero son atravesados por el aguijón de una culpa no leve. No agobia el peso, pero penetra la picadura, porque cuanto más leve consideran este

vicio, con tanto mayor rigor es necesario que el estímulo del pecado traspase las partes interiores del alma lánguida. Por tanto, a esta languidez se opone la medicina del tercer precepto, cuando se dice: «Recuerda santificar el día de Sábado (Éxodo XX y XXXI, Deuteronomio I)»; sábado, es decir, descanso. Donde está la santificación del sábado, allí sin duda está el Espíritu de Dios. De ahí que está escrito: «¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y quieto y que tiembla ante mis palabras?» (Isaías LXVI). Hay que ponderar las palabras, porque si el Espíritu Santo reposa solamente sobre el quieto, entonces abandona al inquieto. En verdad, así como el segundo precepto se refiere al Hijo, así este tercero pertenece al Espíritu Santo, que es, no obstante, la tercera persona en la Santísima Trinidad. Pues también los encantadores atribuyen aquella tercera plaga al Espíritu Santo, cuando ellos mismos no pueden producir los mosquitos, diciendo al Faraón: «El dedo de Dios está aquí (Éxodo VIII)». A observar este sábado provocaba el Apóstol a su discípulo, cuando decía: «Atiende a la lectura y a la doctrina (I Tim. I)». Y en otro lugar: «Orad sin interrupción (I Tes. V)». Al culto de este sábado nos provoca el Señor por el profeta, cuando dice: «Estad quietos y ved que yo soy el Señor (Sal. XLV)». Como si dijera: Observad el sábado espiritual, evitad la inquietud de la vagancia; para que, firmes por la gracia del Espíritu Santo, no os inquieten los mosquitos, sino que os santifique con el culto del sábado espiritual. Además, debe notarse que solo estos tres preceptos estaban escritos en una

tabla; pero los otros siete se contenían en la otra. Estos, ciertamente, pertenecen a la caridad de Dios, mientras que aquellos pertenecen al amor del prójimo. Y por eso no hay más de dos tablas, porque están distinguidas por la doble impresión de la caridad. Que tres preceptos estaban claramente escritos en una tabla, y siete en la otra, se colige especialmente de lo que el Beato Apóstol dice a los Efesios: «Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre; que es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra (Efes. VI)». ¿Y por qué se llama este el primer mandamiento, sino porque está puesto al principio de la segunda tabla? También se dice que es 'con promesa', porque lo que no se encuentra en los otros preceptos, a este precepto le sigue la promesa de longevidad, a saber, esta premisa que se dice: Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra. Este precepto, por tanto, que es el cuarto mandamiento en el número general, se pone primero en la segunda tabla.

Contraria a esto es la cuarta plaga, es decir, la mosca canina, que se llama *cynomyia* (Éxodo VIII). Pues nada es tan canino como ignorar a los padres y no mostrar reverencia a quienes nos engendraron. También a ellos los agitan las costumbres caninas como moscas que revolotean, quienes, al no saber honrar a sus padres, se apartan de la gravedad natural por la inconstancia de la levedad, y los desgarran como moscas caninas, mientras se irritan contra sus propios progenito-

res, como si gruñeran y ladraran, por impaciencia. Por tanto, para que esta plaga sea curada, muéstrese la debida reverencia a los padres.

La quinta plaga es la muerte del ganado (Éxodo IX). Pues todos los que, despreciando el lecho conyugal, se contaminan con las inmundicias de otras mujeres y se disuelven por doquier en los flujos de la obscena lujuria, ¿qué otra cosa han de ser llamados sino brutos ganados y enteramente ajenos a la razón de la inteligencia espiritual? «Pues se han vuelto como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI)». Y por Jeremías se dice: «Los sacié y cometieron adulterio, y en casa de la ramera se entregaron al libertinaje; se han vuelto como caballos sementales, amantes de las hembras, cada uno relinchaba por la mujer de su prójimo (Jer. V)». Este ganado, por tanto, es necesario que perezca y se extinga por completo, a no ser que acuda el medicamento de la ley divina. Por tanto, se dice: «No cometerás adulterio (Éxodo XX)». Este quinto precepto ciertamente se opone a la quinta plaga como un nexo medicinal, para que, mientras cada uno es obligado a contentarse con su propio lecho, de ninguna manera se extienda la intemperancia de la lujuria desenfrenada a los abrazos de una carne ajena.

La sexta plaga son las heridas y las úlceras hinchadas y ardientes (Éxodo IX). En las heridas, ciertamente, se reprueba la malicia dolosa y purulenta de los que odian; en las úlceras, la soberbia tumefacta e inflada; en el ardor, la locura hirviente e inflamada de la furia. Pues hay ciertas

almas homicidas en las que estas plagas surgen y se ensañan con suma fiereza, y no les permiten descansar a menos que derramen sangre humana. A esta enfermedad furiosa y salvajemente cruel, por tanto, acude el sexto precepto como una medicina celestial, en el que se dice: «No matarás (Éxodo XX)»; para que cualquiera que oiga esto reprima en sí mismo la naciente perdición de una mala voluntad, y no irrumpa hacia afuera, hasta el efecto de derramar sangre, el veneno concebido de una conciencia maliciosa.

Después de esto se pone la plaga del granizo, donde, ciertamente, el granizo y el fuego eran llevados juntamente (Éxodo IX). Además, estos dos son contrarios: el frío en el granizo, el calor en el fuego. Así son los que roban lo ajeno: están fríos en la caridad fraterna y encendidos por el ardor de la codicia. Donde también se dice que relámpagos y truenos se mezclaron con el granizo. ¿Y qué se designa por los truenos y relámpagos, sino un pavor intolerable? Y esto es familiar a los ladrones: que teman con entrañas temblorosas, primero ser capturados, luego ser castigados; y sin embargo no descansan de la perpetración de la maldad una vez concebida. Estas plagas, a saber, granizo, fuego, relámpagos y truenos a la vez, devastan los corazones de quienes en secreto saquean lo ajeno, como ciertos campos, y disipan todos los frutos y gérmenes de buena voluntad, si es que existen. Por tanto, a esta pésima herida acude la medicina del séptimo mandamiento, cuando se dice: «No robarás (Éxodo XX)»; para que cada uno, conociendo esto, no pierda las

cosechas de su corazón por esta múltiple plaga, sino que llene el granero de su alma con los frutos de las buenas obras, cumpliendo aquella palabra apostólica: «El que robaba, ya no robe, sino que trabaje con sus manos, para que tenga de qué dar a los que padecen necesidad (Efes. IV)».

La octava plaga, por su parte, son las langostas (Éxodo X). Por estos animales, que destruyen los gérmenes de las cosechas y corroen los frutos con su boca pestífera, ¿quiénes pueden ser mejor designados que aquellos que detractan a sus hermanos y les oponen una falsa acusación? Pues devoran, por así decirlo, el germen de la cosecha ajena, cuando no solo suprimen las cosas buenas de sus hermanos que debían haber pregonado, sino que al final incluso los marcan con la infamia de una falsa culpa. Así pues, roen, porque no solo ocultan sus buenas palabras por envidia, sino que también les graban el estigma de una depravación fingida. ¿Acaso no roen estos como langostas, a quienes se dice por el Apóstol: «Si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros»? (Gál. V). A esta plaga, por tanto, se opone competentemente aquel mandamiento en el que se dijo: «No dirás falso testimonio (Éxodo XX)». Para que, ciertamente, todo falso testigo, que no quedará impune, se reprima de morder la vida ajena, arroje sus dientes de langosta y no roa los verdes gérmenes de la cosecha ajena.

Ahora, la novena plaga es la densidad de las tinieblas (Éxodo X). Nadie cae en tinieblas interiores más profundas que aquel que viola la

fidelidad del tálamo conyugal y busca invadir a la esposa ajena. Pero estas tinieblas, que ciertamente soporta el corazón entregado a la lujuria, las ilumina el esplendor de la ley divina, cuando se dice: «No desearás la mujer de tu prójimo (Éxodo XX)». Donde ha de notarse que no se dice: no la tomarás, o, no la contaminarás, sino lo que es más, «no desearás la mujer de tu prójimo». Más arriba se dijo: «No cometerás adulterio»; aquí se dice: «No desearás la mujer de tu prójimo»; por tanto, parece haber dos mandamientos sobre una misma cosa: pues allí se prohíbe el efecto del adúltero que viola el lecho ajeno; aquí se prohíbe incluso el afecto del que quiere violarlo. Allí se condena el coito impuro e ilícito del adulterio; aquí se reprime incluso el apetito de la concupiscencia adúltera. Y en verdad, la misma concupiscencia de violar el matrimonio ajeno es adulterio, como dice el Señor: «Quien mira a la mujer de otro para desearla, ya ha cometido adulterio en su corazón (Mat. V)». Por tanto, que nadie desee la mujer ajena, no sea que sufra en su corazón la oscuridad de tinieblas palpables; y si acaso ya la sufre, que admita el rayo centelleante del mandato legal y así arroje las tinieblas de su conciencia cegadora.

Por último, la décima plaga es la muerte de los primogénitos (Éxodo XII). El hombre tiene dos hijos, a saber, cuando hace una obra que pertenece a esta vida, y cuando obra algo espiritual que tiende a la vida eterna. Pero el fruto espiritual, como nuestro primogénito, debe obtener la primacía en nuestras obras. De ahí que también

el Señor dice: «Buscad primero, dice, el reino de Dios, y todas estas cosas se os añadirán (Mat. VI)». Como si dijera: Engendrad un fruto espiritual, que sea ciertamente vuestro primogénito; el que, en cambio, pertenece a las necesidades de esta vida, sea segundo en la herencia, pues a este primogénito, con Jacob, se le debe la bendición (Gén. XXVII); pero de Esaú y sus semejantes dice la Escritura: «La herencia a la que se apresura al principio, al final carecerá de bendición (Prov. XX)». De estos dos hijos se dice en figura en el Deuteronomio: «La herencia a la que se apresura al principio, al final carecerá de bendición (Prov. XX)». De estos dos hijos se dice en figura en el Deuteronomio: «Si un hombre tuviere dos mujeres, una amada y otra odiada, y le hubieren dado hijos, y el hijo de la odiada fuere el primogénito, y quisiere repartir su hacienda entre sus hijos, no podrá hacer primogénito al hijo de la amada, y preferirlo al hijo de la odiada, sino que reconocerá al hijo de la odiada como primogénito y le dará de todo lo que tuviere el doble; pues este es el principio de sus hijos, y a él se le deben los derechos de primogenitura (Deut. XXI)». De todo lo cual, consideramos que solo esta palabra ha de ser expuesta aquí: que la esposa amada es la vida blanda, deliciosa, carnal; pero la esposa odiada es la vida espiritual, por cuanto es rígida, estricta y enemiga de los halagos de todos los deleites carnales. Al hijo de esta última, por tanto, se le deben los derechos de primogenitura, porque el fruto de la vida espiritual merece tener por premio a Aquel que es, según Juan, «el primogénito de los

muertos, y el príncipe de los reyes de la tierra, que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apoc. I)». Pero este primogénito, es decir, el fruto espiritual, sin duda muere para aquel que, no contento con sus propias cosas, pone su atención en las ajenas; que apetece lo que es de derecho fraterno, y desea los bienes del prójimo, encendido por las antorchas de la avaricia. Pero el décimo precepto de la Ley es: «No desearás los bienes de tu prójimo (Éxodo XX)». Por tanto, que escuche diligentemente este mandamiento, para no perder a su primogénito; para que se alegre de su primogénito, de ninguna manera desee lo que es ajeno.

"Pida el varón a su amigo, dice el Señor, y la mujer a su vecina, vasos de plata y de oro, y vestidos; y el Señor dará gracia a su pueblo ante los egipcios (Éxodo XII)."

En lo cual, ciertamente, para no extenderme más, místicamente pedimos oro y plata junto con vestidos, con los cuales fabricar un tabernáculo para el Señor, cuando leemos a los poetas y filósofos mundanos, para que podamos progresar más brillantemente en las divinas elocuencias; o también, lo que es más perspicaz, el oro y la plata son las almas preciosas, que junto con sus vestidos, es decir, sus cuerpos, se unen al pueblo de Dios, para que abandonen este siglo tenebroso, como a Egipto, y adquieran la tierra prometida de la felicidad perpetua.

"Tomarán de la sangre del cordero y la pondrán sobre ambos postes (Éxodo 12)." ¿Qué es esto, que al pueblo israelita se le manda poner

la sangre del cordero en los postes de sus casas, sino para prefigurar que nosotros debemos llevar en la frente la cruz de Cristo, que es el verdadero cordero? Pues el cordero era inmolado al atardecer; y en el atardecer del mundo, Cristo padeció. Ciertamente se untan los postes, para que el ángel devastador no se atreva a infligir la perdición; y nosotros llevamos el estandarte de la cruz en el corazón y en la frente, para que el enemigo repentino, al venir, no pueda arrebatarnos la salvación, de donde también cantamos seguros: "Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo 4)".

"Cuando el Faraón dejó salir al pueblo, no los condujo el Señor por el camino de la tierra de los filisteos, que está cerca, pensando que tal vez se arrepentirían si veían que se levantaban guerras contra ellos, y volverían a Egipto (Éxodo 13)." Así pues, a los que salen de Egipto se les retira la lucha cercana, porque a los que abandonan el mundo se les da una cierta tranquilidad de paz, para que, turbados y aterrados en la misma novedad de su ternura, no regresen a aquellas cosas que habían despreciado. Primero, por tanto, son calmados por la dulzura de la seguridad; primero, son nutridos por la quietud de la paz. Pero, una vez conocida esta dulzura, soportan las luchas de las tentaciones tanto más tolerablemente cuanto más profundamente han llegado a conocer en Dios aquello que aman.

"Tomó entonces María, la profetisa, hermana de Aarón, un tímpano en su mano (Éxodo 15)." Nosotros también, ya cruzado el mar Rojo y hun-

dido el enemigo, debemos llevar el tímpano con María. ¿Qué es, pues, llevar el tímpano? Escucha al Señor que dice: "Quien quiera", dice, "venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Lucas 8)." Pues quien crucifica su carne con sus vicios y concupiscencias, quien mortifica sus miembros, que están sobre la tierra, absteniéndose (Gálatas 5), ese verdaderamente lleva el tímpano con María, porque se mantiene a sí mismo árido de los nocivos humores del placer terreno.

CAPÍTULO XII.

Sobre el mismo discurso.

Además, también esto se presenta no sin pertinencia. A saber, que el pueblo israelita murmuró contra Moisés en Mará, clamando, esto es, que no podían encontrar qué beber (Éxodo 15). Entonces el Señor mostró a Moisés un leño, el cual, habiéndolo él arrojado a las aguas amarguísimas, al instante se convirtieron en dulzura. Pues, ¿qué representan aquellas aguas amargas, sino la forma de la letra que mata, y de una ley dura e insípida? Pues está escrito: «El Señor estableció para su pueblo una ley y juicios, y lo probó» (Ibíd.). Y en otro lugar: «Les di preceptos no buenos y juicios por los cuales no vivirían» (Ezequiel 20). Sin embargo, si a esta ley se une la confesión de la cruz y el misterio de la pasión del Señor, lo que había sido amargo se convierte al instante en la dulzura de la inteligencia espiritual.

Se debe notar, sin embargo, según la verdad de la historia, que, una vez que el agua fue endulzada, el pueblo llegó a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras. Pues, ¿qué son las doce fuentes, sino los doce apóstoles (Mt. 10), a quienes el Señor constituyó para esto: para irrigar los áridos y desolados corazones del género humano con las inundaciones de su predicación? Y, ¿qué son los setenta árboles de palmera, sino el mismo número de discípulos, a quienes por eso envió delante de sí (Lc. 10), para que por medio de ellos el mundo reconociera las palmas de su victoria? Y ciertamente, el orden de los acontecimientos posteriores parece dispuesto de manera bastante congruente, de modo que primero el pueblo fue conducido a la letra de la ley, de la cual, ciertamente, no pudo pasar mientras fue amarga. Pero después de que fue endulzada por el leño de la vida y comenzó a ser entendida espiritualmente, el pueblo de Dios pasó inmediatamente del Antiguo Testamento a las fuentes apostólicas y a los árboles de palmera, es decir, a la gracia del Evangelio. Y es bueno que después de la recepción del Decálogo se establezca un número séptuple de predicadores, porque mediante la gracia septiforme del Espíritu Santo se cumple todo mandato de la ley divina. Y no sin razón, ciertamente, los predicadores de la cruz parecen ser designados con el nombre de palmeras, ya que la cruz misma puede con derecho ser llamada una palma; porque en ella, en efecto, se logró la victoria sobre el postrado enemigo del mundo; así como sobre la misma cruz el esposo

dice a la esposa: «Dije», dice, «subiré a la palmera y tomaré sus frutos, etc. (Cant. 7)».

CAPÍTULO XIV.

En el sermón sobre San Eleucadio.

«Al sexto día, dijo el Señor, preparen lo que traigan, y sea el doble de lo que solían recoger cada día (Éxodo 16).» En el sexto día se mandaba recoger una doble medida, para que de ella se guardara la mitad para el Sábado. Además, el sexto día se entiende como la sexta edad del mundo, en la cual ahora estamos. En este día, por tanto, recoge el doble para el Sábado venidero aquel que, en vista de la gloria celestial, donde hay un Sábado perpetuo y un verdadero descanso, oye y cumple la palabra de Dios. En este día, almacena el doble quien vive bien y muestra a otros ejemplo de salvación; o, lo que es más directo, recoge una doble medida quien tanto se afana en la buena obra, que su alma agrada a su Creador aquí, y después vive con Él perpetuamente. Por consiguiente, lo que se guardaba para el Sábado no podía corromperse; porque las buenas obras, que se hacen por el deseo del descanso celestial, permanecerán perpetuamente.

«Cuando los hijos de Israel vieron el maná que les fue dado, se dijeron unos a otros: ¿Manhu?, que significa, ¿qué es esto? A quienes dijo Moisés: Este es el pan que el Señor os ha dado para comer (Éxodo XVI).» Por tanto, comen verdaderamente el maná, es decir, «qué es esto», aquellos que, mientras leen o escuchan, indagan diligentemen-

te el misterio de la palabra divina. Estos son, en efecto, quienes se afanan por extraer la dulce médula del entendimiento espiritual de dentro de la cáscara de la paja literal. Este ciertamente se alimenta en verdad del «qué es esto», el que se ocupa en la asidua y diligente investigación de la Sagrada Escritura. Pues comemos, por así decirlo, una cierta pregunta y un «qué es esto» con la boca ávida del corazón, cuando insistimos vigilantemente en penetrar los misterios de las Escrituras, cuando rumiamos sutilmente los manjares de la elocuencia celestial.

Baste para la necesidad presente el cuidado de hoy, y no anticipe el rencor de la solicitud el día de mañana. Ciertamente, el pueblo israelita, como atestigua la historia sagrada, cuando recogía el maná, este bullía de gusanos y se pudría si alguien, obrando sin fe, reservaba algo de él para el día siguiente (Éxodo 16). Así, sin duda, para quienquiera que, encendido por el ardor de la codicia, atesora para sí sustancia terrena como para proveer de alimento a su cuerpo, para este brota aquel gusano que excava la conciencia y roe los secretos del pecho. En verdad, estos gusanos de las preocupaciones, que la avaricia engendra, preparan a su vez aquellos otros gusanos de los que está escrito: «Su fuego no se extinguirá y su gusano no morirá (Isaías 16)», de modo que enciende fuego con el fuego de la codicia, y el gusano procede del gusano. Aunque también puede entenderse no sin razón de este modo: que así como Cristo mismo, que dice: «Yo soy gusano, y no hombre (Salmo 21)», es para unos causa de

ruina y para otros de resurrección; así, no obstante, su palabra se convierte en maná y dulzura de miel para los fieles; pero para los infieles y los que viven perversamente se convierte en gusano, no ciertamente el que alimenta refrescando el alma, ni el que remuerde la conciencia desgastándola y amenazándola.

Moisés, teniendo la vara en la mano, levantó los brazos en forma de cruz (Éxodo 17): y así sucedió que venció a las huestes de las multitudes adversarias por el madero y el signo, es decir, por el pleno misterio de la cruz. Pues esto lo atestigua la sagrada historia cuando dice: «Mientras Moisés mantenía las manos levantadas, vencía Israel; pero si las bajaba un poco, prevalecía Amalec (Ibíd.).» Este hecho, ciertamente, no solo transmite un sacramento de inteligencia espiritual, sino también un ejemplo de virtud muy saludable para nosotros. Pues mientras tomamos la cruz siguiendo al Señor, mientras elevamos nuestros corazones con nuestras manos al Señor, los rectores de las tinieblas caen al instante y, postrados en lo más bajo, son aniquilados con sus fuerzas quebrantadas. Pero si bajamos las manos y, olvidados de las cosas celestiales, seguimos las terrenales, al instante el enemigo victorioso nos persigue y, perdida la victoria, somos masacrados por las espadas de los perseguidores. Ciertamente, en todo combate espiritual debemos llevar por delante el estandarte de la cruz, el cual, si lo levantamos actuando visiblemente, sin duda alguna resultamos vencedores; de lo contrario, si lo deponemos viviendo con pereza, es necesario

que caigamos sin fuerzas a los primeros ímpetus de los perseguidores. De donde también aquel insigne instructor de la milicia espiritual, Pablo, dice: «Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced sendas derechas para vuestros pies, para que el cojo no se extravíe» (Heb. 12).

Así como en el monte Sinaí el Señor propuso los edictos de la ley al pueblo israelita por medio de Moisés, así en la santa Iglesia el mismo legislador y juez promulga los mandatos de vida al pueblo cristiano por el ministerio de los sacerdotes; pues Sinaí se interpreta como 'zarza' o 'tentación'. Ciertamente, el Señor apareció de la zarza, como atestigua la Escritura, y ordenó a Moisés que llevara los mandatos a los hijos de Israel (Éxodo 3). Y en la Iglesia, Dios es sin duda percibido, tal como lo prometió al mismo Moisés cuando le rogó que se le mostrara, diciendo: «He aquí un lugar junto a mí, estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, entonces verás mis espaldas» (Éxodo 33). Pero que Sinaí también se llame 'tentación', ¿qué otra cosa debe entenderse por esto, sino que en la Iglesia, allí donde se da la ley, allí la tentación del espíritu maligno a veces surge pestilentemente, para que, a fin de violar la regla del recto juicio, unas veces se deslice la esperanza de ganancia, otras veces el rigor de la justicia sea ablandado por la alabanza o el favor de la gracia humana; otras, el rencor de la ira o del odio impulse a dañar; otras, el miedo reprima al corazón de la libertad de juzgar rectamente,

otras, la crueldad exceda la medida de una digna venganza?

"Dice el Señor a los hijos de Israel: 'Me haréis un altar de tierra' (Éxodo 20)." Hacer, pues, un altar de tierra para el Señor es esperar en la encarnación de nuestro Redentor. Pues entonces, en verdad, un don es aceptado por nuestro Dios, cuando nuestra humildad pone sobre este altar, es decir, sobre la fe de la encarnación del Señor, todo lo que obra. Por tanto, imponemos un don ofrecido sobre el altar de tierra si consolidamos nuestros actos con la fe de la encarnación del Señor. Sobre este altar se dice por medio de Isaías: "En aquel día habrá un altar para el Señor en medio de la tierra de Egipto, y un pilar junto a la frontera de su dominio, y será por señal y por testimonio para el Señor de los ejércitos en la tierra de Egipto" (Isaías 19).

«Mas si me haces un altar de piedra, no lo edificarás de piedras labradas, pues si alzas tu herramienta sobre él, será profanado (Éxodo 20).» Pues las piedras labradas son aquellos que rechazan la comunión de la sociedad fraterna; porque no quieren vivir con sus hermanos y convivir en concordia. Cristo, sin embargo, no recibe a tales hombres en su cuerpo, porque los juzga separados de la unidad de sus miembros. El altar debe más bien ser fabricado con aquellas piedras de las que dice el apóstol Pedro: «Y vosotros mismos, como piedras vivas, sois edificados como casas espirituales (I Pedro 2).» De esta casa, él es el fundamento, fuera del cual no se puede poner otro; él es la cumbre que fue hecha cabeza del ángulo.

«Harás», dice el Señor, «bases de plata, y sobre ellas erigirás tablas doradas (Éxodo 26).» ¿Qué, sin embargo, parece ser significado por las bases de plata, sino el orden de los profetas? Puesto que ellos fueron los primeros en hablar del sacramento de la Iglesia, los vemos como ciertas bases que se elevan desde el cimiento y sostienen los pesos de la estructura superpuesta. ¿Qué, en verdad, se figura por las tablas, sino los santos apóstoles, que se extendieron amplísimamente por el mundo con su predicación? Pues la doctrina de los apóstoles se apoya en la predicación profética como sobre ciertas bases, y por la autoridad de ellos se solidifica firmemente para la fortaleza de su propio estado. De ahí que se coloquen dos bases unidas bajo cada tabla, porque mientras los santos profetas concuerdan entre sí en sus palabras sobre el sacramento de la entonces futura Iglesia, edifican a los apóstoles subsiguientes que están edificando; y como no disienten de sí mismos en nada, los fijan más robustamente en sí mismos. Y no sin razón se ordena que las bases, por las cuales se significan los profetas, deban ser fundidas de plata. Pues la claridad de la plata se conserva con el uso, pero sin uso se vuelve negra. También los dichos de los profetas, antes de que fueran esclarecidos por la predicación apostólica, porque no estaban en uso para la inteligencia espiritual, permanecían como negros, ya que no podían ser vistos por su oscuridad; pero después de que la mano de la predicación apostólica limpió las profecías oscuras, toda la luz que en ellas se ocultaba se hizo clara, y puso en uso sus sentidos místicos,

porque anunció claramente que las palabras ya estaban expuestas por los hechos. Con razón, por tanto, se manda que se hagan tanto bases de plata como tablas doradas; porque, evidentemente, los preceptos apostólicos son mucho más claros que los oráculos de los profetas.

CAPÍTULO XXII.

En el sermón sobre San Mateo evangelista.

"Harás cuatro columnas y sus basas revestidas de plata (Éxodo 27)." Pues, ¿qué otra cosa se entiende en la plata sino la claridad de la palabra divina? como está escrito: "Las palabras del Señor son palabras puras, plata probada en el fuego, purificada de la tierra (Salmo 11)". Por tanto, las basas revestidas de plata sostienen las cuatro columnas del tabernáculo, porque los predicadores de la Iglesia, adornados con la elocuencia divina, para ofrecerse como ejemplo en todo, portan los dichos de los cuatro evangelistas tanto de palabra como de obra. Así pues, Mateo ocupa el primer lugar, Juan el último. Estos, ciertamente, fueron constituidos en la cumbre apostólica (*apostolico culmine*), y sobre aquellas cosas que escribieron, fueron informados presencialmente, no solo de oído, sino más bien por la vista y el tacto, como dice uno de ellos: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto, lo que contemplamos con nuestros ojos, lo que nuestras manos palparon acerca del Verbo de la vida (1 Juan 1)". Marcos y Lucas, en cambio, a quienes les corresponde el centro del catálogo evangélico, no son ciertamente apósto-

les; sin embargo, fueron instruidos por los relatos de los principales apóstoles, el uno por Pedro, el otro por Pablo. No obstante, todos los santos evangelistas son de una sola autoridad y de una sola fe, y no son en nada dispares al tejer las líneas de la sincerísima verdad; y a través de cada artículo de su descripción, erigen igualmente un baluarte inexpugnable, fortificado contra todos los dardos de cualesquiera herejías.

Se ordenó que en el racional, que el sacerdote llevaba sobre el pecho cuando entraba en el Santo de los Santos, se colocaran doce piedras, en cuatro hileras de tres, engastadas en oro, porque, ciertamente, los santos apóstoles predicaron por el orbe dividido en cuatro partes la verdad de la fe católica acerca de la Trinidad, que es Dios. Estas piedras también se llevan engastadas en oro, porque también los bienaventurados apóstoles perseveran, inviolablemente confirmados en el misterio de la sabiduría celestial. Es, por tanto, legítimo que el sacerdote, cuando entra en el santuario, lleve las doce piedras preciosas en el racional de su pecho, a fin de que todo aquel que se acerca a los sagrados altares se proponga a sí mismo los ejemplos de la rectitud apostólica; para que imitemos, en la medida de nuestras fuerzas, la vida de aquellos cuyo ministerio desempeñamos; y para que fije su mirada con el afán de santa emulación en aquellos cuyo oficio ejerce.

«Tomando Moisés el becerro de oro que habían hecho, lo quemó con fuego, lo molió hasta hacerlo polvo y, esparciéndolo en las aguas, dio de beber de él al pueblo israelita (Éxodo 32).»

Pues, ¿qué es en sentido figurado aquel becerro de fundición, sino el cuerpo del diablo, es decir, los hombres engañados en todo error de perfidia e idolatría a la vez, y unidos bajo su propia cabeza pestífera, como diversos miembros en una conspiración sacrílega; sobre los cuales, ciertamente, aquel espíritu de iniquidad, presidiendo como autor, se yergue insolentemente y, como cabeza, domina a su cuerpo mediante la tiranía? Además, se describe que el becerro era de oro, porque el rito de la idolatría parece haber sido instituido, por así decirlo, por hombres sabios. Pues por el oro se designa la sabiduría, como se dice por medio de Salomón: «Tesoro deseable hay en la boca del sabio (Proverbios 2).» Por tanto, el becerro fue de oro porque se prueba que los sabios del mundo, antes de la gracia de la nueva fe, fueron los autores del culto demoníaco. Sobre los cuales, ciertamente, dice el Apóstol: «Porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Pues profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles (Romanos 1).» Por tanto, mediante esta vanidad de una sabiduría insensata, los poetas, filósofos, magos, investigadores de los astros y los instruidos en la pericia de todas las disciplinas liberales, solían adorar las prodigiosas ficciones de los demonios. En el becerro, pues, se significó todo el cuerpo, es decir, toda la sociedad de los gentiles entre-

gados a la idolatría. Moisés, por tanto, quemó el becerro con fuego, porque nuestro Redentor, a quien él prefiguraba, encendió los corazones malvadamente conspiradores de los gentiles con la llama de su caridad. De donde Él mismo también dice: «He venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué quiero, sino que se encienda? (Lucas 12).» Y el Profeta: «No hay», dice, «quien se esconda de su calor (Salmo 18).» En la mente de los gentiles, por tanto, se enciende de repente el fuego divino, para que en ellos se disuelva la forma de la idolatría irracional. Luego, todo el cuerpo de este becerro es reducido a polvo, porque aquella sociedad gentil, ingeniosamente fundida en uno por conspiración diabólica, fue, a la venida de Cristo, golpeada como por un cierto martillo de corrección saludable y quebrantada de la dureza de su rigor por el poder de la palabra divina; pues es saludablemente pulverizada por la palabra de la verdad, la cual, malvadamente íntegra en la forma de su soberbia, parecía permanecer insensible. Luego se esparce en el agua, para que el pueblo israelita beba de ella. Finalmente, el becerro pulverizado es arrojado al agua, porque el pueblo gentil humillado necesita ser lavado en el baño de la fuente salvadora. Los israelitas beben esto en seguida, porque los santos predicadores del Evangelio, que son verdaderamente israelitas, convierten a aquellos que el cuerpo del Señor, que es la Iglesia, transfiere a sus propios miembros al recibirlos, como si los bebieran; a estos israelitas se les dijo primero: «Mata y come (Hechos 10)»; lo que es tanto como decir: Muele y bebe. Así,

así aquel becerro, por el fuego del celo, el filo de la palabra y el agua del bautismo, fue absorbido por aquellos a quienes había intentado absorber; él mismo fue transfundido en aquellos a quienes había intentado transferir a sus propios, es decir, diabólicos, miembros.

Sin embargo, puesto que Moisés no fijó el límite de su venganza en el mero hecho de destruir el ídolo, sino que además añadió que debía dar muerte a veintitrés mil hombres, enseñó místicamente que de ningún modo es suficiente que alguien se convierta del culto de la idolatría o de una vida depravada, si no se esfuerza también en mortificar sus propios vicios con la espada del espíritu. De ahí que el predicador egregio también diga: «Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: la fornicación, la impureza, la lujuria, la mala concupiscencia y la avaricia, que es el servicio de los ídolos (Col. 2; Gal. 5).» Y ha de notarse que, así como aquí se dice que los vicios son nuestros miembros, así también allí los que fueron muertos estaban unidos a sus verdugos por el vínculo del parentesco; como fue dicho por medio de Moisés: «Esto dice el Señor, Dios de Israel: Ponga cada uno su espada sobre su muslo; id y volved de puerta en puerta por en medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su prójimo (Éx. 32).» Por tanto, si a alguno le place alzarse en armas, quienquiera que anhele luchar contra las huestes enemigas, que vuelva las manos contra sí mismo y allí encontrará más adversarios que aniquilar. De donde, en efecto, tras la victoria, no incurra en

el infame nombre de homicida, sino que más bien aparezca como un glorioso triunfador; de donde, ciertamente, no merezca ser excluido de los umbrales del santuario, sino que, consagrándose a sí mismo al Señor, sea engrandecido con las bendiciones de la gracia divina; tal como se les dijo a aquellos: «Habéis consagrado, dice, vuestras manos hoy al Señor, cada uno en su hijo y en su hermano, para que se os dé una bendición (Ibíd.).» Además, en cuanto al hecho de que se refiere que los muertos fueron veintitrés mil, el número de tres mil de los muertos indica la triple forma de los pecados. Pues todo pecado lo cometemos o de obra, o de palabra, o de pensamiento. Pero como allí también se duplica el número denario, se da a entender que, así como por la culpa de la carne y del alma a la vez hemos desdeñado observar el Decálogo de los preceptos, así también debemos desgastar y mortificar los vicios de ambos con las armas de las virtudes.

CAPÍTULO XXVI.

En el primer sermón sinodal.

"He aquí un lugar junto a mí, y estarás sobre la peña, y entonces verás mis espaldas (Éxodo XXXIII)." Pero ¿cuál es este lugar, donde inmediatamente se ve al Señor sobre la peña, si no se entiende que es la santa Iglesia, donde, mientras nos apoyamos constantemente en la peña de la fe, contemplamos junto con el Apóstol la gloria del Señor? Pues esta es aquella de la que se dice:

"Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mateo XVI)".

«Hizo Moisés en el tabernáculo siete lámparas con sus despabiladeras y sus vasos, donde se extingue lo que se ha despabilado, de oro purísimo (Éx. XXXVII).» Hacemos siete lámparas en el tabernáculo si en nuestra mente disponemos los carismas del Espíritu Santo por don divino. Pero como en estas mismas santas obras, a las que nos dedicamos ardientemente por la inspiración del Espíritu Santo, se entremezclan ciertas cosas superfluas de la corrupción terrena, con las lámparas se hacen también necesariamente las despabiladeras. ¿Pues qué se designa por las despabiladeras (*emunctoria*) sino el rigor de la penitencia? Pues con la despabiladera se recorta lo que es superfluo en la lámpara, y con el rigor de la penitencia se borra la culpa de la depravación humana. De ahí que también Pedro dice a algunos que perpetraban cosas superfluas: «Arrepentíos, pues, para que vuestros pecados sean borrados (Hch. II)», como si dijera abiertamente: Empuñad la despabiladera y amputad el exceso de la obra malvada. Con razón, por tanto, se hacen las despabiladeras junto con las lámparas, porque aunque nos esforcemos por resplandecer con la luz de las buenas obras por la gracia del Espíritu Santo, mientras la corrupción humana genere cosas superfluas, necesitamos los remedios de la penitencia. Pero puesto que es necesario que el llanto de un corazón contrito extinga estas mismas cosas superfluas que la disciplina de la penitencia recorta, no sin motivo se recuerda que

Moisés hizo, además de las lámparas y las despabiladeras, también vasos, donde se extinguiera lo que se había despabilado. Nuestros vasos, sin embargo, son nuestros corazones, que deben estar siempre llenos de una inundación de lágrimas y llanto; en cuyos vasos, ciertamente, se guarda también aquel aceite del que se dice en el Evangelio: «Las vírgenes prudentes tomaron aceite en sus vasijas con sus lámparas (Mt. XXV).» Si, por tanto, incluso aquellos que resplandecen con obras preclaras todavía necesitan de llanto, ¿qué ha de pensarse de mí, miserable, y de los que son como yo, que hemos cometido muchas cosas tenebrosas y no tenemos bienes que luzcan? ¿Con qué abundantísimos ríos de lágrimas deberíamos siempre fluir, en qué continuo pesar habría sido necesario afanarse incesantemente?

Aquí terminan los testimonios del libro del Éxodo.

1. Ofrecerá un novillo del rebaño, macho y sin defecto, ante la puerta del tabernáculo del testimonio. 2. Que en todo sacrificio se ha de mezclar sal; pero levadura, o miel, nunca. 3. El sacerdote tomará un puñado de la flor de harina, que está rociada con aceite, y todo el incienso que se ha puesto sobre la flor de harina, y lo quemará. 4. En el altar, Moisés entraba y salía frecuentemente del tabernáculo de la alianza. 5. Que Nadab y Abiú, hijos de Aarón, ofrecieron fuego extraño delante del Señor y fueron consumidos por el fuego divino. 6. Con qué vestiduras debe Aarón vestirse cuando entra en el tabernáculo. 7. El pontífice ofrecerá un macho cabrío vivo y,

puestas ambas manos sobre su cabeza, confesará todas las iniquidades de los hijos de Israel. 8. No ofreceréis al Señor ningún animal que tenga los testículos magullados, o aplastados, o cortados. 9. Que las siete lámparas ardan continuamente en el tabernáculo de la alianza delante del Señor. 10. Comeréis lo más viejo de lo viejo, y lo viejo desecharéis cuando llegue lo nuevo.

Aquí terminan los capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

"Ofrecerá un ternero del rebaño, macho y sin mancha, ante la puerta del tabernáculo del testimonio (Levítico 1)." Pues por el ternero, que se manda ofrecer del rebaño, se prefigura a nuestro Redentor, que descendió de la progenie de los patriarcas. Él, en verdad, con el arado de su cruz domó la tierra de nuestra carne y, con la semilla del Espíritu Santo, nos enriqueció con el fruto de las virtudes (Isaías 53). Este ternero sin mancha era ofrecido por los hijos de Aarón no en el tabernáculo, sino ante su puerta, porque también el Señor, que no tiene pecado, fue crucificado bajo Anás y Caifás fuera de la puerta. Él es el cordero, que quitó los pecados del mundo (Juan 1). Él es el cabrito, que degolló al autor del pecado, el diablo, con la espada de la cruz (Salmo 3). Él es la paloma, en cuya especie, ciertamente, el Espíritu Santo descendió sobre Él en las aguas del Jordán. Él es también la tórtola, porque es el autor de la castidad perpetua, como le dice la esposa: "Hermosas

son tus mejillas como las de la tórtola (Cantares 1)."

CAPÍTULO II.

En el discurso de las vírgenes.

«Toda oblación que se ofrezca al Señor se hará sin levadura, ni se quemará nada de levadura ni de miel en el sacrificio del Señor (Levítico 2).» Pues quienquiera que busca ya sea destinar el botín a una obra de piedad, o parece realizar alguna buena obra por causa de la vanagloria, este no intenta ofrecer el pan ázimo de la sinceridad y la verdad, sino el fermento de la malicia y la iniquidad. El Señor tampoco aprueba el sacrificio de miel, porque condena el placer de la lujuria y toda la dulzura de la seducción carnal. Se manda, sin embargo, añadir sal a todas las oblaciones, para que cualquier cosa que ofrezcamos al Señor sobre el altar de un corazón devoto, nos esforcemos siempre en sazonarla con el sabor de la razón y del entendimiento. Pues dice: «Cualquier cosa que ofrezcas en sacrificio, la sazonarás con sal, y no quitarás la sal de la alianza de tu Dios de tu sacrificio (Levítico 2).» Y para inculcar más estrictamente lo que decía, y para que nuestra mente no se volviera acaso alguna vez neciamente insípida, dice de nuevo, repitiéndolo: «En toda oblación tuya ofrecerás sal (Ibid.).» Esta es claramente aquella sal de la que habla el Apóstol: «Andad con sabiduría para con los que están fuera, redimiendo el tiempo. Vuestra palabra sea siempre con gracia, sazonada con sal, para que

sepáis cómo debéis responder a cada uno (Colosenses 4).» Y de esta sal dice también el Señor: «Si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada?» (Mateo 5). Y hablando de la cual a los discípulos, dice: «Vosotros sois la sal de la tierra (Ibid.).»

"Tomará el sacerdote un puñado de la flor de harina, que está rociada con aceite, y todo el incienso que está puesto sobre la flor de harina, y lo quemará en el altar, en memoria de un olor suavísimo para el Señor (Levit. VI)." Pues, ¿qué se designa por la flor de harina sino la santa Iglesia de los elegidos? La cual, ciertamente, mientras es reunida de los miembros de los creyentes que se congregan, es, como la flor de harina, compuesta de muchos granos de trigo. Y así como la flor de harina es molida entre dos muelas para que el salvado sea separado de la harina de trigo candeal, así, como entre las dos muelas de la Ley, a saber, y del Evangelio, la santa Iglesia es oprimida, para que la superficie de la letra sea discernida de la médula del espíritu. La cual Iglesia, a saber, como verdadera flor de harina espiritual, cuando ha sido unida por el agua del Bautismo, rociada con el óleo del crisma, y también consolidada por el fuego del Espíritu Santo, es, según el Apóstol: "Hostia bien agradable y perfecta para Dios (Rom. XIII)". Mas por el incienso, que se dice puesto sobre la flor de harina, se designa la oración de la misma Iglesia, como se muestra en el Apocalipsis de Juan, cuando dice: que "las copas llenas de perfumes son las oraciones de los santos (Apoc. V)".

«Moisés entraba y salía frecuentemente del tabernáculo de la alianza (Éxodo XXXIII).» Pues, ¿qué significa que él entre y salga a menudo del tabernáculo, sino para dar un ejemplo: que aquel que interiormente es arrebatado en la contemplación, exteriormente es frecuentemente urgido por los asuntos de los débiles? Interiormente, considera los secretos de Dios; exteriormente, lleva las cargas de los carnales. Quien también en los asuntos dudosos recurre siempre al tabernáculo y consulta al Señor ante el arca de la alianza, sin duda está ofreciendo un modelo a los gobernantes: que cuando exteriormente duden qué disponer, acudan siempre a su mente como si fuera el tabernáculo, y consulten al Señor como ante el arca de la alianza, buscando dentro de sí mismos las páginas de la sagrada elocuencia sobre aquello en lo que dudan. De ahí que la Verdad misma, manifestada a nosotros por la asunción de nuestra humildad, dedica las noches a la oración en el monte (Lucas VI), pero de día resplandece en las ciudades por los signos de los milagros; preparando así un camino de imitación para los buenos gobernantes, para que, si ya aspiran a contemplar las cosas más altas, se mezclen sin embargo, por compasión, con las necesidades de los débiles, porque entonces la caridad se eleva admirablemente a las alturas cuando misericordiosamente se inclina hacia lo más bajo del prójimo, y cuanto más benignamente desciende a lo más bajo, con más fuerza vuelve a lo más alto.

«Tomando Nadab y Abiú, hijos de Aarón, sus incensarios, pusieron en ellos fuego e incienso

encima, ofreciendo ante el Señor un fuego extraño, que no les había sido mandado; y salió fuego de delante del Señor y los devoró, y murieron delante del Señor (Lev. X)». Pues, ¿qué es para los sacerdotes ofrecer a Dios un fuego extraño, sino acercarse a los sacrosantos altares inflamados por el ardor de la lujuria? Y aunque la Escritura dice: «No apaguéis el Espíritu (I Tes. V)», estos, en cuanto de ellos depende, extinguen el Espíritu Santo, que en ellos debía arder, y ofrecen un fuego extraño, al acercarse al altar del Señor ardiendo en la llama de la lujuria; pero de repente se enciende sobre ellos el fuego de la furia divina, por el cual son terriblemente consumidos, como atestigua la Escritura, que dice: «Y ahora un fuego consume a los adversarios (Hebr. X)». Y ciertamente es justo que quienes, estando manchados, se acercan a los sagrados altares, perezcan por la espada de la venganza divina; diciendo el Señor a Moisés: «Enseñaréis a los hijos de Israel a guardarse de la inmundicia; y no morirán en sus inmundicias, cuando hayan contaminado mi tabernáculo, que está entre ellos (Lev. XV)».

CAPÍTULO VI.

En un sermón sobre San Jorge.

'Se vestirá la túnica de lino,' dice el Señor, 'y cubrirá sus partes vergonzosas con calzones de lino, se ceñirá con un cinturón de lino y se pondrá en la cabeza una tiara de lino.' Porque estas son vestiduras santas, con las cuales se vestirá después de haberse lavado (Lev. 16).' Pues todo

aquel que en el tabernáculo de Cristo, que es la Iglesia, se esfuerza por sacrificarse a sí mismo a Dios, es necesario que, después de ser lavado en el lavacro de la fuente sagrada, se vista también con las diversas vestiduras de las virtudes, como está escrito: 'Vístanse tus sacerdotes de justicia (Sal. 131);' de modo que quien renace como hombre nuevo en Cristo por el bautismo, no vista ya túnicas de piel, es decir, indicios de mortalidad, sino que, depuesto el hombre viejo, se revista del nuevo, y viva renovado en él por el afán de una vida pura. Y ha de notarse que todas aquellas vestiduras se describen como de lino. Pues el lino, en efecto, se lleva a la blancura con trabajo, y la vida de las virtudes no se adquiere bajo el torpor de la pereza, sino más bien en el ejercicio de una disciplina laboriosa.

Se le ordena al pontífice por la ley que ofrezca un macho cabrío vivo de este modo: que, puestas ambas manos sobre su cabeza, confiese todas las iniquidades de los hijos de Israel y todos sus delitos y pecados, los cuales, imprecando sobre su cabeza, lo envíe al desierto (Lev. XVI). Mas, ¿qué es que el macho cabrío sea sometido a ambas manos del pontífice, sino que el Hijo del hombre, viniendo en semejanza de carne de pecado por la voluntad de Dios (Rom. VIII), fuera abrumado por la persecución de ambos pueblos, a saber, el judío y el gentil? Ciertamente, Aquel que había venido a liberar a ambos pueblos del yugo del diablo, quiso someterse a las manos de ambos. En verdad, ¿qué significa que, tras la confesión e imprecación de todas las iniquidades de los hijos

de Israel sobre su cabeza, el macho cabrío es enviado al desierto, sino que Aquel que cargó con nuestros pecados, que soportó las maldiciones de la ley, inmediatamente llevó de vuelta al desierto, donde había dejado a las noventa y nueve, a la centésima oveja? (Mat. XVIII). De donde también el Apóstol dice: «Para librarnos», dice, «de la maldición, él mismo se hizo maldición» (Gál. III).

«Todo animal que tenga los testículos magullados, o aplastados, o cortados y arrancados, no lo ofreceréis al Señor (Lev. XXII).» Por tanto, si Dios odia con tanto aborrecimiento la esterilidad en los animales brutos, que se le ofrecen por el ministerio sacerdotal, ¿cuánto más la desprecia en los sacerdotes, que le ofrecen el sacrificio a Él, a saber, para que, así como en aquellos se exige el fruto de la carne, así los sacerdotes engendren en otros la descendencia de la castidad.

«Manda a los hijos de Israel, dijo el Señor a Moisés, que te ofrezcan aceite de olivas purísimo y luciente para preparar las lámparas continuamente fuera del velo del testimonio en el tabernáculo de la alianza; y Aarón las colocará desde la tarde hasta la mañana delante del Señor con culto y rito perpetuo en vuestras generaciones; sobre el candelabro purísimo se colocarán siempre en la presencia del Señor (Lev. XXIV).» Mas ¿qué se significa por las siete lámparas en el tabernáculo, sino las siete Iglesias en el único pueblo cristiano, en las cuales, ciertamente, se manda que el aceite arda sin cesar, porque en ellas la caridad sincera, que es dada por el Espíritu Santo, debe arder con el fuego del doble amor, y brillar siempre con

obras claras y conspicuas? Pero como sin duda hay una sola Iglesia católica y universal, como se dice por Salomón: «Una es mi paloma, la única de su madre (Cant. VI).» ¿cuál es la razón por la que en las sagradas elocuciones se dice que las Iglesias son siete, sino porque la que es una por la unidad de la fe, es septiforme por el mismo número de dones del Espíritu Santo? Pues estas son aquellas siete mujeres que, según el vaticinio del profeta, tomaron un solo marido (Isai. IV). Y el marido de la Iglesia es Cristo. Claramente, con este aceite del Espíritu Santo se sazonan todos los alimentos de las Sagradas Escrituras, para que las entrañas de nuestras almas se nutran. Este aceite, infundido en los banquetes vitales de la elocuencia celestial, es sabroso en la garganta del alma, cuyo estómago también recrea, y cuyo gusto endulza para quien lo percibe. Pues está escrito: «La letra mata, mas el espíritu vivifica (II Cor. III).» De donde se ha de saber que todas las páginas de los sagrados volúmenes están sazonadas con el aceite del Espíritu Santo.

CAPÍTULO X.

En la epístola a Hildebrando y Esteban.

«Comeréis lo antiquísimo de lo viejo, y lo viejo desecharéis cuando llegue lo nuevo (Levítico 26).» Ciertamente, para nosotros es lo más antiguo contemplar a los primeros hombres del Señor en el paraíso; pero es viejo para el pueblo israelita observar el rito de la circuncisión y de los sacrificios y los mandatos de diversas ceremonias. Así

pues, comemos lo antiquísimo de lo viejo con la boca de la mente cuando, a semejanza del primer padre, contemplamos la imagen de Dios. Pero desechamos lejos las cosas viejas cuando llegan las nuevas, mientras que, resplandeciendo la gracia del Evangelio, no nos preocupamos por la observancia de la ley mosaica.

Aquí terminan los testimonios del libro del Levítico.

AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS NÚMEROS.

1. Aplica la tribu de Leví, y hazla estar en presencia de Aarón, y darás como don los levitas a Aarón y a sus hijos. 2. Que el pueblo, recogiendo el maná, lo molía en la muela o lo machacaba en el mortero, y hacía de él tortas. 3. Congrégame setenta hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo. 4. Yendo los exploradores hasta el torrente del Racimo, cortaron un sarmiento con su uva, el cual llevaron en una vara dos hombres. 5. Igualmente, de la misma fuente que el anterior. 6. Tomando Aarón el incensario, corrió por en medio de la multitud, a la que el fuego devastaba. 7. Manda a los hijos de Israel que te traigan una vaca roja, de edad íntegra, sin mancha, que no haya llevado yugo. 8. Abre tu tesoro, fuente de agua viva, para que, saciados, cese su murmuración. 9. Oíd, rebeldes e incrédulos. ¿Acaso de esta roca podremos sacaros agua? 10. Que el Señor envió serpientes entre el pueblo a causa de su murmuración. 11. Que Israel envió mensajeros a Sehón diciendo: Te ruego que

me permitas pasar por tu tierra. 12. Que la ciudad principal del reino de Sehón se llama Hesbón. 13. Toma a todos los príncipes del pueblo y cuélgalos en patíbulos contra el sol, para que mi furor se aparte de Israel. 14. Que la tribu de Leví llegó a la tierra de la promesa, mientras las demás tribus fueron postradas en el desierto. 15. Que Zelofejad, al morir, no dejó hijos, sino solamente cinco hijas. 16. Sobre las ocho festividades que el Señor mandó observar a lo largo de cada ciclo del año. 17. Armad de entre vosotros hombres para la batalla, que puedan buscar la venganza del Señor sobre los madianitas. 18. Que los hijos de Israel, llegando a la fuente del Juicio, que es Cades, mataron a todos los príncipes de Amalec y a los amorreos. 19. Que Israel, en cuarenta y dos etapas, llegó al principio de la heredad.

Aquí terminan los capítulos.

AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS NÚMEROS.

«Acerca, dijo el Señor a Moisés, la tribu de Leví, y haz que esté en presencia de Aarón, el sacerdote, para que le sirvan». Y más adelante: «Y darás como don los levitas a Aarón y a sus hijos, a quienes han sido entregados por los hijos de Israel (Núm. III)». Ciertamente, ¿quién dudaría que Aarón y sus hijos tuvieron el derecho de los pontífices? Y, en verdad, ¿quién no sabe que la tribu de Leví prefiguró el orden de los clérigos? Por tanto, los levitas son entregados como don a Aarón y a sus hijos por los hijos de Israel, así como de todo el pueblo cristiano se toma el

orden clerical para las vigilias del culto eclesiástico y, para que asistan y sirvan, son ofrecidos a sus pontífices. Pero quienquiera que es siervo de la riqueza, aborrece los ritos de la disciplina eclesiástica. Y no se ha de pasar por alto lo que allí mismo se añade: «Yo, dice el Señor, he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todo primogénito que abre el seno materno entre los hijos de Israel, y los levitas serán míos (Núm. III)», para que quede claramente manifiesto que el orden de los clérigos es el peculio (*peculium*) de Dios omnipotente, así como Dios mismo es la herencia especial de los clérigos. Pero aquel a quien Dios no le basta como herencia, ignora qué podría saciarlo, porque una furiosa codicia ciega el ojo de su mente.

"El pueblo iba de un lado a otro, y recogiendo el maná, lo molía en un molino, o lo machacaba en un mortero, lo cocía en una olla y hacía con él tortas con sabor como de pan de aceite (Núm. 11)." Además, hemos pasado, por así decirlo, a través de muchas tinajas en la bodega del Señor, para poder llegar a la única aceitada, como a una vasija de aceite. Finalmente, el maná, del que vivía el pueblo israelita, designaba la sagrada elocuencia, por la cual se nutre y se fortalece la religión cristiana. El cual ciertamente está verdaderamente aceitado, porque está rociado con la unción mística del Espíritu Santo. Pero debe notarse que el mismo maná, que en el libro de los Números se dice que era aceitado, en el Éxodo se lee que no tenía sabor de aceite, sino más bien de miel: «Su sabor», dice, «era como de harina con

miel (Éx. 16)». ¿Qué significa que aquel alimento angélico se diga primero que exhibió la dulzura de la miel, y después que ofreció la suavidad no de la miel sino del aceite, sino que nuestro Redentor, autor y fundador de todas las Sagradas Escrituras, a quien ciertamente aquel maná principalmente prefiguraba, antes de su pasión exhibió, como la miel, la dulzura de los milagros, y después de su ascensión derramó, como el aceite, el Espíritu Santo sobre sus discípulos? (Hch. 2). Pues parece haber ofrecido la dulzura como de miel, mientras resplandeció con señales y prodigios; pero haber dado la suavidad del aceite cuando difundió sobre sus apóstoles los dones del Espíritu Santo Paráclito. Este orden, ciertamente, lo mantuvo Moisés congruentemente, cuando en el Deuteronomio, acerca de la piedra —que era también, no obstante, maná— cantó típicamente: «Chuparon», dice, «miel de la peña, y aceite de la dura roca (Deut. 32)». Sobre este aceite de la unción mística, la esposa dice al esposo en los Cantares: «Ungüento derramado es tu nombre (Cant. 1)». El nombre del esposo se afirma que es, en verdad, un ungüento derramado, porque así como de crisma viene Cristo, así consecuentemente de Cristo se dice cristiano.

CAPÍTULO III

En el Libro 'Gratissimus'.

«Congrégame —dijo el Señor— a setenta varones de los ancianos de Israel, de los que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus maestros, y los

llevarás a la puerta del tabernáculo de la alianza, y harás que estén allí contigo, para que yo descienda y te hable, y tomaré de tu espíritu y se lo daré a ellos (Nm. XI).» Aquí debe notarse que no dice: «tomarás de tu espíritu y se lo darás a ellos»; sino más bien: «tomaré y daré», para mostrar claramente que no es el hombre quien da el Espíritu Santo al hombre, sino que solo Él es quien, según su voluntad, distribuye los dones de su gracia. De ahí que un poco después se añade: «Y descendió el Señor en una nube y le habló, tomando del espíritu que estaba en Moisés y dándolo a los setenta varones (Ibíd.).» Además, se dice que el Señor dio a los varones del espíritu de Moisés para que se enseñara claramente que tanto los que ordenan como los ordenados deben tener un solo espíritu, de modo que los rectores de la Iglesia de ninguna manera piensen de forma diversa entre sí —de donde, ¡Dios no lo quiera!, pudieran surgir pestilentemente cismas o herejías—, sino que todos enseñen concordemente una sola cosa y vivan unánimemente en la unidad del espíritu. Además, así como aquellos setenta que el Señor ordenó después de los apóstoles (Lc. X), y asimismo estos mismos a quienes quiso que sostuvieran con Moisés la carga del pueblo, prefiguraban el tipo de los presbíteros; así, no obstante, Moisés primero, y después los apóstoles, parecen haber obtenido la dignidad de los pontífices; y, así como ni aquellos pudieron recibir el Espíritu Santo de los apóstoles ni estos de Moisés, así también debe entenderse sin duda alguna acerca de los obispos y los demás órdenes de la dignidad eclesiástica: a

saber, que el único Dios omnipotente, que los distinguió por diversos grados de órdenes mediante la dispensación de su gobierno, también Él solo, como Él mismo sabe, difundió la gracia de su Espíritu en cada uno. Pues en aquella dación del Espíritu, Moisés no pudo arrogarse para sí ningún otro privilegio que el que la voz divina le mandó, a saber, que eligiera a los varones y, llevándolos a la puerta del tabernáculo, estuviera con ellos; esta es la suma de la obra de Moisés. ¿Qué, por tanto, de su propio poder pudo reconocer Moisés en este don de Dios, cuando, además, dos de los que habían sido inscritos, según atestigua la Escritura, se quedaron en el campamento y no vinieron al tabernáculo, y sin embargo, sin que él lo supiera, recibieron el espíritu igual que los demás? Ciertamente, en el hecho de que se dice que algo fue tomado del espíritu de Moisés y dado a otros, debe creerse que Moisés no sufrió ninguna pérdida de su propio espíritu: así como la luz puede ser tomada por cualquier materia de una lámpara encendida, la lámpara no sufre por ello detrimento alguno de su propio esplendor.

«Yendo los exploradores de Israel hasta el torrente del racimo, cortaron un sarmiento con su racimo, el cual llevaron en una vara dos hombres (Núm. XIII).» Los dos hombres, a saber, son dos pueblos, el judío y el gentil. Estos pusieron el racimo en la vara, porque suspendieron al Salvador en la cruz. Pero el que iba delante no miraba lo que llevaba; el que seguía lo contemplaba. Y el pueblo de los judíos, que nos precedió en el tiempo, no pudo ver al Señor, a quien había

llevado en los profetas y en la ley, pues siempre apartó el rostro de la obediencia; el pueblo gentil, en cambio, que sigue, lo contempla asiduamente como si estuviera puesto ante sus ojos.

CAPÍTULO V.

En un sermón sobre la Natividad de Santa María.

Aquel racimo de uvas que los exploradores llevaron en una pértiga desde la tierra de promisión a los hijos de Israel (Números 13) significaba claramente a este mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, quien da testimonio de sí mismo en el Evangelio, diciendo: «Yo soy la vid verdadera» (Juan 15). Pues con dos portadores colocados a cada lado, uno, a saber, yendo delante y el otro siguiendo, el racimo era llevado en medio; porque nuestro Redentor, mientras es predicho que ha de venir por los Padres del Antiguo Testamento, pero es anunciado que ya ha venido por los predicadores del Nuevo, es llevado como un racimo en una pértiga, para que las mentes de los fieles se enciendan para tomar posesión de la tierra de la promesa celestial. Pues la pértiga llevada sobre los hombros de los portadores es la ley divina impuesta sobre las cervices de los hombres, cuyas partes aquel racimo intermedio unió; porque nuestro Salvador, «que de ambos pueblos hizo uno» (Efesios 2), unió los mandamientos de la ley y de los profetas con la doctrina evangélica. Pero el que iba delante no veía con sus ojos lo que llevaba sobre sus hombros; mientras que el que seguía, contemplaba

siempre su carga. Por tanto, por aquel que iba delante se designa al pueblo de los judíos; pero por aquel que seguía, no sin acierto se significa la multitud de los gentiles. Pues el primero llevó a Cristo sobre sus hombros, por así decirlo, a través de las páginas de la Sagrada Escritura, pero como no lo reconoció presente en la carne, impedido por la oscuridad de su propia infidelidad, en cierto modo le dio la espalda a su rostro; mas el segundo que le sigue lo contempla, porque el pueblo gentil reconoce manifiestamente a su Redentor, en quien cree fielmente. También puede entenderse, no sin acierto, por la tierra de promisión el mismo cuerpo de la beatísima Madre de Dios, del cual nuestro Redentor, como un singular racimo de uvas, quiso germinar humanamente, según aquello que está escrito: «La verdad ha brotado de la tierra» (Salmo 84). Y con razón la carne de la beatísima Virgen es llamada tierra de promisión, la cual, mucho antes de que diera a luz al Salvador del mundo, fue prometida de muchas maneras por los profetas. Ella verdaderamente manó leche y miel, cuando dio a luz a Dios y hombre con su virginidad intacta. De donde también se dice por el profeta Isaías: «He aquí que la virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emmanuel. Comerá mantequilla y miel, para que sepa desechar el mal y escoger el bien» (Isaías 7).

"Tomando Aarón el incensario, corrió por en medio de la multitud que el fuego devastaba y, de pie entre los muertos y los vivos, ofreció el incienso, y así cesó la plaga que se ensañaba (Num.

XVI)." ¿A quién, en verdad, significaba este Aarón, sino a nuestro Redentor? Pues Él, ya que 'se regocijó como un gigante para recorrer el camino' (Sal. XVIII), habiendo tomado el incensario de su pasión, corrió entre los muertos y los vivos, y por la interposición de su cruz —en la cual fue consumido el incienso de su sagrado cuerpo y fue asado aquel Cordero celestial— separó a los vivos y a los muertos, y, como un cierto muro interpuesto, apartó de ellos la perdición del fuego, para que la llama voraz devore a todos los infieles, de quienes está escrito: 'Ahora un fuego consume a los adversarios, y los justos, que viven por la fe, escapan del incendio de la condenación' (Heb. X). De estos muertos y vivos, se sabe que los primeros frutos fueron los mismos ladrones entre los cuales fue crucificado el Señor, de los cuales uno fue elegido y el otro, reprobado por el mérito de su perfidia. Así pues, este incienso del sacrificio saludable y singular, que fue ofrecido a Dios Padre en el altar de la cruz, lo llevó aquella montaña de fortaleza entre los muertos y los vivos, cuando derramó la fragancia de su conocimiento a través de los fieles y los infieles. De ahí aquello que está en el Cantar de los Cantares: 'Tu nombre es un ungüento derramado' (Cant. I). Y el Apóstol: 'Pero gracias sean dadas a Dios, que siempre nos lleva en triunfo en Cristo Jesús, y manifiesta siempre por nosotros en todo lugar la fragancia de su conocimiento, porque somos para Dios el buen olor de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden; para unos, ciertamente, olor de muerte para muerte, para otros, olor de vida para vida' (II Cor. II).

«Manda a los hijos de Israel que traigan una vaca roja, de edad perfecta, sin mancha, que nunca haya llevado yugo (Núm. 19).» La novilla roja es, ciertamente, la carne del Salvador, sonrosada, a saber, por la sangre de la pasión. Ciertamente, el Señor llegó a su pasión en la edad perfecta; pero el yugo de pecado alguno no rozó su cuello. Quienes ofrecen la novilla son impuros; y quienes crucifican a Cristo, por quien el mundo es lavado, ellos mismos se manchan de modo condenable. Pero el que, recogiendo la ceniza, la arroja fuera del campamento, es puro; porque quienes predican el misterio de la cruz y de la pasión del Señor por la anchura del mundo, se purgan del contagio de los pecados por el ministerio de la edificación fraterna.

«Abre, Señor, tu tesoro, la fuente de agua viva, para que, saciados, cese su murmuración (Núm. 20).» Pues no describiría con palabras tan magníficas y divinas un elemento, a saber, que fluye de las cavernas de la tierra y que luego ha de ser evacuado por los conductos de las cloacas. ¿Acaso fue digno llamar a unas aguas viles el tesoro de Dios? Sino que sin duda llama tesoro de Dios a aquello de lo que dice el Apóstol: «Porque en el pecho de Jesús están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2).» También afirma que es la fuente de agua viva aquello de lo que se dice: «El que beba del agua que yo le daré, se convertirá en él en una fuente de agua que brota para la vida eterna (Jn. 4).» De otro modo, ¿con qué consecuencia de la razón diría: «Para que, saciados, cese su murmuración», cuando

después el mismo pueblo, murmurando, dice: «¿Por qué nos sacaste de Egipto para morir en el desierto? Falta el pan, no hay agua (Éx. 14)»; y otras muchas cosas que, en tumultuoso arrebato, vomitó con prodigiosa demencia. Pero Moisés, afectado por el hastío de tan dura y sediciosa multitud, implora ansiosamente el advenimiento del Salvador: así como también lo había pedido entonces, cuando decía: «Te ruego, Señor, que envíes a quien has de enviar (Éx. 4).»

"Congregada la multitud ante la peña, Moisés dijo: 'Oíd, rebeldes e incrédulos, ¿acaso podremos sacar agua para vosotros de esta peña?'" (Núm. 20). Como si dijera: No somos capaces de hacer aquello que está por encima de las fuerzas de la humanidad, porque vosotros no consentís en cumplir lo que es humano. Ni podemos mostrar un signo por el poder de la divinidad, porque nunca dejáis de oponeros a Dios mediante la contumacia de la rebelión. Pues, a causa de los pecados del pueblo, desconfió de poder hacer de nuevo lo que él mismo ya había hecho —a saber, cuando en Cades produjo abundantísimas aguas golpeando la roca de sílex—; y por eso, prohibiéndolo el Señor, de ningún modo introdujo a ese mismo pueblo en la tierra de la promesa. "Mas aquella roca, según el Apóstol, era Cristo" (1 Cor. 10:4). Así pues, la vara se acerca a la roca de sílex, y se produce agua para que los pueblos la beban. La cruz es aplicada a Cristo, y todos los corazones de los creyentes son regados por la gracia del Espíritu Santo. Pues esta es la piedra de la que se dice por medio de Zacarías: "Sobre una sola pie-

dra hay siete ojos" (Zac. 3:9). Pero el hecho de que golpeara la peña sin creer, y por ello no llegara a la tierra prometida con el pueblo, significa al pueblo de los judíos, el cual, al no creer que Cristo era el poder de Dios, ciertamente lo suspendió en el madero, y por ello no mereció entrar en la tierra de los vivientes.

CAPÍTULO X.

En el mismo sermón.

«Murmurando una vez el pueblo contra Moisés, y diciendo: 'Falta el pan, no hay aguas, nuestra alma ya siente náuseas por este alimento tan ligero'; entonces el Señor envió entre ellos serpientes ardientes. Y cuando, movidos por la penitencia, pidieron perdón, por mandato del Señor, Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso como señal; y cualquiera que había sido mordido, al mirarla, era sanado al instante (Números XXI).»

Ciertamente, por el consejo de la serpiente el hombre cayó en la muerte; pero el bronce se encuentra más duradero que los demás metales. Así pues, la serpiente de bronce prefiguró al Señor, que ahuyentó el veneno de la sugestión diabólica infundido en nosotros. Y fue apropiada una serpiente de bronce, para que por la serpiente se significara el que murió, y por el bronce, el Señor eterno. Pues Aquel que soportó el suplicio de la cruz en su humanidad, vive perpetuo e impasible en su divinidad.

Además, la serpiente de bronce tiene la semejanza de una serpiente, pero no tiene el veneno de una serpiente. Y nuestro Redentor apareció en la semejanza de la carne de pecado, pero el veneno del pecado no pudo tener lugar en Él, puesto que «Él no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca» (I Pedro II).

Tampoco debe pasarse por alto que, de manera muy apropiada, aquella estación donde ocurrieron estos hechos se llama Salmona, que se interpreta como 'pequeña imagen'; porque allí, ciertamente, en la forma de esta serpiente de bronce, se expresó la imagen de nuestro Salvador. De donde también el mismo Salvador dice: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan III).

Rectamente, pues, se pone la serpiente de bronce como señal, y el pueblo que la mira es liberado de la mordedura de las serpientes, porque cualquiera que fija su mirada en el Salvador, que fue suspendido en la cruz, con deseo de imitación, escapa inmediatamente a todo el veneno y a las mordeduras letales de la antigua serpiente. Y ha de notarse que se dice que aquella serpiente fue puesta como señal. Pues también Simeón el justo, cuando el Señor fue llevado al templo, profetizando dijo: «He aquí que este está puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y como señal a la que se contradirá» (Lucas II).

Pues nuestro Redentor fue puesto como señal de contradicción, porque había de padecer en la

cruz por la salvación del género humano. A esta cruz, ciertamente, contradijo toda la sabiduría del mundo, pero finalmente, vencida, sucumbió ante el Rey de la gloria que triunfaba por medio de ella, como se dice en los Hechos de los Apóstoles: «Pero en cuanto a esta secta, sabemos que en todas partes se la contradice» (Hechos XXVIII).

CAPÍTULO XI.

En un sermón de S. Cristóbal.

«Israel envió mensajeros a Seón, diciendo: Te ruego que me permitas pasar por tu tierra; no nos desviaremos hacia los campos y las viñas; no beberemos las aguas de los pozos, caminaremos por la vía real hasta que pasemos tus confines (Núm. 21).» Él no quiso conceder que Israel pasara por sus territorios; más bien, como atestigua la misma sagrada historia, habiendo reunido su ejército, Seón salió a su encuentro en el desierto, y vino a Jahaz [Iasa] y luchó contra Israel, por quien fue herido a filo de espada, y su tierra fue poseída por Israel. Pero lo que entonces fue hecho históricamente bajo Moisés, se hace cotidianamente bajo Cristo por el sacramento de la milicia espiritual. Pues aquel pueblo prefiguraba entonces esta batalla, porque ahora la santa Iglesia combate continuamente contra el diablo. Seón, en efecto, tiene una doble interpretación. Se dice que significa *árbol infructuoso*, y también se dice que significa *altivo*. Pues, ¿quién es este altivo, quién es este soberbio, sino aquel Espíritu réprobo que dice: «Subiré al cielo, sobre los astros del

cielo exaltaré mi trono; subiré sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo»? (Is. 14). ¿Quién, digo, es este altivo, sino aquel de quien dice la Escritura: «Porque él es rey sobre todos los hijos de la soberbia»? (Job 41). Hasta el punto de que, según el Apóstol, «se sienta en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios (2 Tes. 2).» Pero que él mismo sea un árbol infructuoso no necesita exposición, puesto que él mismo, como leño seco, está destinado a los fuegos eternos. Este Seón, por tanto, es rey de los amorreos, quienes a su vez se interpretan como *los que conducen a la amargura*. Pues cualesquiera que están sujetos al espíritu maligno por una vida réproba y obedecen las leyes de su dominio, son ciertamente habladores, pero no sabios. Es decir, muchos amantes del mundo, mientras están vacíos de sabiduría terrena, son elocuentes por el encanto de la retórica exterior. De quienes se dice por Salomón: «Todo el trabajo del hombre está en su boca, pero su alma no se saciará (Ecl. 6).» Mas el reino de los santos no está en la palabra, sino en la virtud. Pero los que son elocuentes, son también los que conducen a la amargura, porque, así como todos los santos destilan la miel de la elocuencia celestial, así cualesquiera réprobos ofrecen a sus oyentes el veneno de la astucia terrenal y la amargura. Pues a los primeros se les dice en la persona de la santa Iglesia: «Panal que destila son tus labios, esposa (Cant. 4).» Quienes también, en la figura de la misma Iglesia, cantan a coro: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel y el panal a mi boca!» (Sal.

118). De cuyo doctor dice también la esposa en los Cantares: «Su garganta es dulzura, y todo él es deseo (Cant. 5).» Pero de los segundos, por el contrario, se dice: «Porque con sus lenguas obraban engañosamente; veneno de áspides hay bajo sus labios (Sal. 13).» Donde pronto sigue: «Cuya boca está llena de maldición y de amargura (Ibid.).»

De donde también el Señor se queja por el profeta de que aquella viña se había convertido en amargura (Is. 5; Jer. 2); la cual, ciertamente, después ofreció la amargura del vinagre y de la hiel a aquel de quien mucho antes había recibido una tierra de leche y miel (Deut. 11). De estos habladores, pues, o de los que conducen a la amargura, Seón es el rey, quien es afirmado como altivo, porque el diablo, autor de la soberbia, reina sobre los vanilocuentes y amargos amantes de este mundo. De donde también es llamado príncipe de este mundo (Jn. 12, 14), es decir, de aquel mundo del que dice Juan: «El mundo está puesto en la maldad (1 Jn. 5).» Y el Señor promete enviar a sus discípulos aquel Espíritu que este mundo no puede recibir (Jn. 14). Dice, pues, Israel a Seón: «Permítenos pasar por tu tierra; no nos desviaremos a los campos y a las viñas (Núm. 21).» Nosotros, claramente somos nosotros, quienes deseamos pasar por este mundo a la tierra de los vivientes. Nosotros, digo, queremos avanzar humildemente por los confines del rey soberbio hacia la patria de la promesa divina. Y como hebreo se interpreta como *el que pasa*, nosotros que somos discípulos de aquel «que no habitó, sino que pasó haciendo el bien y sanando a todos

los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él (Hch. 10),» prometemos no habitar nunca con el rey Seón, sino que nos comprometemos a avanzar solamente por la vía real. Pero, ¿cuándo prometimos estas cosas al rey Seón? ¿Cuándo le dimos repudio a su cohabitación? ¿Cuándo pactamos con él un pacto de división eterna?

Recordemos, pues, el día del sagrado bautismo; traigamos a la memoria el mismo comienzo de nuestra nueva regeneración, y allí encontraremos que, sin duda, hemos renunciado al diablo y a todas sus pompas y obras. Que cada uno de los fieles recuerde cuándo se acercó por primera vez a la fuente del lavatorio salvífico, cuándo recibió por primera vez los sellos de la fe. ¿Acaso no usó, por el catecismo del oficio sacerdotal, estas palabras con las que significaría que rechazaba los deseos letales de este mundo y profesaba que abdicaba por completo de la comunión con la sociedad diabólica? Y esto es lo que se prefigura en las palabras de la historia, que Israel no se desviará, ni al campo del rey Seón, ni a la viña, ni promete beber de ninguna manera de su pozo. Por el campo, ciertamente, se entiende el ejercicio de la obra; por la viña y el pozo, se entiende la copa de las artes vanas, a saber, de la astrología, la magia, la necromancia y todo lo que dogmatiza algo vano o sacrílego contra la piedad de la fe católica. Sobre cuyas pestilentes copas el Señor se queja contra un pueblo perverso por medio de Jeremías, diciendo: «Dos males ha hecho mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas rotas, que no pueden

contener aguas (Jer. 2).» De las cuales también se dice por Salomón: «Las aguas robadas son más dulces (Prov. 9).» Pero Israel tiene sus propias fuentes: «En las iglesias», dice, «bendecid a Dios el Señor, desde las fuentes de Israel (Sal. 67).» Por tanto, que rechace las aguas del soberbio Seón, que desprecie las corrientes de los dogmas heréticos, y que «saque aguas con gozo de las fuentes del Salvador (Is. 12).» Pues el que abrió las fuentes y los torrentes (Sal. 73), él dice en el Evangelio: «El que beba del agua que yo le daré, de su vientre correrán ríos de agua viva (Jn. 7).» Pero que también camine por la vía real, como ha prometido: «Caminaremos», dice, «por la vía real.» ¿Y cuál es la vía real, sino aquella que dice: «Yo soy el camino»? (Jn. 14). Él también, en el mismo momento de su pasión, se declara rey, cuando dice: «Tú dices que yo soy rey (Jn. 18).»

Prometimos, pues, al soberbio rey Seón no beber sus corrientes, no desviarnos a sus campos o viñas, caminar por la vía real, esto es, apresurándonos hacia Cristo por él mismo, abstenernos de todas las pompas y obras del diablo. Pero aquel altivo Seón reúne su ejército y no permite que Israel tenga paso por sus territorios. Pero, ¿quién es aquel pueblo que Seón reúne contra Israel, sino todos los réprobos que persiguen a la Iglesia? Entre estos están los tiranos, duques y príncipes del mundo, que o bien oponen a los hombres católicos los obstáculos de la contradicción mediante la pravedad herética, o se esfuerzan por infligir tormentos a los santos mártires. Pero, ¿qué hace Israel ante esto? Interroguemos a la historia:

«Vino», dice, «a Jahaz [Jasa], y luchó contra él (Núm. 21).» Por quien Seón fue herido a filo de espada, y su tierra fue poseída desde el Arnón hasta el Jaboc [Jeboc]. He aquí que el soberbio, he aquí que el altivo entró en combate, pero quebrantado cometió y perdió, se lanzó a las armas y sucumbió. El que no quiso dar paso, perdió la vida, y mientras desdeñó conceder el tránsito por la vía pública, perdió su propio principado de gloria real. Pero Israel, que no obtuvo el paso, alcanzó los derechos de posesión hereditaria; y a quien no se le permitió pasar, hizo de la vía una patria.

Pero, ¿dónde, pregunto, hermanos míos, dónde se llevó a cabo esta victoria? ¡Feliz lugar, en verdad, que mereció ver el triunfo de tanta gloria! ¿Dónde, digo, venció Israel al rey soberbio? En Jahaz. Ahora bien, Jahaz se interpreta como *el cumplimiento del mandato*. Y nosotros, si guiados por Dios llegamos a este lugar, sin duda venceremos al diablo, que es cabeza y origen de la soberbia. Pues entonces vencemos al diablo, cuando cumplimos los mandatos de nuestro Redentor, aunque vencer al diablo es lo mismo que cumplir los mandatos divinos. Pues, mientras quebramos las seducciones de la carne, mientras luchamos contra las perversas pasiones de nuestras entrañas, mientras nos sometemos al imperio del mandato divino, y no guardamos nuestros propios deseos sino sus mandatos, entonces sin duda derrotamos al príncipe del mundo y al autor de toda maldad. Entonces se cumple en nosotros aquella oración apostólica, cuando se dice: «Y el

Dios de la paz aplaste a Satanás bajo vuestros pies (Rom. 16).» Y el Señor nos concede lo que prometió: «He aquí que os he dado potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará (Lc. 10).» Pero como Seón representa al antiguo enemigo, y su pueblo a todos los réprobos, o a los perseguidores de la Iglesia, que fueron postrados por las armas de Israel, es decir, por los santos predicadores, ¿con qué filo fueron traspasados, con qué espada, finalmente, fueron muertos? Pero escucha al Apóstol, el jefe de la milicia espiritual, y un esforzado guerrero de la batalla interior: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; y alcanza hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de las médulas, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Heb. 4).» Aquel jefe y autor de contiendas y Señor de los guerreros desenvainó esta espada de división cuando decía: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada (Mt. 10).» Has oído de la espada que divide; oye consecuentemente la división misma: «Porque he venido a poner en disensión al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Ibid.).» Con esta espada, por tanto, fue muerto Seón, y todo su ejército fue postrado en una matanza común, porque, ciertamente, por la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. 6), tanto el diablo cayó, como el pueblo sujeto a él se apartó de la vida de su infidelidad.

Por tanto, como la Escritura afirma que fueron muertos a filo de espada, no es incongruente decir de ellos que fueron muertos por la espada de la boca. Y cuando el Señor dice «que el príncipe de este mundo será echado fuera (Jn. 12),» tan pronto como Seón es echado fuera, inmediatamente Israel, es decir, la santa Iglesia, se propaga por toda la anchura del mundo; pues tan pronto como la infidelidad, con su príncipe, se extingue y se derrumba, la fe de la Iglesia triunfante se expande: y los que hasta entonces habían sido exiliados, se convierten en poseedores después de la victoria. De donde también se dice a la misma Iglesia por Isaías: «Tu pueblo también será todo justo, heredarán la tierra para siempre (Is. 47).» De cuyo pueblo también dice después: «Y habitarán, y plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas (Is. 65).» Además, el mismo profeta anuncia manifiestamente que la santa Iglesia debe extenderse por las tierras de los gentiles: «Ensancha», dice, «el lugar de tu tienda, y extiende las pieles de tus tabernáculos; no escatimes, alarga tus cuerdas y consolida tus estacas (Is. 54).» Pero por qué debe hacer estas cosas, lo revela cuando añade: «Porque te extenderás a la derecha y a la izquierda, y tu descendencia heredará a los gentiles (Ibid.).» Por lo tanto, toda la tierra de Seón cayó en la herencia de Israel; pues cuando el príncipe de este mundo es echado fuera, traspasado por la espada de la palabra divina, la santa Iglesia universal se extiende por los confines de ese mismo mundo. Y no creo que deba pasarse por alto lo que se dice,

que su tierra fue poseída desde Arnón hasta Jaboc [Jaboc].

Arnón, por tanto, que es el principio del reino de Seón, se interpreta como *sus maldiciones*. Pues todo el mundo, que antes del advenimiento del Salvador estaba oprimido bajo el imperio del diablo, tenía su origen en una maldición, porque ignoraba al autor de la bendición; de quien ciertamente se dice por el Profeta: «El legislador dará una bendición (Sal. 83).» De donde también dice el Apóstol: «Porque todos los que son de las obras de la ley, están bajo maldición (Gál. 3).» ¿Acaso no teníamos nuestro principio en una maldición, de quienes se dice: «Éramos», dice, «por naturaleza hijos de ira, como también los demás (Ef. 2).» Pero el fin de aquel reino es Jaboc, que se interpreta como *lucha*. Pues es necesario que todos los que quieran salir del reino del diablo y escapar de sus confines, toleren los combates de las tentaciones que se presentan. Pero si alguno ha competido legítimamente, y habiendo luchado virilmente ha vencido, ya no será Jaboc una ciudad de Seón, sino una ciudad de Israel; no, es decir, el que es Israel en la carne, ni judío en lo manifiesto, sino el que es Israel en Cristo, circuncidado de corazón, no de carne.

CAPÍTULO XII.

En una epístola al obispo V. y a sus canónigos, sobre la contención de los cinco sentidos corporales

La ciudad principal del reino de Sehón se llama Hesbón, que ciertamente se interpreta como

"pensamientos"; por lo cual se da a entender que la mayor parte del poder diabólico reina en los pensamientos. Pues por Sehón se figura el espíritu de la maldad; pero Hesbón es transferida del dominio de Sehón a la jurisdicción de los israelitas cuando nuestro pensamiento, que se había hinchado con la peste de la soberbia, se inclina por la gracia de una severa humildad al juicio de su propia reprensión, de modo que, lo que antes se había exaltado arrogantemente, ahora, juzgando y examinando diligentemente sus propias cosas, lo reprende con humildad. En Cades, pues, que es "fuente de juicio", derribamos a los amalecitas y a los amorreos con la espada devoradora; porque entonces abatimos la barbarie de todos los vicios, entonces vencemos invictísimamente a las potestades aéreas, si vivimos inocentemente y, sin embargo, nos juzgamos reos y sujetos a los pecados, diciendo con el Apóstol: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1)". Y entonces Hesbón, que dijimos se interpreta como "pensamientos", es forzada a pasar al dominio de los israelitas; cuando nuestra mente es transferida de la soberbia o de toda concupiscencia terrena al amor del reino de los cielos. Pues la lucha de los pensamientos nunca puede faltar a los soldados de Cristo, puesto que la rectitud de nuestra obra no nos libra si la mente, armada de virtudes, no se resiste a sus propios malos pensamientos. Ciertamente, a los seguidores de la ley antigua les bastaba con obrar rectamente solo en lo exterior; pero a nosotros, tronando terrible-

mente el Evangelio, se nos manda que, mientras nos despojamos de las obras malas, luchemos también vigilantemente contra los pensamientos. "Habéis oído", dice, "que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mat. 5)". De aquí que se diga que Juan el Bautista, por quien se expresa la ley antigua, tenía un cinto de cuero en sus lomos (Mat. 3). Nuestro Salvador, que es el autor del Evangelio, fue visto por Juan en medio de los siete candelabros de oro, vestido con una túnica talar y ceñido al pecho con un cinto de oro (Apoc. 1). ¿Qué es, pues, el cinto de cuero alrededor de los lomos, sino lo que se dijo a los antiguos: "No cometerás adulterio"? (Éx. 20). ¿Y qué es el cinto de oro sobre el pecho, sino lo que se dice a los seguidores de la fe cristiana: "Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón"? (Mat. 5). De aquí también se manda por la voz divina a través del profeta: "Lava, oh Jerusalén, tu corazón de la malicia. ¿Hasta cuándo morarán en ti los pensamientos nocivos?" (Jer. 4). Y en otro lugar: "He atendido", dice, "y he escuchado, nadie habla lo que es bueno (Jer. 8)". Y Salomón dice: "El santo espíritu de la disciplina huirá del fingido, y se apartará de los pensamientos que son sin entendimiento (Sab. 1)". Tomemos, pues, la espada del espíritu, y luchemos implacablemente contra las cuñas de los pensamientos que nos infestan.

Cuando aquel pueblo israelita se inició a Belfegor en el desierto, y había caído vergonzosamente

con las prostitutas de Moab, el Señor, airado con furor contra Israel, dijo a Moisés: «Toma a todos los príncipes del pueblo y cuélgalos en patíbulos de cara al sol, para que mi furor se aparte de Israel (Nm. XXV).» ¿Qué es esto, que el pueblo cae en la vorágine de la lujuria y se ejerce venganza sobre sus jefes? ¿Los súbditos delinquen y los príncipes son colgados en patíbulos? Ciertamente, uno es el que peca, y otro el que es azotado. ¿Por qué esto, sino porque la culpa de los súbditos redunda en oprobio de los superiores, y el extravío de las ovejas se atribuye a la negligencia del pastor? Y ved cuán temible es la condición de los que presiden, que son castigados no solo por sus propias ofensas, sino también por las de sus súbditos. Moisés los reprende, porque la ley de Dios los acusa de negligencia y de torpor. Los cuelga de cara al sol, porque son sacados para ser examinados y son argüidos por la luz: «Pues todo el que obra el mal, como dice el Señor, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas; pero el que obra la verdad, viene a la luz (Jn. III).» En efecto, viene a la luz quien desvela sus secretos a través del acceso de una confesión pura.

«Este es el número de los hijos, que fue registrado por Moisés y el sacerdote Eleazar, entre los cuales no hubo ninguno de los que antes habían sido contados por Moisés y Aarón en el monte Sinaí. Pues el Señor había predicho que todos morirían en el desierto (Nm. XXVI).» Con estas palabras de la historia, se muestra claramente que, mientras los demás fueron postrados en el desierto, la tribu de Leví llegó a la tierra de la

promesa sana y salva. Por tanto, quienquiera que haya podido situarse en el orden de los sacerdotes o levitas, quienquiera que no haya querido adquirir con los demás hombres una porción hereditaria del lote en la tierra, sino que se contente con poseer únicamente al Señor con la tribu de Leví, este ciertamente no muere en el desierto de este mundo; sino que merece entrar vivo e incólume en la tierra de la promesa. Aquel, pues, que desee alcanzar las promesas de los Padres, que desdeñe poseer una porción de la herencia en la tierra con la tribu de Leví. Pues el que por las cosas terrenas se arroja a la tierra, el que confía en gozar largamente allí donde la Pascua debe celebrarse con amargura y pasarse rápidamente, diciendo: «Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea (Lc. XII)»; no sin causa merece oír: «Necio, esta noche te pedirán tu alma; y lo que has preparado, ¿de quién será?» (Ibid.) Este, por tanto, no es destruido de día, sino de noche, como los primogénitos de los egipcios. Ciertamente, quien no despreció a Egipto, sino que ofreció obediencia a los príncipes de las tinieblas, quienes también reclaman su alma de noche, porque odió la luz y no alcanzó la verdad de la justicia.

CAPÍTULO XV. EN LA EPÍSTOLA AL OBISPO V. Y SUS CANÓNIGOS, QUE TRATA SOBRE LA CONTENCIÓN DE LOS CINCO SENTIDOS DEL CUERPO.

Quienquiera que, por el oficio de la predicación que le ha sido encomendado, incita a otros

a luchar, pero él mismo no lucha, es semejante a aquel que hace estrépito con los clangores de la trompeta, pero no se atreve a entrar en combate cuerpo a cuerpo. Este, por tanto, no engendra el sexo viril, pues es un padre cobarde. A este ciertamente lo significó aquel Salfaath, quien al morir no dejó un hijo, sino cinco hijas (Núm. 27). Pues Salfaath se interpreta como *sombra en su boca*. Porque quienquiera que predica cosas fuertes y vive débilmente, para no parecer vil, se oculta como bajo las hojas de un discurso honesto; se esconde bajo la sombra de su propio discurso, ya que no avanza al campo de batalla por la cobardía de su propio letargo. Este, por tanto, en lo que a él respecta, no engendra una prole viril, sino femenina, y esta en número de cinco, ya que educa a sus seguidores no para la fortaleza de la audacia espiritual, sino para el ocio de una vida innoble. Y como no se cuida de imbuirlos en la diligencia del combate espiritual, los obliga a servir a los asuntos exteriores, como si fueran los cinco sentidos del cuerpo.

CAPÍTULO XVI. EN LA EPÍSTOLA AL OBISPO V. Y SUS CANÓNIGOS; QUE TRATA SOBRE LAS OCHO FESTIVIDADES DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

Se lee que el Señor instituyó ocho solemnidades principales a lo largo de cada ciclo del año en la ley antigua. Estas festividades, en verdad, son comunes a nosotros y a ellos, según la diversidad de los tiempos. Pues son de ellos por el rito de la

observancia carnal; pero no menos son nuestras por el sacramento de la inteligencia espiritual.

La primera de sus festividades es, ciertamente, el sacrificio perpetuo, que se manda ofrecer en días continuos a las horas matutinas y vespertinas (Núm. 28). Aquel, sin duda, celebra la solemnidad del sacrificio perpetuo al Señor que persevera asiduamente en las meditaciones de la palabra celestial. Y porque la mañana de nuestra luz es la ley y los profetas; pero el atardecer de esta luz, en cuanto al orden de los tiempos, es el Evangelio; como dice el Apóstol: «Nosotros, a quienes han llegado los confines de los siglos (1 Cor. 10)»; y el mismo David: «La elevación de mis manos, como sacrificio vespertino (Sal. 140)». Ofrece siempre al Señor un sacrificio matutino y vespertino quien, sacrificándose a sí mismo de los negocios seculares, se ocupa asiduamente en las meditaciones de las nuevas y antiguas Escrituras. O bien, inmolamos continuamente al Señor un sacrificio matutino y vespertino cuando le damos dignas acciones de gracias por nuestra redención y, temiendo su terrible juicio, ya nos presentamos temblando como ante sus tribunales.

Después del sacrificio perpetuo, se sitúa el Sábado, es decir, para que se descanse de toda ejecución de obra servil. Para un cristiano, sin embargo, guardar un sábado espiritual es descansar de la laboriosa codicia de las cosas temporales, esforzarse únicamente en los estudios de las oraciones y las lecturas, arrojar el peso de los negocios seculares del cuello de la mente, dedicarse con toda la intención del corazón a la con-

templación de las cosas celestiales, despreciar los deleites de la carne, gozar con alegría espiritual solo en la esperanza de las cosas celestiales. Pues de esto dice el Apóstol: «Queda, por tanto, un reposo sabático para el pueblo de Dios (Heb. 4)». Aquel, además, celebra verdaderamente el sábado del Señor que descansa de las obras que son del mundo, de tal manera que, sin embargo, no descansa de los actos espirituales. De donde dice la Verdad: «¿O no habéis leído que los sacerdotes en el templo profanan el sábado y están sin culpa?» (Mat. 12). Quien, por tanto, cesa de los trabajos de las acciones seculares y se ocupa en las obras del servicio divino, ese celebra el sábado de la religión cristiana; este no hace obra servil, porque se guarda de la perpetración del pecado. «Porque el que comete pecado, esclavo es del pecado (Juan 8)». Este no enciende fuego en su casa, porque extingue toda la yesca de los vicios y las chispas de la ira y la enemistad de la morada de su mente, guardándose de aquel fuego del que está escrito: «Andad a la luz de vuestro fuego y de la llama que habéis encendido (Is. 50)». Este, finalmente, no lleva peso en el camino, porque aligera su corazón por la penitencia de los escombros de las iniquidades que lo agobian. De las cuales se dice por el Profeta: «Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y como carga pesada se han agravado sobre mí (Sal. 37)». Y poco después: «Me he encorvado y me he humillado hasta el extremo (Ibíd.)». Este, además, residiendo en su lugar, no avanza más, porque pone a Cristo como fundamento para sí, en quien,

ciertamente, construye una morada firmísima para su descanso. Él mismo es el lugar del que está escrito: «Los hijos de tus siervos habitarán allí (Sal. 101)». Él es el fundamento del que se dice que «nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Cristo Jesús (1 Cor. 3)».

Pero la tercera festividad es la de la Neomenia, es decir, de la luna nueva. Se dice entonces que la luna se renueva cuando se une al sol, para ser reparada por él para concebir un esplendor como de una luz perdida. «El sol de justicia es Cristo». La luna, por su parte, es primero la santa Iglesia universal, y luego cada alma fiel, iluminada por los rayos de aquel que es el esplendor de la gloria y la figura de su sustancia (Heb. 1). Por lo tanto, cuando cualquier alma santa se une verdaderamente en amor a su Redentor, cuando finalmente se acopla a él como en un tálamo nupcial por el pegamento de un deleite íntimo, entonces sin duda celebra la solemnidad de la Neomenia, al presentarse reformada por la luz celestial a la mirada de sus hermanos, como dice el Apóstol: «El que se une al Señor, es un solo espíritu (1 Cor. 6)». Pues si en todas estas cosas solo se acepta aquel rito externo de las solemnidades, parece que ninguna utilidad puede conferírsenos de ellas, sino que más bien deben ser juzgadas como supersticiosas y frívolas. De ahí que el Apóstol diga: «Nadie, pues, os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir (Col. 2)». Por lo tanto, lo que entonces era sombra de lo venidero para el judío, ahora es exhibición de

lo presente para el cristiano; y lo que a ellos se les dio bajo ceremonias externas, para nosotros se ha convertido en instrumento de inteligencia espiritual. Pues entonces celebramos la Neomenia, es decir, el nacimiento de la luna nueva, cuando nos despojamos del hombre viejo y nos revestimos de la novedad de una vida santa.

En cuarto lugar, entre ellos se sitúa la festividad pascual, en la cual ahora entre nosotros «aquel Cordero que quita los pecados del mundo (Juan 1)», es inmolado para la salvación de todo el mundo. Pues «nuestra pascua, que es Cristo, ya ha sido sacrificada (1 Cor. 5)». A esta se une la festividad que se llama de los Ázimos, en la que se ordena que toda levadura sea arrojada de todas las casas; festividad que, ciertamente, que debe ser mencionada junto con la Pascua, celebramos verdaderamente si arrojamos la levadura de la malicia y la maldad del tabernáculo de nuestro corazón, y guardamos los ázimos de la sinceridad y la verdad (Ibíd.). Hay que tener cuidado, por tanto, de que no haya en nuestras mentes una sombra de engaño, la corrupción de la levadura, una caverna de mentira, sino que más bien florezca en la casa de nuestro pecho la integridad de la pureza y la solidez de la verdad.

Después de esta, sigue aquella festividad que se llama de las Primicias, cuando, es decir, se ofrecen las primicias de los nuevos frutos. Pues cuando se llega a la madurez de las cosechas, entonces, en la perfección de los buenos frutos, se celebra una festividad a Dios, autor de los bienes. Nosotros también celebramos las solemnidades

de las Primicias si, primero surcando el campo de nuestro corazón con el arado de la disciplina, esparcimos las semillas de las virtudes, para que después cosechemos el trigo de la buena obra. De donde se dice por el profeta: «Roturad para vosotros un campo nuevo, y no sembréis entre espinos (Jer. 4)». Del buen agricultor, dice Salomón: «El que labra su tierra, levantará un gran montón de frutos, y el que obra la justicia, él mismo será exaltado (Ecli. 20)». Del obrero negligente, el mismo dice también: «Pasé por el campo del hombre perezoso, y por la viña del hombre necio, y he aquí que todo lo habían llenado las ortigas; las espinas habían cubierto su superficie, y la cerca de piedras estaba destruida (Prov. 24)». Y de nuevo: «Prepara», dice, «tu obra afuera, y cultiva diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Ibíd.)». Pero quienquiera que renueva su hombre interior de día en día, según la sentencia del Apóstol, quienquiera que surca su corazón con los azadones del terror divino, este no siembra sobre espinas, sino sobre tierras nuevas, para cosechar una mies de céntuplo rendimiento. De donde dice el Apóstol: «Porque el que siembra en el espíritu, del espíritu segará vida eterna (Gál. 6)». Qué frutos se recogen en esta vida del espíritu, el mismo enumera diligentemente en otro lugar, diciendo: «Mas el fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad (Gál. 5)». Quienquiera, por tanto, que recoge estos frutos dentro

del granero de su mente, este sin duda celebra saludablemente la solemnidad de las Primicias.

Luego sigue la festividad del séptimo mes, que se llama del Clamor, o de las Trompetas. Pues así como entre los días el séptimo se llama Sábado; así no menos entre los meses, el que es séptimo se llama Sábado de los meses, e incluso Sábado de los sábados. ¿Pero qué es ese clamor de trompetas, al que debemos rendir fiestas anuales, sino la doctrina evangélica y apostólica, que, como un trueno celestial y una trompeta terrible, nos llama a la preparación de la milicia espiritual, y nos insta a que luchemos sin tregua por los campamentos del Emperador eterno contra los espíritus de la maldad? ¿Quién es, por tanto, el que celebra legítimamente la fiesta de las trompetas o del clamor, sino el que se esfuerza por encerrar las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento en el arsenal de su mente, y por encomendar siempre los preceptos celestiales a una memoria tenaz? Así, a los que celebran debidamente estas fiestas se les dice por el Profeta: «Tocad la trompeta en la luna nueva, en el día señalado de vuestra solemnidad (Sal. 80)».

Después de esta está también aquella festividad que se celebra el décimo día del séptimo mes, en la cual se manda a los judíos que aflijan sus almas. Nosotros también celebramos debidamente esta solemnidad, cuando castigamos nuestra carne con la maceración del ayuno, cuando nos reprimimos bajo la estricta custodia de la disciplina, cuando, finalmente, crucificamos las insolentes seducciones de las pasiones carnales,

cuando desgastamos nuestro cuerpo por el Señor con trabajos y penalidades, cuando inmolamos al hombre interior por los lamentos de la compunción y las lágrimas. Por lo tanto, al celebrar nosotros esta festividad de este modo, se nos vuelve propicio aquel a quien Dios propuso como propiciador por la fe en su sangre.

La octava, que es también la última solemnidad, se llama *Scenopegia*, esto es, de los tabernáculos, la cual, ciertamente, comienza a celebrarse el decimoquinto día del mismo séptimo mes. Pues Dios se alegra en ti, cuando te ve como peregrino y exiliado, y te contempla habitando no en las casas de tu patria, sino en los tabernáculos del exilio. «Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Heb. 13)». Pues mientras aquí somos vistos por la mole del cuerpo, habitamos en el cielo por el afán de la intención; cuando, como ciertos viajeros y advenedizos, recorremos todas las cosas presentes con desprecio de la mente, pero nos apresuramos a la patria celestial con ansiosos pasos de deseo, entonces es celebrada por nosotros espiritualmente la Scenopegia, que antiguamente entre ellos se realizaba carnalmente por las ceremonias del rito legal. Además, esta festividad comienza el decimoquinto día del séptimo mes y, como se celebra durante ocho días, termina sin duda el décimo día antes de las calendas de octubre. Pues se dice en el libro de los Números: «El día decimoquinto del mes séptimo, que será para vosotros santo y venerable, no haréis en él ninguna obra servil, sino que celebraréis una so-

lemnidad al Señor durante siete días (Núm. 29)». Y un poco después añade: «El día octavo, que es celebérrimo, no haréis en él ninguna obra servil (Ibíd.)».

CAPÍTULO XVII.

En una epístola al obispo V. y sus canónigos, sobre los cinco sentidos del cuerpo.

«Armaos, dice Moisés, de entre vosotros hombres para la batalla, que puedan buscar la venganza del Señor sobre los madianitas. Y habiendo luchado contra los madianitas, como narra la sagrada historia, y habiendo vencido, mataron a todos los varones y a sus reyes, Evi, y Requem, y Zur, y Hur, y Reba, los cinco príncipes de la nación (Núm. XXXI)». Evi, ciertamente, se interpreta como *bestial* o *ferino*. Así pues, a este rey lo atravesamos en nosotros con espada espiritual cuando arrancamos de nosotros las costumbres ferinas, cuando cercenamos de nuestro pecho la rabia de la ira bestial. Pues, diciendo el Señor: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mt. V)», ¿cómo podrás obtener la bienaventuranza de los mansos, si no refrenas en ti la ferocidad del espíritu bestial? Requem, en cambio, o, como se dice en la antigua traducción, Rocón, se interpreta como *vacuidad*. ¿Y qué otra cosa es todo lo que se hace en el mundo por la concupiscencia del mundo, sino lo que dice la Escritura: «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad»? (Ecl. I). Pues la vanidad, en efecto, produce vanidades, y esas mismas vanidades hacen

la vanidad, mientras que tanto el mundo, que es transitorio, hace vanos a los hombres a quienes engaña, como los hombres convierten en vanidad al mundo, que aman locamente. Por tanto, a este rey lo aniquila el soldado de Dios, lo abate el verdadero israelita, si no hace nada superfluo, nada vanamente, o que no pertenezca al asunto, sino que se esfuerza por cumplir los mandatos de la ley divina con seriedad y racionalmente. El tercer rey de los madianitas, por su parte, se llama Zur; lo que ciertamente se interpreta como *muro* o *robusto*, o también *angustia*. ¿Qué, en verdad, debe entenderse por 'muro' o 'robusto', sino la obstinación o la terquedad de una mente dura? Y que se diga que también se interpreta como 'angustia' no se aleja mucho del vicio de la dureza, puesto que quienquiera que es duro y obstinado para perdonar las deudas a su prójimo, se ve constreñido por la estrechez de mente, mientras no se dilata por ninguna amplitud de caridad. De esta caridad, ciertamente, se dice por el Profeta: «Ancho en extremo es tu mandato (Sal. XI)». O también puede entenderse así, que a la dureza de la mente sigue la angustia de la condenación. De donde se dice por Salomón: «Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso; pero el que es de mente dura, caerá en el mal (Prov. XXVIII)».

Además, el cuarto rey de los madianitas se llama Hur, que se interpreta como *irritación*. Ves, por tanto, que los nombres de los reyes son sombras e imágenes de los vicios. Pues quienes introducen cargas pesadas por sus puertas, ciertamente clamorosas desde fuera, las trasvasan

por las entradas de sus sentidos a los secretos de sus corazones, sin duda irritan a Dios, a quien evidentemente provocan con estas cosas a infligir la sentencia de venganza. De donde está escrito: «Los simuladores y los astutos provocan la ira de Dios (Job XXXVI)». Y de quienes a menudo se dice a Ezequiel: «Porque es una casa rebelde (Ez. II)»; y el Salmista: «¿Por qué, oh Dios, ha vituperado el enemigo, provoca el adversario tu nombre hasta el fin?» (Sal. LXXIII). Reba, en cambio, que se dice *ordenado*, no procede aquí de otra manera sino para que se entienda dicho por ironía o antífrasis, de modo que quien se dice ordenado es, por el contrario, desordenado y confuso. Pues toda persona viciosa, aunque en la superficie finja tener un orden de vida recta, sin embargo, revuelve en su corazón la oscuridad de un pensamiento confuso y desordenado. Por los cinco reyes de los madianitas, por tanto, se significan los cinco sentidos del cuerpo; porque todo vicio que reina en el cuerpo depende de estos cinco sentidos del cuerpo. Ellos, por tanto, deben ser entonces extinguidos por nosotros y cercenados con espadas, cuando se levantan en guerra contra nosotros, cuando no cesan de escandalizarnos. ¿Acaso no manda el Señor que estos reyes sean extinguidos y muertos con la espada del espíritu, cuando ordena que se arranque el ojo que escandaliza, cuando manda que se corte la mano o el pie? «'Mejor es', dice, 'entrar en la vida con un solo ojo, o tullido, que teniendo dos ojos, pies y manos ser arrojado al infierno (Mt. V)'». Estos son claramente los reyes de los madianitas; y Madián se

interpreta *del juicio*. Pues quienesquiera que no son regidos como reyes por el espíritu, sino que obedecen a los sentidos de la carne, testifican que no pertenecen a la misericordia sino al juicio, así como se dice de cualquier incrédulo: «Pero el que no cree, ya está juzgado (Jn. III)». Pero, por el contrario, de aquel que oye la palabra del Salvador, se dice: «Que no viene a juicio, sino que pasa de la muerte a la vida (Jn. V)». Más bien, cada uno debe esforzarse en ejercitarse en obras santas, en procurar purificarse y santificarse en todo. Solamente que no cese de acusarse y juzgarse a sí mismo en esto. Pues quien se juzga a sí mismo perfectamente, no espera el juicio. Pero juzgarse a sí mismo perfectamente es tanto no hacer cosas reprensibles, como retractar tímidamente aquellas cosas que se han hecho irreprensiblemente. Además, quienquiera que hace esto, él verdaderamente aniquila a los reyes de los madianitas, derriba a los príncipes de los amalecitas y excluye de sí todas las plagas de los vicios.

De aquí que la misma sagrada historia testifique: «Puesto que los hijos de Israel, habiendo salido, llegaron a la Fuente del juicio, esto es, Cades; y mataron a todos los príncipes de Amalec y a los amorreos, que habitaban en Tharansem». Cades, por su parte, se interpreta como 'santificación' (sanctificatio). Así pues, en Cades, que es la Fuente del juicio, matamos espiritualmente a la vez a los amalecitas y a los amorreos, cuando nos esforzamos por santificar nuestra vida con obras pías y, sin embargo, nos juzgamos a nosotros mismos como culpables y reprensibles. Aunque nos

esforcemos por vivir siempre de modo irreprensible, no por ello dejamos de acusar nuestras obras mediante el cuidado de un examen estricto. Y ha de notarse que la Fuente del juicio y Cades, que se llama 'santificación', son un único y mismo lugar, porque, ciertamente, toda persona justa se acusa a sí misma mientras vive santamente, y al juzgarse o acusarse se santifica más y más. De este modo, por tanto, la vida de los santos es reprendida en sus propios pensamientos y, no obstante, se halla irreprensible en sus obras.

CAPÍTULO XIX.

En la epístola a Hildebrando.

«En cuarenta y dos estaciones llegaron los hijos de Israel, hasta el principio de la toma de su heredad (Núm. 33)». El principio de la toma de su heredad fue donde Rubén y Gad, y la media tribu de Manasés, recibieron la tierra de Galaad en posesión. Además, así como ellos ascendieron a través de cuarenta y dos estaciones, así nuestro Salvador descendió al Egipto de este mundo a través de otros tantos padres. Y si ya entendemos cuánto misterio contiene este número, a saber, el de la ascensión humana y la descensión divina, comencemos ya a ascender por aquello por lo que Cristo descendió, y a edificar para nosotros aquella primera estación, que él tuvo por última. Pues si alguien viniera a nosotros a través de cualesquiera lugares, para que, volviendo pronto, nos condujera por los mismos lugares, donde él termina, nosotros comenzamos el viaje; y donde

él había comenzado, nosotros terminamos. Es decir, la primera generación de Cristo comenzó en Abrahán; la última, en cambio, como postrera estación, terminó en la Virgen. Y como Abrahán se interpreta como 'padre excelso', nosotros comenzamos este viaje desde el parto de la Virgen, para que, recorriendo sucesivamente los lugares siguientes de las estaciones, lleguemos finalmente a Dios, es decir, al Padre excelso. Así pues, el parto de la Virgen es lo primero que se nos presenta a nosotros, que queremos salir de Egipto, ya que, creyendo que el Verbo de Dios hecho carne vino a este mundo, y habiendo dejado todas las cosas caducas y transitorias, descansamos en aquel lugar, en él colocamos la morada de nuestro descanso y esperanza. Después de esto, si nos esforzamos por perfeccionarnos y por ascender a todos y cada uno de los grados de la fe y de las virtudes, debemos detenernos tanto tiempo hasta que las virtudes puedan convertirse en hábito. Y entonces no se nos ve como si simplemente atravesáramos los desiertos de la vida espiritual, sino que se nos juzga que hacemos estaciones, o incluso que habitamos en los mismos progresos de las virtudes. Pues quien comienza una buena obra sin intención de perseverar, por así decirlo, atraviesa el camino apresuradamente; pero quien permanece en aquella santidad que una vez ha abrazado, allí, de algún modo, edifica una morada. Y ha de notarse que, aunque ir y permanecer, y, por esto, el viaje y la estación, son completamente distintos entre sí y no concuerdan mutuamente, la Escritura sin embargo confirma que

ambos convinieron en aquella expedición israelita, de modo que se dice que ellos tuvieron tanto un viaje por el desierto como estaciones; porque, ciertamente, nosotros, que nos esforzamos por entrar en la tierra de los vivientes, debemos tanto permanecer por el propósito fijo de nuestra profesión, como ir siempre adelante por el aumento de una vida mejorada y de un progreso acumulado.

En primer lugar, pues, los hijos de Israel parten de Rameses. Rameses, como a algunos les parece, se dice en nuestra lengua 'conmoción turbulenta' o 'conmoción de polilla'. En esto se da a entender que todas las cosas que son del mundo están constituidas en conmociones y perturbaciones y se prueba que están sujetas a la corrupción, que la polilla designa. En estas cosas, ciertamente, el alma no debe residir, sino salir sin tardanza. Otros, en cambio, han pensado que Rameses se interpreta como 'conmoción' o 'trueno'. Esto, ciertamente, puede aplicarse a nosotros no incongruentemente, porque, cuando hemos sido conmovidos por la predicación de la trompeta evangélica, como si fuéramos despertados por el trueno de las nubes celestiales, salimos del Egipto de este mundo. Además, salieron en el primer mes, en el día decimoquinto de la luna, es decir, en el mismo plenilunio y comienzo de la primavera. Y nosotros, cuando somos iluminados por los rayos de la suma luz, cuando en nosotros brotan las flores de la buena voluntad, cuando todas las cosas se renuevan, cuando, finalmente, los prados de nuestros corazones se recalientan

con el fuego del sol superno, entonces nos apresuramos a salir de las tinieblas de Egipto.

La segunda estación se hace en Sucot. Sucot, además, se interpreta como 'tiendas'. El primer progreso del alma, por tanto, es separarse de las conmociones terrenales y, como peregrina y forastera, no fijarse una morada, sino construir una tienda de exilio, lamentándose con el profeta: «¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado (Sal. 11)!»

Luego llegan a Etam, o como dicen los setenta intérpretes, Bután, que está en los confines extremos del desierto. Etam significa *fortaleza*. Por tanto, para quienes ya peregrinan por Dios en el mundo, quienes se reconocen como moradores y exiliados, es necesario que cuanto más se muestren débiles en los actos terrenos, tanto más fuertes sean en humildad y paciencia. Bután, por su parte, se interpreta como *valle*, lo cual de ninguna manera discrepa del mismo sentido. Pues es menester que quienquiera que se apresure hacia la tierra de los vivientes, persista en el valle de la humildad y la paciencia para soportar los dardos de las tentaciones.

De allí partieron hacia Fiairot, que mira hacia Beelfegor, y acamparon ante Magdalo. Fiairot se dice que se interpreta como *boca de los nobles*, por lo cual se expresa la lengua de los doctores. Ciertamente, constituido en el valle de la paciencia, cuanto más gravemente es atormentado por los azotes de las persecuciones o de las tentaciones carnales, tanto más necesario es que se le socorra por la boca de los nobles, es decir, por las

exhortaciones de los santos doctores. Pero si no se ha de decir Fiairot, sino Osirat, como atestigua otra edición, ha de saberse que Irat se interpreta como *aldea*. Se llega, pues, a la boca, esto es, a la primera entrada de esta aldea; lo que significa el inicio de una nueva vida. De ahí que no lleguen a una ciudad, sino a una aldea; porque es necesario que todos los novicios se contengan por el momento dentro de la medida de una vida suburbana, y no se atrevan todavía a intentar precipitadamente la cumbre de la perfección senatorial. De donde bien se dice que Airot mira hacia Beelsefón. Beelsefón, en efecto, se interpreta como *ascensión de la atalaya* o *torre*. Pues de las cosas pequeñas se asciende a las grandes. Porque esta morada no estaba en la misma atalaya, sino que miraba hacia la atalaya. Porque todo novicio, aunque ya tienda por deseo a la vida especulativa, todavía no aspira a la cumbre de la perfección especulativa. Por lo cual, allí se añade apropiadamente: «Y acamparon ante Magdalo (Núm. 33)». Magdalo se llama *magnificencia*. Pues quien llega recientemente al servicio de Dios, ya tiene ciertamente a la vista por intención la ascensión de la atalaya y la magnificencia, pero aún no la posee por el efecto de la virtud; porque, aunque ya se apacienta y nutre con la esperanza de la contemplación y la perfección, todavía no disfruta del esplendor de la pureza consumada o de la gracia soberana. De modo que, si Beelsefor se interpreta como *señor del aquilón*, como dicen algunos; ¿qué se expresa por este señor del aquilón, sino el antiguo enemigo, que reina sobre

los corazones fríos y ajenos al amor de Dios? Ante este, pues, es decir, contra este, acampamos, cuando luchamos contra él en un combate implacable.

Partiendo de allí a través del Mar Rojo, llegaron a Mará, que se interpreta como *amargura*. Ciertamente, el orden correcto es que quienes se apresuran a la tierra que mana miel, beban en el desierto de esta vida la amargura del trabajo y la tentación, y por la aspereza de la disciplina presente lleguen a la dulzura de la recompensa interna. De ahí que diga el Apóstol: «Toda disciplina, dice, en el presente no parece ser motivo de gozo, sino de tristeza; pero después produce un fruto pacífico de justicia a los que por ella han sido ejercitados (Heb. 12)». En efecto, para los que están dispuestos para la milicia espiritual, unas veces lo amargo se mezcla con lo dulce, otras lo dulce con lo amargo, para que a través de esto se ponga a prueba la condición humana, y qué padece por su propia flaqueza, y qué debe esperar en virtud de parte de Dios. Como se le dice al mismo pueblo: «Te afligió y te alimentó con maná en el desierto, que no conocían tus padres, hasta que se conociera lo que había en tu corazón (Deut. 8)».

De donde se sigue que, habiendo partido de Mará, llegaron a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras. Ves, después de la amargura de la tentación, a qué gran amenidad de frutos dulces y de aguas corrientes llegan. Así pues, por la lucha de la tentación son conducidos a las palmas, y por la escasez de una sed intolerable llegan a la irrigada abundancia de aguas

vivas. Pues Dios, el médico omnipotente de las almas, dispone todas las cosas de manera tan ordenada que, como si se mezclara miel con vino especiado, mezcla lo alegre con lo triste y lo triste con lo alegre, para que la mente débil, a veces golpeada, nunca se enorgullezca en la prosperidad, y, a veces reconfortada, no sucumba en las adversidades. Además, Elim se interpreta como "carneros", que son, sin duda, los guías de los rebaños que los siguen. ¿Y quiénes son los guías del rebaño racional, es decir, del pueblo cristiano, sino los santos apóstoles? Estos son, en efecto, las doce fuentes, que riegan la aridez de las mentes con los raudales de la doctrina celestial. Pero como nuestro Salvador no solo eligió a aquellos doce apóstoles, sino que también constituyó a otros setenta, por eso se describe que allí no solo había doce fuentes, sino también setenta palmeras. Pues también ellos mismos son llamados apóstoles, como se reconoce en las palabras del bienaventurado Pablo. Pues cuando trataba de la resurrección del Salvador, dijo: «Fue visto, dice, por Cefas, y después de esto por los once; luego se apareció a todos los apóstoles (I Cor. XV)». De estas palabras se deduce manifiestamente que, además de aquellos doce, también otros discípulos son llamados apóstoles no sin razón.

Pero, habiendo salido de Elim, fijaron sus tiendas junto al Mar Rojo. Nótese que no entran de nuevo en el mar, sino que fijan su tabernáculo junto al mar, para que solo contemplen de lejos el mar y los cúmulos de tempestades, pero de ninguna manera teman sus movimientos o su

ímpetu. También nosotros, después de las olas de las tentaciones, después de los terribles naufragios del mar resonante, a menudo ponemos ante nuestros ojos los mismos males que hemos soportado, para que ya, como constituidos en la orilla, rindamos dignas gracias a Dios nuestro libertador.

Habiendo partido también del Mar Rojo, llegaron al desierto de Sin. Sin se interpreta como "zarza" o "tentación". Por tanto, la esperanza de la prosperidad comienza ya a sonreír al soldado cristiano, a prometer las palabras del coloquio divino. Pues ciertamente desde una zarza apareció el Señor, y ordenó a Moisés que llevara sus mandatos a los hijos de Israel (Exod. III). Allí, por tanto, se te da una señal de la clemencia que ha de esperarse, donde tuvo lugar el inicio de la visitación a Israel. Pero no sin motivo Sin también se llama "tentación". Pues la tentación suele intervenir con bastante frecuencia incluso en las visiones, ya que a veces el espíritu de iniquidad se transfigura en ángel de luz (II Cor. XI). Y por esta razón, se debe actuar con sutileza, para que se disciernan los géneros de visiones. Así como Josué, hijo de Nun, cuando vio a un ángel y no dudó en absoluto de que en visiones de este tipo a veces hay tentaciones, al instante preguntó al que se aparecía, diciendo: «¿Eres de los nuestros o de nuestros adversarios?» (Jos. V). Pues también por el Apóstol el discernimiento de espíritus se enumera entre los dones del Espíritu Santo (I Cor. XII). Además, que Sin también se diga que se interpreta como "odio", no se desvía, en verdad,

del entendimiento espiritual. Pues quienquiera que llega a una visión o a una alocución de Dios, inmediatamente concibe odio por el mundo.

Pero desde allí avanzaron y llegaron a Deptheca, o, como afirma otra traducción, a Raphaca. Deptheca, en efecto, se dice que significa *pulsatio* (pulsación o llamar a la puerta). Y nosotros, después de que llegamos a la Iglesia, que aquel arbusto significa, donde el hombre merece el coloquio con Dios, donde se contempla la visión de los ángeles, entonces comenzamos a pedir, a buscar y a llamar a los arcanos del reino celestial; como el Señor lo manda y promete, quien dice: "Llamad, y se os abrirá" (Mt. 7; Lc. 11). Pero si alguien prefiere admitir Raphaca, que se dice que significa *sanitas* (salud), este nombre se adapta convenientemente al alma que estuvo largo tiempo lánguida, pero que ahora, por el don de la santa Iglesia, ha sido liberada de las ataduras de su enfermedad. Pues esta es el alma a la que se le dice: "Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior, a su santo nombre" (Sal. 102). ¿A qué Señor, pregunto? "El que sana", dice, "todas tus dolencias, el que redime del abismo tu vida" (Ibíd.). La dolencia del alma, ciertamente, son los vicios; la muerte del alma, son los pecados mortales. "Porque el pecado, una vez consumado, engendra la muerte" (Sant. 1).

Luego vienen a Halus. Halus se interpreta como *labores* (trabajos) o *fermentum* (levadura). Y ciertamente, los trabajos siguen a la salud; pues el alma santa no debe desear la salud para ninguna otra cosa, sino para poder soportar

trabajos y presiones por Dios. Por eso, en efecto, la suegra de Pedro se recuperó de la fiebre, para poder servir al Señor mediante el obsequio de su diligencia (Mt. 8). Por eso, Pablo fue sanado por Ananías, para que después se afanara en continuos trabajos. De ahí que se le dijera al mismo Ananías acerca de él: "Porque yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre" (Hch. 9). En cuanto al hecho de que Halus también se dice que se interpreta como *fermentum* (levadura), también de aquí se nos ofrece una comprensión de significado congruente. Pues esta es aquella levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que todo fermentó (Mt. 13), es decir, el santo Evangelio. En este desierto, ciertamente, el pueblo murmuró y recibió tanto el maná como las codornices. Y como no solo la levadura, sino también el sagrado maná, significa el Evangelio, de un modo admirable estas cosas coinciden en la décima estación, de modo que después del Decálogo de la ley precedente, parece suceder el pan del Evangelio.

Después de esto, vienen a Raphidin. Raphidin se interpreta, pues, como *laus judicii* (alabanza del juicio). Y ciertamente es muy congruente que el trabajo anteceda a la alabanza, y que la alabanza provenga después del trabajo. Pero no la alabanza de cualquier cosa, sino la alabanza del juicio, es decir, que proceda del juicio de la razón; no la alabanza que procede de la vanidad de la soberbia: "Pues el hombre espiritual lo juzga todo, y por nadie es juzgado" (1 Cor. 2). También se encuentran otras interpretaciones de estos

nombres. Pero si abrazáramos todo lo que se nos sugiere en esta materia, ya no se conservaría el orden epistolar de un compendio, sino que surgiría la enormidad de un libro oneroso. Por lo tanto, recorremos sucintamente las estaciones de los israelitas, no para escrutar sus cámaras secretas, sino para mostrar simplemente lo que hay en sus nombres, como si fueran las paredes exteriores.

Luego vienen al desierto del Sinaí. Que Sin, que mencionamos anteriormente, y Sinaí son sin duda un solo desierto; pero se dice que Sin es la llanura misma, mientras que Sinaí es el monte que sobresale en esa misma soledad: en el cual, ciertamente, el Señor promulga los edictos de la ley, y Moisés construye el tabernáculo (Éx. 20, 25 y 26). Y esto se ajusta muy apropiadamente, para que, después de que el alma racional haya comenzado a tener un juicio recto y por ello loable, construya entonces en sí misma un tabernáculo para su Dios y, ya digna del coloquio del Creador, perciba los misterios de los mandamientos celestiales.

Después de esto, partieron hacia los sepulcros de la concupiscencia, donde ciertamente se teje un hermoso orden. Pues cuando el alma feliz se convierte en un tabernáculo para su Creador, cuando, atenta a los mandatos de la ley divina, ha comenzado a contemplar las cosas celestiales, al instante se extingue el ardor de los vicios hirvientes, y toda la concupiscencia de la seducción carnal es sepultada; de modo que ya no se mueva la carne contra el espíritu, ni el espíritu desee contra la carne.

Desde allí se pasa a Hazerot, que se interpreta como *atria perfecta* (atrios perfectos), o *beatitudo* (bienaventuranza). ¡Y, oh, qué hermoso orden del misterio, qué decorosa serie de incremento espiritual, para que, después de haber sepultado las concupiscencias de la carne, llegues pronto al atrio de la perfección y al premio de la bienaventuranza! ¡Feliz el alma que ya no se ve urgida por ningún vicio de la carne, porque pronto entra en la bienaventuranza de la remuneración que ha de recibir!

Después de esto vinieron a Ritma, o Farán. Ritma, según opinamos, se interpreta como *visio consummata* (visión consumada); Farán, en cambio, como *visible os* (boca visible). En lo cual, ¿qué otra cosa se entiende sino que cualquier alma santa, tras haber sepultado ya las concupiscencias de la carne, habiendo sido conducida ya al atrio de la perfección, segura del premio de la bienaventuranza, llegue pronto a la visión consumada de Dios, y contemple su boca visible, esto es, la presencia misma de la especie de Dios? «Porque ahora lo vemos», como dice el Apóstol, «en un espejo y en enigma, pero entonces lo veremos cara a cara; y ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor 13). Sin embargo, como cualquiera de los santos, mientras está constituido en la carne, no puede tener todas estas cosas plenamente en la realidad, ya las tiene en la esperanza; esperanza que, por cierto, ya mantienen con total firmeza, porque tienen como prenda al Espíritu Santo, que los fortalece en los trabajos de esta

vida. De ahí que también aquella interpretación por la que Ritma es llamada *sonitus* (sonido) o *juniperus* (enebro) no se juzgue incongruente. Pues dicen que esta madera conserva el fuego en sí misma durante mucho tiempo, de modo que si sus brasas fueran cubiertas con cenizas, llegarían encendidas hasta el año. Puesto que, por tanto, el Espíritu Santo, como se lee, tiene el conocimiento de la voz (Sab 1), y fue enviado a los apóstoles en forma de fuego (Hch 2), esta interpretación por la que Ritma se llama sonido o enebro parece convenir muy adecuadamente al Espíritu Santo.

Habiendo partido, pues, de aquí, acamparon en Rimón-perez; que entre nosotros se llama *excelsa intercisio* (elevada incisión o corte). Pues cuando se aumenta el entendimiento del alma que vuelve a Dios, pronto se le da una noticia perfecta, por la cual conoce de manera elevada y sublime cómo separar las cosas terrenas de las celestiales, y apartar cualquier cosa caduca y transitoria de las perpetuas. Si en verdad Rimón--perez, como se encuentra en otro lugar, se llama *mali punici divisio* (división de la granada), por esto sin duda se designa a la santa Iglesia, que cubre muchos granos como bajo una sola corteza, mientras concluye a toda la multitud de los creyentes en la inseparable unidad de la fe católica.

Luego pasan a Libná, que se interpreta como *dealbatio* (blanqueamiento). No ignoramos que el blanqueamiento a veces se pone por un crimen, como se dice de los monumentos blanqueados y la pared blanqueada; pero aquí debe entenderse aquel blanqueamiento del que se dice

por Isaías: «Si vuestros pecados fueran como la escarlata, se blanquearán como la nieve, y si fueran rojos como el carmesí, serán blancos como la lana» (Is 1); y en el Salmo: «Se blanquearán como la nieve en Selmón» (Sal 67). Y en el Apocalipsis: «Se refiere que los cabellos de Jesús son blancos como la lana» (Ap 1). Por lo cual, aquí el blanqueamiento se entiende convenientemente que procede del esplendor de la verdadera luz y desciende de la claridad de la suma visión. Pero si Libná, como dicen algunos, se convierte en *later* (ladrillo), en cuyo trabajo el pueblo israelita en Egipto fue ciertamente obligado a trabajar, se da a entender esto porque, así como ellos vuelven al ladrillo después de lugares tan sublimes, así nosotros, mientras peregrinamos en el desierto de este mundo, nos vemos obligados a veces por la necesidad a descender de lo más alto a lo más bajo, y a emigrar de las obras espirituales a las obras de la acción terrena.

Después vinieron a Rissa, que se traduce como *infrenos* (con frenos), y no sin congruencia. Pues si tras la cumbre de la perfección descendemos a obras lodosas, debemos ser refrenados con los lazos de la disciplina y las correas de la penitencia, para que no vaguemos precipitadamente por los abismos, sino que volvamos pronto a la pureza de la limpieza acostumbrada. Rissa también se interpreta como *visibilis* (visible) o *laudabilis tentatio* (tentación loable). Pues aunque la mente de cualquier hombre justo ya progrese hacia lo alto, todavía se ve deprimida por la tentación hacia lo más bajo, para que no

se enorgullezca de sus virtudes por el tumor de la soberbia. Pues el estímulo de la tentación se aplica para la custodia de la humildad. De donde dice el Apóstol: «Para que la grandeza de las revelaciones no me enaltezca, se me ha dado un estímulo de mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetee» (2 Cor 12). Esta tentación, por tanto, es visible, porque es manifiesta; loable, porque es saludable.

Habiendo avanzado desde allí, vinieron a Ceelata, que se interpreta como *Ecclesia* (Iglesia); para que, ciertamente, los inestables, que se impulsan precipitadamente por los abismos de los vicios, sean atraídos de nuevo a la Iglesia por los frenos de la Sagrada Escritura; o, según otra edición, Maquelot, que es *principatus virgae* (el principado de la vara). Ambas cosas parecen expresar poder. Pues a la carne, que es tentada, es necesario que el espíritu que la preside tenga el principado, para que, cuando aquella abandone la lucha, este, como desde arriba, amague amenazadoramente con la vara, mientras aplica la disciplina del rígido terror.

De allí se viene al monte Sefer o Sefar, que se llama *tubicinatio* (toque de trompeta). La trompeta es signo de guerra. Pues el caballo de Dios «huele la batalla, y cuando oye la bocina, dice ¡ah!»; y el soldado de Cristo, cuando se percibe rodeado por la tentación de los vicios que lo asaltan, tomando al punto las armas de las virtudes, procede a la guerra y se enfrenta en combate de cerca, no sea que, relajado por un torpor degenerado, sea fácilmente aniquilado por los

adversarios; y entonces podrá tocar la trompeta más gloriosamente, esto es, provocar también a otros al certamen espiritual.

De ahí que se diga allí que, habiendo partido de allí, vinieron a Harada, o, como se dice en otro lugar, a Caradat, que en nuestra lengua suena como *idoneus effectus* (efecto idóneo), para que él mismo, hecho ya predicador, pueda decir con razón con el Apóstol: «Que nos hizo ministros idóneos del Nuevo Testamento» (2 Cor 3).

Pero partiendo también de allí, vienen a Maquelot; que se interpreta como *ab initio* (desde el principio). Pues quien contiende por la cumbre de la perfección, contempla el principio de todas las cosas, mientras convierte todos los deseos de su corazón a Dios. Y mientras dirige el corazón a su Autor continuamente, no se aparta del principio de todas las cosas. O si Maquelot, como algunos piensan, se dice que es *conventus* (asamblea o convento), por esto se entiende la Iglesia, en la que ciertamente se reúnen todos los fieles. De donde se canta: «¡He aquí qué bueno y qué alegre es habitar los hermanos en uno!» (Sal 132).

Luego se viene a Tahat, o como se lee en otro lugar, a Caat, que es *patientia* (paciencia) o *confirmatio* (confirmación). Pues quien desea entrar en la tierra de los vivientes por los trabajos de la presente vida, es necesario que sea confirmado por la paciencia para tolerar los peligros del mundo. O si Tahat, como dicen algunos, se traduce como *pavor* (temor), dígase a cada uno

que lucha, o tal vez ya triunfa por la gracia divina: «No quieras saber lo alto, sino teme» (Rom 11).

Pero, habiendo partido de allí, vienen a Taré, que en griego ciertamente se interpreta como *exstasis* (éxtasis), pero en nuestra lengua se llama *contemplatio* (contemplación). Pues es consecuente que quien antes es probado por la paciencia, por ello llegue a la gracia de la contemplación; y quien primero es deprimido en la tribulación, después sea elevado a la alegría de la visión íntima. Pero si Taré, como algunos piensan, debe entenderse como *astutia* (astucia) o *malitia* (malicia), esto no sin razón parece poder referirse a los prepósitos de las Iglesias; para que ellos teman por sus oyentes, que trabajan en la tribulación de las tentaciones. Pues la astucia y la malicia de aquel de quien se dice debe ser evitada: «Porque vuestro adversario, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar» (1 Pe 5).

Luego proceden a Metca, o, como se lee en otro lugar, Maatica, que se interpreta como *mors nova* (muerte nueva). Nunca se evita tan perfectamente la astucia diabólica como si morimos con Cristo, para que volvamos como insensibles a las tentaciones del astuto enemigo. Esta muerte nueva la genera la contemplación, que nos hace muertos al mundo y el mundo a nosotros. Pero si Metca, como agrada a algunos, se traduce como *dulcedo* (dulzura), ¿qué tiene de extraño que de la contemplación se venga a la dulzura, siendo la contemplación misma nada más que una inefable e inmensa dulzura?

Después de esto se viene a Hesmona, que se llama *festinatio* (prisa). Pues, después de que llegamos a la dulzura de la contemplación, no soportamos la demora de la tardanza. ¡Oh, qué molestamente soportaba la demora aquel que decía: «¡Ojalá rompieras los cielos y descendieras, y se derritieran los montes ante tu faz!» (Is 64). ¡Qué gravemente llevaba esta demora aquel que decía: «Deseo ser disuelto y estar con Cristo» (Fil 1), ¡lo cual es mucho mejor! Pero si por Senna se dice que significa *ossa* (huesos), esto pertenece al vigor de la constancia, que es necesario que tenga el amante de Cristo, para que no se vuelva impaciente por el exceso de amor.

De aquí se pasa ya a Moserot, que se piensa que significa *excludens* (excluyente). Ciertamente el alma que llega al perfecto amor de su Esposo, excluye de sí las tentaciones del astuto corruptor. De donde también el Apóstol: «No deis», dice, «lugar al diablo» (Ef 4). Pero si Moserot, según algunos, se interpreta como *vincula* (vínculos), resplandece un entendimiento sano y congruente en todo: sin duda cualquier alma santa que se une en amor al Esposo celestial, es necesario que se conecte a Él indisolublemente con asiduas meditaciones de las Escrituras, como por ciertos vínculos. Sobre cuyos vínculos se dice a Cristo por Isaías: «Hombres de alta estatura pasarán a ti y serán tuyos, y caminarán tras de ti atados con vínculos» (Is 45).

De donde no sin razón se viene ya a Banacín, que significa *fontes* (fuentes) o *excolationes* (filtraciones), esto es, donde el alma bebe y filtra

las fuentes de las divinas Escrituras, es decir, las trata y rumia sutilmente. Filtra, digo, cuando guarda aquello evangélico: «Que ni un solo ápice ni una sola jota de la ley pase, sin que todo se cumpla» (Mt 5). Pero si Bené-jaacán, como dicen algunos, se traduce bien por *filii necessitatis* (hijos de la necesidad) o *stridoris* (del rechinar), esto significa que quienquiera que está instruido en la elocuencia divina y abundantemente enseñado, es necesario que atraiga tras de sí también a otros y engendre hijos, a quienes ciertamente, mientras les presenta amenazadoramente el llanto y el rechinar de dientes, de algún modo les impone la necesidad de que se conviertan a Dios. Estos son, pues, los hijos de la necesidad o del rechinar, de quienes se canta proféticamente: «Traed al Señor, hijos de Dios, traed al Señor hijos de carneros» (Sal 28).

Después de esto suben al monte Gadgad, que se interpreta como *nuntius* (mensajero), o *accinctio* (ceñimiento), o ciertamente *concisio* (concisión o corte). Pues a quienes anunciamos las palabras de Dios, sin duda debemos amonestarlos para que se ciñan con las armas de las virtudes y corten las espaldas de los enemigos invisibles con espadas espirituales. Cuando se nos enseña a no actuar perezosamente en esto, subimos con ellos al mismo tiempo a los lugares montañosos. Pero si Gadgad, como algunos piensan, significa *tentamenta* (tentaciones), se da a entender que a quienes tienden a la patria celestial no les pueden faltar las tentaciones. Y a menudo la tentación se mezcla con las virtudes,

para que el laborioso soldado de Cristo adquiera una recompensa más abundante.

Y porque por los males de las tentaciones se pasa a los bienes de los premios, se sigue congruentemente que, habiendo partido de allí, vinieron a Jetebata, o, como se lee en otro lugar, Jatbata, que se interpreta como *bonitas* (bondad) o *bonum* (bien). Por tanto, a través de las experiencias de las tentaciones se llega a la bondad, que sin duda es Cristo.

De allí partieron hacia Ebrona, que se llama *transitus* (tránsito o paso). Ciertamente el alma debe pasar por todo, y debes fijar la mirada de la mente solo en aquel con quien puedas permanecer sin tránsito.

Después de esto vienen a Ezión-guébuer, que se interpreta como *consilia viri* (consejos de varón). Pues después de que nos arrojamos enteramente en Cristo, después de que ponemos toda la confianza de nuestro corazón en Él, ya no debemos ser niños en el modo de sentir, imitando al Apóstol, que dice: «Pero cuando me hice hombre, acabé con las cosas de niño» (1 Cor 13); y de nuevo: «No queráis ser niños en el modo de sentir» (1 Cor 14).

Pero como quien añade ciencia añade dolor, vuelven de nuevo al desierto de Zin, que es Cades. Ya hemos dicho anteriormente que Zin se interpreta como *tentatio* (tentación). Pues así como el martillo golpea a menudo el vaso de oro o de plata, y la lima lo rodea a menudo puliéndolo por aquí y por allá para que sea más brillante, así la tentación reiterada purga la herrumbre del alma

constante y que no cede. «Pues el horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de la tribulación a los hombres justos» (Eclo 27). Y porque Cades se llama *fructificatio sancta* (fructificación santa), ves que la santa fructificación sigue a los surcos de las tentaciones.

Pero también de aquí se dirigieron al monte Hor, en los confines extremos de Edom. Hor se interpreta como *montanus* (montañoso). Pues quien, siendo tentado, no cae, sino que fructifica de la tentación, es consecuente que suba como vencedor al monte, que es Cristo. Pues este es aquel monte cuajado, monte pingüe (Sal 67), del que se dice por el Profeta: «En los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y será elevado sobre las colinas, y confluirán a él todas las gentes» (Is 2). Este monte se llama montañoso, porque donde está Cristo, allí sin duda estará también el cristiano: «Donde yo estoy», dice, «allí también estará mi servidor» (Jn 12).

Luego vienen a Salmona, que se interpreta como *umbra portionis* (sombra de la porción). And deservedly so; after we have ascended to the mountain, which is Christ, fleeing the heat of vices, we rest under the shelter of His defense. De cuya sombra ciertamente se dice por Jeremías: «El aliento de nuestra boca, Cristo el Señor, fue atrapado en nuestros pecados, a quien dijimos: Bajo tu sombra viviremos entre las gentes» (Lam 4). Y el Ángel a María: «La virtud», dijo, «del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1). Salmona también, como se encuentra en algún

lugar, se llama *imaguncula* (pequeña imagen); lo cual ciertamente concuerda no absurdamente con aquel lugar, pues allí fue colgada aquella serpiente de bronce, que representa la imagen del Salvador crucificado.

Se hace además el tránsito a Finón, que se interpreta como *os* (boca), o *oris parcimonia* (parquedad de la boca). Y boca ciertamente, porque tan pronto como conocemos los sacramentos de la pasión de Cristo, lo que creemos con el corazón lo pronunciamos con la boca, como está escrito: «Creí, por lo cual hablé» (Sal 115). Y el Apóstol: «Con el corazón se cree para la justicia, pero con la boca se hace la confesión para la salvación» (Rom 10). Pero se llama parquedad de la boca porque, mientras no podemos penetrar tan profundos misterios de la redención humana, ponemos como un dedo sobre nuestra boca para que, dejando la altura de la divinidad de Cristo a los mayores, tratemos solo de su cruz, como dice el Apóstol: «No juzgué saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1 Cor 2).

Después de esto partieron hacia Obot, que ciertamente se traduce como *magi* (magos) o *pythones* (pitones o espíritus de adivinación). Por lo cual se da a entender que tras la imagen de Dios, que se concibe en la razón del corazón, tras la fe recibida, que se profiere por la confesión de la boca, se levantan contra nosotros los heréticos dogmatizando el error de la ponzoñosa perfidia, como pitones y magos esparciendo los maléficos cantos de los encantamientos.

De aquí se pasa a Iye-abarim, que está en los confines de los moabitas. Iye-abarim significa *acervos lapidum transeuntium* (montones de piedras de los que pasan de largo). Estas, además, son piedras vivas, es decir, los santos, de los cuales no solo se construye la Jerusalén celestial, sino que también la Iglesia presente se adorna como con perlas relucientes. Quienes con razón son llamados "transeúntes", porque pisan con la mente cualquier cosa terrena y transitoria, y se apresuran a pasar a las cosas celestiales. Pero si no se llama Iye-abarim, sino Gai, como atestigua otra edición, esto tampoco se aparta del entendimiento de los transeúntes. Pues Gai se interpreta como *chaos* (caos). Pues dice Abraham al rico: «Porque entre nosotros y vosotros se ha fijado un gran caos» (Lc 16). A aquel lugar, por tanto, los santos siempre desean pasar, para que en su seno, como aquel bienaventurado Lázaro, descansen felizmente.

De donde se sigue muy adecuadamente que, tras el caos de los pitones y magos, que es la tenebrosa astucia de los heréticos, lleguen pronto a Dibón-gad, que se dice que significa *apiarium tentationum* (apiario o colmena de tentaciones). Pues las abejas llevan miel en la boca, pero pican con sus aguijones; así también los heréticos ciertamente presentan manifiestamente halagos en las palabras, pero ocultan tras de sí los aguijones del error. Primero destilan dulzura por la boca, pero después esparcen el error de la falsedad punzante. De donde el Profeta se queja

diciendo: «Me rodearon como abejas, y se encendieron como fuego en las espinas» (Sal 117).

De allí partieron hacia Almón-diblataim, que se traduce como *contemptum palatarum* (desprecio de los paladares o manjares), esto es de los higos, o *contemptus opprobrii* (desprecio del oprobio). El higo es un fruto delicioso; por lo cual se entiende que es necesario que quienes ya se acercan a los dones celestiales, desprecien todos los halagos de la seducción carnal. Pero si se admite más bien el desprecio del oprobio, por esto ya somos instruidos dubitativamente para que, si alguna vez somos deshonrados por las injurias de los heréticos o de cualquier réprobo, no nos turbemos. Por lo cual ciertamente somos enseñados saludablemente de ambas maneras: para que ni la irrisión del desprecio deshonesto nos mueva, ni ningún deleite de la dulzura terrena nos relaje; a fin de que de este mundo podamos decir con el Profeta: «Como son sus tinieblas, así es también su luz» (Sal 138).

De allí emigran a los montes de Abarim frente a Nebo. Abarim se interpreta como *transitus* (tránsito), Nebo como *abscessio* (alejamiento o partida); donde ciertamente el alma, como si hubiera progresado por todas las mansiones del camino, así por todas las virtudes, porque ya ha subido a la cumbre de la perfección, pasa pronto con la mente de este siglo y se aleja. La cual, sin duda, aunque todavía parezca permanecer en el mundo, sin embargo en la carne, no caminando según la carne, ya se ha retirado del mundo. Como se dice de Enoc: «Y no fue hallado, porque

Dios lo trasladó» (Gén 5). Así, quienquiera que es perfecto en santidad, y ya muerto para el mundo, ha pasado a través del mundo y habita en la región de las virtudes.

La última mansión, en verdad, está en las llanuras de Moab, sobre el Jordán frente a Jericó. Para esto se hace el tránsito de tan largo camino, para esto se suspira con todas las tribulaciones y trabajos por la vasta soledad de este mundo: para que lleguemos al Jordán, esto es, nos acerquemos a la inagotable plenitud de la sabiduría celestial. Construyendo cerca de él el tabernáculo de nuestra peregrinación, apresurémonos a lavarnos de todas las suciedades de Egipto en sus corrientes, para que purificados podamos entrar en la tierra de la promesa, para que seamos, como se dice de la esposa en el Cantar: «Sus ojos como palomas sobre los arroyos de las aguas, que están lavadas con leche y residen junto a las corrientes plenísimas» (Cant 5). Y hay que notar que esta partida termina no en los montes, sino en las llanuras, porque todos los santos, cuanto más dotados están de una perfección más elevada, tanto más fundados están en una mayor humildad. Quienes también construyen mansiones frente a Jericó, porque luchan irreconciliablemente contra el mundo, que por ella se designa. A quienes se dice: «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, por eso el mundo os odia» (Jn 15).

Terminan los testimonios del libro de los Números.

COMIENZAN LOS TÍTULOS DE LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO. 1. Que la ley fue dada en el monte Horeb. 2. Dice el Señor a Moisés: Ve y di al pueblo: Volved a vuestras tiendas; tú, en cambio, quédate aquí conmigo.

3. Dice Moisés al pueblo: El Señor te dio el alimento, el maná, que tú y tus padres no conocíais.

4. No es, dice Moisés, la tierra en la que vais a entrar para poseerla, semejante a la tierra de Egipto de la que habéis salido, sino que espera la lluvia del cielo.

5. Que manda el Señor que, al aproximarse ya la batalla, el sacerdote esté ante la línea de combate y exhorte al pueblo.

6. Que el hombre miedoso y de corazón pávido no salga a la guerra; sino que vuelva a su tierra, para que no haga temer a los otros.

7. Que a la mujer capturada en la guerra y elegida para el matrimonio del vencedor se le corte la superfluidad del cuerpo.

8. Que si el hijo de la esposa odiada fuera el primogénito, no pueda el hijo de la amada serle preferido para ocupar el lugar del primogénito.

9. Que si un hombre tomara una esposa, y ella no hallara gracia ante sus ojos, le escriba un libelo de repudio y la despida de su casa.

10. Que si los jueces vieran a aquel que pecó digno de azotes, lo postren y lo hagan golpear ante ellos.

11. De tener un peso justo y una medida igual.

12. Moisés sobre Aser: el hierro, dijo, y el bronce serán su calzado.

Terminan los títulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO.

CAPÍTULO PRIMERO. En la epístola al papa Alejandro, donde trata sobre la insolencia de los malos.

La mente humana, oscurecida por los negocios terrenales, en vano se esfuerza por elevarse a la cumbre de la contemplación, mientras por el mérito de las acciones seculares se ve agravada como por montones de escombros de piedras. Pues así como el cuero, después de haber pasado por las lodosas corrientes del fango, no admite la grasa, así la mente humana, a no ser que sea desecada del humor del cuidado secular, no percibe la gracia de la pingüedumbre superna. Pues la piel seca embebe la pingüedumbre, la humedecida la repele. Y el corazón humano, mientras se hincha con el frescor de las preocupaciones seculares, no admite el alimento de la gracia interna. De donde también se lee que la ley fue dada en el monte Horeb (Éx 20), que ciertamente se interpreta como *siccitas* (sequedad). Aquella mente, en fin, que por el amor del espíritu se eleva a lo alto, es el monte en el que la ley del Señor irreprochable, que sin duda es la caridad, se promulga divinamente. Y este monte es verdaderamente Horeb, que se llama sequedad, en el cual ciertamente el humor de todos los vicios se consume, y ante los rayos del sol de justicia se seca todo el reuma de la libido y de la seducción carnal. De ahí que Hiram, por orden de Salomón, fabricara los vasos del templo en una tierra arcillosa (1 Re 7), la cual ciertamente embebe el agua sedientamente;

de cuyos vasos es también aquel que desea ser llenado por la lluvia celestial, diciendo: «Mi alma es para ti como tierra sin agua» (Sal 142); por lo cual clama ardientemente: «Mi alma tuvo sed del Dios vivo: ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios?» (Sal 41).

CAPÍTULO II.

En la epístola a los hermanos de Cluny.

Tengan cuidado aquellos que tal vez desean todavía salir al público, no sea que, mientras ansían contemplar cosas vanas con miradas libres, extingan el ojo derecho, esto es, la fuerza de la íntima contemplación. Ni les pique la gula con aquel Israel carnal por los puerros, cebollas y ajos (Núm 11), cuya vehemente acritud de las hierbas ciertamente turba los ojos y provoca las lágrimas, porque sin duda la acción secular, mientras se rodea de muchas angustias de presiones, mientras se ve vejada por la frecuente perturbación de los trabajos que la asaltan, a menudo obliga a llorar a quienes prometió alegrar. Ciertamente, si el ejercicio del trabajo deleita, el santo descanso tiene su propio trabajo. De donde dijo el Señor a Moisés: «Ve y diles: Volved a vuestras tiendas; tú, en cambio, quédate aquí conmigo, y te diré todos los mandatos, ceremonias y juicios» (Dt 5). Mientras los demás, por cierto, descansan deleitablemente en la tienda de su carne, al siervo de Dios se le manda no residir, sino estar con el Señor, para que cuanto más remotamente descanse de los trabajos del mundo, tanto más vigilante se

ejercite él mismo en los divinos obsequios con el fervor del santo descanso.

CAPÍTULO III.

En la misma epístola.

«Te dio el Señor el maná por alimento, que tú y tus padres no conocíais, para mostrarte que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor (Dt 8; Mt 4; Lc 4)», donde también añade al punto: «Tu vestimenta, con la que estabas cubierto, de ningún modo faltó por la vejez, y tu pie no se ha desgastado, he aquí que es el cuadragésimo año: para que recapacites en tu corazón que, como un hombre instruye a su hijo, así el Señor tu Dios te ha instruido a ti, para que guardes los mandatos del Señor tu Dios, y camines por sus vías y le temas (Dt 8)». En cuyas palabras debe atenderse más solícitamente aquello que dice: «Te dio el maná para mostrar que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Donde consta más claro que la luz que aquel maná con el que ellos se alimentaban carnalmente, significaba este pasto de la palabra divina con el que ahora somos recreados en el alma. Y hay que notar que sobre este maná se lee en el libro del Éxodo: «Lo cual, cuando lo vieron los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: ¿Manhu?, que significa: ¿Qué es esto?» (Éx 16). Comen, pues, verdaderamente el maná, esto es, el «¿qué es esto?», aquellos que, mientras leen o escuchan, inquieren solícitamente el misterio de la palabra divina, quienes ciertamente dentro

de la teca de la paja literal pretenden enuclear la dulce médula de la inteligencia espiritual. Aquí ciertamente se alimenta de verdad del «¿qué es esto?» quien se ocupa asiduamente en la Sagrada Escritura con solícita meditación.

CAPÍTULO IV.

En el sermón sobre San Bartolomé.

Moisés dice místicamente sobre la santa Iglesia: «No es», dice, «la tierra a la que vais a entrar para poseerla, semejante a la tierra de Egipto de la que habéis salido, donde una vez arrojada la semilla, se conducen las aguas de riego a la manera de los huertos, sino que espera las lluvias del cielo, la cual su Dios visita en todo tiempo (Dt 11)». Pues la prudencia secular, como una culebra, se arrastra por el suelo y se desvía de aquí para allá con lúbrica variedad, pero la sabiduría divina truena desde las cosas celestiales. También el huerto aquí tiene una significación siniestra. Pues parece designar la lascivia de la ciencia carnal; como también allí donde Acab pidió la viña de Nabot: «Dame tu viña para hacerme un huerto de hortalizas (1 Re 21)». Ciertamente, intenta convertir la viña en huerto quien quiere cambiar el rigor de la virtud por la agradable amenidad de la seducción carnal. Y el Salmista compara a los réprobos con las hortalizas, diciendo: «Como el heno se secarán velozmente, y como las hortalizas de las hierbas pronto caerán (Sal 36)».

CAPÍTULO V.

En el sermón sobre San Anastasio.

«Cuando el combate se acerque», dice el Señor, «el sacerdote se pondrá ante la línea de batalla, y hablará así al pueblo: Escucha, Israel: vosotros hoy entabláis combate contra vuestros enemigos; no desfallezca vuestro corazón, no temáis, no cedáis, ni los tengáis miedo, porque el Señor vuestro Dios está en medio de vosotros, y luchará por vosotros contra los adversarios, para libraros del peligro (Dt 20)». Y debe notarse que al sacerdote que, ante la inminencia de la guerra, predica, se le ordena estar no en otro lugar, sino ante la línea de batalla, para que, evidentemente, él también preceda como guía a aquellos a quienes provoca al combate con sus exhortaciones, no sea que mientras se esfuerza por impulsar a otros a la guerra, él mismo se relaje en el degenerado ocio del torpor por negligencia, como se dice a través del Profeta sobre algunos que ciertamente predican grandes cosas, pero viven perezosamente: «Los hijos de Efraín, que tensan el arco y lanzan sus saetas, se volvieron en el día de la batalla (Sal 77)».

CAPÍTULO VI.

En el sermón sobre San Jorge.

«El hombre temeroso y de corazón pávido no salga a la guerra, sino que vaya y regrese a su tierra, para que no haga temer los corazones de sus hermanos, tal como él mismo está aterrorizado (Dt 20)». Por estas palabras, ciertamente, se nos

enseña claramente que no pueden luchar valerosa e idóneamente por la defensa de la fe quienes todavía temen ser despojados de las riquezas terrenales; pues es más tolerable que, regresando a casa de algún modo, vivan innoblemente y sin combatir, que el que aparten a sí mismos y a otros de la gloria de triunfar mediante ejemplos de miedo degenerado.

CAPÍTULO VII.

En el libro sobre la perfección de los monjes.

Por la ley, a través de Moisés, se decreta que a la mujer capturada en la guerra y elegida para el matrimonio por el vencedor se le corte la superfluidad del cuerpo: «Ella se afeitará», dice, «el cabello y se cortará las uñas y se quitará el vestido en el que fue capturada; y sentada en su casa llorará a su padre y a su madre durante un mes, y después entrarás a ella y dormirás con ella, y será tu esposa (Dt 21)». Ciertamente, afeitamos el cabello de la mujer cuando amputamos los sentidos superfluos para la disciplina racional. También cortamos las uñas cuando cercenamos de ella cualesquiera obras muertas de las supersticiones. A ella también se le ordena quitarse el vestido en el que fue capturada, para que se despoje de la superficie superpuesta de las fábulas y de cualesquiera ficciones, y muestre la sólida verdad de la razón verdadera. Y llora al padre y a la madre porque nuestra mente considera muertos a los autores de las artes liberales y deplora con compasión que hayan perecido en el error. Además, la

costumbre de las mujeres es ser purificadas cada mes por la efusión de su sangre: por lo tanto, después de un mes se nos ordena entrar a esta mujer, para que sorteemos como en matrimonio el arte de cualquier disciplina purificado de todo contagio de supersticiones, a fin de que, ya convertida en israelita, pase consecuentemente al matrimonio de un israelita y dé una prole bien fecunda de obras espirituales.

CAPÍTULO VIII.

En la epístola a Bonifacio, que trata sobre que la sabiduría espiritual debe anteponerse a la prudencia exterior.

«Si un hombre tiene dos mujeres, una amada y otra odiada, y de ellas engendra hijos, y el hijo de la odiada fuera el primogénito, y quisiera dividir la hacienda entre los hijos, no podrá 155 hacer primogénito al hijo de la amada y anteponerlo al hijo de la odiada, sino que reconocerá como primogénito al hijo de la odiada, y le dará de todo lo que tuviera porción doble; pues este es el principio de sus hijos y a este se le debe la primogenitura (Dt 21)». Ciertamente, las dos mujeres del hombre son la virtud y el placer, que disienten entre sí por una especie de celotipia de envidia y odio; y el placer, por cierto, pertenece a esta vida, la virtud a la gloria eterna. Aquella es claramente amada porque acaricia a su marido, esto es, al frágil espíritu de cada uno, con una persuasiva alegría; pero esta es llamada odiada porque establece que los hombres vayan por el camino estrecho y angosto y siempre propone

cosas ásperas y duras: pero el hijo de la odiada es nuestro primogénito, porque nuestro Creador nos insertó originalmente la virtud; mientras que el placer y cualquier seducción carnal surgió del vicio de nuestra depravación. Pero como no es de este momento exponer claramente en detalle la figura de este precepto palabra por palabra, baste decir esto como compendio: que si no podemos repeler a la mujer amada, que nos es sin duda nociva, de la sociedad de nuestro tálamo, procuremos al menos anteponer a la que es sobria y honesta en la dignidad de primogénito, a fin de que, si nos es difícil no sentir al menos alguna pequeña dulzura de esta vida, se le otorgue sin embargo la palma del dominio a la virtud, y se le deje la servidumbre al placer; que el hijo de aquella sobresalga en la dignidad de primogénito, pero el hijo de esta permanezca en la sucesión del orden y siempre bajo el freno de la disciplina. ¿Acaso quieres aprender quiénes son los hijos de la mujer amada? Consúltese al Apóstol Pablo: «Manifiestas son», dice, «las obras de la carne, que son fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, riñas, disensiones, sectas, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas, de las cuales os predigo, como ya os predije: que quienes tales cosas hacen no conseguirán el reino de Dios (Gál 5)». ¿Quieres, pues, oír consecuentemente cuál es la prole de la odiada? escucha lo que añadió: «Mas el fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continen-

cia, castidad (Ibíd.)». Este hijo, por tanto, como primogénito debe tener el doble de la sustancia, a saber, para que el fruto del Espíritu rija al mismo tiempo el cuerpo y el alma y posea los derechos de ambas sustancias, es decir, del hombre interior y del exterior.

CAPÍTULO IX.

En la epístola al prefecto Cincio.

«Si un hombre tomara una mujer, y la tuviera y ella no hallara gracia ante sus ojos por alguna fealdad, escribirá un acta de divorcio, y la pondrá en su mano y la despedirá de su casa (Dt 24)». Por lo tanto, esta mujer nuestra, a saber, la vida carnal, ¡ojalá nunca encuentre gracia alguna ante nuestros ojos!, sino que su abominable fealdad siempre ofenda las narices de nuestras mentes, como es digno. Que ella, una vez recibida el acta de divorcio por la ley de la penitencia, sea excluida de los umbrales de nuestro matrimonio de tal modo que no regrese de nuevo a 156 nuestros abrazos. Por lo cual también dice el hombre sabio: «Aparta tu rostro de la mujer adornada, y no mires la belleza ajena (Eclo 9)»; la cual, puesto que es llamada ajena, con razón se entiende como concubina junto con Agar, no como esposa. Pues Agar se interpreta como «extranjera» o «moradora». Y porque a través de Salomón esta misma mujer impúdica dice: «He rociado mi lecho con mirra, áloe y cinamomo (Prov 7)»; con razón podrá ser comparada con la otra concubina de Abraham. Ciertamente, Cetura es llamada «per-

fumada». Pues la vida carnal exhala los perfumes de la mentira. Por lo cual también se dice en los Proverbios: «Guárdate de la mujer mala y de la lengua halagadora de la extraña; no codicie tu corazón su hermosura (Prov 6)». Pues esta lengua halagadora, a saber, de la vida carnal, persuade a los hombres miserables a decir: «Venid, disfrutemos de los bienes que hay, y usemos de la criatura rápidamente como en la juventud; llenémonos de vino precioso y de ungüento, y no pase de nosotros la flor del tiempo», etc. (Sab 2). Pero, por el contrario, sobre la mujer que significa la vida religiosa, está escrito: «Dichoso el marido de la mujer buena, pues el número de sus años es doble; la mujer fuerte deleita a su marido, y llenará en paz los años de su vida (Eclo 26)». ¿Cómo es el número de los años del hombre doble, sino porque tanto vive aquí en santa conversación como ha de vivir allá en la gloria? Estas dos vidas claramente, a saber, la espiritual y la carnal, disienten entre sí por una especie de celotipia, por así decirlo, y atraen los corazones de los hombres hacia un fin de vida diverso. Pues aquella refrena el prurito de la gula, para que no exceda la medida de una sobria comida; esta engulle los vientres y los relaja mediante inmoderados deleites de manjares. Aquella se alimenta de suspiros y gemidos; esta se deleita con carcajadas y juegos necios. Aquella eleva el espíritu hacia arriba y lo suspende en la fortaleza del deseo celestial; esta se entrega a las preocupaciones seculares y a amontonar riquezas. Aquella tolera con ecuanimidad cualquier injuria, cualquier adversidad

que se le infiera; esta recibe más bien violencias más graves, e introduce juicios que han de ser soportados.

CAPÍTULO X.

En la epístola a Pedro el monje.

«Si los jueces vieran que quien ha pecado es digno de azotes, lo tenderán y harán que sea azotado en su presencia»; donde también se añade pronto: «Según la medida del pecado será el modo de los azotes, de tal manera que no excedan solamente el número de cuarenta, no sea que tu hermano muera feamente lacerado ante tus ojos (Dt 25)». El cual precepto legal, ciertamente para aquel pueblo, es para nosotros un misterio de alegoría. Pues el número cuarenta significa el curso de la vida humana. De aquí es que Israel camina por el desierto durante cuarenta años (Nm 14, 32). De aquí Moisés (Ex 24) y Elías (1 Re 19), además e incluso el Señor mismo (Mt 4), prolongaron su ayuno durante tantos días. El cual también, así como yació muerto en el sepulcro por cuarenta horas, así no obstante después de su resurrección estuvo con los discípulos por otros tantos días, a fin de que el piadoso Maestro nos enseñe a nosotros, sus miembros, que caminando por las huellas de nuestra cabeza, tanto muertos al mundo como cual peregrinos nos hospedemos en el siglo. Místicamente también, mientras en la ley se ordena que el pecador sea azotado, se prohíbe que se exceda el número de cuarenta azotes, porque quienquiera que en esta vida haya

realizado una perfecta penitencia, no sentirá después ninguna pena por sus excesos. 157

CAPÍTULO XI.

En el sermón sobre S. Anastasio.

«No tendrás en tu bolsa diversos pesos, mayor y menor, ni habrá en tu casa medida mayor y menor. Tendrás un peso justo y verdadero, y una medida igual y verdadera será para ti (Deut. XXV)». Pues de cierto no tenemos en la bolsa diversos pesos si, en el secreto de nuestra conciencia, no juzgando de una manera para nosotros y de otra para los demás, aplicamos las mismas medidas de los preceptos legales; a saber, de modo que nos esforcemos en imponer a los demás la regla de la severa rigidez, pero tratarnos a nosotros mismos por la ley de una indulgencia más relajada. De cuyo fraude también dice Salomón: «Abominación es al Señor el peso doble y la balanza engañosa (Prov. XI)». Es necesario, pues, medir los frutos de la palabra de ningún modo con diversos, sino con los mismos pesos, para que lo que mandamos que hagan los demás, nosotros mismos también lo cumplamos eficazmente con obras vivas.

CAPÍTULO XII.

En el sermón sobre S. Bartolomé.

El bronce se encuentra a veces que conviene a los santos apóstoles, de quienes se dice bajo la figura de Aser por Moisés en el Deuteronomio: «Hierro y bronce son su calzado (Deut. XXXIII)».

El calzado, en efecto, en la sagrada Escritura se toma como la protección de la predicación, como está escrito: «Calzados los pies en la predicación del Evangelio de la paz (Efes. VI)». Porque como por el hierro se expresa la virtud, pero por el bronce la perseverancia de la paciencia, el hierro y el bronce se dicen que son el calzado de los apóstoles, y también de cualesquiera santos predicadores. Por el hierro, a saber, toleran pacientemente los males contrarios; por el bronce, en cambio, conservan con paciencia los bienes propuestos. Sobre cuyos apóstoles, o varones apostólicos, a saber, santos predicadores, habiendo antepuesto para el mismo Aser: «El jinete del cielo es tu ayudador»; al punto añadió: «Por su magnificencia discurren las nubes (Deut. XXXIII)». Pues ¿quién es el jinete del cielo, sino nuestro Salvador, el cual, después de que muriendo perdió el imperio de la muerte, penetró el cielo, acompañándole los ángeles y mirándole los discípulos? Por su magnificencia discurren las nubes, porque por su autoridad los santos doctores llueven por el mundo la lluvia de la predicación saludable. Sobre los cuales también el profeta: «¿Quiénes son, dice, estos que vuelan como nubes?» (Isa. LX). Estas nubes se disuelven en agua cuando embriagan la tierra de nuestro corazón con los torrentes de su doctrina, para que la vuelvan fértil para producir los brotes de la obra piadosa.

Terminan los testimonios del libro del Deuteronomio.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE JOSUÉ.

1. Que las aguas del Jordán se dividieron mientras Israel, bajo el mando de Josué, cruzaba.

2. Que mandó el Señor que tomaran doce piedras de en medio del Jordán, donde los sacerdotes habían estado, y las pusieran en medio del campamento.

3. Que el Señor mandó a Josué que pasara a Gálgala con el pueblo y allí los circuncidara con cuchillos de piedra.

4. Que mandó el Señor que los varones guerreros armados precedieran al arca de la alianza, y siete sacerdotes tocaran siete trompetas y así rodearan Jericó por siete días.

5. Que en el Arca se contenían tres cosas: la urna de oro con el maná, y la tabla del testamento, y la vara de Aarón.

6. Dijo Josué al pueblo: «Vosotros, sin embargo, guardaos de tocar nada de las facultades de Jericó».

7. Que, subvertida Jericó, la casa de Rahab la meretriz, de la cual colgaba un cordón de escarlata, escapó.

8. Subvertida Jericó, Josué pronunció una imprecación, diciendo: «Maldito sea el varón ante el Señor, que levantare y edificare Jericó en su primogénito».

9. Que los gabaonitas extorsionaron fraudulentamente un pacto de paz de los israelitas en la tierra de los ferezeos y de los refaítas.

10. Dijo Josué a los hijos de José: «Si eres un pueblo numeroso, sube al bosque y corta para ti espacios para habitar».

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE JOSUÉ.

159 CAPÍTULO PRIMERO. En el segundo sermón sobre S. Juan evangelista.

«Cuando el pueblo entraba en el Jordán, por mandato de Josué, las aguas superiores se hinchaban a semejanza de un monte, pero las inferiores se deslizaban hacia el mar Muerto (Jos. III)». Porque de cierto de aquellos que son bautizados, unos perseveran en la dulzura recibida de la gracia celestial, otros no cesan de fluir hacia la amargura de los pecados viviendo perversamente, y caen como en la salinidad del mar muerto, mientras que, saboreando las cosas terrenas por las pendientes de una vida depravada, tienden hacia la muerte. Pero nosotros no así, amadísimos, no así, sino trasladando el ánimo a la verdadera sabiduría, esforcémonos por la misericordia de Dios en progresar de tal modo en lo alto de las virtudes, que avergüence declinar hacia la vorágine de los vicios. Así perseveremos siempre en apresurarnos hacia las cosas celestiales a donde tendemos, para que conservemos continuamente la dulzura del amor divino en nuestras mentes.

CAPÍTULO II.

En el mismo sermón.

«Elige», dice el Señor a Josué, «doce varones, uno por cada tribu, y mándales que tomen de en medio del cauce del Jordán, donde los sacerdotes fijaron los pies, doce piedras durísimas que pondréis en el lugar del campamento, donde fijaréis esta noche las tiendas (Jos. IV)». Pero para no discutir todas las palabras, aunque llenas de misterios, ¿qué se nos insinúa por este hecho, sino que después de que cruzamos las corrientes del místico Jordán, después de que surgimos de la fuente del lavacro saludable, nos esforcemos en proponer para nuestra imitación doce piedras durísimas, esto es, los firmísimos ejemplos de los apóstoles? En efecto, ponemos las piedras donde los sacerdotes habían fijado los pies en el lugar del campamento, si puestos en el apresto de la milicia espiritual, mantenemos constante y firmemente las huellas de los apóstoles. Pues según la sentencia de Salomón: «El que es blando y disoluto en su obra, es hermano del que disipa sus obras (Prov. XVIII)». Sin duda, los que en sus costumbres son blandos y fluidos, a modo del agua fluyen precipitados hacia lo profundo; pero los que son constantes y firmes, crecen diariamente hacia la alcázar de la virtud.

CAPÍTULO III.

En el primer sermón sobre San Bartolomé.

"Después de estas cosas, sin embargo, se le ordena inmediatamente a Josué que pase con el pueblo a Gálgala y allí los circuncide con cuchillos de piedra (Jos. 5)". "La piedra", como dice

el Apóstol, "era Cristo (1 Cor. 10)". Por lo tanto, somos circuncidados con cuchillos de piedra mientras que, por medio de Cristo, amputamos de nosotros todas las seducciones de la carne y del espíritu. Y con esta circuncisión, como allí se dice, rechazamos el oprobio de los egipcios, porque derribamos la petulancia de los vicios que se burlan de nosotros. "Hoy", dice el Señor a Josué, "he quitado de vosotros el oprobio de Egipto (Jos. 5)". Tampoco debe pasarse por alto que Gálgala se interpreta como revelación. Pues la vida carnal ciega los ojos de la mente, pero la espiritual los ilumina: "Revela", dice, "mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley (Sal. 118)". Pues cuando un hombre es circuncidado de sus propios vicios, se revela la agudeza de la mente para considerar los misterios de la ley divina. En el cual lugar, a saber, la Pascua es celebrada por el pueblo israelita y se come típicamente aquel Cordero, que quita los pecados del mundo (Juan 1). Y nota el orden de las cosas y pondera el misterio de la salvación humana. Después de que salimos del bautismo como del remolino del Jordán, nos constituimos piedras de virtud y constancia apostólica como testimonio de ejemplo, las cuales, contemplando con el afán de la emulación, somos circuncidados del prepucio de nuestra maldad, y así, alejada y limpiada la tiniebla de los vicios, con la faz espiritual revelada, celebramos la Pascua de la alegría en la luz de las virtudes. Allí por primera vez el pueblo comió de los frutos de la tierra panes ácimos; y el maná, con el que hasta entonces solían alimentarse, no apareció más. Porque después de

que aquel pan vivo, que descendió del cielo (Juan 6), salió del campo del vientre virginal, después de que el grano de trigo, cayendo en la tierra, murió y trajo muchos frutos (Juan 12), pronto el maná de la ley típica cesó. Pues la tierra de la promesa es el vientre de la Virgen; sobre cuya tierra se dice por Isaías: "Rociad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al Justo; ábrase la tierra y germine al Salvador (Is. 45)". Cuando, pues, se llega a este pan, no se busca más el maná de la ley antigua.

CAPÍTULO IV.

En el sermón sobre S. Andrés.

«Mandó el Señor a Josué que los varones guerreros armados precedieran al arca de la alianza, pero los sacerdotes tocaran siete trompetas, y así no obstante por siete días rodearan los muros de Jericó.» El séptimo día, pues, mientras el clamor del pueblo se mezcla con las trompetas que suenan, Jericó al punto subvertida se derrumba desde el fundamento (Jos. VI)». ¿Pero qué es esto, que para tomar la ciudad no se desenvaina la espada, no se blanden las armas, no se lanza el dardo, no se apreta la línea militar del cuño para el ímpetu de la irrupción, sino que se toca solamente con trompetas sacerdotales, y así la victoria se obtiene de los enemigos superados no ya por derecho de guerra, sino más bien por la virtud del sacramento? Parecería ciertamente la necedad de un delirio, si no hubiera seguido una victoria evidente. Pero por Jericó, que se dice luna, no incongruentemente se insinúa el mundo, que

así por los momentos de los tiempos que se deslizan se termina como por detrimentos mensuales. El Arca santa, además, era la Iglesia; las trompetas en cambio son los apóstoles, o cualesquiera santos doctores de la Iglesia, por cuyas advertencias, a saber, mientras nos esforzamos siempre en luchar contra los halagos de la carne y las insidias del antiguo enemigo, somos incitados como a la línea del conflicto y a entablar batallas por los sonidos de las trompetas. Las cuales trompetas ciertamente se relata que fueron siete, porque los santos predicadores están llenos de la gracia del Espíritu septiforme. También por la sucesión de siete días se desarrolla todo 161 el tiempo de nuestra mortalidad. Por tanto, los sacerdotes llevando el arca y tocando por siete días rodean la ciudad de Jericó, y sus muros caen por la presencia del arca y el sonido de las trompetas; porque en el decurso de esta vida mortal, mientras por todo el orbe de la tierra se mueve y se dilata la santa Iglesia, por la instancia de la santa predicación toda la soberbia del mundo elevado se rompe y todos los obstáculos de la infidelidad se subvierten. Y debe notarse que se manda a los soldados armados ir con los sacerdotes, a saber, para que aquellos a quienes no se les ha encomendado el oficio de emitir el sonido de ningún modo se entiendan alejados del encuentro de las guerras, de modo que también aquellos que no predican caminen no obstante armados y siempre circunspectos contra las insidias del enemigo oculto. Los jefes y príncipes de esta guerra, por tanto, son los santos apóstoles, que llevan el arca de la alianza

alrededor de los muros de Jericó con el sonido de las trompetas, porque por el circuito de todo el mundo, por el oficio de la santa predicación, difunden los sacramentos de la Iglesia. «Pues por toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los confines del orbe de la tierra las palabras de ellos (Sal. XVIII)». Transcurridos, pues, seis días, al séptimo día por fin el rey de Jericó con todo el pueblo es consumido por la espada devoradora, porque en el último día el diablo, que es el rey de la soberbia, con todos sus secuaces es condenado a la muerte perpetua como por una cierta espada de la sentencia divina. Entonces ciertamente se hará lo que se dice por el Apóstol: «Porque, cuando haya evacuado todo principado, y toda potestad y virtud, lo último que se destruirá será la muerte enemiga (I Cor. XV)».

CAPÍTULO V.

En el sermón sobre S. Bartolomé.

El arca, en verdad, había sido compuesta de maderas incorruptibles de Setim por arte místico; resplandecía también con oro purísimo, dorada por dentro y por fuera. En ella había también una urna de oro, en la que se guardaba el maná, así como las tablas del Testamento, y la vara de Aarón que había florecido. ¿Pero qué es la urna de oro, sino la carne de Cristo, limpia, nítida, sincera, purísima sin ningún contagio de culpa, que tiene escondido el maná, a saber, el pan angélico, esto es, la dulzura de la divinidad eterna? Las dos tablas de piedra significan la inviolable firmeza

de ambos Testamentos. ¿Pero qué expresa la vara de Aarón, sino el estandarte saludable de nuestro sumo y verdadero Pontífice y el sacramento de la cruz vivificante? La cual también en lo que se dice que germinó, prefiguró la santa cruz floreciente con el verdor de la memoria inmortal. Estos son los sacramentos de la Iglesia universal, esta es también la instrucción saludable de cualquier alma fiel cristiana. Pues lo que el arca presentaba por una imagen sombreada, esto ahora la Iglesia, o cualquier mente del justo, lo posee por la eficacísima y abierta verdad. Estos alimentos de mística refección llevaban los bienaventurados apóstoles, estos los partían como pan para los párvulos al exponerlos. Pues después de que brotó aquel sermón evangélico: Porque «les abrió el sentido, para que entendieran las Escrituras (Luc. XXIV)»; cesó la queja profética, por la cual se dice: «Los párvulos pidieron pan, y no había quien se lo partiera (Lam. IV)». Este es aquel pan cotidiano, 162 hermanos míos, que la Verdad nos enseñó a pedir con ansia; este el pasto de la sabiduría celestial, que debemos hambrear continuamente.

CAPÍTULO VI.

En el sermón sobre S. Andrés.

«Dijo Josué al pueblo: Vosotros, sin embargo, guardaos de tocar nada de las facultades de Jericó (Jos. VI)». También nuestro Jesús prohíbe, el verdadero Salvador ciertamente, que nadie ame las cosas que son del mundo: «No queráis, dice, ate-

sorar para vosotros tesoros en la tierra (Mat. VI)»; y por su apóstol: «No queráis amar al mundo, ni las cosas que están en el mundo (I Juan II)». No defraudemos, pues, siguiendo el ejemplo del infeliz Acán (Jos. VII), nada del anatema de Jericó, para que a saber nada de las costumbres disolutas de la conversación mundana introduzcamos en las disciplinas eclesiásticas. No quitemos el manto, para que tras el vestido de la fe de ningún modo nos pongamos el culto de las conversaciones seculares; no los siclos de plata, para que quienes guardamos el tesoro eterno en el cielo, ninguna moneda temporal pongamos en un sudario por ambición; no finalmente la regla de oro, para que en la Iglesia de Cristo no introduzcamos dogmas precisos de los herejes; no los estudios ponderados de los filósofos que disputan agudamente, o las ficciones elaboradas de los poetas. Pues esta es aquella regla de oro, dirigida a saber por un lenguaje limado y pulido, y vestida como con el resplandor de oro de una luciente elocuencia. Pero esta regla la robaron Arrio, Marción y Apeles e iguales pestes de hombres perversos; quienes, mientras intentaron introducir las sectas de los filósofos en la Iglesia, parecieron de algún modo provocar la ira de Dios sobre los campamentos de Israel. Pero estos fueron sepultados con Acán bajo un montón de piedras, porque fueron oprimidos por el peso inmenso de los pecados. Nosotros, en cambio, hermanos carísimos, porque nuestra filosofía es Cristo y este crucificado, y por tanto tenemos por maestros no a oradores, sino a pescadores, no astutos y elocuentes, sino mansos y

sencillos, despreciemos la sabiduría que ciega, busquemos la necedad que ilumina a los que aprenden. «Porque, como dice el Apóstol, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación (I Cor. I)».

CAPÍTULO VII.

En el mismo sermón.

«Mas todos los habitantes de Jericó son consumidos por la espada degolladora; solo la casa de Raab la meretriz escapó, a la cual a saber un cordón de escarlata (funiculus coccineus) en la ventana distinguió (Jos. VI)». Aquella casa prefigura a la única Iglesia, que fue purificada de la torpeza de la fornicación por la ventana de la confesión en la remisión de la sangre. Esta es claramente librada del común exterminio del mundo que perece, porque en la ventana de su casa ata el cordón de escarlata, mientras no deja de llevar en la boca de su cuerpo el sacramento de la pasión del Señor: «Pues con el corazón se cree para la justicia, mas con la boca se hace la confesión para la salvación (Rom. X)». Además, aquel cordón estaba atado a la casa, pero se veía por fuera, porque la fe de la cruz del Señor se retiene en el corazón, la cual se manifiesta por la confesión de la boca. Pereciendo los demás, todos los que fueron hallados en aquella casa escaparon del peligro de la muerte; porque así como dentro de la Iglesia todos los elegidos se salvan, así fuera de la Iglesia nadie podrá ser hallado salvo. Pero

tal vez se pregunta cómo tanto el arca, que sitiaba la ciudad rodeándola, como la casa de Raab, que estaba adherida a sus muros, ambas cosas sin duda designan a una sola Iglesia, ¿siendo que el arca a saber sitia y expugna, y la casa parece sitiada? Pero esta cuestión se resuelve fácilmente si se atiende sutilmente a la diversidad que hay en los miembros de la Iglesia. Pues la Iglesia expugna a la Iglesia, cuando los predicadores, maestros y discípulos, presidentes y obedientes, proceden de una sola fuente de regeneración divina; en fin, el único cuerpo de la Iglesia se ve completado como por diversos miembros. A la cual Iglesia ciertamente se dice por el Salmista: «En lugar de tus padres, te han nacido hijos (Sal. XLIV)»; los mismos apóstoles, que para capturar la Jericó de la soberbia humana lanzaron tan válidos, tan robustos rayos fulmíneos de sus predicaciones, se ven de algún modo como padres e hijos de una misma Iglesia: hijos a saber de los patriarcas y de los profetas, pero padres de todos los elegidos subsiguientes de allí en adelante.

De aquí es, pues, lo que se prescribe a Moisés por la voz divina: «Que fundiera basas de plata (bases argenteas), y erigiera encima tablas doradas (tabulas inauratas) (Exod. XXVI)». ¿Qué otra cosa parece significarse por las basas de plata, sino el orden de los profetas, a quienes, puesto que fueron los primeros en hablar del sacramento de la Iglesia, los contemplamos como unas basas que surgen del fundamento y sostienen los pesos superpuestos a la fábrica? ¿Qué en verdad por las tablas, sino que se figuran los santos

apóstoles, que por la predicación extendida por el mundo se dilataron amplísimamente? Pues la doctrina de los apóstoles se apoya, como sobre unas basas, en la predicación profética, y por la autoridad de ellos se consolida firmemente para la robustez de su estado. Por lo cual también se ponen dos basas unidas bajo cada una de las tablas, porque, mientras los santos profetas en sus palabras concuerdan entre sí sobre el sacramento de la entonces futura Iglesia, edifican a los apóstoles subsiguientes que están edificando; y como no disienten en nada de sí mismos, los fijan en sí más robustamente. Y no sin mérito se prescribe que las basas, por las que se significan los profetas, deban fundirse de plata. Pues la claridad de la plata se conserva por el uso; mas sin el uso se vuelve negruzca. También los dichos de los profetas, antes de que se aclararan por la predicación apostólica, porque no estaban en el uso de la inteligencia espiritual, mientras no podían ser vistos por la oscuridad, permanecían como negros; mas después de que la mano de la predicación apostólica limpió los vaticinios oscuros, todo lo que de luz latía en ellos resplandeció y dio sus sentidos místicos al uso, porque anunció perspicuamente que las palabras ya estaban expuestas por los hechos. Con derecho, por tanto, se prescribe que se hagan tanto basas de plata como tablas doradas, porque a saber los preceptos apostólicos son mucho más claros que los oráculos de los profetas.

Para volver a lo anterior, no es incongruente si tanto el arca como la casa de la meretriz, que es sitiada, se ven como expresión de una sola y

misma Iglesia, siendo que son diversos los miembros de la misma Iglesia, como se ha dicho: unos a saber sitiando por el ámbito de la santa predicación; otros que han de ser abrumados por los dardos de la doctrina saludable desde el baluarte de su infidelidad o depravación; unos ya domésticos, otros todavía ajenos por la aversión de la obra perversa. Este conflicto en testimonio de la lucha espiritual ya lo había olido Isaías cuando, después de haber descrito perspicuamente el advenimiento del Salvador, añadió inmediatamente: «Y el corazón de Egipto desfallecerá en medio de él, y haré concurrir a egipcios contra egipcios; y luchará el varón contra su hermano, y el varón contra su amigo, y ciudad contra ciudad, reino contra reino; y se romperá el espíritu de Egipto en sus entrañas (Isa. XIX)». Puesto que, por tanto, por el asedio de la predicación apostólica, hermanos carísimos, hemos sido arrancados de las matanzas de la Jericó que perece, más aún, liberados divinamente del exterminio de la gentilidad subvertida, no nos pese seguir a nuestros guías a donde nos preceden, no parezca oneroso lo que nos prescriben para nuestra salvación.

CAPÍTULO VIII.

En la carta a B. Causídico, para que la sabiduría espiritual se anteponga a la prudencia exterior.

«Subvertida Jericó, Josué pronunció una imprecación, diciendo: Maldito sea el varón delante del Señor, que levantare y edificare la ciudad de Jericó; en su primogénito eche sus cimientos y

en el último de sus hijos ponga sus puertas (Jos. VI)». Pues porque por Jericó, que se interpreta como luna (luna), se significa esta vida, levanta la ciudad de Jericó en su primogénito quien ama principalmente los bienes de la vida presente. Y porque la Verdad en el Evangelio prescribe: «Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas se os añadirán (Mat. VI)»; merecidamente es condenado con la maldición quienquiera que se demuestre que se aparta de este precepto, como atestigua el Profeta, que dice: «Malditos los que se apartan de tus mandatos (Sal. CXVIII)». Por el contrario, pone las puertas de Jericó en el último de sus hijos quien de tal modo usa los bienes temporales que no los posee con amor, sino que arde desde lo más íntimo por el premio de la gloria celestial. Quien en su amor pospone las cosas terrenas a las celestiales, estima en nada las transitorias. Haciendo esto, pues, hace también primogénito al hijo de la esposa odiada, según los mandatos de la ley, y, según la sentencia de Josué, levanta las puertas de Jericó en el último de sus hijos. Por el contrario, Caín fundó una ciudad en su primogénito Enoc (Gén. IV), porque no esperaba la herencia futura; y porque se dedicó prematuramente, como si fuera en la Jericó de este siglo, incurrió en la sentencia de perpetua maldición. De donde está escrito: «La herencia, a la que se corre de prisa al principio, al final carecerá de bendición (Prov. XX)».

CAPÍTULO IX.

En el libro sobre la perfección de los Monjes

Pues algunos, lo que no puedo decir sin gemido, de tal modo pasan al orden de la nueva religión que, sin embargo, nunca abandonan la vejez de su vida pasada. Estos son ciertamente gabaonitas, no israelitas. Es sabido, en efecto, que los gabaonitas, aterrorizados por el temor de la muerte, vinieron al pueblo israelita con fraude y astucia, de suerte que se vistieron con ropas viejas, y llevaron incluso panes secos, odres, sacos, calzado y todas las cosas juntas envejecidas. A los cuales, por supuesto, después de que se les concede la vida por el pacto obtenido, consecuentemente también se conoce y manifiesta su fraude. A quienes Josué, descubierto el dolo, los condenó bajo maldición, y los constituyó portadores de agua y cortadores de leña por derecho perpetuo (Jos. IX). ¿Quiénes son, pues, los gabaonitas, que pasan a los israelitas por el pavor de la muerte, sino aquellos que se refugian en la milicia del servicio divino no por amor a la perfección, sino aterrados por la inmensidad de sus crímenes? Pero algunos de ellos, mudados en el vestido, no en la mente, llevan panes secos para comer, porque todavía ignoran los ázimos de la sinceridad y la verdad (I Cor. V). Se cubren con vestiduras viejas, porque constituidos todavía en el hombre viejo, no saben cómo revestirse del hombre nuevo, que según Dios ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad (Ef. IV). Por último, todas las cosas que llevan parecen envejecidas, porque perseveran en los vicios de su vida pasada, no obedeciendo al Apóstol que prescribe: «Renovaos —dice— en el espíritu de vuestra

mente (Ibid.)». Ni les cuadra aquella sentencia por la que se dice: «Las cosas viejas pasaron, y he aquí que todas han sido hechas nuevas (II Cor. V)». Pues llegando a la novedad solo superficialmente, en realidad persisten en la vejez, porque no muestran en sus costumbres enmienda ni nueva conversación. Tales personas, por tanto, son castigadas con la maldición, ni son admitidas en modo alguno a participar en la herencia con los israelitas. Pues no son del número de aquellos a quienes se dice: «A esto habéis sido llamados, para que poseáis la bendición por herencia (I Ped. III)». Por lo demás, el agua es insípida y la leña es dura. Por tanto, se les manda cortar leña y llevar agua, porque, ignorantes del gusto de la inteligencia espiritual, se ocupan en los duros e insensibles negocios del ejercicio exterior. Así, pues, parecen ciertamente aportar alguna utilidad a la Iglesia sirviendo en las cosas exteriores; pero porque viven servilmente, no pueden poseer la herencia entre los israelitas.

CAPÍTULO X.

En la epístola a los hermanos de Camugni.

"Dijo Josué a los hijos de José: Si eres un pueblo numeroso, sube al bosque y corta para ti espacios en la tierra de los ferezeos y de los refaítas, porque la posesión del monte Efraín es estrecha para ti. Y cuando se quejaban allí y decían: No podremos subir a las montañas, pues los cananeos que habitan en la tierra baja usan carros de hierro. Respondió Josué: Eres un pueblo

numeroso y de gran fortaleza, no tendrás una sola suerte, sino que pasarás al monte, y cortarás para ti y limpiarás espacios para habitar; y podrás avanzar más cuando hayas derribado al cananeo, de quien dices que tiene carros de hierro y que es muy fuerte (Jos. 17)". Quizás explicaría estas cosas que necesitan de muchas palabras, si no me lo impidiera el límite de la brevedad epistolar; baste esto solo como rozándolo en la superficie, porque, cuando Josué manda al pueblo cortar la espesura de los bosques, sugiere esto: que nuestro Jesús, del mismo nombre a saber, manda a los que le siguen a arrancar los arbustos mal brotados de los bosques de vicios que crecen. Exhorta a que no pacten, sino que hagan guerra contra los cananeos, a que suban a las montañas, para que trabajen en derrotar la barbarie de los vicios y se apresuren a obtener la ardua cima de las virtudes. Además, en cuanto a lo que ellos se quejan pusilánimemente de que no pueden levantarse contra los que usaban carros de hierro, esto es que nosotros, débiles y frágiles, a menudo desconfiamos de poder sostener los ataques de los espíritus malignos, como si fueran carros de hierro. Pues cuando la petulancia de la gula, el remolino de la lujuria y las plagas de todos los vicios, como las filas de batalla de los cananeos furiosos, se agrupan en cuñas apretadas contra nosotros, ¿qué otra cosa sino que los cananeos nos atacan con carros de hierro y, para que no podamos subir de las llanuras de la vida carnal a las alturas de las virtudes, nos cierran el acceso de la salvación? Pero el buen líder de nuestra milicia

eleva nuestra debilidad a la constancia de actuar con valentía e impulsa contra los ataques de los enemigos, para que progresemos hacia cosas más altas.

Pero, ¿cómo podemos triunfar sobre nuestros enemigos, nosotros que siempre queremos yacer en banquetes, siempre en la ingurgitación de copas desbordantes? De quienes ciertamente dice Salomón: "El que ama los banquetes, estará en la necesidad; el que ama el vino y las cosas grasas, no se enriquecerá (Prov. 21)". Y otra vez: "Cosa lujuriosa es el vino y tumultuosa la embriaguez; el que se deleita con esto no será sabio (Prov. 20)". Pues acostumbrar el vientre al vino y a los manjares, ¿qué otra cosa es sino abrir el acceso a los enemigos del alma para que entren? De donde también el mismo Salomón dice: "Al que nutre delicadamente a su siervo desde la infancia, después lo sentirá contumaz (Prov. 29)". Bien refrenaba a este siervo con las correas del ayuno aquel que decía: "Castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre (1 Cor. 9)". Contra este siervo disputaba cuando decía: "La comida para el vientre y el vientre para la comida, pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas (1 Cor. 6)". Significaba que este siervo debe ser frenado bajo los talones cuando decía: "Muchos andan, de quienes a menudo os decía, pero ahora os lo digo incluso llorando, enemigos de la cruz de Cristo; cuyo fin es la perdición, y cuyo Dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Fil. 3)". Debe notarse además que aquí se dicen dos cosas terribles, y el mismo Apóstol profiere una sentencia tremenda contra

los enemigos de la cruz de Cristo, diciendo: "Si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema Maran Atha (1 Cor. 16)". Quien verdaderamente venera el vientre por Dios, es convencido de algún modo de negar a Dios y, por esto, estas dos cosas llenas de terror parecen ser una sola, a saber, lo que Dios no permita, tanto ser enemigo de Cristo como adorar a otro Dios.

Terminan los testimonios del libro de Josué.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS JUECES.

1. Que a Adonibezec se le amputan las extremidades de las manos y de los pies mientras es capturado. 2. Era Débora profetisa, esposa de Lapidot, que juzgaba al pueblo en aquel tiempo. 3. Que se le manda a Gedeón que vaya a la guerra contra los madianitas con solo trescientos, que habían lamido el agua con las manos. 4. De aquel que en el campamento de Madián relataba a su compañero que había visto en sueños un pan de cebada cocido bajo la ceniza. 5. Que es mejor el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer.

Terminan los testimonios del libro de Josué.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS JUECES.

1. Que a Adonibezec se le amputan las extremidades de manos y pies cuando es capturado.

2. Era Débora profetisa, esposa de Lapidot, que juzgaba al pueblo en aquel tiempo.

3. Que a Gedeón se le prescribe marchar a la guerra contra los madianitas con solo trescientos hombres, que habían lamido el agua con las manos.

4. De aquel que en el campamento de Madián refería a su compañero haber visto en sueños un pan de cebada cocido bajo la ceniza.

5. Que es mejor el rebusco de Efraín que las vendimias de Abiezer.

6. Abimelec, hijo de Jerobaal, mató a sus hermanos, setenta varones, sobre una sola piedra.

7. Jotán se paró en la cumbre del monte Garizim, y alzando su voz gritó: Oídme, varones de Siquem, de modo que Dios os oiga a vosotros.

8. Abimelec, oyendo que los varones de la torre de Siquem estaban congregados, subió al monte Salmón con todo el pueblo.

9. Que mientras Abimelec intentaba incendiar las puertas de la torre que estaba en medio de Tebes, habiendo acercado fuego, una mujer lanzando desde arriba un fragmento de piedra de molino golpeó su cabeza.

10. Que algunos del pueblo de Efraín que antiguamente venían a los vados del Jordán, como no sabían pronunciar Siboleth, fueron muertos por las espadas de los galaaditas.

11. Sansón tomó trescientas zorras y ató sus colas, unió teas a las colas y, habiéndolas atado en medio, les prendió fuego.

12. Que Sansón, asiendo una quijada de asno, mató con ella a mil varones de los filisteos.

13. Que el Señor, habiendo sido consultado dos veces sobre ir a la batalla contra Benjamín, dio su

asentimiento, y finalmente Israel es abatido por las espadas de Benjamín.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS JUECES.

CAPÍTULO I. En la carta al abad V.

«Huyendo Adonibezec ante los hijos de Israel, los perseguidores lo capturaron y le cortaron las extremidades de manos y pies (Jue. I)». Adonibezec ciertamente es cortado en la extremidad de manos y pies, mientras el espíritu maligno entre los hombres santos es privado de la virtud tanto de andar como de obrar. Quien sin duda, mientras padece sus propias heridas, se jacta de haber inferido estas mismas cosas a otros: «Setenta reyes —dice—, amputadas las extremidades de manos y pies, recogían bajo mi mesa las sobras de los alimentos; como hice, así me lo ha pagado el Señor (Ibid.)». Los setenta reyes son las setenta naciones de lenguas discrepantes, a las cuales hasta el advenimiento del Salvador el antiguo enemigo les había quitado por completo la facultad tanto de caminar rectamente como de hacer cosas buenas. La cual doble herida ciertamente la cura Pablo, el médico de las almas, cuando dice: «Levantad las manos caídas y las rodillas debilitadas, y haced rectos pasos con vuestros pies, para que quien cojea no se extravíe, sino que más bien sane (Heb. XII)». Pues Adonibezec se interpreta como señor del rayo, o señor contento con lo vano. El rayo, tan pronto como empieza a

brillar, de repente falla. Por lo cual se puede entender al pueblo judaico, que ciertamente brilla como con un cierto resplandor cuando decían: «Todo lo que nos ha prescrito el Señor lo oiremos y lo haremos (Exod. XXIV)»; pero pronto esta luz fallando caía, cuando inclinaban sus cervices a los tenebrosos demonios. Por aquello que se dice, contento con lo vano, se designa a la gentilidad, que contenta con los ídolos visibles no se cuidaba de volver a la misericordia del Creador, y mientras ignoraba el culto de la verdad, insistía en las vanas ceremonias de los ídolos. De los cuales dice el Apóstol: «Porque no glorificaron a Dios ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos (Rom. I)». Sobre estos dos pueblos en su mayor parte dominó Adonibezec, esto es, el espíritu reprobo de la iniquidad; porque tanto aquel comenzó a brillar como un rayo y cesó, como este, mientras se mantuvo contento con la vanidad de los demonios, no buscó el auxilio de su propio Creador.

CAPÍTULO II.

En el sermón sobre S. Casiano.

«Ahora bien, Débora era una profetisa, esposa de Lapidot, que juzgaba al pueblo en aquel tiempo, y se sentaba bajo una palmera, que era llamada por su nombre, entre Ramá y Betel en el monte Efraín, y subían a ella los hijos de Israel para todo juicio (Jue. IV)». Pero se llega más rápido al final si, mientras se teje la historia, se va exponiendo por partes entretanto. Por Dé-

bora, ciertamente, que se interpreta como habla (loquela), o abeja (apis), no inconvenientemente se entiende la profecía. Pues la abeja hace miel; y de la profecía se dice por el Salmista: «¡Qué dulces son a mi paladar tus palabras, Señor, más que la miel y el panal a mi boca!» (Sal. CXVIII). Entretanto no quiero que se os escape, queridísimos, que esta historia que hemos emprendido tratar con ocasión del sermón necesita más palabras, pues está llena de muchos misterios; pero la contraemos por eso con brevedad, para no gravar vuestro afecto con el tedio de la prolijidad. Consideremos, pues, dónde se describe que tiene su sede la profecía, a saber, bajo una palmera, porque a quienes la doctrina profética instruye con sus instituciones, los conduce a la palma de la vocación suprema, y mientras por ella los hombres aprenden el orden de vivir, se hacen vencedores de los vicios que se rebelan. Ni debe pasarse por alto que se dice que se sentó entre Ramá y Betel: Ramá ciertamente se interpreta como excelsa (excelsa); Betel, como casa de Dios (domus Dei), como ya hemos dicho. Rectamente, por tanto, se describe que la profecía habita entre Ramá y Betel, porque quien se afana en vigilar las doctrinas proféticas, quien sinceramente se dedica a las palabras de las sagradas Escrituras, de tal modo habita en la casa de Dios por el deseo de la mente que no busca las cosas ínfimas y momentáneas, sino más bien las excelsas y celestiales siempre. Esta llamó a sí a Barac. Además, Barac se interpreta como relámpago (coruscatio). Pues el relámpago tiene ciertamente luz, pero no

permanente por mucho tiempo; pues tan pronto como empieza a brillar, al punto falla. Este Barac, por tanto, representa la figura del pueblo israelita: el cual, instruido el primero de todos por los oráculos proféticos, brilló algo ciertamente en la ley recibida, pero relampagueó por breve tiempo. Pues en la ley, de la cual se ha dicho: «Lámpara para mis pies es tu palabra, Señor, y luz para mis sendas (Sal. CXVIII)», aquel antiguo pueblo comenzó a brillar, pero cesó. Dio un relámpago como de una vida clara, pero no permaneció en las obras lúcidas. Pues mientras decían: «Todo lo que nos prescriba el Señor lo oiremos y lo haremos», he aquí que surgió como la luz de un relámpago; pero mientras de repente doblaban sus rodillas ante Baal, he aquí que el relámpago parecía extinguido. Dijo, pues, Débora a Barac: «Te ha prescrito el Señor de Israel: Toma contigo diez mil combatientes y ve al monte Tabor: y yo traeré hacia ti, al lugar del torrente Cisón, a Sísara príncipe del ejército de Jabín, y sus carros y toda la multitud, y los entregaré en tu mano (Jue. IV)». Como si por la doctrina profética dijera Dios omnipotente al pueblo anterior: Toma los diez preceptos de la ley y asciende a la cumbre de las virtudes, y así, administrándote yo las fuerzas, derriba al príncipe de los réprobos y autor de toda iniquidad.

Ni debe pasarse por alto que aquel príncipe de la milicia, Sísara, que estaba sujeto a una perdición inminente, se prometía que sería conducido antes al torrente Cisón. Pues ¿qué otra cosa debe entenderse por el torrente Cisón sino el

bautismo? Pues cuando el catecúmeno se sumerge en el lavacro de la sagrada fuente, así como Sísara con su ejército, así es necesario que perezca el espíritu nequísimo con todos estos vicios que militan para él. Respondió, en cambio, Barac a Débora: «Si vinieres conmigo, iré; si no quisieres venir, no marcharé (Ibid.)». Como si aquel Israel carnal respondiera a la profecía: Si no te tuviere siempre conmigo, según la letra y como según un entendimiento mujeril, no presumo emprender el certamen espiritual. A quien Débora: «Iré ciertamente contigo, pero no se te reputará a ti la victoria, porque en mano de una mujer será entregado Sísara (Ibid.)». Como si aquel antiguo pueblo oyera: Contigo ciertamente estará la profecía exterior, como pides, pero el triunfo espiritual sobre el antiguo enemigo no tú, sino más bien la santa Iglesia lo obtendrá. A ella ciertamente, a ella le provendrá por derecho la victoria, la cual en los misterios de la Escritura, mientras busca la médula de la inteligencia espiritual, no atiende grandemente a las pajas de la letra que mata. Trabada, pues, la batalla, finalmente huyó Sísara a la casa de Jael, mujer ciertamente extranjera. La cual por supuesto abrió al sediento un odre de leche y le dio de beber; después le clavó un clavo en el cerebro por ambas sienes, y así, bajo la especie de hombre, mató al diablo, cabeza de los hombres perversos. Pues ¿qué otra cosa designa Jael, que se interpreta como ascensión, sino a la santa Iglesia, por la cual a saber sola se asciende a la bienaventuranza celestial? De donde también la Sinagoga dice de la misma Iglesia en el Cantar

de los Cantares: «¿Quién es esta, que asciende del desierto, rebosante de delicias, apoyada sobre su amado?» (Cant. VIII). Esta mujer fue extranjera, porque la santa Iglesia procedió de la gentilidad. Esta dio de beber primero leche al enemigo de los israelitas, después le clavó un dardo en la cabeza, porque al enemigo del género humano, a quien la santa Iglesia primero amamantó viviendo carnalmente, después, conversando espiritualmente, lo extinguió con un cierto agudo vigor de la cruz. Pues si el insaciable homicida no tuviera sed de la perdición del género humano con una avidez del todo inagotable, ciertamente la Escritura no diría de él: «Absorberá el río, y no se maravillará; y tiene confianza en que el Jordán influya en su boca (Job XL)». Pero la leche es fruto de la carne, y significa los halagos de la voluptuosidad carnal. Mientras, por tanto, el pueblo gentil vivió voluptuosamente según la ley de la carne, como leche, así propinó la blandura de su vida al diablo que tiene sed de nuestra muerte. Pero después de que se restringió bajo la disciplina del espíritu, pronto empuñó las armas de la cruz invicta, y al enemigo de la salvación humana, a quien tiempo atrás había dado a beber la leche de la voluptuosidad, ahora, protegida por el baluarte de la penitencia, lo traspasó con el madero. Así pues, a quien la plebe israelita no pudo superar, una mujer extranjera, esto es la Iglesia gentil, lo derribó con solo el signo de la cruz.

CAPÍTULO III.

En el sermón sobre la exaltación de la Santa cruz.

Gedeón ciertamente presentó típicamente este estandarte de la cruz para sí y sus compañeros de milicia, quien contra las armas abandonó las armas, desarmado invadió a los armados y, para debelar a la multitud de los madianitas, despedida la multitud, vino con pocos. Pues por amonestación divina se le prescribió (Jue. VII) que, llegando al río, apartara de los encuentros de la guerra a todos aquellos que viera lamer las aguas con las rodillas dobladas. Y se hizo así, y quedaron solamente trescientos varones, que estando de pie lamieron las aguas con las manos. Pero ¿qué es esto de que Gedeón, contento con trescientos soldados, marche a la guerra, sino porque este número está contenido en la letra Tau, la cual a saber expresa la especie de la cruz? A la cual letra ciertamente, si sobre la línea transversal se añadiera aquello que en la cruz sobresale por arriba, ya no sería especie de cruz, sino más bien la cruz misma. Puesto que, por tanto, la letra Tau contiene el número trescientos, y exhibe la figura de la cruz, no sin mérito en estos trescientos que siguen a Gedeón han sido designados todos aquellos a quienes se dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día y sígame (Luc. IX)». Los que sin duda, siguiendo al Señor, tanto más verdaderamente toman la cruz cuanto ellos mismos son más acremente afligidos, y se abrasan en el incendio de la piadosa compasión hacia los prójimos delincuentes o los necesitados. De donde por Ezequiel se dice: «Marca una Tau sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen

por todas las abominaciones que se hacen en medio de Jerusalén (Ezeq. IX)». O ciertamente en estos trescientos, que están contenidos en la letra Tau, se expresa esto: que el hierro de los enemigos es superado por el madero de la cruz.

CAPÍTULO IV.

En el sermón sobre las santas vírgenes.

«Cuando Gedeón, por mandato del Señor, es dirigido hacia el campamento de Madián para escuchar, un cierto madianita confiesa a otro que había tenido un sueño. Me parecía, dice, como si un pan de cebada cocido bajo la ceniza rodara y descendiera al campamento de Madián; y cuando llegó a la tienda, la golpeó y la volcó, y la igualó totalmente con el suelo. El que escuchaba respondió: No es esto otra cosa sino la espada de Gedeón, hijo de Joás, varón israelita: pues el Señor ha entregado en sus manos a Madián y a todo su campamento (Jue. VII)».

Por Gedeón, que es llamado no «rodeado» (*circuitus*), sino «rodeante» (*circuiens*) en el útero, es rectamente designado aquel que, mientras estaba encerrado en el seno virginal, rodeaba y disponía toda la máquina del mundo con su imperio. Por Madián, en cambio, que se interpreta como «de juicio» (*de judicio*), se entiende el pueblo infiel, del cual dice el Señor: «El que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III)».

Además, hasta la llegada del Salvador, a la manera de la cebada, bajo el tamo de las letras, tanto los preceptos de la Ley como los oráculos de los

profetas estaban cubiertos; pero después de que él vino y partió los panes de cebada, se los dio a los discípulos para que los pusieran ante las multitudes. La exposición de esta obra es también lo que dice el evangelista: que «les abrió el sentido para que comprendieran las Escrituras (Luc. XXIV)», ya de la cebada, que parecía convenir a los animales brutos, se dignó hacer el pan de las almas. Pues así como la cebada es triturada entre ambas muelas, para que se separe el salvado de la mezcla de la harina; así como entre dos piedras, a saber, de la Ley y del Evangelio, se muele la doctrina de la santa Iglesia, para que la superficie de la letra se distinga de la médula del espíritu.

Pero para que no nos detengamos más en estas palabras, esta harina de cebada rociada con el agua del sagrado bautismo, o mezclada, y cocida al fuego del Espíritu Santo, se convierte en pan; el cual a saber vuelca el campamento de Madián, porque destruye todas las máquinas de los infieles. Este pan, según la conjetura de aquel verdadero intérprete, es la espada de Gedeón, porque como dice el Apóstol: «La espada del espíritu es la palabra de Dios (Efes. VI)». Con esta espada del Espíritu Santo, Cristo, Rey de los ejércitos, arma a sus soldados; con ella también ciñe y robustece a sus guerreras. Pues de ambos sexos instruye los escuadrones de su milicia y compone las líneas de batalla, porque admite indistintamente a hombres y mujeres al premio del bienaventurado certamen.

CAPÍTULO V.

En el sermón sobre San Mateo.

«¿No es», dijo Gedeón, «mejor el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer?» (Jue. VIII.) Pues porque Efraín, que significa «fecundidad» (*fecunditatem*), expresa a la Iglesia, ¿qué se entiende por el racimo de Efraín, sino a Cristo? ¿qué por las vendimias de Abiezer, sino la multitud de los sacerdotes judíos; o también por el racimo debe entenderse el pequeño número de fieles de la Iglesia primitiva, y por la vendimia la multitud de la Sinagoga?

Mejor es, por tanto, el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer; porque más bienaventurada fue la Iglesia primitiva, que es fecundada por la prole de los que renacen hasta el fin del siglo; que la Sinagoga, que poco a poco disminuye al estar destinada a fallar diariamente. De donde también se dice por Isaías: «Alaba, estéril, que no parías; canta alabanza e himnos, tú que no dabas a luz, porque muchos son los hijos de la desolada más que de la que tiene marido; ensancha el lugar de tu tienda y extiende las pieles de tus tabernáculos; no escatimes, alarga tus cuerdas y consolida tus clavos; pues penetrarás a la derecha y a la izquierda, y tu simiente heredará a las naciones (Isa. LIV)».

Esta ciertamente, cuya simiente hereda a las naciones, es la Iglesia, que diariamente llama al género humano a través de sus hijos a la unidad de la fe. Esta es de la que se dice en los salmos: «Para aquella que sigue la herencia (En el tít. del Sal. V)». Esta es la viña a la que se prescribe cantar

alabanza; como también se encuentra en otro lugar en el mismo profeta: «En aquel día la viña de vino puro le cantará: Yo soy el Señor, que la guardo (Isa. XXVII)». De esta viña el bienaventurado Mateo también recuerda que el Señor dijo: Que «había un hombre padre de familia que plantó una viña, y la rodeó de una cerca, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a unos labradores y se fue lejos (Mat. XXI)». Esta viña brotó de aquel racimo (*botro*) que fue pisoteado por los pies de judíos y gentiles en la prensa de la cruz, del cual brotó la onda de la sangre preciosa, que embriagó saludablemente las mentes mal sobrias de los hombres con el vino de la gracia espiritual. De cuyo vino, ciertamente, cuando los apóstoles hablaban en diversas lenguas por el Espíritu Santo, se dijo: «Estos están llenos de mosto (*musto*) (Hech. II)».

CAPÍTULO VI.

En la carta a Pedro el arcipreste sobre la incontinencia de los clérigos.

«Abimelec, hijo de Jerobaal», de quien la Escritura relata que nació de una concubina que había tenido en Siquem, «mató a sus hermanos los hijos de Jerobaal, setenta varones, sobre una misma piedra (Jue. VIII, IX)». Pues ¿qué se significa por los setenta varones, sino la balanza de los predicadores de la Iglesia, de quienes dice el evangelista Lucas: Que «designó el Señor a setenta y los envió de dos en dos delante de su faz a toda ciudad y lugar a donde él había de venir»?

(Luc. X.) Este orden de predicadores ya se figuraba también en aquellos de quienes dijo el Señor a Moisés: «Congrégame a setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sepas que son ancianos y maestros del pueblo, y llévalos a la puerta 173 del tabernáculo de la alianza (Núm. XI)».

Pero ¿qué se ha de entender por Abimelec, que era hermano de ellos, pero espurio, sino los clérigos lujuriosos y carnales, que ciertamente son hermanos de los católicos y santos pontífices por el orden eclesiástico recibido, y sin embargo son juzgados espurios por la depravación de una vida degenerada y de obras innobles? Estos matan a sus hermanos cuando destruyen los juicios de los santos Padres, cuando confunden sus sanciones y decretos viviendo perversamente.

Y esta matanza se realiza sobre una sola piedra. Esa piedra del Salvador es la Iglesia, de la cual se dice por Zacarías: «He aquí que yo traeré a mi siervo el Oriente, porque he aquí la piedra que he puesto delante de Josué; sobre una sola piedra hay siete ojos (Zac. III)». Esa piedra es llamada muy aptamente una en ambos lugares, para que se encarezca la unidad de la Iglesia; de la cual dice el esposo en los Cantares: «Una sola es mi paloma, la única de su madre (Cant. VI)». Pero ¿qué son los siete ojos sobre una sola piedra, a salvo no obstante de un misterio más profundo si lo hay, sino aquellos setenta varones, es decir, los santos doctores unidos en la unidad de la paz eclesiástica e ilustrados por los carismas del septiforme Espíritu Santo? Pues a través de estos ojos la santa Iglesia a saber contempla dónde poner el

pie de la obra recta y, caminando por la vía de los mandamientos de Dios, no ofenda la norma de la rectitud.

Abimelec, por tanto, bastardo (*manzer*) y espurio, aniquila a los setenta hermanos legítimos sobre una sola piedra cuando una parte de los clérigos, degenerando de la nobleza de la castidad eclesiástica, se somete a las leyes de la obscena lujuria, y mientras juzga que los sagrados cánones deben ser reprobados, degüella con cierta impía crueldad a sus fundadores, a saber, los varones santos y por ello nobles hijos de Gedeón, esto es, del Salvador y de la Iglesia. Aunque no ignoremos que no absurdamente puede ser significado por Jerobaal, Cristo; por Abimelec, el Anticristo: el cual sin duda, así como aquel fue hijo de concubina, así también este es el hijo de la rechazada Sinagoga; y por los setenta hermanos, que se narra que Abimelec mató, las naciones de setenta lenguas, que el Anticristo perseguirá al fin del siglo.

CAPÍTULO VII.

En la carta al obispo Bonifacio sobre los obispos palaciegos.

«Se puso Jotán en la cumbre del monte Garizim, y alzando su voz, clamó: Oídme, varones de Siquem, así os oiga Dios: Fueron los árboles a ungir sobre sí un rey, y dijeron al olivo: Impera sobre nosotros. El cual respondió: ¿Acaso puedo abandonar mi gordura, de la que usan tanto los dioses como los hombres, y venir para ser promovido entre los árboles? Y dijeron los árboles a la

higuera: Ven tú y recibe el reino sobre nosotros. La cual les respondió: ¿Acaso puedo abandonar mi dulzura y mis frutos dulcísimos, e ir para ser promovido entre los demás árboles? Hablaron también los árboles a la vid: Ven tú e impera sobre nosotros. La cual respondió: ¿Acaso puedo abandonar mi vino, que alegra a Dios y a los hombres, y ser promovida entre los demás árboles?» Luego la Escritura añade: «Y dijeron todos los árboles al espino (*rhamnum*): 174 Ven tú e impera sobre nosotros. El cual les respondió: Si verdaderamente me constituís rey vuestro, venid y descansad bajo mi sombra (Jue. IX)».

Largo sería si dijéramos que Gedeón mantiene el tipo del Salvador; que por sus muchísimas mujeres deben entenderse las diversas naciones que se le unieron por la fe; por los setenta hijos, los pueblos de tantas lenguas; por la concubina, la Sinagoga; por Abimelec, el Anticristo, que será hijo de la Sinagoga. De donde también en el Apocalipsis se dice a los que han de creer: «Los que dicen ser judíos y no lo son, sino que son la sinagoga de Satanás (Apoc. II)». Y así como aquel aniquiló a setenta hermanos, así este ha de perseguir a todas las naciones que no consientan con él.

Omitidas estas cosas, digo, que parecen necesitar un tratado de estilo más largo, en cuanto lo permite el compendio epistolar, de modo que al menos parezca concordar con la disputa comenzada, rozamos sucintamente la figura de la prolija historia.

¿Qué debemos entender, pues, por Jotán, que se interpreta como «consumado» (*consummatus*) o «perfecto» (*perfectus*), sino a algún santo y docto predicador? Este subió al monte Garizim y clamó con gran voz. Primero subió, y después clamó. Antes se levanta al monte y así eleva la voz. Porque a menos que el doctor de las virtudes suba primero a la cumbre, clama en vano; como se dice por Isaías: «Súbete sobre un monte alto, tú que evangelizas a Sión; exalta con fortaleza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén (Isa. XL)».

Por Garizim ciertamente es designada la santa Iglesia, que es escuela de todas las virtudes y fecunda por la abundancia de las mieses celestiales. Pues este es el monte que fue diputado para dar las bendiciones por Moisés. Y la Iglesia es el monte de la bendición, a cuyos hijos se dice por el Apóstol: «A esto habéis sido llamados, para que poseáis por herencia la bendición (I Ped. III)». Esta herencia la recibimos de una madre viuda, por la cual su marido se dignó morir, de la cual también se dice por el Salmista: «Bendiciendo bendeciré a su viuda (Sal. CXXXI)».

Y congruentemente Garizim, que se interpreta como «división» (*divisio*) o «extranjero» (*advena*), figura a la santa Iglesia, puesto que la Iglesia de las naciones, que antes existió fundamentalmente dividida de la ley de Dios, en la primera vocación fue hecha extranjera y ya, por el incremento de la gracia, ha sido hecha totalmente doméstica. De donde a los ya firmemente radicados y como establecidos en una ciudad,

dice Pablo: «Ya no sois huéspedes y extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos y domésticos de Dios (Ef. II)».

Pero para que, omitiendo muchísimas cosas, recorramos lo propuesto saltando rápidamente: Los árboles del bosque son los hombres vanos e infructuosos, y sujetos a las llamas vengadoras por el mérito de su esterilidad. «Porque todo árbol que no hace buen fruto, será cortado y será echado al fuego (Mat. III)». ¿Qué se entiende por el olivo, que muestra el signo de la paz y derrama la gordura del aceite, sino que son designados aquellos que, ungidos con la gordura del Espíritu Santo, reconcilian a los hombres con el Creador evangelizando la paz? «Cuán hermosos», dice, «son los pies de los que evangelizan la paz (Rom. X)».

La higuera, en cambio, mantiene la imagen de la ley sagrada. De donde también se dice en el Evangelio que «cierto padre de familia plantó una viña, en la cual a saber plantó también una higuera (Mat. XXI). Pues la viña del Señor de Sabaoth es la casa de Israel (Isa. V)»; en la cual sin duda la mano divina plantó el Decálogo de la ley. Pero esta higuera produjo y desechó al pueblo anterior como a 175 sus higos primerizos (*grossos*), secos a saber e inútiles; pero llevó al nuevo germen de la fe cristiana a la madurez de la gordura interna y a la dulzura. De los cuales dice Jeremías: «Veo higos buenos, muy buenos; y malos, muy malos, que no pueden comerse, por ser malos (Jer. XXIV)». Por los higos, por tanto, pueden ser entendidos no inconvenientemente

aquellos que están suficientemente instruidos en la erudición de la sagrada Ley.

La vid también parece significar casi lo mismo que la higuera. Pues dice el Señor: «Yo soy la vid verdadera, y vosotros los sarmientos (Juan XV)». ¿Y porque de los sarmientos se hacen las vides, qué maravilla si también se afirma que los santos doctores son vides, para que lo que el Salvador del mundo tiene por naturaleza, ellos se gloríen de tenerlo por gracia? Los cuales, sin duda, mientras no cesan de predicar el triunfo de la pasión del Señor, como a través de los racimos de su doctrina, embriagan nuestros corazones áridos con el vino de la sangre bendita.

De este vino se dice alegóricamente por Jacob sobre nuestro Salvador: «Lavará en el vino su estola, y en la sangre de la uva su manto (Gén. XLIX)». La estola de Cristo estuvo en los apóstoles y en los demás creyentes de la Sinagoga; cuyo manto también es el pueblo gentil. De los cuales se le dice por el profeta: «Vivo yo, dice el Señor, que de todos estos te vestirás como de un ornamento (Isa. XLIX)». A estos, pues, lavó Cristo en la sangre de la uva, la cual extrajo de sí mismo al ser triturado en la prensa de la cruz. De donde también dice Juan: «El cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre (Apoc. I)».

Puesto que, por tanto, el olivo, la higuera y la vid, esto es, los varones espirituales, de ninguna manera consienten en presidir a los árboles silvestres, esto es, a los hombres terrenos y carnales, se ofrece el espino (*rhamnum*), tanto para ser consumido por ellos como para consumir a los

mismos, ya sea por el ejemplo de una depravada conducta, o por el incendio de un dogma erróneo. Pues el espino se eriza con espesas espinas; por el cual ciertamente se alude a cualquier perverso que así se espesa con la aspereza de los pecados como de las zarzas. De donde también se dijo al primer hombre: «Tu tierra te germinará espinas y abrojos (Gén. III)»: esto es, tu cuerpo subyacerá a las punzadas agudas de los vicios. Y el Señor por el profeta: «Con las espinas», dice, «de sus pecados me rodearon (Lam. III)».

Así pues, pidiendo los árboles un rey, esto es, eligiendo carnalmente cualquier depravado un prelado, el espino accede al medio, a saber, cualquier réprobo, que aumente en sí el fuego de la condenación por las depravaciones de ellos; y los consuma viviendo o enseñando perversamente en una combustión recíproca. De donde también allí se dice: «Salga fuego de él, y consuma a los habitadores de Siquem y a la ciudad de Meló, y salga fuego de los varones de Siquem y de la ciudad de Meló y devore a Abimelec (Jue. IX)».

Estas cosas, en cambio, las expresa Jotán constituido en la cumbre del monte; porque a través de los santos predicadores en la Iglesia aprendemos cómo resistir a cualesquiera perversos y réprobos que buscan cosas vanas.

CAPÍTULO VIII.

En la carta a Pedro el arcipreste sobre la incontinencia de los clérigos.

«Abimelec, oyendo que los varones de la torre de Siquem estaban congregados a la vez, subió al monte Salmón con todo su pueblo: y arrebatando 176 un hacha, cortó una rama de un árbol, y llevándola al hombro, dijo a sus compañeros: Lo que me veis hacer, hacedlo pronto. » Luego sigue: «Por tanto, cortando a porfía ramas de los árboles, seguían al guía; rodeando con ellas la fortaleza, les pegaron fuego: y así se hizo que con el humo y el fuego fueran muertos mil hombres, varones y mujeres a la vez, los habitadores de la torre de Siquem (Jue. IX)».

No es propio de este lugar exponer con destreza las figuras de la historia sagrada; nos basta, en cuanto atañe a lo propuesto, saborear el asunto superficialmente. Las ramas de los árboles son las sentencias breves (*sententiolae*) de las Escrituras, las cuales, mientras cualesquiera impúdicos las tuercen violentamente para dar fuerza a su propia alegación, extinguen con humo y fuego a la vez a numerosas catervas de hombres: con el humo, a saber, del error y con el fuego de la lascivia; para que la llama de la lujuria encienda las mentes engañadas de los que aprenden mal, y la tiniebla del dogma depravado las confunda.

Pues estos son los frutos que se vieron salir de Sodoma y Gomorra después del exterminio. «Abraham», dice la Escritura, «levantándose de mañana, donde antes había estado con el Señor, miró hacia Sodoma y Gomorra y toda la tierra de aquella región; y vio que subía la ceniza de la tierra como el humo de un horno (Gén. XIX)».

CAPÍTULO IX.

En la misma carta.

Además, mientras asediaba la ciudad de Tebes con sus ejércitos, ese mismo Abimelec parece haber figurado el conflicto contra la castidad. «Había una torre alta», como atestigua la Escritura, «en medio de la ciudad, a la cual se habían refugiado hombres y mujeres a la vez, y todos los príncipes de la ciudad, cerrada muy firmemente la puerta, y estaban de pie sobre el techo de la torre por los baluartes (Jue. IX)». La ciudad es la Iglesia universal; la torre es la eminencia de la castidad; a la cual se habían refugiado hombres y mujeres a la vez, a saber, fuertes y débiles; también los príncipes de la ciudad, a saber, el orden de los clérigos, que ostenta el principado de la Iglesia. «Llegando, pues, Abimelec cerca de la torre empezó a combatir más instintivamente, y acercándose a la puerta intentaba pegarle fuego (Ibid.)». De este modo, por tanto, los clérigos petulantes y desenfrenados maquinan el incendio de la torre de la castidad, mientras exhortan a muchos al ejemplo de su lujuria y de su hirviente locura. Armados con fuegos atacan la torre de la castidad, mientras los incestuosos encienden a los castos con la llama de la pestífera persuasión.

Pero ¿qué fin se impone a este certamen? ¿qué títulos de victoria obtiene esta lucha? «He aquí», dice, «una mujer arrojando desde arriba un fragmento de una muela lo estrelló contra la cabeza de Abimelec y le rompió el cráneo. El cual llamó pronto a su escudero, y le dijo: Saca tu espada y

mátame, no sea que se diga que he sido muerto por una mujer. El cual, cumpliendo las órdenes, lo mató (Jue. IX)».

Pero para que no nos detengamos más en estas palabras, este fragmento de muela que rompió el cráneo de Abimelec no es otra cosa sino aquella piedra que Daniel vio cortada del monte sin manos (Dan. II); a saber, el Señor mismo, que dice de sí en el Evangelio: «El que cayere sobre esta piedra, se quebrantará; pero sobre quien ella cayere, lo desmenuzará (Mat. XXI)». La mujer, en cambio, de cuyas manos es enviada, es la ley sagrada, 177 que amenaza a los vergonzosos despreciadores de la modestia con el repentino juicio de Cristo. Del cual se dice por Jeremías: «¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra?» (Jer. XXIII.)

El escudero de Abimelec, por su parte, es el diablo, el cual a saber suministra las armas de la lascivia y los agudos dardos de la lujuria a todos los que atacan la torre de la castidad. De cuyos dardos dice el Apóstol: «En todo tomando el escudo de la fe, con el cual podáis extinguir todos los dardos encendidos del malvado (Ef. VI)». Y el profeta: «Allí», dice, «está Asur con todas sus armas (Ezeq. XXXII)». A quien, por tanto, la mujer hirió con un fragmento de muela, el escudero lo aniquiló con la espada, porque el diablo degüella con el exterminio de la muerte eterna a los adversarios de la castidad, contra quienes la sagrada Escritura intenta el juicio de la divina animadversión; para que aquel que había sido su ministro en la lucha sea después su torturador en

la pena, y las mismas armas que les había sugerido contra la modestia, las vuelva entonces contra la garganta de ellos según lo exigen sus méritos.

CAPÍTULO X.

En el sermón sobre San Antimo.

La fe de algunos es claramente vana, flácida, pretendiendo ciertamente una semejanza en la superficie, pero no teniendo la verdad intrínsecamente. Además, mantuvieron la figura de estos quienes antaño, viniendo del pueblo de Efraín a los vados del Jordán, como no supieran pronunciar shibboleth (sebboleth), sino más bien sibboleth (jebboleth), como si lo profirieran en una lengua extranjera, fueron pasados por las espadas de los galaaditas (Jue. XII). Pues ¿qué se entiende por el Jordán, en el cual nuestro Salvador se dignó ser bautizado, sino el bautismo? ¿Qué debe entenderse por shibboleth, que se interpreta como «espiga» (spica), sino la fe? pues así como la espiga proporciona sustento a los hombres, así también se dice de la fe que «el justo vive de la fe (Habac. II; Rom. I)». Y así como la espiga esconde muchos granos en sus aristas, así también el símbolo de nuestra confesión recoge en sí muchísimas semillas de fe.

Así pues, los efraimitas que vienen al Jordán son consultados por los galaaditas sobre cómo pronuncian la espiga: así también los catecúmenos que vienen al lavacro del bautismo son interrogados por los sacerdotes sobre cómo creen. Y puesto que Galaad se interpreta como «montón

de testimonio» (acervus testimonii), rectamente por los galaaditas se entienden los sacerdotes de la Iglesia, que con sus predicaciones atestiguan las obras divinas. Por Efraín, en cambio, que significa «fecundidad» (fecunditatem), son designados aquellos que por eso llegan a la espiga de la fe para que produzcan el fruto de la fecundidad a través de la mies de la buena obra. Así como, por tanto, los que vienen al Jordán ciertamente entienden la espiga, pero, porque no saben pronunciarla, mueren: así también los que buscan la fuente del bautismo caen totalmente de la vida, a menos que se hayan esmerado en proferir esa misma fe que se les ha enseñado a creer, también mediante la enunciación de las buenas obras.

Así sin duda lo uno depende de lo otro, de modo que la semilla de la fe debe surgir en la espiga de la operación. Lo cual también nuestro Salvador mostró evidentemente. Pues cuando mandó a los discípulos diciendo: «Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»; inmediatamente añadió: «Enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado 178 (Mat. XXVIII)». Como si dijera abiertamente: Sembrad la semilla de la fe en los corazones de los hombres, y pronto enseñadles cómo deben expresar con la lengua de la operación la espiga de los mandamientos que germinan, para que no cometan un solecismo en la espiga de la obra quienes atestiguan ser del monte Efraín, esto es, de la altura de la fecundidad eclesiástica.

Por lo cual, amadísimos, guardémonos de que nuestra fe nos engañe con el color superpuesto de la sola profesión, y como una espiga vana, con tallos vacíos, se marchite sin la médula del amor. Imitemos la fe de los mártires, por la cual venciendo los reinos de las tierras alcanzaron los premios prometidos de los cielos (Heb. XI). Sea, pues, nuestra fe sólida, sea verdadera, sea robusta, para que ahora caminando por la fe lleguemos a la visión (speciem), viendo por el espejo del enigma, y un día seamos conducidos a la contemplación de la misma verdad suma (I Cor. XII).

CAPÍTULO XI.

En la carta a la condesa Adelaida, por la cual la asocia al obispo a causa de la incontinencia de los clérigos.

Como relata la antigua historia: «Sansón capturó trescientas zorras, y unió sus colas con colas, y ató teas en medio; las cuales, encendidas con fuego, soltó para que discurrieran de aquí para allá: las cuales inmediatamente marcharon a las mieses de los filisteos. Incendiadas las cuales, tanto los frutos ya recolectados como los que aún estaban en pie en el rastrojo, fueron quemados hasta tal punto que la llama consumió también las viñas y los olivares (Jue. XV)». Claramente esta historia, aunque principalmente designe a los herejes, que están contenidos como en el número trescientos porque confiesan de palabra la fe de la santa Trinidad, pero mientras se embozan bajo el velo de la fe ortodoxa en el primer frente de su discurso, ocultan en la parte

posterior el fuego de la depravada doctrina, con el cual se abrasen los frutos de todas las buenas obras; aunque, digo, por estas zorras se designe a los herejes, sin embargo los clérigos incontinentes con sus mancebas (*pellicibus*) pueden ser no inconvenientemente adaptados a estas, quienes caminan como con pies sueltos mientras pretenden simular a veces una apariencia de honestidad; pero son emparejados en las colas con teas encendidas, porque se pegan por el fuego del amor impúdico, como puesto detrás y, en cuanto pueden, oculto.

Estas zorruelas, por tanto, unidas por la intervención del fuego y emparejadas con las teas de la lujuria, consumen todos los sembrados de los filisteos: porque destruyen los frutos espirituales de la Iglesia y, en cuanto a ellos toca, incendian las buenas obras del pueblo fiel con el fuego de la divina indignación. De cuyo fuego se dice místicamente por el Salmista: «Entregó al granizo sus bestias, y sus posesiones al fuego (Sal. LXXVII)». Puesto que, así como los buenos sacerdotes encomiendan a Dios las oblaciones y votos de cualesquiera fieles, así por lo general los que son indignos de los sagrados altares, los gravan horriblemente. Que los malos sacerdotes sean comparados con zorras, también el profeta Ezequiel lo atestigua diciendo: «Como zorras en los desiertos eran tus profetas, Israel (Ezeq. XIII)».

CAPÍTULO XII.

En el sermón sobre las santas vírgenes.

Nuestro Salvador, viniendo al campo de este mundo para debelar a las potestades aéreas, no eligió retóricos y filósofos, sino a sencillos y del todo ignorantes de la industria literal; porque, como dice el Apóstol: «Lo necio de este mundo eligió Dios, para confundir a los sabios; y lo débil, para confundir a lo fuerte (I Cor. I)». Pues aquella victoria de Sansón figuró bien esto, en la cual arrebatando la quijada fresca de un asno, mató a mil varones de los filisteos. Pues ¿qué se significa por la quijada del asno, que es ciertamente un animal sencillo, sino las bocas inexpertas de los hombres sencillos? Sansón, por tanto, no con armas, no con diversos géneros de dardos, sino con la quijada de un asno mató a mil varones, porque nuestro Redentor, a quien él significaba, con los inexpertos y rudos extinguió el número perfecto de los infieles de la vida del antiguo error. Pero ¿qué maravilla si la elocuencia sagrada designa a los santos predicadores por la quijada de un asno, cuando también denota la misma palabra de la predicación por la cebada, que es ciertamente el pasto de las bestias? Lo cual ciertamente se reconoce no solo por los cinco panes evangélicos (Juan VI), sino también por aquello que aquel que decía haber soñado en el campamento de Madián, refería a su compañero: «Me parecía, dijo, como si un pan de cebada cocido bajo la ceniza rodara, y descendiera al campamento de Madián: y cuando 180 llegó a la tienda, la golpeó y la volcó (Jue. VII)».

CAPÍTULO XIII.

En la carta a los canónigos de Fano.

Aquel que debe instruir a otros en el camino de la rectitud, debe cuidar mucho de que él mismo, no lo permita Dios, no parezca errar en algo. De aquí es que el pueblo de Israel se inflama con el celo de la rectitud para vengar el crimen de Benjamín, y sin embargo el mismo pueblo es primero derribado por las espadas de Benjamín (Jue. XX). ¿A quién no conmovería que el Señor, consultado dos veces, dio dos veces su asentimiento para entablar batalla contra Benjamín, y sin embargo en el primer certamen cayeron veintidós mil de los israelitas, y en el segundo ciertamente dieciocho mil? ¿Qué se debe entender, pues, en estas cosas, qué se debe sentir, sino que primero deben ser curados del tumor de su propia herida quienes desean herir las enfermedades de la depravación ajena, para que ellos mismos vengan ya limpios por la venganza de sí mismos quienes se apresuran a golpear las cosas perversas de otros, como se dice en el Evangelio: «El que de vosotros esté sin pecado, arroje primero la piedra contra ella» (Juan VIII)? Por lo cual rectamente, cuando ellos consultan al Señor, dicen: «¿Quién será en nuestro ejército el jefe del combate contra los hijos de Benjamín? Respondió: Sea Judá vuestro jefe (Jue. XX)». Pues porque Judá se interpreta como confesión, rectamente el juez de aquella guerra es constituido jefe, para que sin duda procuren primero corregir sus propios errores por la confesión quienes quieren socorrer a otros que confiesan su error.

Aquí terminan los testimonios del libro de los Jueces.

AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.

1. De Helí, que no corrigió dignamente los pecados de sus hijos.

2. Que, mientras los ciudadanos de Jabes de Galaad pedían un pacto a Naas el amonita, que la sitiaba, Naas respondió que haría un pacto con ellos con la condición de que sacaría los ojos derechos de todos.

3. Un hijo de un año era Saúl cuando comenzó a reinar: y reinó dos años sobre Israel.

4. Que cuando Saúl comenzó a reinar, no se encontraba herrero en toda la tierra de Israel.

5. De Merob y Micol, hijas de Saúl, a las cuales él prometió a David por esposas; pero retirada una, David unió a la otra a sí mismo como esposa.

6. Que David, huyendo de la faz del rey Saúl, fingió que estaba loco ante Aquis, rey de Gat.

7. De la Pitonisa que, devolviendo bienes por males al rey Saúl, coció un becerro y preparó comida.

Aquí terminan los capítulos.

AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.

181-182 CAPÍTULO PRIMERO. En la carta al Papa Nicolás, sobre la incontinencia de los obispos.

Helí, que conoció los pecados de sus hijos, pero no los corrigió con la invectiva más amarga de la que eran dignos, habiendo perecido esos mismos hijos por los filisteos en la guerra, él también cayó hacia atrás de su silla y, rotas las cervicales, expiró. Es más, hasta el arca del Señor fue capturada por los enemigos, y primero ciertamente cuatro mil, después treinta mil hombres fueron derribados mientras el filisteo degollaba. Y ciertamente redarguyó, y ciertamente corrigió; pero con la lenidad y mansedumbre de un padre, no con la severidad o autoridad de un pontífice: «¿Por qué —dijo— hacéis cosas de esta clase, las cuales yo oigo, las cosas peores de todo el pueblo? No, hijos míos; porque no es buena la fama que oigo (I Sam. II)». Pues había oído, dando testimonio la Escritura, que dormían con las mujeres que hacían guardia a la puerta del tabernáculo. Por lo demás, a quienes vio como enemigos de Dios para su propia perdición, los reconoció como hijos, y a quienes debió herir con espada hostil, los acarició con la lenidad del halago paterno. No así aquel fiel siervo en la casa del Señor, Moisés, el maestro ciertamente del noble Finees. Pues estando en la puerta del campamento dijo: «Si alguno es del Señor, únase a mí; y se congregaron a él todos los hijos de Leví, a quienes dijo: Esto dice el Señor Dios de Israel: Ponga cada hombre la espada sobre su muslo; id y volved de puerta en puerta del campamento, y mate cada uno a su hermano, y a su prójimo y a su amigo. Muertos, pues, veintitrés mil hombres, dijo Moisés: Habéis consagrado vuestras manos hoy al Señor, cada uno en su hijo

y en su hermano, para que se os dé la bendición (Éx. XXXII)». Claramente, así como son dignos de bendición quienes corrigen las culpas, así no obstante están sujetos a la maldición quienes halagan a los que pecan. Como se dice por el profeta: «Maldito el que prohíbe su espada de la sangre (Jer. XLVIII)». Pues prohíbe su espada de la sangre quien se contiene de infligir a los réprobos la digna reprensión de una sentencia. Pues tiene la culpa del hecho quien descuida enmendar lo que puede (S. Gregorio). Por lo cual también al prefato Helí, un hombre de Dios, que también se piensa que fue Finees, dijo: «Esto dice el Señor: ¿Por qué rechazáis de un puntapié mi víctima y mis dones, que mandé que se ofrecieran en el templo, y has honrado más a tus hijos que a mí? (I Sam. II)». Si por lo tanto Helí, a causa de solo dos hijos, a quienes no corrigió con aquella invectiva de la que eran dignos, pereció junto con ellos y con tal multitud de hombres, ¿por qué sentencia pensamos que son dignos quienes presiden en el aula eclesiástica y en los solios de los que juzgan y callan sobre los no ignorados crímenes de hombres malvados; quienes mientras temen deshonrar a los hombres en público, confunden los mandatos de la ley divina para contumelia del Juez supremo, y mientras guardan a los hombres perdidos el oficio de perder el honor, deshonran cruelmente al mismo Autor de la dignidad eclesiástica? Por lo cual también al mismo Helí, que al honrar a sus hijos había despreciado a Dios, la voz divina dijo: «Cualquiera que me glorifique, yo lo glorificaré; pero los que me desprecian serán

innobles». Donde pronto se añade: «He aquí que vienen días, y cortaré tu brazo, y el brazo de la casa de tu padre (I Sam. II)»; como si dijera abiertamente: Porque yo, por la dignidad del oficio pastoral, te conferí el brazo de la fortaleza contra mi enemigos, pero tú no quisiste ejercitarlo para su venganza, ya cortaré de ti el brazo, es decir, te quitaré el vigor de la cumbre sacerdotal, para que tú, que habías sido un encargado de luchar por mí, ya ni siquiera tengas mano para defenderte a ti mismo.

CAPÍTULO II.

En la carta a los hermanos de Cluny.

Se debe huir del mundo, que engendra tinieblas; se debe buscar el retiro, donde como en un desierto estalla la luz verdadera. Debe ser repelido totalmente de nuestra amistad quien, ciertamente, mientras inserta las calígines de las tinieblas, en las que siempre está, apaga la luz para quienes le consienten y obedecen; más aún, le debemos siempre una guerra sin tregua a quien abruma los ojos de sus amigos. De aquí es que hemos aprendido por la narración de la sagrada historia de los Reyes: que «cuando Naas el amonita subió para combatir a Jabes de Galaad con sus escuadrones, todos los hombres de Jabes dijeron a Naas a una voz: Tennos por aliados y te serviremos. A los cuales él respondió: En esto haré un pacto con vosotros, en que saque los ojos derechos de todos vosotros, y os ponga como oprobio a todo Israel. Y dijeron a él los ancianos

de Jabes: Concédenos siete días, para que enviemos mensajeros a todos los términos de Israel; si no hubiera quien nos defienda, saldremos a ti. Oyendo esto, Saúl congregó una multitud del ejército, tomó las armas y, habiendo herido a los amonitas con una matanza muy grave, triunfó con gloria (I Sam. XI)». ¿Qué, pues, entendemos por Naas el amonita, ese rey soberbio ciertamente, sino el mundo rebelde a su Creador, o el diablo su príncipe? De quien ciertamente se dice: que «él es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job XLI)». Y porque Naas se interpreta como serpiente, rectamente por este se expresa aquella serpiente venenosa y escurridiza. ¿Qué, en verdad, por Jabes, que era una ciudad israelita, sino que se insinúa el alma cristiana, atenta a ver a Dios por el estudio de la contemplación? Y porque Jabes se interpreta como desecada, o seca, congruentemente por Jabes se entiende aquella alma que deserta de la gordura de la gracia celestial y se seca en el ardor de la concupiscencia carnal. Pues alejándose de anhelar el rocío del don divino se vuelve seca, la cual antes, mientras lo recibía, florecía saludablemente irrigada, diciendo el Señor por Isaías: «Derramaré agua sobre el sediento y corrientes sobre la tierra árida (Is. XLIV)». Pero Naas se digna entrar en pacto con Jabes de otra manera, a no ser que pacte sacar el ojo derecho. Porque cualquiera que se somete al antiguo enemigo en una sugerencia perversa, o se implica en las inquietas acciones de este mundo, mientras se alía torpemente como a un rey soberbio, es necesario 183 que pierda

el ojo derecho, esto es, la luz de la contemplación, y así es puesto como oprobio en Israel, porque mientras es revolcado desde la altura de la contemplación a ejecutar cualesquiera cosas terrenas o inmundas, lo consecuente es que sea mordido por las detracciones de la vergonzosa burla en la Iglesia. Piden, además, ellos siete días de tregua, y porque se lee que Dios descansó el séptimo día de todas las obras (Gén. II), ¿qué por el número septenario, sino que se designa el descanso? Este número el inobediente Saúl ignoró, cuando Samuel mandó que debía esperársele por él. «Siete días —dijo— esperarás, hasta que yo venga a ti, y te muestre lo que has de hacer (I Sam. X)». Pero porque el hombre réprobo despreció el descanso espiritual, el espíritu malo lo arrebató para ser agitado (I Sam. XVI). Por el número de siete días, pues, la ciudad de Jabes es liberada del rey inicuo, porque cualquier alma, que el mundo intenta atraer hacia sí por persuasión del diablo y cegar con las tinieblas de los negocios seculares, conserva ileso el ojo de la contemplación si resistiendo totalmente persevera en el propósito de su quietud, y nuestro Redentor la arrebata de la tentación que padece cuando la encuentra descansando en la censura de su retiro. Por lo cual allí está escrito: «Habiendo llegado —dijo — el día de mañana, constituyó Saúl al pueblo en tres partes, y entró en medio del campamento en la vigilia matutina y hirió a Amón hasta que calentara el día (I Sam. XI)». Pues ¿qué por Saúl, que era llamado el Cristo del Señor, sino que se insinúa aquel que es el verdadero Rey de Israel,

el mediador de Dios y de los hombres? ¿Qué es que constituyó al pueblo en tres partes, sino porque tres son las principales virtudes del alma, a saber: fe, esperanza y caridad? En las tres partes de los guerreros, pues, se obtiene la victoria del combate, porque con estas tres virtudes, bajo la guía de Cristo, toda tentación diabólica es vencida. Por lo demás, ni siquiera el mismo número de los combatientes que la Escritura pronuncia carece de misterio. «Fueron —dice— de los hijos de Israel trescientos mil, y de los hombres de Judá treinta mil (Ibíd.)». El millar y la decena, porque son números perfectos, significan la perfección de los santos; pero los trescientos, o los treinta, porque nacen de tres, significan la divina Trinidad. ¿Qué, pues, por los trescientos mil, o los treinta mil guerreros, sino que se entienden los santos doctores de la Iglesia, que son ortodoxos en la fe y consumados en las obras religiosas? Con estos, pues, Saúl supera las líneas hostiles del rey Naas, porque con los doctores de su Iglesia, Cristo triunfa sobre la astuta maquinación de la antigua serpiente. Pues cuando sus preceptos o ejemplos son atendidos sutilmente, pronto los corazones perezosos, que ya había invadido un nocivo tibieza, vuelven a calentarse y el espíritu se inflama como con una espada desenvainada para destrozar las líneas de los vicios impugnantes. Por lo cual también los mismos guerreros de Israel y Judá dicen a los mensajeros que habían venido a ellos: «Así diréis a los hombres que están en Jabes de Galaad: Mañana tendréis la salvación, cuando caliente el sol». Pues cuando la mente, primera-

mente consumida por la desidia, ya vuelta a sí misma vuelve a calentarse para el deseo de su Creador, cuando deserta de la pereza de la negligencia y la llama del santo amor enciende el frío de la antigua insensibilidad, entonces como si calentara el sol se toma la victoria de los enemigos, y la ciudad sitiada es liberada de las manos del rey soberbio. De aquí es que está escrito de Abraham 184 que «se le apareció el Señor en el valle de Mamre en el mismo fervor del día (Gén. XVIII)». De aquí es que Lot dijo: «El sol —dijo— salió sobre la tierra, y Lot entró en Segor (Gén. XIX)». Rectamente, pues, desdeñamos las amistades sea del mundo, sea de su príncipe, y despreciamos tener con ellos a la vez un pacto de sociedad, no sea que, mientras nos unimos a las tinieblas, seamos privados de la luz. Y se debe notar que el rey inicuo no pide sacar dos ojos a los enemigos, sino solamente uno, para ponerlos como oprobio en Israel, porque a menudo el enemigo maligno quita a cualquier hombre réprobo que le consiente la parte mejor de la santidad y de la obra lúcida; pero deja la menor por una cierta astuta industria de su astucia, para que en aquello que se quita sea ocasión de condenación, para que perezca; pero en aquello que queda, se presuma por la esperanza de la confianza, para que el pecador no recurra a la penitencia, sino que de esas mismas reliquias de la santidad perdida, en las cuales como en un báculo se apoya el transgresor, sea despedazado por la infamia por aquellos que supieron que él había caído; y así el detrimento de la obra piadosa se convierte en oprobio de digna burla.

CAPÍTULO III.

En la carta a Alberico, en la cual le responde sobre diez cuestiones.

«Un hijo de un año era Saúl cuando comenzó a reinar; y reinó dos años sobre Israel (I Sam. XIII)». Algunos piensan que esto debe entenderse así: que el rey Saúl al inicio de su reinado tenía un hijo de un año, que todavía lloraba la tierna infancia de un año, a saber, Isboset, y este reinó dos años sobre Israel después de la muerte de su padre. Pero puesto que este sentido es rechazado por hombres más doctos, búsquese también por nosotros otro. Lo cual San Jerónimo enseña así que se entienda: que «era tan inocente como un niño de un año cuando comenzó a reinar, y durante dos años permaneció en la simplicidad de esa misma inocencia. Pero el que entonces era hijo por la humildad, después fue hecho siervo por la soberbia».

CAPÍTULO IV.

En la carta a Aliprando; que es sobre la corrección, cuán útil sea en la disciplina del orden sagrado.

Ciertamente cada asamblea espiritual, si no hace uso de la frecuente corrección del celo fraterno, padece la mística penuria del pueblo israelita; el cual, a saber, al inicio del imperio del rey Saúl, no tenía herrero. Pues dice la Escritura: Que «no se encontraba un herrero en toda la tierra de Israel (I Sam. XIII)». Además, así como el hierro domeña fuertemente los demás metales, así el

martillo de la corrección reprime los vicios de los delincuentes y, como forjando, rompe la dureza de la mente rígida. De aquí es que del mismo príncipe de los herreros espirituales se dice por Isaías: «He aquí que yo he creado al herrero que sopla las brasas en el fuego y produce un vaso para su obra (Isa. LIV)». Del hierro también dice el Eclesiastés: «Si se embotare el hierro y no fuere como antes, sino que se hubiere desafilado, con mucho trabajo se afilará, y tras la industria sigue la sabiduría (Ecl. X)». Pero los filisteos quitan los herreros de la tierra de Israel cuando los espíritus malignos, bajo el pretexto de una falsa piedad, quitan el celo de la corrección de los labios de los hermanos. De donde allí se añade: «Pues se habían precavido los filisteos, no sea que por acaso hicieran los hebreos espada o lanza (I Sam. XIII)». De donde un poco después: «Embotados estaban, pues, los filos de las rejas, y de los azadones, y de los bidentes y de las hachas hasta para corregir el aguijón (Ibid.)». Mientras los filisteos temen las espadas, quitan a los herreros, para que mientras se reprime la fabricación de armas, no haya tampoco quien fabrique los demás utensilios para el ejercicio del trabajo. Pues testificando el Apóstol: «La espada del espíritu es la palabra de Dios (Ef. VI)». Porque los espíritus perversos temen esta espada, quitan a los herreros de la tierra de Israel cuando reprimen de mantener la disciplina de la censura a aquellos que debían redarguir los errores de los delincuentes; y por esta disolución de la negligencia sucede que en cualesquiera asambleas de los siervos de Dios, no

solo cese de oírse la palabra de la sagrada predicación, sino que también los ejercicios de las artes honestas dejen de ser frecuentados. Pues porque la estricta disciplina del magisterio no los reprime, entregados a sus propias voluntades, no saben escribir; no aprenden ejercicio alguno de las manos de un arte honesta, diciendo el Apóstol: «El que no trabaja, que no coma (II Tes. III)». Cosas que, siendo ciertamente necesarias para ellos, acuden a hombres seculares, o incluso a reprobos, puesto que no pueden encontrar estas cosas entre ellos mismos. De donde allí se dice: «Descendía, pues, todo Israel a los filisteos para que cada uno afilara su reja, y su azadón, y su hacha, y su sacho». Por tanto, Israel no sube a los filisteos, sino que desciende, para afilar los utensilios de su necesidad, cuando los hombres del orden sagrado declinan hacia lo profundo de los seculares, para adquirir de ellos una conveniencia de cualquier utilidad para sí mismos. Ves, pues, que si de la sagrada asamblea se sustrae la censura de las correcciones, el vigor de la disciplina se debilita totalmente y toda la religión se destruye, porque mientras cada uno sigue el arbitrio de su propia voluntad, volviendo a las cosas seculares, viola el instituto de la observancia espiritual. Por lo cual, quienquiera que sea en quien hierve el fervor de la vida regular, abraza de buen grado las correcciones, e incluso entonces, cuando es inocente, se deleita en sus propias reprensiones, no para que su conciencia le remuerda por haber pecado, sino porque espera que esto aproveche a los demás que escuchan, de modo que mientras él mismo es

argüido como inocente y limpio, otros, que o bien han caído o quizás van a caer, sean corregidos.

CAPÍTULO V.

En la carta a Hermisinda, sobre que el edificio de la soberbia humana pronto se destruye.

«Ciertamente pactó Saúl dar a su hija mayor Merob a David por esposa; pero cuando llegó el tiempo en que se le debió dar, no se le dio, sino que fue unida a otro varón. Pero Micol, la otra hija de Saúl, amó a David y él la unió a sí por esposa (I Sam. XVIII)». Merob ciertamente se interpreta como «de la multitud»; Micol, en cambio, «de la cual», o «de todos». ¿Y qué por Merob, sino que se señala solamente aquella turba de los infieles, que es de la multitud, que es repelida? «Muchos son, pues, los llamados, pocos en cambio los elegidos (Mat. XX)». ¿Qué, en cambio, por Micol, sino que se figura la santa Iglesia, de la cual, a saber, se originan todos los elegidos, o la cual consta de todos los elegidos, la cual, aunque no haya engendrado hijo, sin embargo su esterilidad no se opone a esta inteligencia de ella? Ciertamente un misterio es porque al rey David está unida en conyugalidad; otro, porque persistió infecunda; otro, porque ha obtenido el matrimonio de Cristo el Señor; otro, porque no mereció el don de la fecundidad, sino que llevó el oprobio de la esterilidad en Israel. A esta hija del soberbio rey Saúl se unió ciertamente David, mientras Jesús, fuerte de mano y por mérito deseable, la sustrajo del obsequio del soberbio príncipe de este mundo

y la unió a sí por el adhesivo de una íntima confederación. La cual Micol, que es la santa Iglesia de los elegidos, aquel soberbio Saúl —esto es, el espíritu maligno— mínimamente prevalece a quitársela, porque el fiel custodio irrevocablemente la ha estrechado en los abrazos de su dilección; el cual clama en el Evangelio: «Mis ovejas oyen mi voz, y no perecerán eternamente, y nadie las arrebatará de mi mano (Juan X)».

CAPÍTULO VI.

En el sermón sobre Santa Columba.

Cuando nuestro Redentor entra en el campo de este mundo para combatir, el fuerte guerrero se arma para debelar las malicias de este aire; porque debía preparar un nuevo combate, se puso un nuevo género de armas, a saber, para que lo que es débil lo sobrepusiera, y lo que es robusto lo ocultara. Pues se vistió la loriga de la carne imbecil y ocultó la insuperable fortaleza de la divinidad. Así, así por la carne el diablo es perdido por el segundo hombre, el cual por la carne superó hace tiempo al primer hombre, y esa misma se le hizo ahora causa de ruina la que había sido materia de victoria sobre el primer padre. Esto por el misterio de la alegoría lo premonstró aquello de que David, huyendo de la faz del rey Saúl, en presencia de Aquis, rey de Get, simuló que estaba loco. Pues dice la Escritura: «Que corrían sus salivas por la barba (I Sam. XXI)». Ciertamente, porque la barba es propia del varón, ¿qué es por el intelecto místico, sino el indicio

de la virtud? ¿Qué, por tanto, por las salivas, que ciertamente son fluidas y flacas, sino la enfermedad de la carne? ¿Qué en cambio por la barba sino que se insinúa la fortaleza de la divinidad? La barba, pues, se cubre con las salivas que corren porque la virtud de la divinidad se viste con el frágil velo de la carne. Pero lo que David hacía por la industria de la dispensación, esto era pensado como insania por los que lo ignoraban. De donde Aquis dijo a sus siervos: «Visteis a un hombre loco, ¿por qué lo trajisteis a mí? ¿acaso nos faltan furiosos para que hayáis introducido a este, para que estuviera loco en mi presencia? (Ibid.)»

¿No le sucedió acaso algo similar a nuestro verdadero David el Redentor, para que fuera pensado loco por los que enloquecían y se dijera por los endemoniados que hacía milagros por los demonios? De aquí es lo que el evangelista Marcos dice: «Y cuando lo hubieron visto los suyos, salieron para prenderle; pues decían que se había vuelto loco (Mc. III)». A cuyas palabras protinus añadió: «Y los escribas, que habían descendido de Jerusalén, decían: Que tiene a Belcebú, y que en el príncipe de los demonios echa fuera los demonios (Ibid.)». Pero además, porque las salivas frecuentemente corren de la boca de los infantes, ¿no parecían como palabras infantiles cuando decía: «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros (Juan VI)?» Lo cual oyendo los discípulos decían: «Duro es este sermón, ¿y quién puede oírlo?» Y como el evangelista refiere, «ya no caminaban con él (Ibid.)». Pero aquellas sali-

vas cubrían la barba de David porque bajo estas palabras infantiles la virtud divina latía. Se hizo, pues, nuestro Redentor enfermo, para que a nosotros nos hiciera fuertes; fue visto estúpido, para que a la verdadera sabiduría nos revocara. De donde dice el Apóstol: «Porque lo que es estúpido de Dios es sabiduría para los hombres». Y un poco más arriba: «Porque no conoció el mundo por la sabiduría a Dios, plugo a Dios por la estupidez de la predicación salvar a los creyentes (I Cor. I)». Ni es indigno que sobre el Señor nuestro Salvador se diga enfermedad, o estupidez, cuando incluso por un leproso, cuando incluso por una serpiente no se dignó ser figurado místicamente.

CAPÍTULO VII.

En la carta al abad Desiderio, en la que se dice que es digno de mayor honor quien arroja la dignidad que quien persiste en ella.

A quién no edificaría y excitaría a la perfección de la caridad, a quién, digo, no solo al oficioso estudio de la piadosa humanidad a ejercer, sino incluso a devolver bienes por males, no provocaría esto que de aquella Pitonisa, digna por cierto de pregón de gran alabanza, se lee, la cual, a saber, a imitación de Dios, trató tan bien a Saúl, no solo ya desesperado de su regio culmen, sino incluso para ser muerto al día siguiente por las espadas de los filisteos (I Sam. XXVII): y como serpiente prudente, según el Evangelio (Mat. X), le prestó beneficio a aquel de quien no esperaba poder conseguir emolumento alguno. Aquel ade-

más, como ella misma se queja, borró a todos los adivinos de la tierra de Israel y a los magos, y por esto quitó a la misma mujercilla todo el lucro de su acostumbrada adivinación. Ella coció el ternero pascual, que apenas le quedaba de su consumida pobreza, y mezclando panes ácimos de una muy exigua harina, se lo puso delante para que comiera. Lo cual, cuando él, lúgubre y aterrado por su muerte contigua, lo despreciaba y rehusaba totalmente tomar comida, por el contrario ella con ruegos constantes y con ciertas como argumentaciones incesantemente insistía para que devolviera el talión a la que rogaba. Y como ella había obedecido al que mandaba, así aquel asintiera a los ruegos de la suplicante: «He aquí, dijo, obedeció tu sierva a tu voz, y puse mi alma en mi mano, y oí tus sermones que hablaste a mí; ahora pues oye también tú la voz de tu sierva, y pondré delante de ti un bocado de pan para que comiendo convalezcas y puedas hacer el camino (I Sam. XXVIII)». ¿Quién pues haría esto, resplandeciendo el Evangelio, que se describe que esta mujer hizo bajo la sombra de la ley, especialmente cuando el Viejo Instrumento ofrece: «Amarás a tu amigo, y odiarás a tu enemigo», y la trompeta evangélica terriblemente truena: Porque «ni vuestro Padre os perdonará vuestros pecados, si no perdonare cada uno a su hermano de vuestros corazones (Mat. VI; Mc. XI)?» Pues Saúl existió tan enemigo para los adivinos y hechiceros que mató a todos por doquier, y apenas alguno de ellos, sino solamente esta mujercilla pobre, había quedado; esta incluso, que quedaba, estaba por

tanta enormidad de regia persecución constreñida que, mientras de ningún modo presumía usar la adivinación, había perdido totalmente el acostumbrado lucro de su propia arte. Esta, sin embargo, devolviendo aquello mismo que quedaba, ofreció alacremente bienes por males, y alimentó a su enemigo, como si el Apóstol ya esto estuviera preceptuando (Rom. I). Y estas cosas hizo aquella laudable mujer en aquel tiempo en que lo sabía a él para morir al instante, y por tanto ya ni esperaba plácido, ni temía airado. Usan los hombres de argumentos para que a los que quieren hospedarse en las propias casas los expulsen, para que a las tabernas o a las tiendas vecinas los envíen. Pues este lugar se deprecia, aquel se prefiere; aquí por la inclemencia de una tormenta de aquel año se dice que la cosecha enferma niega el sustento a los agricultores; allá se dice que el producto de los feraces frutos ha sobreabundado. Ahora se encomienda la brevedad del camino, ahora se afirma que el sol ocupa los espacios más altos del cielo. Por esta exactitud de palabras, por tanto, nada más se hace sino que los que sobrevienen sean compelidos a proveerse de otro hospicio. Esta, en cambio, prudente e ingenua mujer retoriza, para hablar así, y usa las oraciones de los oradores para que su enemigo, mientras lo rechaza y se resiste, sea provocado al alimento.

Terminan los testimonios del primer libro de los Reyes.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES.

1. Sobre lo que David imprecó para que no falte de la casa de Joab quien sufra flujo de semen y el leproso que sostiene el huso. 2. Esta es la ley de Adán, dice David, Señor Dios. 3. Hizo además David para sí un nombre, cuando volvía, tomada Siria, en el valle de las Salinas matando a doce mil. 4. Quiénes eran los cereteos y feleteos. 5. Sobre lo que se dice que los hijos de David fueron sacerdotes. 6. Que Amón hijo de Naas, dirigidos los mensajeros de David para consolarlo por la muerte de su padre, rasgó las vestiduras y rasuró las medias barbas. 7. Sobre la penitencia de David, que fue aceptada; la de Saúl, en cambio, reprobada.

8. Sobre lo que David victoriosamente obtuvo la ciudad de Rabath, que Joab asediaba. 9. Sobre lo que David, huyendo de Absalón, dejó diez concubinas para la custodia de la casa. 10. Que Absalón, persiguiendo al padre, por consejo de Aquitofel, deshonró a las concubinas que el padre había dejado en casa. 11. Sobre lo que Sobi, y Maquir y Berzellai el Galaadita ofrecieron a David en el campamento de Madian lechos, y tapices, y vasos y todo lo necesario para los alimentos. 12. Sobre lo que se dice que fueron más los que el bosque había consumido del pueblo que aquellos a quienes la espada había devorado. 13. Que Berzellai el Galaadita, viniendo con el rey David hasta el Jordán, rehusó ir con él a Jerusalén. 14. Que David, volviendo, entregó en custodia a las diez concubinas que había dejado en casa, y no entró más a ellas. 15. De donde arriba. 16. Sobre lo que se dice que la tercera guerra en Gob fue contra

los filisteos, en la cual Adeodato, hijo del bosque, tejedor betleemita, hirió a Goliat el gueteo. 17. David sentado en la cátedra, sapientísimo príncipe entre los tres; él como un muy tierno gusanillo de madera, que mató a ochocientos en un solo ímpetu. 18. Que David compró la era de Ornán el jebuseo y los bueyes para ofrecer en holocausto por un precio tasado.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES.

CAPÍTULO PRIMERO. En el Libro Gomorriano.

«Ni falte, dice David, de la casa de Joab quien sufra el Gomorriano (II Sam. III)». Por lo cual la segunda traducción tiene «quien sufra flujo de semen y el leproso que sostiene el huso, y el que cae por la espada y el que carece de pan». Pues se empapa de lepra quien se ensucia con la mancha de un pecado grave; sostener el huso es abandonar los hechos fuertes de la vida varonil y exhibir la suavidad seductora de la conversación femenina. Cae por la espada quien incurre en el furor de la indignación divina. Carece de pan aquel a quien la pena del propio reato cohíbe de la percepción del cuerpo de Cristo. «Él es, pues, el pan vivo, que descendió del cielo (Juan VI)». Si pues, tras el flujo de semen, hecho leproso, eres compelido por precepto de la ley a permanecer fuera de los campamentos, ¿por qué todavía en esos mismos campamentos pretendes obtener incluso el primado del honor? ¿Acaso el rey Ozías,

cuando soberbiamente había querido quemar incienso sobre el altar del incienso, después que se reconoció herido del cielo por la plaga de la lepra, no solo soportó pacientemente ser expulsado del templo por los sacerdotes, sino que también él mismo se apresuró a salir velozmente? Pues escrito está: «Y cuando lo hubo mirado Azarías el pontífice y todos los demás sacerdotes, vieron la lepra en su frente, y rápidamente lo expulsaron». Y pronto se subraya: «Pero también él mismo aterrado, aceleró el salir, por cuanto había sentido al instante la plaga del Señor (II Par. XXVI)». Si el rey herido por la lepra corporal no despreció ser echado del templo por los sacerdotes, tú, leproso en el alma, ¿por qué no sufres ser removido de los sagrados altares por el juicio de tantos santos Padres? Si él mismo, depuesto el imperio de la regia dignidad, no se avergonzó de habitar en casa privada hasta el óbito, tú ¿por qué te confundes al descender de la cima del oficio sacerdotal, para que concluido en la sepultura de la penitencia te estudies de reputarte como muerto entre los vivos? Y para que a aquella mística historia de Joab recurramos: si tú mismo caíste por la espada, ¿cómo a otro por la gracia sacerdotal suscitarás? Si tú mismo, exigiéndolo los méritos, careces de pan, esto es, separado estás del cuerpo de Cristo, ¿de qué modo podrás saciar a otro con los manjares de la mesa celestial? Si tú por la lepra de Ozías eres herido en la frente, esto es, con la nota de la infamia eres deshonrado en la faz, ¿cómo podrás purgar a otro, inducido el olvido del crimen perpetrado? Averguéncese pues la soberbia

hinchada, ni sobre sí se extienda vanamente el apetecer, a la cual bajo sí la carga del propio reato no mediocremente grava.

CAPÍTULO II.

En el sermón sobre San Mateo.

Cuando por el profeta Natán la clemencia divina prometía a David que de su semilla nacería quien para su santo nombre construiría un templo y, denunciando manifiestamente a Cristo, había añadido: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo (II Sam. VII)»; y pronto presentara a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, de qué clase sería futura, diciendo: «Y fiel será tu casa, y tu reino hasta la eternidad ante mi faz, y tu trono será firme perpetuamente». Aquel, dando gracias, entre las demás palabras de su oración dijo así: «Pero incluso pareció poco en tu conspecto, Señor Dios mío, porque me amaste, a no ser que hablaras también de la casa de tu siervo para lo lejano»; y pronto añadió: «Esta es, pues, la ley de Adán, Señor Dios (Ibid.)». Como si perspicuamente diga: Así como en el exordio de este mundo terrenal constituiste a Adán padre de la posteridad siguiente, y de esta raíz decretaste que brotara la progenie de todo el género humano, así ahora, cuando dispones renovar el mundo, me haces como un nuevo Adán, mientras prometes a Cristo para nacer de mi semilla, que es autor y cabeza de la Iglesia. «Esta es, dice, la ley de Adán»; porque así como aquel estaba en sus hijos para poseer este mundo visible, así también yo de un

pueblo espiritual en Cristo soy hecho padre, con aquel que está en los cielos para reinar perpetuamente. Pues así como de la costilla de aquel fue formada Eva la madre de los vivientes (Gén. II), así del costado de Cristo, que de mí ha de nacer, sale la Iglesia que ha de vivir perennemente. De este nuevo y espiritual mundo escrito está: «Del Señor son los quicios de la tierra, y puso sobre ellos el orbe (I Sam. II)». Pues el orbe sobre los quicios de la tierra se pone cuando la santa Iglesia se consolida como sobre bases por las doctrinas evangélicas.

CAPÍTULO III.

En la carta a B., que es para que a la prudencia exterior se prefiera la prudencia espiritual.

«Hizo además David para sí un nombre, cuando volvía, tomada Siria, en el valle de las Salinas matando a doce mil (II Sam. VIII)». Pues el verdadero David, Cristo, a saber, fuerte en fuerzas y bello en el aspecto, en el valle de las Salinas postró a doce mil hombres, porque por sus apóstoles triunfó de la salada, más bien falsa sabiduría de este mundo. Pues quien tuvo doce guerreros del combate espiritual, mató como a otros tantos miles de hombres por ellos, mientras convirtió a los neciamente sabios de la vanidad de la frívola sabiduría. De los cuales guerreros uno dice a los Corintios: «Pues caminando en la carne, no según la carne militamos; pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino potentes para Dios, para la destrucción de las fortificaciones destru-

yendo los consejos del cuerpo, y toda altura que se ensalza contra la ciencia de Dios, y reduciendo a cautiverio todo intelecto en el obsequio de Cristo (II Cor. X)».

CAPÍTULO IV.

En la carta a Alberico, en la cual responde sobre diez cuestiones.

¿Preguntas quiénes eran los cereteos y feleteos, que dicen que fueron guerreros de David? (II Sam. VIII, 18.) Se lee en el libro de los Números que dijo el Señor a Moisés: «Congrégame setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sepas que son ancianos del pueblo y maestros, y los llevarás a la puerta del tabernáculo del pacto y los harás estar allí contigo; y quitaré de tu espíritu y se lo entregaré a ellos para que sostengan contigo la carga del pueblo y no seas tú solo gravado (Núm. XI)». De la estirpe de estos, pues, procedieron dos cognaciones, de las cuales una se llamaba cereteos, la otra feleteos. Y cereteos ciertamente se interpreta «dando juicio», feleteos «castigando»; para que a los que aquellos adjudicaran a la muerte promulgando la sentencia, estos castigaran irrogando la venganza.

CAPÍTULO V.

En la misma carta.

«Los hijos de David, en cambio, eran sacerdotes (II Sam. VIII)». ¿Por qué los hijos de David se dicen que fueron sacerdotes, puesto que nin-

guna consanguinidad con los hijos de Aarón, sino como las demás tribus se sabe que tuvieron? Pero se debe saber que mientras los sacerdotes venerables y maestros son constituidos en el pueblo, a veces con el nombre de sacerdotes se designan príncipes, o doctores, como en otro lugar se encuentra: «Ira Jarites [Ira el Jairita] era sacerdote de David (II Sam. XX)», esto es, maestro. Así también cuando se dice: «Los hijos de David, en cambio, eran sacerdotes», así debe entenderse como si diga: Que eran maestros de sus hermanos, o ciertamente príncipes entre los demás, como tiene la antigua traducción. Pues donde la nueva edición dice: Los hijos de David eran sacerdotes; en la antigua se lee: Los hijos de David, en cambio, eran príncipes del aula regia.

CAPÍTULO VI.

En la carta a los hermanos cluniacenses.

«Haré, dijo David, misericordia con Hanón hijo de Naas, como hizo su padre conmigo misericordia. Envió pues David consolándolo por los siervos sobre el fallecimiento del padre», y para que la historia con compendiosa relación la ciña «tomó Hanón a los siervos de David, y rasuró la media parte de la barba de ellos, y cortó las vestiduras de ellos medias hasta las nalgas y los despidió (II Sam. X)». ¿Qué pues por Hanón, sino el espíritu de la malicia? ¿qué por la barba, que de los varones es propia, sino la fortaleza de las santas virtudes? ¿qué también por las vestiduras, sino que se entiende el indumento de la santidad?

Atestiguándolo el salmista, que dice: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Sal. CXXXI)». Hanón por tanto, a los que piden el pacto de la amistad, rasura la media parte de la barba, porque el antiguo enemigo a veces disminuye la fuerza de quien obra fuertemente, pero después que rasuró la barba, también las vestiduras cortó, porque tan pronto como el espíritu maligno quita la fortaleza interior, consecuentemente también la honestidad exterior de la conspicua conversación la desnuda. ¿Qué es pues cortar las vestiduras de los hombres hasta las nalgas, sino desnudarlos del sobrepuesto velo de la justicia hasta la torpeza de una obra obscena e inverecunda?

CAPÍTULO VII.

En la carta a Marino.

Cuando David es argüido por el reato perpetrado, tan pronto como prorrumpió en la voz de la confesión, diciendo: «Pequé al Señor», de la boca del profeta al instante oyó: «El Señor trasladó tu pecado, no morirás (II Sam. XII)». Y porque se presentó la ocasión, no permitiré que seas defraudado de esto también, porque algunos, constituidos en el orden de la religión desde niños, perecen por la sola inobediencia mezclada con la soberbia, cuando en el siglo muchísimos tras los flagicios perpetrados de crímenes inmensos merecen la indulgencia por el estudio de la humildad. Pues he aquí que David cometió adulterio y homicidio (II Sam. XI); Saúl en cambio existió inobediente a Samuel (I Sam. XIII, XV). Pero ¿qué,

que aquel con nadie interviniendo, incluso en un instante mereció el perdón; al otro en cambio ni la propia confesión, ni la tan lúgubre y amarga y prolija suplicación del profeta reconcilió? Ciertamente si la serie de la Escritura en ambas partes se discute, más copioso se encuentra Saúl que David en las palabras de la penitencia. Aquel pues solamente aquello que se ha antepuesto: «Pequé al Señor (II Sam. XII)»; este en cambio dijo: «Pequé, dijo, porque prevariqué los sermones del Señor, y tus palabras, temiendo al pueblo, y obedeciendo a la voz de ellos (I Sam. XV)»; y repitiendo aquello mismo después, dijo: «Pequé». Accedió además la oración de Samuel muy longánime, de quien a saber se dice: «Y se contristó Samuel y clamó al Señor toda aquella noche (Ibid.)». Pero por la voz divina se respondió: «¿Hasta cuándo, dijo, tú lloras a Saúl, habiéndolo yo proyectado para que no reine sobre Israel?» (I Sam. XVI.) ¿Qué es pues que la penitencia de uno fue piadosamente aceptada, del otro en cambio bajo el examen de la estricta verdad fue reprobada, sino que aquel el pecado de la inobediencia por el espíritu de la soberbia menospreciando de ningún modo de pleno corazón se arrepintió; este en cambio pocas cosas por cierto profirió, pero la amargura del verdadero luto llenó sus vísceras traspasadas por la espada del divino temor? Estas cosas, ruego, no descuiden considerar los que cuando a la inobediencia obedecen, de la inmensidad de crímenes más graves procazmente se jactan. De los cuales por cierto a algunos vemos frecuentemente acudir al juicio de la confesión

por hacer, postrarse devotamente en el suelo, acusarse con palabras tintineantes y exactas más faceta que humildemente, y por tanto nunca sus costumbres proceden a los emolumentos de la idónea corrección, porque a saber con Saúl con la boca se arrepienten, con el corazón se hinchan.

CAPÍTULO VIII.

En la carta a los cardenales obispos.

Así como antaño los cónsules de los romanos reportaban victorias de diversas partes del mundo, terminada la matanza de los enemigos, así estos ahora deben liberar las almas cautivas de los hombres de la mano del diablo. Pues a estos títulos de victorias, a estos triunfos deben siempre anhelar, a saber, para que se alegren de arrebatar los despojos al antiguo ladrón de las almas que perecen, y reportar insignias victoriosas a su Rey, Cristo. Por lo demás, David señaló este conflicto cuando obtuvo como vencedor la ciudad de Rabá (II Sam. XII). Pues Rabá se interpreta como multitud, o grande, lo cual se reconoce que significa no inconvenientemente la universalidad de este mundo. Así pues, David obtuvo la ciudad de Rabá cuando Cristo sometió a sus leyes la grande y copiosa multitud de este mundo. Pero David quitó la corona de la cabeza de aquel Rey y se la impuso a sí mismo, como testifica la Escritura; lo cual cumplió entonces el verdadero David, Cristo, cuando arrebató a los sabios del mundo, con quienes en cierto modo el diablo se adornaba, y los convirtió en diadema de su propio decoro y

gloria. Pues la multitud de los fieles se tiene por corona no solo de Cristo, sino también de cada doctor por cuya predicación se convierte, como dice Pablo a los filipenses: «Así pues, hermanos míos carísimos, gozo mío y corona mía, estad así en el Señor (Filip. IV)». Pero también se llevó mucha presa, según la Escritura. Ciertamente la presa es quitada de Rabá cuando cualesquiera fieles y devotos de este mundo se convierten al obsequio de Dios omnipotente. Ustedes, digo, oh santos pontífices, ustedes principalmente deben ser tales salteadores, que cada día se afanen en arrebatar las almas de los hombres de las manos del réprobo poseedor y reportar despojos triunfales a su Rey, David. Y sin embargo no basta cuando alguien, arrebatado al diablo, se convierte a Dios por piadosa devoción, si no es también pronto quebrantado de la dureza de su estado como por el frecuente martillo de la santa predicación. De donde por Jeremías: «¿Acaso no son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la peña?» (Jer. XXIII). Pues las palabras del Señor son como fuego porque expulsan el frío e infunden calor en las mentes.

Congruentemente, por tanto, subañade la sagrada historia: «Trayendo también a su pueblo lo serró, y pasó sobre ellos carros de hierro, y los dividió con cuchillos y los trasladó al molde de los ladrillos (II Sam. XII)». Pues ¿qué debemos entender por los carros de hierro, que ciertamente son un género de carros, sino la suerte e inexpugnable cuadriga de los santos evangelistas, y por

esto la elocuencia de todas las divinas Escrituras? Pues, como ya dijimos en otra parte: Vil por cierto es el hierro, sin embargo doma todo metal. Así como el hierro domina a todos los metales, así la doctrina evangélica se reconoce que ablanda las mentes duras. ¿Qué es pues pasar sobre los hombres capturados carros de hierro, sino trillar el área de las mentes humanas con el rocío de la sagrada Escritura, para que en ellas el sermón divino tanto quebrante los terrones de los vicios renuentes, como contienda por allanarlas y nivelarlas para recibir las mieses de los mandatos celestiales? ¿Y qué es dividirlos con cuchillos, sino abrir la conciencia de los hombres pecadores a la confesión por las predicaciones de la palabra divina? De la cual palabra dice el Apóstol: «La espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efhes. VI)»; pues entonces como con cuchillos espirituales el hombre es dividido, cuando para detectar las llagas de su alma es disecado por la espada de la palabra divina. ¿Por qué en cambio se narra que los trasladó al molde de los ladrillos, sino porque los ladrillos son tanto terrenos como cocidos? Pues entonces el pecador se convierte en el molde de un ladrillo, cuando ante la voz de la predicación concibe el ardor del Espíritu Santo y, verdaderamente humillado, considera que él es tierra y lodo. Así pues, cada converso y penitente se forma en la imagen de un ladrillo, cuando tanto se humilla por el lodo de su fragilidad, como en cierto modo se enrojece, o se inflama en el amor divino, para que mientras se pondera como polvo terreno, encienda su corazón para dar gracias a

Dios, que lo revocó. De donde también Adán se interpreta como tierra roja, para que del nombre del primer padre cada cual aprenda bien qué es originalmente, o qué le conviene ser actualmente. Por estas victorias, por tanto, los sacerdotes de las Iglesias, por estas los santos pontífices debieron anhelar, no en suntuosos banquetes.

CAPÍTULO IX.

En la carta a Alberico, en la cual también responde sobre diez cuestiones.

«Salió pues el rey David de Jerusalén, huyendo de Absalón, y dejó diez mujeres concubinas para custodiar la casa (II Sam. XV y XVI)». David, huyendo de la faz de Absalón, deja diez concubinas en la casa, a las cuales Absalón deforma torpemente por el incesto. Porque nuestro Redentor, mientras apresura su marcha, expulsado de la ciudad judaica al desierto de las gentes, deja en la casa de la ley a los judíos que no caminan varonilmente, sino que viven en una conversación mujeril; quienes por cierto no incongruentemente son figurados por las diez concubinas, porque, mientras custodian enervadamente los preceptos de la ley, no merecen ascender al casto tálamo del matrimonio, sino que, coherentes sin el anillo de la fe, obtienen el mancebamiento en vez del matrimonio. A las cuales el lascivo Absalón poluciona, porque el espíritu maligno corrompe las almas réprobas de los impíos como prostituyéndolas, porque por los excesos de diversos crímenes fornica con tales, y como prostíbulos

sustratos a sí mismo el violador del incesto los abraza, mientras se deleita en las obras adulterinas de ellos.

CAPÍTULO X.

En la epístola al abad Desiderio, que es digno de mayor honor quien arroja la dignidad que quien persiste en ella.

Absalón ciertamente se interpreta como paz del padre (2 Sam. 13), por quien se designa al pueblo de los judíos, que persiguió a Cristo hasta la muerte. De cual pueblo se dice por Isaías: "Hijos crié y los exalté, pero ellos me despreciaron (Is. 1)"; quien es llamado con razón paz del padre, puesto que en aquel pueblo específicamente Dios parece haber descansado por la ley dada, por los sacrificios de las víctimas, por el tabernáculo finalmente, o el templo. Como David dice: "Conocido es Dios en Judea, en Israel es grande su nombre (Sal. 75)". Y para que este pueblo parezca ser la paz del padre, escucha lo que sigue: "Y su lugar fue hecho en paz (Ibíd.)". O bien por Absalón se designa a Judas el traidor, quien tampoco sin merecimiento es llamado paz del padre, como Cristo mismo se queja de él en el salmo, diciendo: "Pues el hombre de mi paz, en quien yo esperaba, que comía mis panes, engrandeció contra mí la suplantación (Sal. 40)". Pues también Cristo no incongruentemente es afirmado ser padre, como el Profeta atestigua: "Se llamará", dice, "Dios fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de la paz (Is. 9)". Este, pues, es llamado príncipe de la paz y aquel paz del padre. Al cual también, a saber, a

Judas, en el mismo instante de la persecución no le negó el beso de la paz (Mat. 26). Ni es maravilla si Absalón mantuvo la semejanza de Judas el traidor, a quien expresó no solo en la persecución de David, sino también en el mismo género de su muerte (2 Sam. 18). Pues aquel se asió a una encina mientras quería pasar; este se suspendió de un lazo, según atestigua la Escritura. Para que, puesto que ambos rebosantes de la hiel de la maldad viperina eran indignos de la tierra y del cielo, equilibrados entre ambos perdieran la tierra y de ninguna manera aspiraran al cielo. Pues también Aquitofel, que quiso perseguir a David de manera no disímil, por exigencia de sus méritos, eligió ese mismo género de muerte (2 Sam. 17); pues este dio consejo a Absalón que perseguía a David para que contaminara con mezcla sacrílega a las mancebas del padre, que había dejado para custodiar la casa, y para deshonrar al padre incestara torpemente a sus madrastras (1 Sam. 16). ¿Qué se expresa por las diez mancebas de David, sino aquella parte de la plebe judaica que de ninguna manera sigue al verdadero David, Cristo, que huye a los desiertos de la gentilidad, porque se gloría de tener el Decálogo de la ley? Por el número ciertamente de las mancebas, se expresa el número de los mandamientos; las mancebas, pues, que no siguiendo a David, guardan la casa, son estos que perseveran en la custodia de la ley antigua. Absalón, pues, entra a estas mancebas de David porque el diablo, que estaba en Absalón, por los excesos de diversos crímenes fornica con tales. Y bien se dice: Porque David las había dejado para

custodiar la casa; pues por la providente dispensación de nuestro Redentor se actúa divinamente para que, como para guardar la casa de la ley, se reserven las reliquias de los judíos; para que ellos mismos, que ahora son nuestros archiveros, y lleven los libros de la elocuencia celestial en la misma lengua en que fueron compuestos por todas las tierras, a fin de que ellos mismos, que nos son enemigos, si alguna vez surgiera un escrúpulo de duda, nos quiten toda ambigüedad. De donde se dice por el Salmista: "Dios mío, muéstrame bienes entre mis enemigos, no los mates, no sea que alguna vez olviden tu ley (Sal. 58)". Pues por la lengua hebrea, que se dispersa por todo el orbe, se ayuda mucho a la autoridad de la fe cristiana. De donde también allí abiertamente se añade: "Dispersalos en tu poder, y derríbalos, protector nuestro, Señor (Ibíd.)".

CAPÍTULO XI.

En la misma carta.

«Y cuando hubo venido David a los campamentos [Mahanaim], Sobi hijo de Naas, y Maquir hijo de Amiel, y Berzelai galaadita ofrecieron a él lechos, y tapices, y vasos de barro, etc.» (II Sam. XVII). Pero los madianitas [los del campamento], que ofrecieron al rey David lechos y tapices, ¿qué otra cosa significan sino a los gentiles conversos a la fe? Quienes mientras en los actos piadosos incesantemente insisten, preparan como lienzos de obra de tejido, en los cuales ciertamente el Señor suavemente descanse. Pues estas son aquellas

vestiduras evangélicas que los apóstoles ponen sobre el asna y hacen a Jesús sentarse encima (Matth. XXI). Pero lo que sigue «porque dieron a David también vasos de barro, trigo y cebada, harina, y habas, y lentejas, y garbanzos tostados, y miel, y manteca, ovejas también y terneros gordos (II Sam. XVII)»; las muchísimas especies de manjares son las diversas costumbres de los hombres santos, con las cuales a saber David con sus compañeros de milicia es apacentado; porque nuestro Redentor con sus santos en las rectas obras de los justos como hambriento banquetea.

CAPÍTULO XII.

En la carta a Alberico, en la cual responde sobre diez cuestiones.

«Fue pues allí la batalla dispersa sobre la faz de la tierra, y muchos más eran los que el bosque había consumido del pueblo, que aquellos a quienes había devorado la espada (II Sam. XVIII)». Sobre cuya sentencia en el libro de las Cuestiones Hebraicas estas son las palabras de San Jerónimo: Este bosque, dice, que se lee que consumió a más que lo que la espada devoró, los hebreos afirman que son las bestias ferocísimas que estaban en el bosque, por las cuales más fueron consumidos que los que por la espada fueron devorados. Pero este, como se dice, fue el intelecto de los hebreos. A nosotros en cambio nos parece que cualesquiera vesánicos e insensatos, que con Absalón habían existido como rebeldes, cegados por la deserción de Dios, chocaban contra los arbus-

tos que salían al paso, y por tanto se diga que más cayeron perecidos por el bosque que consume que aquellos que fueron devorados por la espada que tritura. Lo cual que deba entenderse así no se duda, si la misma consecuencia del estilo se atiende aunque sea superficialmente. Pues después que antepone: «Mucho más eran los que el bosque había consumido del pueblo que aquellos a quienes había devorado la espada en aquel día»; al instante subañade: «Sucedió pues que Absalón se encontró con los siervos de David sentado en un mulo; y habiendo entrado el mulo bajo una encina densa y grande, se adhirió su cabeza a la encina, y, suspendido él entre el cielo y la tierra, el mulo en que estaba sentado pasó de largo (Ibid.)».

CAPÍTULO XIII.

En la carta al abad D., que está un poco más arriba.

«Berzelai galaadita muy anciano, esto es, octogenario, como la sagrada historia testifica, descendiendo de Rogelim, trasladó al rey David el Jordán; a quien el rey: Ven, dijo, para que descanses conmigo en Jerusalén. Él en cambio rehusando, pretendió la excusa de la senectud, y, dejado el rey, pronto regresó a lo suyo (II Sam. XIX)». Pues hay algunos que siguiendo al rey David, esto es a nuestro Salvador, transmiten las corrientes del Jordán; esto es, o reciben el sacramento del bautismo, o, lo cual es el segundo lavacro, arrebatan el propósito espiritual. Pues porque en el Jordán el autor del bautismo Cristo fue bauti-

zado (Matth. III), rectamente por él se entiende el bautismo. Pero estos con la vestidura variada, no la mente, cambiando el hábito, no el ánimo, vuelven a las antiguas costumbres y repiten las acciones seculares; y porque no pueden descansar de la perturbación de los negocios seculares, no quieren habitar con el rey en Jerusalén, esto es en la visión de la paz; pues son ancianos, y envejecidos, y por tanto no pueden ser cambiados a una nueva de la vieja conversación. Pues tanto cruzan el Jordán como son octogenarios, porque tanto son bautizados como creen en la resurrección futura, que se designa por el número ocho. Pero estos aunque al Rey humilde y blandamente hablen, sin embargo desiertan al Rey y vuelven a la costumbre de la conversación acostumbrada. Pues ¿qué es proferir al Rey palabras blandas, sino como se dice en el Evangelio, excusarse astutamente más que humildemente? «Ruego, dijo, a ti, tenme por excusado (Luc. XIV)». Decía pues Berzelai al rey: ¿Por qué tu siervo sea una carga a mi señor el rey? un poquito procederé tu siervo desde el Jordán contigo, ni necesito esta vicisitud.

Cuya figura mantienen los que a cualquier varón espiritual y que se provoca a cosas más altas, como humildemente canturrean: Pecadores por cierto somos y a ti, padre, obedecemos, pero la regla de un instituto más estricto no podemos guardar; débiles somos y frágiles, y por tanto mejor juzgamos vivir de cualquier modo ingloriosos bajo un fardo leve que perecer como fuertes bajo el peso de una carga grave. Pues también lo que el mismo Berzelai arriba había dicho, de la senec-

tud del hombre interior de estos no discorda: «¿Cuántos son, dijo, los días de los años de mi vida, para que ascienda con el rey a Jerusalén?» y añadió: «¿Acaso vigoran mis sentidos para discernir lo suave y lo amargo? ¿o puede deleitar a tu siervo la comida, y la bebida? ¿o puedo oír la voz de los cantores y de las cantoras?» (II Sam. XIX). Verdaderamente pues los sentidos de tales hombres intrínsecamente están embotados, porque las edulias espirituales de la mente, o los órganos de la íntima jubilación no disciernen; pues no les sabe aquella comida celestial, a la cual el Profeta invita a los comensales espirituales: «Gustad, dijo, y ved que suave es el Señor (Sal. XXXIII)». Ni aquellas fauces de ellos disciernen las mieles de las cuales decía: «¡Cuán dulces a mis fauces tus elocuencias, Señor, sobre la miel y el panal a mi boca!» (Sal. CXVIII). Todavía no se han recostado en aquel convite de la Sabiduría, del cual en el libro de los Proverbios se dice: «Porque la sabiduría inmoló sus víctimas, mezcló el vino y propuso su mesa». Donde también sigue: «Envió a sus ancilas para que llamaran a la ciudadela, y a las murallas de la ciudad: Venid, comed mi pan, y bebed el vino, que he mezclado para vosotros (Prov. IX)». Estos tampoco oyen las voces de los cantores y de las cantoras, porque lo que de los santos mártires, lo que de las santas vírgenes ante Dios jubile la modulación de ningún modo comprenden. Pues porque carnalmente conversando al Señor no elevan los corazones de la contemplación, los módulos de la armonía celestial y las

melifluas suavidades del concento angélico ignoran.

De donde no sin mérito aquel anciano Berzelai se dice que fue de Rogelim, lo cual se dice interpretarse como pies. Pues pedestres tales caminan, y puesto que del itinerario de la conversación terrena suspenderse no saben, a comprender los cánticos de la melodía celestial no se elevan, pues no quieren sino pedestres siempre caminar y por tanto no pueden las altas alegrías de la íntima jubilación penetrar. Y puesto que los actos terrenos, en los cuales están dispersos, duros los rinden e insensibles, de la alegría espiritual contemplar las sutilezas no pueden. De aquí es también que aquel Berzelai se afirma galaadita, lo cual montón de testimonio se interpreta, y puesto que aquel montón de testimonio, que se dice Galaad, por Labán y Jacob de piedras hecho se reconoce (Gén. XXXI), bien por este galaadita los hombres duros y lapídeos se designan, quienes, mientras al amor de la vida espiritual el corazón no ablandan, como piedras hechos en el pertinaz vigor de los negocios seculares se endurecen. A cuya dureza pertenece que el mismo también Berzelai hierro mío se diga interpretarse. ¿Qué es más duro que el hierro? ¿y qué más obstinado que el corazón perverso? «Pues en el alma malevolente nunca entrará la sabiduría (Sab. I)». Y congruentemente hierro mío, casi de sí cualquier hombre duro y obstinado dice, porque mientras determina en la propia perseverar dureza, en los consejos nunca se arroja ajenos, y porque rígido e inflexible a la celestial Jerusalén con el rey David

no camina, de la vía que había comenzado con Berzelai, a la tierra de Madián, esto es, a los primordios de la vida vieja es revocado.

CAPÍTULO XIV.

En la misma carta.

«Y habiendo venido el rey David a Jerusalén, tomó sus diez concubinas, que había dejado para custodiar la casa y las entregó en custodia; ni entró a ellas, sino que estaban cerradas hasta el día de su muerte viviendo en viudez (II Sam. XX)». Las concubinas que no siguiendo a David custodian la casa, estos son los que en la custodia de la vieja Ley perseveran. De cuyas concubinas por cierto se dice: «Porque de lo demás no entró David a ellas: sino que estaban cerradas hasta el día de su muerte viviendo en viudez». Los judíos llanamente ahora están cerrados y en viudez viven puesto que al varón de la santa Iglesia no acceden, ni a ellos aquel celestial Esposo entra, porque como a mujercillas por el diablo prostituidas su contubernio ofrecer se digna y a ellos, porque polucionados están por el adulterio, da el libelo del repudio. Y estas que no siguen al varón merecidamente concubinas, ni se llaman esposas, porque, del dotal pacto y la nupcial cópula del todo indignas, no paren aquella prole que la herencia de la paterna bendición posea. A nosotros en cambio al contrario se dice: «A esto han sido llamados, para que la bendición por herencia posean (I Petr. III)». Pues también lo mismo dice el Apóstol: «Por tanto los que son de

la fe, serán bendecidos con el fiel Abraham. En cambio cualesquiera que son de las obras de la ley, bajo la maldición están (Gal. III)».

CAPÍTULO XV.

En la carta a Alberico, en la cual le responde sobre diez cuestiones.

«David después no entró a ellas, sino que estaban cerradas hasta el día de su muerte viviendo en viudez (II Sam. XX)». Pues perdieron al varón, del cual por Isaías se dice: «Porque siete mujeres tomaron a un solo varón (Isa. IV)». De las cuales también por Salomón se dice: «Porque setecientas son las reinas (III Reg. XI)». Tomaron así las siete, las que perdieron a las diez. Pues al celestial Esposo la santa Iglesia se confederó a sí misma repleta a saber del septiforme don del Espíritu. Al cual Esposo la Sinagoga, que los mandatos del Decálogo había percibido, perdió y viuda permaneció, porque mientras en la casa del rito acostumbrado y de las ceremonias legales inmóvil persistió, con el rey David a los desiertos de los gentiles salir despreció.

CAPÍTULO XVI.

En la misma carta.

«Hubo también una tercera batalla en Gob contra los filisteos, en la cual hirió Adeodato hijo del bosque, tejedor, betleemita a Goliat el gueteo (II Sam. XXI)». Lo cual por cierto fácilmente vale para ser entendido. Pues Gob se interpreta como

lago [o fosa]. Y así como peligra quien en el lago de los leones es enviado, así David como a los dientes del león se entregó, cuando en la rabia de Goliat se sumergió para pelear. El mismo David Adeodato [Dado por Dios] con derecho se dice; puesto que por Dios fue elegido para el reino. Quien también hijo del bosque se llama, porque de los pastos de los bosques, donde ovejas alimentaba, se reconoce educido. Ni sin causa el mismo David tejedor (polimitarius) se dice; porque su madre del género de Beselehel existió, quien el tabernáculo del pacto en el desierto construyó, en el cual también algunas cosas con operación de tejedor entretejió. Betleemita también no incongruentemente se dice, porque de Noemí tomó el origen, y de Belén habían en el tiempo del hambre salido y a la misma Belén fueron, refloreciendo después la ubertad, reducidas. Que en cambio Adeodato con todos estos sus adjetivos, él mismo sin duda sea David, lo declaran las cosas que siguen, donde se dice: «Estos cuatro nacieron de Arapha en Get, y cayeron en la mano de David y de sus siervos (Ibid.)». Ciertamente qué también por estas cosas místicamente se signifique expondría, si no me lo prohibiera la claridad de la cosa y la brevedad epistolar. Según el intelecto místico a saber, todas estas cosas se refieren a Cristo. Pues Él mismo es Adeodato, de quien por Isaías se dice: «Un niño nos ha nacido, y un hijo nos ha sido dado (Isa. IX)». Quien hijo del bosque no incongruentemente se dice, puesto que de los judíos según la carne nacer se dignó, quienes mientras ningún fruto de germen espiri-

tual aportaron, como agrestes árboles no en el huerto plantados, sino en el bosque nacidos estériles existieron. De donde se lee: «Voz del que clama en el desierto (Isa. XL)»; esto es, al infructuoso pueblo de los judíos. Tejedor también nuestro Redentor merecidamente se dice, porque como al estudio de la obra de tejido vaca, mientras tanto se viste de sus fieles como de ellos entreteje las vestiduras de la justicia. De sus vestiduras por cierto por el Apóstol se dice: «Para exhibir ante sí una gloriosa Iglesia, no teniendo mácula ni arruga (Ephes. V)». Y por el profeta: «De todos estos como de un ornamento te vestirás (Isa. XLIX)». De los fieles de Cristo verdaderamente el Salmista canta: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Sal. CXXXI)». Y por Ezequiel el Señor increpa al alma, a la cual con espirituales indumentos decentemente adornó, pero ella misma polucionada por las suciedades de la mancebía lo desiertó: «Te vestí, dijo, de diversos colores y te calcé de hialino, y te ceñí de biso, y te vestí de cosas sutiles y te adorné con ornamento». Y poco después: «Y fuiste vestida de biso, y de tejido polimito y de muchos colores (Ezech. XVI)». ¿Qué pues de maravilla, si nuestro Redentor tejedor se dice, quien con el decoro del tejido de la virtud viste al alma que por derecho esponsalicio obtiene? Pues Él mismo es la sabiduría de Dios, de la cual por Salomón se dice: «Porque buscó lana y lino, y trabajó por el consejo de sus manos (Prov. XXXI)». Cuyos dedos aprehendieron el huso, cuyos todos domésticos vestidos están de dobles, cuya también carne vestidura de alfombra se hizo en

la pasión. Pero el mismo biso y la púrpura real es el indumento de aquel en la resurrección; quien también betleemita con derecho se llama, porque en Belén de la Virgen nacido se reconoce. Lo que en cambio se dice: «Porque la tercera batalla fue en Gob», esto se entiende porque el verdadero David Salvador de Israel, ante la ley y bajo la ley, y después en la gracia evangélica siempre tuvo fieles guerreros, por los cuales contra los filisteos, esto es, contra los malignos espíritus luchó. A esta tercera batalla, por tanto, David vino a Gob, que se interpreta como lago, porque nuestro Redentor mientras como a un fuerte armado el más fuerte sobreviene (Luc. XI), Él por sí mismo también hasta los infiernos descendió. De donde por el Salmista dice: «Me pusieron en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte (Sal. LXXXVII)». Allí hirió a Goliat el gueteo, porque mientras las almas de los elegidos de los claustros de la gehenna arrebató, al antiguo enemigo, que sobre ellos la tiranía ejercía, con herida letal llagó.

CAPÍTULO XVII.

En el sermón sobre las vírgenes.

«David sentado en la cátedra, sapientísimo príncipe entre tres. Él mismo como un tiernísimo gusanillo de la madera, que mató a ochocientos de un solo ímpetu (II Sam. XXIII)». ¿Qué es esto por lo que David con el pregón de una alabanza tan nueva, tan inaudita, es ensalzado? ¿Quién es este tan humilde y tan sublime? ¿Quién, digo, es este David tan débil y despreciado que porta la

especie de un gusanillo? ¿ita fuerte y válido, que de un solo ímpetu mata a ochocientos hombres? En la paja de la letra por cierto parece ser ridículo, si no latiera el sacramento en la médula del espíritu. ¿Quién pues es este gusanillo, sino aquel que por el mismo David canta en el salmo: «Pero yo soy gusano, y no hombre»? (Sal. XXI). Pues así como el gusano de la sola materia de la madera se engendra, así la fe católica confiesa que Cristo sin semilla de varón de solo el útero virginal fue engendrado. Pero aunque sea un gusano tierno y débil, y la dureza de la madera en verdad fuerte y sólida, el gusano sin embargo vuelve la madera en carcoma y la vuelve cavernosa y hueca. Así nuestro Redentor verdadero por cierto fuerte de mano y deseable, que se anonadó a sí mismo, que no teniendo hermosura ni decoro, inválido y despreciado apareció, al género humano, de donde surgió, poco a poco de su rigor ablandó, y procuró para sí un gran espacio de habitación en sus elegidos. Este David, por tanto, se sienta en la cátedra, porque constituido en la gloria de la majestad paterna juzga todas las cosas. A quien el Padre dice: «Siéntate a mi derecha (Sal. CIX)». Es sapientísimo, porque es la misma sabiduría del Padre. Pero ¿cómo se dice que David es príncipe entre tres, cuando Él no entre otros cualquier principado, sino más bien sobre todos tuviera el imperio del cetro real? Pues esa alabanza deprecia, no exalta; deprime, no ensalza, cuando Él no tanto estuviera entre tres, cuanto sobrestuviera a todos. Pero como de aquel David parece disidir esta sentencia, hay uno a quien puede aptísima-

mente convenir. Pues aquel bienaventurado y singular hombre, que místicamente es llamado gusano, tan pronto como es asumido por el Verbo en la unidad de la persona, en la santa Trinidad no desigualmente es príncipe. Es príncipe por tanto entre los tres, porque en el Padre y en el Espíritu Santo la plenitud de la misma divinidad retiene.

CAPÍTULO XVIII.

En la carta a Alberico en la cual le responde sobre diez cuestiones.

Preguntas por qué en las sagradas Escrituras existe esta diversidad, que en el libro de los Reyes (II Sam. XXIV) se lea que David redimió el área de Ornan el jebuseo, junto con los bueyes que habían de ofrecerse en holocausto, por solo cincuenta siclos de plata; mientras que en el de los Paralipómenos se narra que dio por la sola área seiscientos siclos de oro (I Crón. XXI). Pero se debe saber sin duda que en el libro de los Reyes se lee que David compró los bueyes solamente por cincuenta siclos de plata; por cuánto en cambio compró el área, allí se calla totalmente. El libro de los Paralipómenos en cambio sobre los bueyes por el contrario calla, pero sostiene que el área fue comprada por seiscientos siclos de oro. Lo cual fácilmente se percibe, si en ambos libros la misma serie de palabras se atiende diligentemente. Pues en el libro de los Reyes este es el orden de las palabras: «Compró por tanto David el área, y los bueyes por cincuenta siclos de plata». Donde así

debe distinguirse, que primero la Escritura diga: «Compró David el área», y no exprese por cuánto; después siga: «Y los bueyes por cincuenta siclos de plata». En cambio en el libro de los Paralipómenos así se lee: «Dio pues David a Ornan por el lugar seiscientos siclos de oro de pesadísimo peso, y edificó allí un altar al Señor». Así por tanto ambas Escrituras dividieron entre sí, que aquella cuente el precio de los bueyes, esta el del área sola. Las cosas por tanto a las cuales se prefija la medida del precio discrepan, pero las santas Escrituras no se repugnan entre sí.

Terminan los testimonios del libro segundo de los Reyes.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO TERCERO DE LOS REYES.

1. De Abisag la sunamita que ministraba al rey David, y durmiendo con él fomentaba sus miembros seniles, y sin embargo permaneció íntegra. 2. Que David, mientras vive, perdonó tanto a Joab como a Semei; pero muriendo mandó que ellos fueran perdidos. 3. Que se dice que Salomón tuvo cuarenta mil pesebres de caballos de carros, doce mil de ecuestres. 4. Lo que se dice del mismo: que habló tres mil parábolas, y fueron sus cánticos cinco mil; y que disputó también sobre las maderas, y sobre los jumentos, y aves, y reptiles, y peces. 5. Que Salomón estableció dos columnas a la derecha y a la izquierda en el vestíbulo del templo, de las cuales a una llamó Jaquín, a la otra Booz. 6. Que los vasos del templo del Señor fueron fundidos en la región campestre del Jordán en tie-

rra arcillosa entre Sucot y Saretán. 7. De aquello que, habiendo salido los sacerdotes del santuario, una nube llenó la casa de Dios, de modo que los sacerdotes no pudieran estar cerca por causa de la nube. 8. Que se dice que la plata no era ni se pensaba de ningún precio en el tiempo de Salomón. 9. Que para Salomón habían sido esposas como reinas setecientas y concubinas trescientas. 10. De la mujer de Sarepta, a la cual Elías enviado, la encontró recogiendo dos leños, para que cociera para sí y para su hijo un pan. 11. De aquello que, orando Elías, una pequeña nube como la huella de un hombre apareció ascendiendo del mar.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO TERCERO DE LOS REYES.

CAPÍTULO I.

Al prefecto C., donde lo provoca al certamen.

«Buscaron para el rey David sus siervos una adolescente hermosa en todos los confines de Israel, y encontraron a Abisag la sunamita, y la condujeron ante el rey; ella dormía con el rey, y le ministraba, y el rey no la conoció (III Reg. I)». ¿Quién es en cambio esta muchacha, que de todos los confines de Israel como singular es elegida, y al rey David, para que con él duerma, y los miembros que se enfrían caliente, es copulada? Interroga a Salomón y él mismo te abrirá el sacramento de esta muchacha: «Posee la sabiduría, dice, posee la inteligencia (Prov. IV)». ¿Quieres también oír los abrazos de esta virgen? dice: «No

la dejes y ella te aprehenderá; ámala, ella te exaltará; rodéala, y ella te glorificará; hónrala, y ella te abrazará (Ibid.)». Abrazad pues la sabiduría, esto es, la vida santa, como a esposa, para que como ingenua y digna de la herencia progenie procreemos. Pues de esta esposa no ha de morir para nosotros la posteridad sucesora, sino la que perpetuamente ha de vivir. Pues lo que de la corrupción nace, es necesario que se corrompa; en cambio lo que la virginidad engendra no conoce el perecer: ni es obnoxio al vicio de la corrupción lo que de la incorrupción fuera procreado. Pero veamos la interpretación de estos nombres, para que podamos comprender el sacramento. Pues Abisag se interpreta «mi padre es superfluo», o, «el rugido de mi padre». Aquí «superfluo», no significa la superfluidad como si fuera no necesaria, sino la más abundante gracia de Dios Padre; en cambio el «rugido», indica el vehemente estrépito de la santa predicación, para que como el león de la tribu de Judá, como por el estruendoso estrépito de la santa predicación suene, quienquiera que en Abisag, esto es, en los abrazos de la vida religiosa yace. La sunamita en cambio en nuestra lengua se dice «coccínea». El alma por cierto santa así como por el misterio de la sangre del Señor enrojece, así no obstante también con el fuego del Espíritu Santo hierve. De donde también en la mano de Phares se liga lo coccíneo, quien la pared bajo la mística secuestración de dos pueblos dividió. Y Raab la meretriz, en tipo de la Iglesia, el cordón coccíneo, para que su casa, pereciendo Jericó, se salvara, colgó. De aquí también, en el Cantar de

los Cantares, se dice a la misma sunamita, esto es, al alma santa: «Como una cinta de escarlata tus labios, y tu elocuencia dulce (Cant. IV)». Esta muchacha por tanto duerme con el rey, pero él no la conoce; porque el alma santa por cierto descansa en la contemplación del Creador, pero sin embargo no puede perfectamente comprender la incomprensible gloria de su majestad. Pues aunque por el fuego de su amor sea calentada, sin embargo la claridad de su luz plenamente contemplar no puede.

CAPÍTULO II.

En la carta a Alberico, donde trata sobre diez cuestiones.

Yo muy a menudo, lo confieso, dudé por qué David a Joab y a Semei, con quienes estaba airado, mientras todavía vivía, clementemente perdonó; en cambio muriendo mandó a Salomón, que le sucedía en el cetro real, que debían ser perdidos. «Tú, dijo, sabes lo que me hizo Joab hijo de Sarvia, lo que hizo a los dos príncipes del ejército de Israel, Abner hijo de Ner y Amasa hijo de Jether, a quienes mató y derramó la sangre de la guerra en la paz». Y poco después añadió: «Harás pues según tu sabiduría, y no deducirás su canicie pacíficamente a los infiernos». Sobre Semei también así dice: «Tienes también contigo a Semei, hijo de Gera, del hijo de Gemini de Baurim, quien me maldijo con una maldición pésima, cuando yo iba a los castros». Finalmente, interpuestas algunas cosas, añadió: «Y conducirás sus canos cabellos con sangre al infierno (III Reg. II)». ¿Qué pues

de maravilla, si nuestro Redentor tejedor se dice, quien con el decoro del tejido de la virtud viste al alma que por derecho esponsalicio obtiene? Pero se debe saber que por el reino de David, quien por tantas persecuciones y penurias desgastado, con tantas adversidades e inopias con sus conmilitones fue afligido, se designa este presente siglo, en el cual con sus miembros Cristo es afligido y por muchas tribulaciones la Iglesia es lacerada. En cambio el reino de Salomón, quien en riquezas y gloria trascendió todos los derechos de las dignidades reales, superó todas las cimas del imperio principal, denuncia la gloria de la vida futura, en la cual Cristo verdaderamente pacífico disfruta de la eterna quietud con los suyos y se banquetea solemnemente con los manjares del convivio celestial.

Uno mismo pues y el mismo es nuestro Redentor tanto ahora es David, como entonces será Salomón; porque tanto ahora como fuerte de mano por sus miembros contra el diablo no cesa de luchar, como entonces, dormida por completo toda controversia de la carne y del espíritu, con su cuerpo, que es la Iglesia, como verdaderamente pacífico reinará en eterna tranquilidad. Ahora en sus elegidos como David es oprimido por los fardos de las calamidades, es urgido por las presiones de las persecuciones y diversas adversidades, es desgastado por tribulaciones y penurias, después como Salomón poseerá la exuberante copia de las riquezas inmortales. David por tanto viviendo tolera a los que al final condena, porque Cristo el juez del género humano, a quien él sig-

nificaba, ahora les perdona misericordiosamente a quienes al final del siglo inflige la sentencia de la justa condenación. David por tanto prorroga la misericordia, Salomón juzga la justicia, porque uno mismo y el mismo es nuestro Redentor y ahora como David las iniquidades de los réprobos tolera ecuánimemente, y después como Salomón, viniendo en su gloria, a ellos como con la vibrante espada de su juicio los degüella. Esta alternidad del examen divino frecuentemente se encuentra en los mismos sermones, como allí: «La misericordia, dice, y el juicio cantaré para ti, Señor (Sal. C)»: Y: «La misericordia y la verdad ama Dios (Sal. LXXXIII): La misericordia y la verdad se encontraron entre sí (Sal. LXXXIV)». Así pues mientras la misericordia a la verdad, como David se antepone a Salomón; para que a los que piadosamente David por la misericordia sostiene, Salomón por el juicio justamente condene. Y se debe notar que por Joab, quien con sus manos perpetró el homicidio, se designan aquellos que hacen males; en cambio por Semei, quien solamente al rey había maldecido, se figuran aquellos que hablan cosas depravadas. Pues tanto estos que actúan inicuamente, como aquellos que insisten en sermones réprobos y falsos, en el examen de la discusión extrema sin duda serán condenados; como el mismo David dice: «Odisti a todos los que obran la iniquidad; perderás a los que hablan la mentira (Sal. V)».

CAPÍTULO III.

En la carta a la reina Inés.

«Y tenía Salomón cuarenta mil pesebres de caballos de carros y doce mil ecuestres (III Reg. IV)». ¿Qué se preconstruye por el número cuarenta, sino la cuadriga de los evangelistas? ¿Y qué por el número doce, sino que se expresa el senado de los apóstoles? Por la doctrina por cierto evangélica y apostólica es transportado el Señor por toda la latitud del orbe de las tierras. «Pues el carro de Dios es múltiple por diez mil, miles de los que se alegran; el Señor en ellos, en el Sinaí en el santuario (Sal. LXVII)». Pues porque Sinaí se interpreta «mandato», consta que en ellos solamente es transportado el Señor, donde se hace la observación de los mandatos celestiales. Se debe notar en cambio que así como el reino de David, quien por tantas presiones fue desgastado, designa al Señor trabajando todavía en el estadio de la vida mortal, así la gloria incomparable de este Salomón se prefigura, como el mismo Señor después del fin del mundo en la majestad de la cima paterna reinando. Y precedía la sabiduría de Salomón a la sabiduría de todos los orientales y egipcios, porque por cierto nuestro Redentor supera el intelecto tanto de los ángeles como de los hombres.

CAPÍTULO IV.

En la misma carta.

Sobre aquel también se dice: «Que habló tres mil parábolas, y fueron sus cánticos cinco mil»; donde al punto se subraya: «Que disputó también sobre las maderas desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que sale de la pared, y

discurrió sobre los jumentos, y aves, y reptiles, y peces (III Reg. IV)». Las cuales cosas por cierto no se duda que todas convienen a nuestro Redentor, a quien le queda tiempo para tratar estas cosas con diligente consideración. Él por cierto habló tres mil parábolas, quien tanto por los hechos místicos de los precedentes como por los oráculos alegóricos de los profetas, o incluso por los documentos del fulgurante Evangelio, mientras bajo el velo de las figuras casi todo lo discurrió, como tres mil parábolas en sus palabras contó. De donde también en el Evangelio Mateo dice: «Todas estas cosas habló Jesús en parábolas a las turbas, y sin parábolas no les hablaba (Mat. XIII)». Cuyos cánticos también son cinco mil, porque el coro de las vírgenes, que bajo el número quinario se describen ante su trono, como dice Juan en el Apocalipsis: «Un cántico nuevo continuamente modulan (Apoc. XIV)». O porque son cinco las llagas del cuerpo del Señor, por las cuales por todo el orbe su gloria triunfal es predicada, bajo el mismo número se cuentan los cánticos, bajo el cual se tienen también las llagas, por las cuales la victoria de la alabanza singular eterna merece la gloria. De donde cuando en los Cantares se dice: «Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en los agujeros de la piedra y en la caverna de la pared»; al punto se añade: «Muéstrame tu rostro; suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce (Cant. II)»:

Ciertamente, porque no tratamos estas cosas con exactitud, sino que las recorremos sucinta y rápidamente, baste decir: Que siendo la piedra

Cristo, los agujeros de la piedra son sin duda alguna las cicatrices del cuerpo del Señor. Pero cuando, después de los agujeros de esta piedra, se manda que la dulce voz de la esposa suene en los oídos del esposo, ¿qué otra cosa se advierte a cualquier alma piadosa, o a la santa Iglesia universal, sino que rinda cánticos de alabanza a las cinco llagas bajo el mismo número quinario, para que devuelva en cierto modo cánticos de igual número a cuantas llagas recibidas por ella no ignora, y le dedique todos los sentidos de su cuerpo a aquel a quien ve herido por tantas llagas por ella? Pues las cinco llagas de nuestros sentidos fueron sanadas por aquellas cinco cicatrices del cuerpo del Señor.

En cuanto a que se dice que Salomón disputó sobre los árboles desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que brota de la pared; aquí necesariamente se remite al entendimiento espiritual, ya que la superficie de la letra de ninguna manera puede sostenerse. Pues el hisopo de ninguna manera se ve salir de las paredes, sino germinar de los montes pedregosos. Nuestra pared, por tanto, es la misma condición de nuestra mortalidad, que nos divide de la contemplación del Creador como el obstáculo de una casa oculta, y nos obliga a declinar más propensamente hacia lo profundo. «Porque el cuerpo que se corrompe agrava el alma; y la habitación terrenal deprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab. IX)». De esta pared, por tanto, sale el hisopo, porque brota de la fragilidad de nuestra mortalidad lo que siempre es necesario podar con el hierro de la pe-

nitencia. Ciertamente con el hisopo se purifican las entrañas íntimas, por lo cual no incongruentemente se designa la confesión de los pecados. Disputó, pues, nuestro Salomón sobre los árboles, a saber, los hombres arraigados dentro de los miembros de la Iglesia que germina, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que brota de la pared, es decir, desde los mismos santos eminentes cándidos por el resplandor de la justicia hasta los pecadores y caídos y vueltos al fin a los lamentos de la penitencia. De aquí es lo que sigue: «Disertó también sobre los jumentos», a saber, los ayudantes de los santos, los varones católicos; «y sobre las aves», a saber, los hombres suspendidos a lo sublime por los santos deseos; «y sobre los reptiles y peces», esto es, sobre aquellos que arrastran el pecho de la concupiscencia por la tierra y que vagan por las corrientes de los negocios seculares.

CAPÍTULO V.

En la carta a Alberico, donde se habla de las mansiones de los israelitas.

«Salomón estableció dos columnas en el vestíbulo del templo del Señor, una a la derecha y la otra a la izquierda: a la que estaba a la derecha la llamó Jaquín, esto es firmeza; y a la que estaba a la izquierda, Boaz, esto es, en fortaleza (III Rey. VII; II Par. III). ¿Pues qué se entiende por la columna que está a la derecha y se llama firmeza, sino el amor de Dios; y qué por la que está a la izquierda y se llama en fortaleza, sino el amor al prójimo?

Pues una cosa es la firmeza, esto es, la fortaleza misma, y otra cosa en fortaleza, ya que una cosa es amar al Señor mismo, y otra cosa amar al prójimo en Dios. Ciertamente en el amor al prójimo se pone medida; pero se nos manda amar al Señor sin medida alguna en absoluto.

Erigimos, pues, en el vestíbulo del templo la columna que se llama firmeza, cuando en esta Iglesia presente, que es el vestíbulo de aquella Iglesia celestial, amamos al Señor con todas nuestras fuerzas firme y constantemente. Ciertamente ese mismo amor, como atestigua Juan el evangelista, es Dios (I Juan IV). Y de Dios canta el Profeta: «Dios mío, y mi fortaleza (Sal. XLII)». Pero establecemos la columna que se llama en fortaleza en la parte izquierda del mismo vestíbulo, cuando amamos a nuestro prójimo en Dios como a nosotros mismos. Donde hay que notar lo que la Escritura prosigue: «Y también como unas cadenillas en el oráculo, y las sobrepuso sobre las cabezas de las columnas (II Par. III)». Ciertamente en el oráculo de nuestra mente sobreponemos cadenillas a las cabezas de las columnas, con las cuales a saber conectemos ambas columnas entre sí recíprocamente, porque ni amamos a Dios sin el prójimo, ni amamos verdaderamente al prójimo sin Dios.

CAPÍTULO VI.

En la carta a A.P.P., donde se queja de la insolencia de los hombres malvados.

Sobre los vasos que Hiram hizo por mandato del rey Salomón en la casa del Señor, está escrito:

«Porque en la región campestre del Jordán los fundió el rey en tierra arcillosa entre Sucot y Saretán (III Rey. VII)». Sucot se traduce en tabernáculos, mientras que Saretán se interpreta como la tribulación de ellos, o de los que demuelen o de los que estrechan. ¿Qué, pues, aceptamos por Sucot, que dijimos que se interpreta como tabernáculos, sino a los varones santos, que a saber dicen: «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. XIII)»? Y Pedro: «Estoy cierto —dice— de que es veloz la deposición de mi tabernáculo (II Ped. I)». Pero ¿qué se designa por Saretán, que se llama la tribulación de ellos, sino la persecución de los réprobos que nos atribulan? Ciertamente estos son tanto demoledores como estrechadores, porque mientras intentan demoler y destruir el edificio de nuestra fe o de la buena obra, nos estrechan con las duras calamidades de las injurias y las presiones. Por tanto, los vasos del templo, esto es, todos los elegidos, se funden en la región campestre del Jordán, esto es, en la humildad del bautismo; entre Sucot y Saretán, esto es, entre los justos y los perversos, para que se les proponga la forma de los buenos para imitar el ejemplo de la recta conversación, y la persecución de los malvados les aproveche para el cúmulo de los méritos. «Los vasos del alfarero los prueba el horno, y a los hombres justos la tentación de la tribulación (Ecli. XXVII)».

En tierra árida, pues, se funden los vasos del templo, porque la mente del hombre no es congrua para recibir el don de la gracia celestial,

si antes no fuera desecada de todo el humor de la atracción carnal. Ciertamente los corazones secos devuelven un sonido claro de armonía, los húmedos uno obtuso. También el tímpano suena sordo si cualquier licor lo humedece. Así es necesario que la mente del hombre esté árida de la voluptuosidad de la carne, para que en los oídos de Dios omnipotente su oración sea aguda. Ciertamente así como el ojo, mientras se opone a los rayos del sol, intenta ver en vano, y se esfuerza por abrir orbes huecos y párpados vacíos de pupilas, pero de ninguna manera contempla el esplendor por el cual es bañado, así se levanta inútilmente a codiciar la luz de la contemplación quien por el mérito de la vida secular ha perdido la agudeza del corazón. Pues si cualquier desconocido irrumpiera en la cámara del rey y le asistiera presente como un familiar, sin embargo no disfruta del coloquio del rey, porque no se le tiene como querido por la gracia del conocimiento previo; así nosotros, infelices y míseros —lo cual digo ciertamente de los semejantes a mí— a menudo permanecemos solos en el estrecho retiro de la celda, permanecemos temblorosos ante las solas miradas de la divina majestad, pero con los pecados obstaculizando, no merecemos ni el chispazo del esplendor íntimo ni la gracia de la compunción. Así, pues, parecemos estar como ante la presencia del rey, pero porque por la rectitud de la vida no somos conocidos por él, no gustamos la dulzura de la conversación interna. ¡Pero, oh dulzura meliflua, cuando el Señor se deleita en el siervo, y el siervo se deleita en el Señor! De

donde el Salmista: «Sea dulce —dice— para él mi alabanza; yo ciertamente me deleitaré en el Señor (Sal. CIII)».

CAPÍTULO VII.

En el sermón sobre la natividad de Santa María

«Sucedió que, cuando los sacerdotes hubieron salido del santuario, una nube llenó la casa del Señor, y los sacerdotes no podían estar cerca a causa de la nube; pues la gloria del Señor había llenado la casa del Señor (III Rey. VIII)». «Todas estas cosas», como dice el egregio predicador, «les acontecían en figura (I Cor. X)». Ciertamente por la gloria del Señor se entiende a Cristo, de cuya fe está lleno el mundo; sobre cuya gloria, cuando por el becerro adorado Moisés suplicaba al Señor que perdonara al pueblo pecador, respondió el Señor: «Le seré propicio; sin embargo vivo yo, y vive mi nombre, porque toda la tierra se llenará de mi gloria (Núm. XXIV)».

En cuanto a que la nube llenó la casa de Dios, y los sacerdotes no podían ministrar a causa de la nube, esta sentencia insinúa a los soberbios pontífices y doctores de los judíos, quienes mientras desprecian investigar los sacramentos de la encarnación de Cristo, pierden el debido ministerio de su fe por la nube del error: de tal manera la oscuridad de la infidelidad llenó sus mentes, que por sus propios méritos exigentes no reconocen el culto de la creencia. A aquel templo, pues, el Señor descendió en la nube, para designar la ciega oscuridad de la infidelidad judaica. En este está

escrito así: «En el sol puso su tabernáculo (Sal. XVIII), para iluminar al que se sienta en tinieblas y sombra de muerte (Luc. I)».

Finalmente, Dios omnipotente confirió a aquel templo la gloria de su venida, pero nada tomó de él en su naturaleza. Pero en el útero de la beatísima Virgen, no solo se dignó descender, sino de él también unir a sí la sustancia perfecta de nuestra mortalidad. Por tanto, cuanto mayor es la dignidad de nuestro templo, tanto más gloriosa debe ser su solemnidad. Pues aquel cuerpo de Cristo, que la beatísima Virgen engendró, que en su regazo acarició, que con fajas ciñó, que con cuidado materno nutrió, aquel, digo, sin duda alguna, no es otro que el que ahora percibimos del sagrado altar, y su sangre bebemos en el sacramento de nuestra redención. Esto tiene la fe católica, esto enseña fielmente la santa Iglesia.

CAPÍTULO VIII.

En la carta a la reina Inés.

«No había plata, ni se consideraba de precio alguno en los días de Salomón (III Rey. X)». Lo cual ciertamente cómo se sostendrá según la letra, para que pueda creerse que en tiempo de Salomón la plata o bien no existía en absoluto, y por esto fue totalmente borrada de la tierra, o que consistía en un precio nulo, o al menos exiguo. Pues si era de ningún precio, como se dice, entonces mil talentos de plata no podrían contarse ni por el peso de un solo huevo; lo cual ciertamente creerlo, cuán frívolo, cuán inepto parezca, lo

refutó el mismo texto y orden de las palabras, que después de que premisa: «No había plata, ni se consideraba de precio alguno en los días de Salomón», al punto añade: «Porque la flota del rey por mar con la flota de Hiram una vez cada tres años iba a Tarsis, trayendo de allí oro y plata». ¿Pues por qué por tantos peligros marinos traería esa flota este metal, si no tuviera precio alguno? Y poco después se dice: «Porque se le ofrecían vasos de oro y plata»; luego se añade abajo: «Salía una cuadriga de Egipto por seiscientos siclos de plata, y caballos por ciento cincuenta (Ibíd.)».

No carecía, pues, de precio la plata, con la cual se redimían los vehículos de los caballos, sino que por la plata se designa la claridad de la predicación eclesiástica, de la cual se dice: «Las palabras del Señor son palabras puras, plata (Sal. XI)». De ningún precio, por así decirlo, la consideraremos, ni seremos de ninguna manera indigentes de ella, después de que hayamos sido trasladados de esta calamidad al reino del verdadero Salomón; pues no necesitamos entonces el elocuio de la predicación, donde se da ver al Rey de la gloria en su belleza cara a cara, a quien en todas partes solíamos oír de la boca del predicador. Así por el profeta promete el Señor, diciendo: «Nadie dirá: Conozco al Señor; porque todos me conocerán desde el mayor hasta el mínimo, dice el Señor (Jer. III, XXXI)».

Pero tal vez alguien afirme que nosotros inclinamos violentamente las palabras de la Escritura a nuestro propio entendimiento, y que lo que Salomón parece afirmar de sí mismo, sostenga

que pertenece especialmente en todo al Salvador. Diga, pues, el autor de la objeción por qué razón puede convenir a Salomón lo que dice como de sí mismo: «Pues el Señor me dio la ciencia verdadera de estas cosas que son, para que sepa la disposición del orbe de la tierra y las virtudes de los elementos, el inicio y la consumación y la mitad de los tiempos, la vicisitud, las permutaciones de los hombres, y cualesquiera cosas son ocultas e imprevistas aprendió (Prov. VII)». Pues, para callar por ahora sobre lo demás, ¿cómo pudo Salomón conocer los pensamientos de los hombres, cuando él mismo dice a Dios en otra parte: «¿Tú solo conoces los corazones de todos los hijos de los hombres?» (II Par. VI). Pero ¿quién aprendió todas las cosas ocultas e imprevistas sino nuestro Redentor, en cuyo pecho están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos (Col. II), quien ciertamente aprendió por la humanidad lo que por la divinidad conoció naturalmente.

CAPÍTULO IX.

En el sermón sobre San Antimo.

Se lee que «Salomón tuvo esposas como reinas setecientas y concubinas trescientas (III Rey. XI)». ¿Pero qué me importa a mí el gineceo de Salomón? Pero, sacudida la paja de las palabras, se encuentra en la médula el misterio. ¿Pues qué se entiende por las setecientas, que se mencionan a la vez como esposas y reinas, sino aquellas almas que tanto tienen el Espíritu de la gracia septiforme como obtienen sobre los movimientos de los

vicios resultantes una especie de principado real? ¿Pero qué se figura por las trescientas concubinas, sino aquellas almas que por la sola fe de la S. Trinidad han entrado ciertamente en el tálamo del rey, pero no teniendo la limpieza de la conversación casta y de una especie de pudor matronal, no merecen las tablas dotales de las esposas? Ciertamente estas se han unido a Salomón por el comercio, porque perciben los sacramentos de nuestro Salvador, el verdadero Pacífico, y sin embargo, por el torpor degenerado de una vida alcahueta, no teniendo el afecto del pudor hacia un solo marido, no ascienden al dotalicio del pacto nupcial. Ciertamente aquellas almas son dignas del nombre uxorio y real, las cuales descansan en el solo deseo del esposo celestial, las cuales luchan de manera irreconciliable contra las tentaciones de los espíritus malignos. Así de aquel mismo Salomón testifica la Escritura, que «también hizo tributarios a los extranjeros; pero de los hijos de Israel el rey no constituyó a nadie para servir; sino que eran varones guerreros, y sus ministros, y príncipes, y jefes, y prefectos de los carros y de los caballos (III Rey. IX)», donde se muestra patentemente qué distancia hay entre las concubinas y las reinas; qué diferencia hay entre aquellos que como siervos del pecado pagan los tributos de la dura exacción, y aquellos que por las guerras sosegadas de los certámenes obtienen las ínfulas de los principados.

CAPÍTULO X.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«Dijo la mujer de Sarepta a Elías, a la cual él había sido enviado por el Señor para ser alimentado: He aquí que recojo dos leños, para entrar y hacer para mí y para mi hijo un poco de harina y aceite que tengo, para que comamos y muramos (III Rey. XVII)». Esta mujer recogía dos leños, con los cuales pudiera proveerse a sí misma y a su hijo de un pobre alimento; pero la harina y el aceite de esta viuda es bendecida para la abundancia del producto, de modo que los frutos de la caridad y de la alegría ya entonces se recomienden en el sacramento de la Iglesia: «Porque Dios ama al dador alegre (II Cor. III)».

Esta viuda era la santa Iglesia, de la cual se dice: «Bendiciendo bendeciré a su viuda (Sal. CXXXI)». A la cual le era lícito unirse a quien quisiera muerto el marido, porque, cesando la ley, pronto la Iglesia mereció acoplarse a Cristo, que es el fin de la ley para la justicia a todo el que cree (Rom. X). Ella anhelaba el alimento que fuera cocido con dos leños, y la santa Iglesia tiene hambre del pan vivo del cielo, que está tostado en el ara de la cruz.

CAPÍTULO XI.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«He aquí que una nubecilla pequeña como la huella de un hombre subía del mar (III Rey. XVIII)». Pues porque se dice no como un hombre, sino como la huella de un hombre, rectamente por esto se designa la cruz, que es apta para los miembros del Señor. Y bien se llama a la cruz

la huella del hombre, porque por ella el Dios--hombre hizo el tránsito cuando volvió al Padre. Como se dice por Juan: «Sabiendo Jesús que venía su hora para que pasara de este mundo al Padre (Juan XIII)». Ciertamente la Pascua se llama tránsito. Y este tránsito se hizo por la cruz, como dice el Apóstol: «Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (I Cor. V)». Así, pues, como por la Virgen descendió a lo nuestro, así por la cruz volvió a lo suyo. Lo cual expresó congruentemente aquel milagro hecho bajo Eliseo. Pues cuando junto al Jordán se cortaban leños, de repente el hacha de uno que cortaba madera cayó al agua (IV Rey. VI).

Terminan los testimonios del libro tercero de los Reyes.

213 214 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO CUARTO DE LOS REYES. 1. Que Eliseo sanó las aguas de Jericó por la mezcla de sal. 2. De aquello que a Eliseo que subía a Betel los niños se burlaban diciendo: Sube, calvo, sube, calvo. 3. Te ruego, dijo Naamán a Eliseo, concédeme a mí tu siervo que tome una carga de dos mulos de tierra. 4. De aquello que mientras Eliseo había enviado un leño al agua, el hacha que había caído volvió al mango. 5. De aquello que Ezequías pidió que la sombra volviera diez líneas por los grados del reloj, para que fuera para él señal de recuperar la salud. Terminan los capítulos. COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO CUARTO DE LOS REYES.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el sermón sobre la exaltación de la Santa Cruz.

Cuando los hombres de Jericó se quejaban a Eliseo de que las aguas eran pésimas, y la tierra estéril: «Traedme —dijo— un vaso nuevo, y poned en él sal»; luego sumergió aquella sal en la fuente de las aguas y así sanó las aguas de toda muerte y esterilidad (IV Rey. II)». Lo cual ciertamente, para concluir todo en un breve discurso, nada más insinúa sino que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I). ¿Pues qué son las aguas sino los pueblos mundanos? ¿qué el vaso nuevo sino el cuerpo del Señor, a saber, no ennegrecido por ninguna mancha de prevaricación inicua, no desgastado por ningún abuso del hombre viejo? ¿Qué, además, es la sal, sino la sabiduría celestial?

La Sabiduría del Padre, por tanto, descendió al cuerpo humano, y así convirtió las mentes de todos los fieles a la fertilidad y a la dulzura de la inteligencia vital. Cuya dulzura ciertamente estuvo oculta tanto tiempo hasta que la sal se sumergió en el agua, esto es, hasta que aquel pendiera en la cruz, quien dice: «Sálvame, Dios, porque han entrado las aguas hasta mi alma (Sal. LXVIII)». Pues desde entonces el hombre aprendió qué debía apetecer, qué evitar.

CAPÍTULO II.

En el sermón sobre San Casiano.

Cuando Eliseo subía por el camino que lleva a Betel, unos niños pequeños que habían salido de la ciudad se burlaban de él, diciendo: «Sube, calvo, sube, calvo. Él, habiendo mirado atrás, los

vio y los maldijo en el nombre del Señor». Y pronto la Escritura añadió: «Porque salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarenta y dos de los niños (IV Rey. II)».

Ciertamente, ¿qué debe entenderse por Eliseo sino el Mediador entre Dios y los hombres? ¿Y qué por Betel, que se interpreta como casa de Dios, sino la beatitud celestial expresada? Por el camino, pues, que lleva a Betel, nuestro Redentor subía cuando se acercaba a su pasión; como ya en esa misma sacrosanta y mística cena dice a los discípulos: «Voy al que me envió (Juan XVI)». Pero mientras sube a Betel, esto es, mientras por el misterio de su santísima pasión intenta volver al Padre, unos niños pequeños que han salido de la ciudad se burlan de él, diciendo: «Sube, calvo, sube, calvo», porque los judíos, vacíos de todo peso de gravedad y sabiduría, y pequeños en aquella infancia de la cual se dice: «Maldito el niño de cien años (Isa. LXV)», lo arrastran al lugar que se llama Calvario, y se encienden contra él con las furias viperinas de las burlas y los oprobios. Aquel lugar se llamaba Calvario por las calvas rapadas, porque allí solían ser decapitados los condenados. Y hay que notar que se dice que los niños han salido de la ciudad, porque, como dice el Apóstol: «Para santificar por su sangre al pueblo, padeció el Señor fuera de la puerta (Hebr. XIII)». Además, en cuanto a lo que sigue: «Porque salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarenta y dos de los niños», por el número de los niños se significa el número de los años; pues en el año cuadragésimo segundo después de la

pasión del Señor, según transmiten las historias, Tito y Vespasiano, dos reyes, de las selvas de las naciones como dos fieros osos del bosque de las fieras, despedazaron a los niños, porque viniendo a la destrucción de Jerusalén vencieron en su furor a los judíos.

CAPÍTULO III.

En la carta a Hildebrando y Esteban, donde se dice cómo el alma racional llega a la perfección.

«Te ruego —dijo Naamán— que me concedas a mí, tu siervo, llevar la carga de dos mulos de tierra (IV Rey. V)». ¿Qué designa Naamán el Sirio por alegoría sino al género humano? Pues así como Naamán, antes leproso, tan pronto como es lavado siete veces en el agua del Jordán, es purgado de toda la inmundicia de la lepra; así el pueblo mundano, recibiendo los siete carismas de aquella paloma que descendió sobre el Señor en el Jordán (Mat. III; Mc. I; Lc. III; Jn. I), dejó los contagios de los pecados mediante el lavatorio del sagrado bautismo. Pero ¿qué significa la tierra que Naamán solicita sino la encarnación del Redentor? Esta es, por misterio, aquella tierra de promisión que se dice que mana leche y miel. Pues la leche fluye de la carne, la miel viene de lo superior. Por tanto, dado que en el único Mediador entre Dios y los hombres se reconoce que están presentes tanto la leche de la humanidad como la miel de la divinidad, rectamente se figura el misterio de su encarnación por la tierra que emana leche y miel. Además, en el hecho de

que pide de esta tierra la carga de dos mulos, ¿qué otra cosa demanda sino las enseñanzas de los dos Apóstoles, a saber, Pedro y Pablo? De donde también uno de ellos dice: «El que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí entre las naciones (Gál. II)». Y porque es necesario que no solo los apóstoles, sino todos los predicadores tengan ciencia y operación, el Señor envió a dos discípulos a la aldea que estaba frente a ellos; y, como testifica Lucas, destinó parejas a cada ciudad y lugar adonde él mismo había de venir (Lc. X). Por tanto, en el hecho de que Naamán solicita en la tierra santa la carga de dos mulos, el género humano parece reclamar sobre la encarnación del Señor la doctrina apostólica, para que estos animales de carga lleven al mundo la tierra de la cual se haga un altar a la vista del Creador para ofrecer sacrificios. De donde manda a los hijos de Israel, diciendo: «Me haréis un altar de tierra (Éx. XX)». Pero que Naamán no había pedido la tierra del profeta por otra razón sino para construir con ella un altar al Señor, lo muestra en sus propias palabras, cuando añade allí mismo: «Pues tu siervo no hará más holocausto ni víctima a dioses ajenos, sino solo al Señor (IV Rey. V)».

CAPÍTULO IV.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«Cuando los hijos de los profetas cortaban madera junto al Jordán, de repente el hacha de uno que talaba madera cayó al agua; entonces el

profeta echó madera al agua, y pronto el hierro flotó y volvió al mango (IV Rey. VI)». ¿Qué es el hacha sino la sabiduría de Dios obrada por el cuerpo? ¿qué el hierro sino la divinidad? ¿qué la madera sino la humanidad? Y rectamente el cuerpo de Cristo es llamado madera, porque colgó de la madera. El hacha, pues, talaba los árboles junto al Jordán, porque la sabiduría de Dios, junto al fluido curso de nuestra mortalidad, se dignó reprender a los impíos judíos con la austeridad de su predicación y talarlos como árboles infructuosos desde su estado de rígida soberbia. De donde también dice Juan: «Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no hace buen fruto será cortado y echado al fuego (Mat. III; Lc. III)». Así pues, mientras se corta la madera, el hierro cayó del mango a las aguas, porque mientras la Verdad reprende las mentes silvestres de los judíos, la divinidad, sin abandonar sin embargo la carne, descendió a las profundidades del infierno con el espíritu acompañante. Pero la madera es echada al agua y el hierro vuelve, porque el cuerpo del Señor, que había colgado de la madera, es puesto en el sepulcro y luego resucitó de las profundidades del infierno al volver el espíritu. De donde hay que notar y considerar diligentísimamente que nuestro mismo Redentor pasó antes por la cruz, y así sublimó su humanidad a la gloria de la diestra paterna. Ciertamente nos dio ejemplo para que, por donde se reconoce que la cabeza ha precedido, por el mismo camino caminen los miembros siguientes.

CAPÍTULO V.

En el sermón sobre San Bonifacio.

«El rey Ezequías pidió que la sombra retrocediera diez grados de líneas, por los cuales ya había descendido en el reloj de sol (IV Rey. XX)». ¿Qué insinúan místicamente estos grados de aquel reloj, en el cual el rey Ezequías pidió que la sombra retrocediera diez líneas, sino que nuestro Salvador descendió a lo más profundo de nuestra mortalidad por otros tantos grados cuando vino a redimir al género humano? Pues mostró como ciertos grados cuando vino del cielo al seno de la Virgen, del seno vino al pesebre, del pesebre pasó a la circuncisión, de la circuncisión al templo, del templo al bautismo, del bautismo a la cruz, de la cruz a la muerte, de la muerte al sepulcro; finalmente descendió al infierno para rescatar de allí a los santos, a quienes, pisoteado el imperio de la muerte, devolvería a la gloria celestial. Claramente, para hacernos correr tras él, la Verdad manifestada en la carne dispuso para nosotros estos grados descendiendo hacia nosotros; y de algún modo, el Sol de justicia, Cristo, distinguió estos momentos inclinándose hacia nosotros en una suerte de reloj místico. «El cual ciertamente se regocijó como un gigante para recorrer el camino (Salm. XVIII)»; para que nosotros le dijéramos de corazón: «Atráeme en pos de ti, correremos al olor de tus perfumes (Cant. I)». Así pues, el sol había descendido habiendo recorrido ya diez grados del reloj, pero volvió de nuevo por los mismos grados; lo cual evidentemente sería una

señal por la cual el rey Ezequías confiaría en que debía ser restituido a su antigua salud. En verdad, el género humano tampoco convaleció hacia la integridad que había perdido por el agotamiento de su propia flaqueza, hasta que Cristo, llamado luz verdadera, recorrió esos diez grados del reloj místico que hemos enumerado, humillándose hacia nuestro ocaso, aunque por la sombra de los diez grados podemos entender de otra manera el sacramento de la disposición suprema. Pues las diversidades de los tiempos son como ciertas disticiones de líneas en el reloj. Pues para el Sol de justicia, Cristo, el primer grado de descenso hacia nosotros fue de Dios a Ángel. De donde se dice por Isaías: «Ángel del gran consejo (Isa. IX)». Y el Dios que hablaba con Jacob es llamado ángel. De aquí es que se dice por el mismo Jacob: «Me dijo el ángel del Señor en sueños: Yo soy el Señor de Betel, donde ungiste la piedra y me hiciste un voto (Gén. III)»; ciertamente para que se muestre que el mismo que habla es a la vez Dios y ángel. El segundo grado de descenso fue en los patriarcas, por los cuales claramente el mismo Señor estableció el culto de un solo Dios y los fundamentos de la verdadera fe. El tercero en la promulgación de la ley, la cual él mismo profirió primero ante el pueblo que escuchaba, y después describió en tablas de piedra con su propio dedo escribiendo. El cuarto en Josué, en quien, viviendo tanto en nombre como en obra, introdujo al pueblo en la tierra de promisión. El quinto grado fue en los jueces, por los cuales él mismo regía al pueblo israelita. El sexto en los reyes de los judíos, porque

en ellos reinaba él principalmente. El séptimo en los profetas, porque por ellos él mismo fue anunciado y habló. El octavo en los pontífices, 217 en los cuales él mismo, que es el Sumo Pontífice, figuró el misterio de su verdadero y eterno sacerdocio. El noveno grado fue designado en el hombre. El décimo en la pasión. Por estos diez grados, pues, como por la sombra del antiguo testamento, el Sol de justicia, Cristo, descendió al ocaso de nuestra mortalidad; y por ellos subió victorioso al cielo después de su resurrección e iluminó toda aquella sombra de la ley antigua con los rayos de su verdad y de su nueva gracia, revelando lo oscuro, abriendo lo cerrado y desnudando lo recto bajo el velo de la letra. Y así como entonces el sol había avanzado línea por línea y lentamente, pero de repente volvió al origen de su salida; así ciertamente había marcado nuestro Redentor las cosas que, acerca del misterio de su encarnación, manifestó súbitamente tras largos intervalos de tiempo en la sola gloria de su resurrección y ascensión.

Terminan los testimonios del cuarto libro de los Reyes.

DEL LIBRO DE ESDRAS.

En la carta a Cuniberto, obispo de Turín.

«Que ciertos sacerdotes buscaron el escrito de su genealogía. De donde, al no encontrarlo, fueron expulsados del sacerdocio».

Pues es piadoso creer que quienquiera que, reconociendo y abandonando ahora sus propios pecados, se refrena humildemente de su ministe-

rio, obtendrá en el día del juicio el mismo orden del cual espontáneamente se había privado. Lo cual parece significarse en el libro de Esdras, donde se describe la genealogía de los sacerdotes. Allí ciertamente narra la sagrada historia que «algunos de los sacerdotes buscaron el escrito de su genealogía, y puesto que no pudieron encontrarlo, fueron expulsados del sacerdocio (II Esd. II)». Aquellos son claramente sacerdotes de verdad que viven sacerdotalmente. Estos conservan la línea del género sacerdotal que ofrecen su vida como sacrificio al Señor y testifican viviendo religiosamente que proceden de estirpe sacerdotal, mientras imitan los ejemplos de los santos sacerdotes que leen; entonces en las sagradas palabras se reconocen como hijos de sacerdotes. Pero aquellos que viven carnalmente, y siguiendo las huellas de los malvados descienden como de una generación de mundanos, con razón son arrojados del orden de los sacerdotes, de quienes no pueden encontrarse hijos a través de una vida réproba. Y hay que notar lo que sigue allí: «Dijo el Atarsata a ellos que no comieran de lo santo de los santos, hasta que se levantara un sacerdote de Dios docto y perfecto (Ibíd.)». En cuya prohibición, ciertamente, ¿qué otra cosa debe entenderse por el misterio de la alegoría, sino que aquel que es [in]digno del sacerdocio se contenga de recibir los sacramentos y de la administración del orden sacerdotal, hasta que Cristo, que verdaderamente es el Sacerdote docto y perfecto, se levante en el juicio? Como se dice por el Salmista: «La tierra tembló y calló, mientras se levantaba Dios en

juicio (Salm. LXXV)», para que aquel que, por el instinto de cuyo terror cualquier caído aquí se había privado espontáneamente de su dignidad, restituyéndolo en 218 el juicio por un giro grato lo eleve a la cumbre del orden perdido, diciendo: «Amigo, sube más arriba, y entonces tengas gloria ante los que están a la mesa contigo (Lc. XIV)». Pero hay algunos, lo cual no debe pasarse por alto, que, según el Apóstol, «desesperanzados se entregaron a la inmundicia (Ef. IV)»; pues desesperando totalmente de la continencia se refrenan de la administración del orden recibido; y así confían en que delinquen como impunemente, como si un siervo dijera a su señor: Puesto que no soy capaz de cumplir lo que mandas, huyo a los campamentos de tus enemigos y me entrego a ellos como cautivo para luchar contra ti; como si pudiera aplacar a su señor, de quien huye, y no más bien irritarlo, en cuanto que se levanta en armas contra él. A los cuales yo denuncio constante y sin ambigüedad alguna que se engañan con una promesa vana y frívola, si no ejecutando el oficio confían en que están despojados del oficio. Pues aunque cese la frecuentación o ejecución del orden de cualquiera, sin embargo permanece en el ordenado, no obstante, el sacramento del orden. Y así como un hombre, aunque cese de la obra conyugal, de ningún modo es absuelto por ello del vínculo del matrimonio; así el clérigo, aunque no desempeñe el oficio de su orden, no es despojado sin embargo del sacramento de ese mismo orden. Deben cuidarse, pues, de que no venga sobre ellos aquella formidable sentencia

que se dice por el Apóstol: «Es imposible —dice — que los que una vez fueron iluminados, gustaron también el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, gustaron no obstante la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo venidero y han caído, vuelvan a ser renovados para la penitencia, crucificando de nuevo en sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a la burla (Heb. VI)». Así claramente parecen actuar como si alguno de los israelitas, queriendo fornicar con los ídolos, dijera: puesto que no puedo observar la dura y rígida ley de Dios, pasaré al rito gentil, como si alejándose de la ley no fuera deudor de la ley y de este modo, aunque por la ley guardada no sea digno de premio, no sea tenido sin embargo como responsable del castigo por la ley despreciada. Pero oigamos qué dice a tales la severidad divina en el Deuteronomio: «Y cuando alguien oyere las palabras de este juramento, se bendiga en su corazón diciendo: Habrá paz para mí y caminaré en la maldad de mi corazón, y tome el embriagado al sediento y el Señor le perdone; pero entonces sobre todo humee su humo y el celo contra aquel hombre, y se asienten sobre él todas las maldiciones que están escritas en este volumen, y borre su nombre bajo el cielo, y lo consuma en perdición de todas las tribus de Israel según las maldiciones que se contienen en el libro de esta ley y alianza (Deut. XXIX)». Pero también el Salmista dice: «Malditos los que se desvían de tus mandamientos (Salm. CXVIII)». Y por Ezequiel dice el Señor: «Ni se hará el pensamiento de vuestra mente de los que decís: Seremos como las

naciones y como las familias de la tierra, para que adoremos leños y piedras. Vivo yo, dice el Señor Dios, que con mano fuerte y brazo extendido y en furor derramado reinaré sobre vosotros y os sacaré de los pueblos, y os recogeré de las tierras en las que fuisteis dispersados, y os someteré bajo mi cetro (Ez. XX)».

219 DEL LIBRO DE TOBÍAS.

Recuerda aquello que la Escritura testifica sobre Tobías, varón justo: «Sucedió —dice— que un día, fatigado de un entierro, llegando a casa, se había echado junto a la pared y se había dormido, y de un nido de golondrinas cayó estiércol caliente sobre sus ojos mientras dormía, y se quedó ciego (Tob. II)». Fatigado del entierro, mientras se tumba como con las fuerzas rotas, pierde la luz. Pues conserva ileso el ojo del corazón quienquiera que persevera infatigable en las buenas obras; pero cuando se rompe pusilánimemente, no sin razón es privado de la luz. Pues de aquí está escrito: «¡Ay de los que perdieron la paciencia! (Ecli. II)». De aquí dice Pablo: «Vigilad, estad firmes en la fe, obrad varonilmente (I Cor. XVI)». ¿Qué significan las golondrinas que vuelan ligeramente sino las costumbres ligeras de los que adulan y hablan cosas suaves? Quienes mientras los aduladores calman con su dulzura, mientras impinguen la cabeza del oyente con el aceite de la adulación, ciegan los ojos interiores para que no disfruten de la luz acostumbrada. «Me corregirá el justo con misericordia —dice— y me reprenderá; pero el aceite del pecador no impingue mi

cabeza (Salm. CXL)». Y como estiércol se introduce en los ojos cuando las elocuencias del seductor ungen a cualquiera con suave verbosidad, por quienes se dicen a menudo estas cosas: Vive mientras vives, recrea el cuerpo con manjares, no sea que si se castiga demasiado estrictamente, la carne frágil, oprimida por tantos trabajos, sucumba pronto; sea tu persona adornada con vestiduras más excelentes, para que se preserve el carácter de la dignidad que ostentas; agrúpese a tus lados una turba de clientes, para que mientras la multitud de los que pasan te condecora, no se envilezca entonces por el oficio del honor. Pero si se nos descubre esta amargura de la malignidad diabólica, las tinieblas de la tentación ingerida se desvanecen totalmente. De donde también se dice allí: «Entonces tomando Tobías de la hiel del pez, ungió los ojos a su padre, y pronto comenzó a salir de sus ojos la mancha blanca como la membrana de un huevo, e inmediatamente recuperó la vista (Tob. XI)». Pues la hiel del pez es la malicia de Behemot, que es cabeza y principio de toda iniquidad. Así el ciego es ungido con la hiel del pez y enseguida la ceguera es ahuyentada, porque cuando la amargura de la astucia diabólica se propone mostrada ante nuestros ojos, la calina de las tinieblas 220 es pronto expulsada, y la luz interior, que había sufrido como un eclipse, se reforma. Y hay que notar que se dice que primero salió la mancha blanca de sus ojos y así la luz fue reparada al instante. Pues lleva la mancha blanca en los ojos aquel que tiene opinión de santidad sobre sí mismo. Quienquiera, pues, que quiera

recuperar la luz, ampute de sí primero la mancha blanca de la estimación afectada, para que no se niegue pecador aquel que quiere escapar de la ceguera del pecado. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V)». Estos son los ojos de los cuales se dice en el Cantar: «Tus ojos son de palomas, además de lo que late intrínsecamente (Cant. IV)».

DEL LIBRO DE JOB.

Del sermón sobre San Jorge.

¿Quién cerró el mar con puertas, cuando irrumpía como saliendo de la matriz? Y poco después: «Lo rodeé con mis términos, y puse cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí vendrás y no pasarás más adelante, y aquí romperás tus hinchadas olas (Job XXXVIII)». En verdad, rectamente se designa por el mar el corazón del hombre malvado, el cual ciertamente está turbio por el furor, amargo por las riñas, hinchado por la elación de la soberbia, oscuro por la calina del fraude malicioso. Separó, pues, entonces Dios el mar y refrenó las olas amenazantes de la inundación de la tierra, para que la tierra germinara hierbas verdes y leños frutales y luego diera los frutos de las mieses. Separa también ahora de sus elegidos los torbellinos de los réprobos perseguidores y cohíbe como furiosos los ímpetus de las tempestades; lo cual, aunque permita enfurecerse hasta infligir tormentos a los cuerpos, para que no dañen sin embargo a las almas, los custodia con la protección invicta y vigilante de su brazo, diciendo de algún modo al mar: «Hasta aquí vendrás, y no pasarás más

adelante, y aquí romperás tus hinchadas olas». Como si dijera patentemente: Hasta el infligir tormentos a los cuerpos te relajo; pero para que no fluyas con montones hinchados hasta el alma, te opongo el litoral de mi ley, para que mientras se opone el litoral al furor de tus olas, la tierra del corazón quede libre para producir los brotes de los frutos.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL LIBRO DE LOS SALMOS.

1. Sobre el impío exaltado y abatido. 2. Sobre los impíos puestos como ovejas en el infierno. 3. Dios mío, muéstrame bienes sobre mis enemigos; no los mates, para que no se olviden de tu ley. 4. Sobre los holocaustos medulares. 5. No me sumerja la tempestad de agua, etc. 6. Sobre la exaltación de los réprobos. 7. Los hijos de Efraín que tensan el arco. 8. Los montes excelsos para los ciervos, la piedra es refugio para los erizos. 9. Sobre aquello que se dice: Yo dije en el exceso de mi mente: Todo hombre es mentiroso. 10. Sobre aquello que se dice: Hágase tu mano, para que me salve. 11. Como el ungüento en la cabeza que desciende, etc. 12. No inclines mi corazón a palabra mala.

Terminan los capítulos.

221 222 COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS SALMOS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la epístola al abad Desiderio, donde se disputa sobre la omnipotencia de Dios.

«Vi al impío sobreexaltado, y elevado sobre los cedros del Líbano; pasé, y he aquí que no estaba (Sal. XXXVI)». Quizás todavía banqueteaba espléndidamente, se apoyaba en falanges de subordinados, era rodeado por escuadrones de guerreros, aquel a quien el Profeta vio sobreexaltado y elevado; y pronto pasando a contemplar las cosas supremas, conoció que lo que tal vez había creído ser algo grande, no era nada en lo que entonces sucedía. Pues entonces también cuando se hinchan con las riquezas, cuando se ensalzan arrogantemente sobre los otros, cuando finalmente oprimen a los inferiores por la violencia de la tiranía, entonces, digo, son tanto más verdaderamente nada, cuanto más lejos están de aquel que verdadera y sumamente ES.

CAPÍTULO II.

En la epístola a Hermisindis.

«Como ovejas han sido puestos en el infierno, y la muerte los pastoreará (Sal. XLVIII)». Cristo tiene ovejas, a las cuales introduzca en los amenos verdales en los apriscos celestiales; también aquel león rugiente tiene ovejas, a las cuales devore sangriento con boca insaciable. El cual bien es llamado muerte, porque, siendo el autor de la muerte, se enfurece cruelmente para inferirnos el exterminio: de donde dice Juan: «Y he aquí un caballo pálido, y el que se sentaba sobre él, su nombre es Muerte (Apoc. VI)».

CAPÍTULO III.

En la epístola al abad Desiderio, donde dice que es digno de mayor honor el que arroja la dignidad que el que permanece en ella.

«Dios, Dios mío, muéstrame bienes sobre mis enemigos; no los mates, para que no se olviden de tu ley (Sal. LVIII)». Ciertamente, por la próvida dispensación de nuestro Redentor se actúa divinamente para que, como para guardar la casa de la ley, se reserven las reliquias de los judíos; para que ellos mismos sean en cierto modo nuestros archiveros (scriniarii) y lleven por todas las tierras los libros de la elocuencia celestial en la misma lengua en que fueron compuestos, a fin de que ellos mismos, que nos son enemigos, si alguna vez surgiera un escrúpulo de duda, nos quiten toda ambigüedad. De donde se dice por el Salmista: Dios mío, muéstrame bienes entre mis enemigos, para que no se olviden de tu ley». Pues por la lengua hebrea, que se dispersa por todo el orbe, se ayuda mucho a la autoridad de la fe cristiana. Pues si no se añadiera aquel testimonio que se escribe entre nosotros, en cierto modo podría pensarse que es una ficción. Pero cuando se aduce aquel testimonio, al instante se quita la duda. De donde también allí se añade aptamente: «Dispérsalos (Sal. LVIII)»; disemina por todo el mundo a los que hayan quedado del pueblo de los judíos, para que ellos mismos den testimonio de los libros antiguos a la verdad de la nueva fe.

CAPÍTULO IV.

En el libro sobre el desprecio del mundo.

«Te ofreceré holocaustos medulares con incienso y carneros (Sal. LXV)». Pues David promete que ha de ofrecer a Dios sacrificios medulares como un gran don, diciendo: «Te ofreceré holocaustos medulares con incienso y carneros». Por lo tanto, en primer lugar se debe saber que de ningún modo manda Dios que se le ofrezcan en sacrificio las pieles de las víctimas, sino más bien lo interior de las vísceras con las médulas mismas también. De donde, al mostrar el rito mismo de los sacrificios, Moisés prescribe, diciendo: «Retirada la piel de la víctima, corte los miembros en trozos (Lev. I)». Quienquiera ciertamente que siempre vierte deleitablemente los ejercicios de los negocios seculares, retrae las médulas de su holocausto con las vísceras y pretende quemar a Dios solo la piel de la víctima, la cual se prohíbe ofrecerle. Pero el que desea ofrecer a Dios un sacrificio suave, busque los retiros, siga las cosas interiores, custodie su alma íntegra e ilesa en su propia virginidad, para que, discurriendo por los lupanares del mundo, al modo de un prostíbulo, no la someta a los inmundos corruptores. Para que, pues, agrade a la vista del Esposo interno, no se cubra con los afeites de la pompa secular, sino que unja todos los sentidos de su mente con el ungüento de la inmortal castidad, para que, cayendo en la muerte por la incontinencia, no se pudra en el hedor de la lujuria. Por lo tanto, en el cónclave de la santa Iglesia se encierre el alma púdica y así descanse continuamente en el tálamo del Rey eterno.

CAPÍTULO V.

Al papa Alejandro, sobre los canónigos.

«No me sumerja la tempestad de agua, ni me absorba el pozo, ni apriete el pozo su boca sobre mí (Sal. LXVIII)». Cuando el hombre peca, cae como en un pozo; pero cuando defiende sus pecados, la boca del pozo se aprieta sobre él, para que no quede abierta la salida. Cae, pues, en el pozo el hombre cuando peca; pero se cierra a sí mismo la boca del pozo mientras se excusa. Además, de esta defensa o excusa nace el crimen de la herejía. Pues la herejía se interpreta como elección (electio), y mientras alguien se esfuerza por defender lo que eligió, abandonada la senda de la verdad, porque es arrastrado por los abismos del dogma perverso, es necesario que caiga en la herejía. Pero esto dista entre el pecador y el herético: porque pecador es el que delinque, pero herético es el que defiende el pecado por medio de un dogma depravado.

CAPÍTULO VI.

Al abad Desiderio, donde se disputa sobre la omnipotencia de Dios.

«Los derribaste, mientras eran elevados (Sal. LXXII)». Mientras el Profeta narraba el derribo de los réprobos que se ensalzan a sí mismos, no dijo: Después que fueron elevados, los derribaste, Señor; sino, «mientras eran elevados», porque por aquello se vacían por lo cual se hinchan; de allí caen, de donde se hacen sublimes.

CAPÍTULO VII.

En el sermón sobre San Anastasio.

Sobre algunos que predican grandes cosas, pero viven ociosamente, se dice por el Profeta: «Los hijos de Efraín, que tensan el arco y lanzan sus saetas, se volvieron en el día de la batalla (Sal. LXXVII)». Pues quienes provocan a otros al conflicto contra las tentaciones de los vicios, pero ellos mismos rehúsan combatir bajo el innoble lánguido de la desidia, estos ciertamente dirigen saetas, pero habiéndose vuelto de espaldas no merecen los títulos de la victoria consumada, ni les aprovecha el que hubieran comenzado bien, porque no perseveran magnánimamente hasta el fin. De donde también sobre ellos sigue inmediatamente: «No guardaron el pacto de Dios, y en su ley no quisieron caminar (Ibíd.)». Como si dijera: Recibieron ciertamente el pacto, pero no lo guardaron; pusieron el pie en la ley por el inicio pero no mantuvieron el camino de la perseverancia. Quienquiera, pues, que provoca a otros al certamen espiritual, quienquiera que instiga las mentes de los prójimos a actuar valientemente, debe por todos los medios concordar la vida con la lengua, para que, mientras propone cosas excelsas a otros, él mismo contento con las ínfimas sea oprimido por la inercia. De aquí es que se preceptúa en la ley: «No tendrás en el saco diversos pesos, mayor y menor; ni habrá en tu casa un modio mayor y menor; tendrás un peso justo, y el modio será igual y verdadero para ti (Deut. XXV)».

CAPÍTULO VIII.

En la epístola a la condesa Blanca.

«Los montes excelsos para los ciervos, la piedra es refugio para los erizos (Sal. CIII)». Pues ¿qué se ha de entender en este lugar por los montes, sino las altas profundidades de las Escrituras? Estos ciertamente que ya saben dar saltos de contemplación, ascienden a los altos vértices de las sentencias divinas como a cimas montañosas, a las cuales cimas, porque los débiles no pueden llegar, rectamente se añade allí: «La piedra es refugio para los erizos»: porque ciertamente la inteligencia sublime no ejercita a ninguno de los inválidos, sino que la sola fe en Cristo los contiene humildemente.

CAPÍTULO IX.

Al abad Desiderio, donde excusa su exceso.

«Yo dije en el exceso de mi mente: Todo hombre es mentiroso (Sal. CXV)». A lo cual ciertamente se puede responder: Si todo hombre lo es, tú también; y ya será falsa la sentencia que tú mismo, siendo mentiroso, proferiste. Pero si tú mismo no eres mentiroso, ya no será verdadera la sentencia, porque, mientras tú eres veraz, no se conoce que todo hombre sea mentiroso. Pero para que la sagrada Escritura no esté expuesta a la calumnia a semejanza de las escrituras de los gentiles, sino que ella misma se defienda más bien por su propia autoridad, hay que notar lo que se antepone: «Yo dije en el exceso de mi mente». Por

el exceso de la mente, pues, pasó también sobre sí mismo cuando definió sobre la cualidad del hombre, como si dijera claramente: Proferí una sentencia verdadera sobre la falsedad de todos los hombres desde donde yo mismo estuve por encima del hombre. En tanto, pues, también él mismo es mentiroso, en cuanto es hombre; pero en tanto no es en absoluto mentiroso, en cuanto ascendí por el exceso de la mente por encima del hombre para contemplar las cosas supremas.

CAPÍTULO X.

En el sermón sobre Santa Columba.

«Hágase tu mano, para que me salve (Sal. CXVIII)», como si dijera: Hágase aquel por quien todas las cosas fueron hechas, para que mientras Él es creado, la criatura sea librada del contagio de su propia culpa.

CAPÍTULO XI.

En el sermón sobre San Cristóbal.

«Como el ungüento en la cabeza, que desciende a la barba, la barba de Aarón; que desciende hasta el borde de su vestidura (Sal. CXXXII)». El ungüento en la cabeza, a saber, es el Espíritu Santo en el Salvador, quien ciertamente es designado místicamente por Aarón, que es llamado monte de fortaleza. Siendo, pues, Aarón el monte de fortaleza, la barba también es signo de virilidad (*virilitatis*). La barba de este Aarón, por tanto, son los santos apóstoles, quienes por el robusto

vigor de su virilidad, que habían concebido de la unción del Espíritu Santo, vencieron todas las guerras de los furiosos perseguidores y triunfaron con gloria sobre el príncipe del mundo como un león que ruge ferozmente contra las ovejas de Cristo. De donde Pedro: «Al cual resistid —dice —, fuertes en la fe (I Pe. V)». Pablo también dice: «Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios, para la destrucción de las fortalezas, destruyendo los consejos del cuerpo y toda altitud que se levanta contra la ciencia de Dios, y reduciendo a cautiverio todo entendimiento en obsequio de Cristo (II Cor. X)». De esta barba, pues, del sumo pontífice Aarón, el ungüento destila sobre el borde de su vestidura, porque a través de los bienaventurados apóstoles, y consecuentemente de los santos mártires y luego de toda la Iglesia a la vez, el flujo del Espíritu Santo irriga.

CAPÍTULO XII.

En la epístola al papa Alejandro, sobre quitar la propiedad a los canónigos.

En cuanto al módulo de nuestra inteligencia, ningún mal en el género humano es de un crimen más pernicioso que la defensa de la depravación (*pravitatis*). De donde dice David: «No inclines mi corazón a palabra de malicia, para excusar excusas en los pecados (Sal. CXL)». Pues la ofensa de Dios merece la ira; la excusa provoca a la venganza. Este vicio, ciertamente, así como brotó de la raíz del género humano, diariamente brota

y no cesa de germinar como ramas de árbol que irrumpen. Pues consultado Adán por qué comió del fruto prohibido: «La mujer —dijo—, que me diste por compañera, me dio del árbol, y comí (Gén. III)»; también la mujer, interrogada por qué hizo esto: «La serpiente —dijo— me engañó, y comí (Ibíd.)». Como si ambos retorcieran oblicuamente el crimen hacia el Creador y lo increparan a Él, por quien son redargüidos, diciendo: No a nosotros, sino a Ti sin duda debe adscribirse esta culpa, que uniste la cónyuge al varón y decretaste que la serpiente viviera entre los hombres en el paraíso. De ambos era como discípulo aventajado (*primischolus*) aquel que respondió al Señor que preguntaba por Abel: «¿Acaso soy yo el guardian de mi hermano?» (Gén. IV.)

Terminan los testimonios del Salterio.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS PROVERBIOS. 1. De la mujer, que es llamada ajena. 2. De la mujer buena. 3. La Sabiduría inmoló sus víctimas, mezcló su vino y propuso su mesa. 4. De la diferencia de ambas mujeres. 5. Ejercita diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa. 6. De los malos predicadores. 7. Como quien arroja una piedra al montón de Mercurio, así es quien atribuye honor al necio. 8. La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: Trae, trae.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DE LOS PROVERBIOS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la epístola al prefecto Cincio.

«La prudencia te guardará, para que seas librado de la mujer ajena, y de la extraña que suaviza sus palabras». Y poco después: «Todos los que entran a ella no volverán, ni aprehenderán las sendas de la vida (Prov. II)». ¿Pero quién es la meretriz, o la mujer ajena, cuyo acceso se nos prohíbe, sino la vida secular, la vida carnal y terrena, en cuyos deleites los hombres miserables se arrojan, en cuya engañosa jovialidad se disuelven y se sumergen, por así decirlo, en abrazos adulterinos con ella?

CAPÍTULO II.

En la misma epístola.

Sobre la mujer buena, ciertamente, oye lo que dice el mismo Salomón: «Sea tu fuente bendita, y alégrate con la mujer de tu juventud (Prov. V)». Pues la mujer de nuestra juventud es, sin duda, la vida santa, a la cual ciertamente ya estamos unidos como por arras (*arrham*) y promesa, cuando en el bautismo prometimos que renunciaríamos al diablo y a todas sus pompas. Donde luego se añade: «Cierva carísima y gratísimo cervatillo, sus pechos te embriaguen en todo tiempo y en su amor deléitate continuamente (Ibíd.)». ¿Qué se designa por la cierva, que escala las cimas de los montes, sino la santa Iglesia, que se eleva en el amor de la patria celestial? ¿Qué son los pechos de esta cierva, sino que significan los dos Testamentos? Por estos pechos somos embriagados cuando somos imbuidos de los flujos de la sagrada Escritura y agotamos sedientos la bebida

de la sabiduría espiritual. En esta mujer, por tanto, se nos manda deleitarnos, para que seamos engordados por la grosura de las palabras celestiales. Sigue: «¿Por qué te dejas seducir, hijo mío, por la ajena y eres acariciado en el seno de otra? (Prov. V)». Pues por la mujer ajena se deja seducir quien se deleita con los halagos de la vida carnal. Ni inmerecidamente se llama ajena, porque nos está prohibida por la sanción de la ley divina. De nuevo habla sobre ambas mujeres, diciendo: «Di a la sabiduría: Mi hermana eres, y llama a la prudencia tu amiga, y guárdate de la mujer extraña y de la ajena, que hizo dulces sus palabras». Y luego añade: «Desde la ventana de mi casa miré por las celosías, y veo a los pequeñuelos; considero a un joven necio, que pasa por las plazas cerca de la esquina, y camina cerca del camino de la casa de ella (Prov. VII)». Donde hay que notar que la vida carnal, que es llamada meretriz, no se considera capaz de engañar a otros sino a los pequeñuelos y a los necios. De donde también en otro lugar el mismo Salomón dice: «La mujer necia y clamorosa, y llena de halagos y que no sabe nada en absoluto, se sentó a las puertas de su casa sobre una silla en un lugar excelso de la ciudad, y llama a los que pasan por el camino y siguen su trayecto: El que sea pequeñuelo, desvíese hacia mí, y a la necia habló (Prov. IX)». Pues el que es un varón perfecto y de mente sana, de ningún modo se conoce que pueda ser seducido por ella.

CAPÍTULO III.

En el sermón sobre San Bartolomé.

Oigamos, pues, por la boca de Salomón a la Sabiduría invitándonos con voces claras a la mesa del alimento espiritual: «La Sabiduría —dice— inmoló sus víctimas, mezcló su vino y propuso su mesa; envió a sus criadas para que llamaran a la torre y a los muros de la ciudad: Si alguno es pequeñuelo, venga a mí. Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado (Prov. IX)». Pues Cristo, que es la Sabiduría del Padre, inmoló víctimas cuando permitió que los santos mártires fueran muertos para ejemplo de nuestra imitación; mezcló el vino porque dio a beber el Espíritu Santo a los creyentes; propuso la mesa porque preparó la gloria celestial para los hombres; envió a sus criadas, esto es, a los santos ministros de la palabra, que se afirman a sí mismos como enfermos y frágiles. ¿Qué queda, pues, sino que, dejada el hambre del siglo, nos apresuremos a la mesa de Dios? Pero no podemos encontrar el acceso para entrar en esta sino por los santos apóstoles, a quienes fueron encomendadas las llaves del reino de los cielos (Mt. XVI). De donde está escrito: «La Sabiduría predica fuera, en las plazas da su voz, en la cabeza de las turbas, clama en las entradas de las puertas (Prov. I)». Ellos también son la cabeza de las turbas y las entradas de las puertas, porque ellos son los príncipes de los pueblos y los porteros de la suprema Jerusalén por el privilegio de una más sublime excelencia.

CAPÍTULO IV.

En la epístola al prefecto Cincio, sobre la exhortación a la castidad.

Oye de nuevo bajo la especie de mujeres lo que dista entre la vida espiritual y la carnal: «La mujer —dice— diligente es corona para su marido, y podredumbre en sus huesos la que hace cosas dignas de confusión (Prov. XII)». En los huesos de esta mujer, por tanto, hay podredumbre, porque mientras cualquiera unido a la vida carnal se esfuerza por superar a otros, mientras quizá se gloría de hacer algo que los huesos significan, se difunde por el pueblo una fama torpe y se exhala como el hedor de una podredumbre maloliente. Sobre las cuales mujeres ciertamente dice otro Sabio: «Si tienes mujer según tu alma, no la arrojes, y no te confíes de todo corazón a la odiable (Eclo. VII)». Pues la mujer según el alma es la vida de las virtudes, la conversación santa; pero la mujer odiable es la vida carnal, que ciertamente ha de ser tenida en odio, a la cual de cierto si nos confiamos de todo corazón, ya será necesario que así como Sansón por Dalila (Jue. XVI), así también nosotros por aquella caigamos en manos de los enemigos. Sobre la cual mujer odiable precisamente está escrito en el Deuteronomio: «Si un hombre tomare una mujer, y la tuviere y no hallare gracia ante sus ojos por alguna fealdad, escribirá un acta de divorcio, y la dará en su mano y la despedirá de su casa (Deut. XXIV)».

CAPÍTULO V.

En la epístola a los hermanos de Gamugno, donde trata sobre la transgresión de sus mandatos.

El que se apresura a construir un atrio sublime con las piedras de las virtudes, es necesario que primero limpie los matorrales erizados de los deleites carnales. De donde rectamente se dice por Salomón: «Ejercita diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Prov. XXIV)». Pues aquel edifica bien la casa de la mente, que primero limpia el campo del cuerpo de las espinas de los vicios; de lo contrario, si se permite que las zarzas de los deseos y pasiones carnales broten en el campo de la carne, al crecer el hambre de lo bueno, toda la estructura de las virtudes en el interior se derrumba. De aquí que de nuevo diga: «Pasé por el campo del hombre perezoso y por la viña del varón necio, y he aquí que las ortigas lo habían llenado todo, las espinas cubrieron su superficie y el muro de piedras estaba destruido (Ibíd.)». ¿Qué es, pues, el campo o la viña del hombre perezoso, sino la carne de cualquier ocioso que no quiere sudar en los trabajos de la agricultura espiritual? ¿Y qué son las ortigas, sino los picores de la gula y los halagos carnales? ¿Qué son, finalmente, las espinas, sino las punciones de las pasiones carnales? ¿Qué es, por último, el muro de piedras, sino la estructura de las virtudes que se adhieren con la caridad mezclada en medio? El campo del hombre perezoso y necio, por tanto, se llena de ortigas y espinas cuando la carne de cualquiera que vive ociosamente no es cultivada por la disciplina del trabajo continuo, sino que se ablanda y se nutre en el deseo del placer y la lascivia. La materia de las piedras también, debilitada, se derrumba,

porque toda la fábrica de las virtudes se disipa como por arietes de incontinencia impactados. «Pues el príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén (IV Rey. XXV)». Pero el vientre es afirmado con derecho como el príncipe de los cocineros, al cual ciertamente sirven los cocineros con trabajo laborioso. Quienquiera, pues, que desee enriquecerse con la abundancia de las mieses espirituales, sude ahora surcando el campo de su cuerpo con el arado de la disciplina y la continencia con trabajo continuo, y, como los terrones de sus barbechos, quebrántelos con la azada sabia, mientras que cualquier cosa dura, cualquier cosa infecunda que hallare en sí mismo, la deshaga con las contusiones de la continua penitencia; ni cese de extirpar de raíz las ortigas de la gula picante y las zarzas erizadas de los deseos carnales, para que pueda reunir los abundantes frutos de la cosecha espiritual.

CAPÍTULO VI.

En la epístola al papa Alejandro sobre los canónigos.

«Cojo de pies y bebiendo iniquidad es el que envía palabras por medio de un mensajero necio (Prov. XXVI)». Con cuyas palabras, ciertamente, ¿qué otra cosa parece expresada sino que no se encomiende el oficio de la predicación a cualquiera que sea carnalmente sabio y, por ello, necio? Pues de los santos predicadores se dice: «¡Cuán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan los bienes!» (Is. LII; Rom. X.) Así pues, cualquier ordenador

de la Iglesia, si constituye a dignos e idóneos en la dignidad, camina como con pies rectos. Pues a través de ellos la palabra discurre esparciéndose por todas partes, y lo que por sí mismo no puede hacer, se esfuerza por cumplirlo eficazmente a través de ellos. Pero si presume ordenar a cualesquiera carnales y reprobos, este camina cojo de pies. El cual también se dice que bebe iniquidad, porque, mientras envía las palabras de la santa predicación por medio de un mensajero necio y, contra el Apóstol, impone las manos pronto (I Tim. V), comunica con los pecados ajenos. Pues aunque uno hable prudentemente, si sin embargo no hace él mismo lo que habla, no inmerecidamente es juzgado cojo en el camino espiritual. De donde también allí se añade aptamente: «Como el cojo tiene en vano piernas hermosas, así es indecente la parábola en la boca de los necios (Prov. XX)». Se apoya claramente en piernas hermosas el que brilla con la claridad de un sermón lúcido. Pero, mientras profiere una elocuencia esmerada sin buenas obras, mueve hacia adelante las piernas rectas de las palabras como si fuera sin paso. Tiene, pues, las piernas como hermosas para ver, pero no útiles para caminar, el que, enredado en los lazos podágricos de los vicios, él mismo ciertamente cojea torpemente, mientras invita a otros a que caminen ágilmente. En la boca, pues, de estos necios es indecente la parábola, porque, mientras suenan espiritualmente y viven caralmente, su vida no concuerda con sus labios; a los cuales, ciertamente, hablando cosas honestas, pero viviendo deshonestamente, la predicación

recta no los libera, sino que la conciencia mordaz los acusa vehementemente. De donde allí no incongruentemente añade: «Como si naciera una espina en la mano de un borracho, así es la parábola en la boca de los necios (Ibíd.)». Pues la espina nace en la mano del borracho cuando se genera un aguijón de reprensión en la mente de aquel que está ebrio por el amor de esta vida. Así pues, la parábola en la boca de los necios es como una espina, porque mientras hablan una cosa y hacen otra, su mente es a veces redargüida en sí misma y es perforada como por un cierto aguijón de espina punzante; ciertamente como una espina punza la conciencia del que vive mal y habla bien, mientras que en aquello que habla exteriormente es herido interiormente por un cierto estímulo de vergüenza y temor.

CAPÍTULO VII.

En la misma epístola.

«Como el que arroja una piedra en el montón de Mercurio, así es el que da honor a un insensato (Prov. XXVI)». Pues el que entre los gentiles era llamado Mercurio, dios del saquillo [f., del lucro], o del dinero; el montón de Mercurio es un cúmulo y una congregación de monedas. Y porque la regla monetaria se imprime en la moneda, ¿qué se designa por el montón de monedas sino la asamblea de clérigos que presentan la imagen de los regulares y de la verdadera santidad? Pero ¿qué recibimos por la piedra sino la mente dura, estúpida e insensible de aquel que, mientras

no cree con fe indudable que Dios existe, pone su esperanza en cualquier posesión terrena? De quien se dice por el Profeta: «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios (Sal. XIII)». Además, se da honor a este insensato cuando alguien dedicado no a Dios, sino al dinero, es promovido a la cima de un grado eclesiástico. Pero así como se disipa el montón de monedas si se arroja encima una piedra, así por el acceso de un pastor indigno o lapídeo se destruye el orden, por así decirlo, apretado de los clérigos que caminan regularmente y obedecen en la caridad; pues es gravado por la sombra de un mal pastor y, como un cúmulo de monedas celestiales, es derruido por la mole de una piedra tartárea. Por tanto, se debe denegar el honor eclesiástico al estulto y al insensato, para que no se sumerja el montón de los santos clérigos como si fuesen monedas espirituales. De cuyo estulto, ciertamente, poco más arriba dice el mismo Salomón: «Cojo de pies y bebiendo iniquidad es el que envía palabras por medio de un mensajero necio (Prov. XXVI)».

CAPÍTULO VIII.

En la epístola al papa Alejandro, sobre la insolencia de los hombres malos.

«La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: Trae, trae (Prov. XXX)». Pues cuanto más inmoderadamente se alimenta cada uno, tanto más es necesario que se encienda más ardientemente para la bebida. Y mientras la mole congregada para sí se cuece en el hirviente caldero del estó-

mago, es necesario que sea regada con frecuentes tragos. Pero cuando el vientre se hincha con las comidas y las bebidas, es consecuente que, por los conductos de una y otra parte, tanto expulse las heces por el ano hacia los canales como derrame el humor del receptáculo genital por las partes pudendas. Pues como en los lagares el orujo se separa del vino, así en las entrañas el estiércol se separa del jugo. Por tanto, de la sanguijuela, que es la glotonería, hay dos hijas, la embriaguez y la lujuria, porque mientras una peste concibe deleitablemente, pare necesariamente una prole gemela; las cuales ciertamente dicen: «Trae, trae», porque, como son insaciables, son también violentas exactoras.

Terminan los testimonios del libro de los Proverbios.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL ECLESIASTÉS.

1. Que todos los ríos entran en el mar y el mar no rebosa. 2. Las moscas que mueren pierden la suavidad del ungüento. 3. Sobre el Espíritu que tiene potestad. 4. Sobre aquello que se dice: Da parte a siete, y también a ocho. 5. Oigamos todos por igual el fin del hablar.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS SOBRE EL ECLESIASTÉS.

CAPÍTULO I. En el libro GRATÍSIMO.

«Todos los ríos entran en el mar y el mar no rebosa; al lugar de donde salen los ríos, allí vuelven para fluir de nuevo (Ecl. I)». El evangelista Lucas describe místicamente este curso y recurso de los ríos espirituales cuando dice: «Habiendo convocado Jesús a los doce apóstoles, les dio virtud y potestad sobre todos los demonios, y para que curasen las dolencias; y los envió a predicar el reino de Dios (Lc. IX)». He aquí la salida de los ríos; y después añade: «Y vueltos los apóstoles, le contaron todo cuanto habían hecho (Ibíd.)». He aquí el regreso de los ríos. Al lugar, pues, de donde salen los ríos, allí vuelven, porque todos los elegidos no dudan de que son deudores de Aquel de quien, ciertamente, habían sacado todo lo que fluye espiritualmente. De donde también dice Pablo: «Hay divisiones de gracias, pero el mismo Señor; y hay divisiones de ministerios, pero el mismo Señor; y hay divisiones de operaciones, pero es el mismo Dios el que obra todo en todos (I Cor. XII)». Pues ciertamente, al poner primero al Espíritu, añadir después al Señor y finalmente a Dios, muestra la santa Trinidad, es decir, que el único Dios es indudablemente el autor de todas las gracias. Pues Él mismo distribuye sus dones, Él que discierne los méritos de cada uno y las diversidades de las obras con oculta provisión.

CAPÍTULO II.

G. G.

«Las moscas que mueren pierden la suavidad del ungüento (Ecl. X)»; porque los pensamientos

superfluos, que nacen y perecen asiduamente en el ánimo que piensa cosas carnales, pierden esa suavidad con la que cada uno ha sido ungido interiormente por el Espíritu. De donde, cuando la Verdad viene al corazón por una admirable obra de piedad, primero expulsa de él el ardor de los pensamientos carnales, y después dispone en él los dones de las virtudes. Lo cual se nos insinúa bien cuando en el Evangelio se dice del Señor, llevado a resucitar a la hija del príncipe: «Y cuando la multitud fue echada fuera, entró, y la tomó de la mano, y la niña se levantó (Mt. IX)». Por tanto, la multitud es echada fuera para que la niña sea resucitada, porque si no se expulsa primero de lo más secreto del corazón la inoportuna multitud de las preocupaciones mundanas, el alma, que yace muerta interiormente, no resucita. Pues mientras se dispersa por innumerables pensamientos de deseos terrenales, de ninguna manera se recoge para la consideración de sí misma. Pues nadie percibe plenamente la sabiduría, que es Dios, sino aquel que se esfuerza por abstraerse de toda fluctuación de las acciones carnales. De donde se dice en otra parte: «La sabiduría del escriba en el tiempo del ocio, y el que se aminora en la acción, ese la percibe (Ecl. XXXVIII)».

CAPÍTULO III.

Al abad Mainardo.

«Si el espíritu del que tiene potestad sube sobre ti, no abandones tu lugar (Ecl. X)». Como si dijese abiertamente: Si consideras que el espíritu

del tentador prevalece en algo, no dejes la humildad de la penitencia. Y en otra parte está escrito: «No quieras saber lo alto, sino teme y busca el último puesto en las bodas espirituales (Rom. XI)».

CAPÍTULO IV.

En la epístola a Bonifacio el Abogado, para que se prefiera la sabiduría espiritual a la prudencia exterior.

«Da parte a siete, y también a ocho (Ecl. XI)». Recorre así la presente vida, que se designa por el número septenario, de modo que ya en el amor de la futura, que expresa la gloria de la resurrección por el octonario, te esfuerces por habitar con todas tus entrañas. A aquella exhibe un cuidado perentorio y volátil; en esta fija la sentencia de una atracción infalible, perseverante y perpetua, tal como es eterna.

CAPÍTULO V.

En la epístola al papa Alejandro, contra el papa para que no juzgue.

«Oigamos todos por igual el fin del hablar: Teme a Dios y observa sus mandamientos, pues esto es todo el hombre (Ecl. XII)». ¿Y cuál es el fin del hablar sino aquel de quien dice el Apóstol: «Porque el fin de la ley para la justicia es Cristo, para todo el que cree»? (Rom. X). El fin de la ley para la justicia es Cristo, porque todo lo que dice la ley, sea la antigua o la nueva, a Él sin duda se refiere. Y no se dice ociosamente «para la justicia», porque el sermón de la ley divina justifica y

limpia el alma de las suciedades del mundo. Como dice la Verdad a los discípulos: «Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado (Jn. XV)». Temer a Dios, en cambio, es despreciar todas las cosas que Dios prohíbe, execrándolas y abominándolas. Observar sus mandamientos es ejercitar en las obras todas las cosas que Él prescribe. Por tanto, teme a Dios aquel que se esmera en precaverse de lo que prohíbe; observa sus mandamientos aquel que estudia cumplir lo que manda. «Teme, pues, a Dios y observa sus mandamientos; pues esto es todo el hombre». Como si dijese claramente: Quien no estudiare precaverse de lo prohibido, quien descuidare cumplir los preceptos, porque carece de razón, tiene ciertamente el vocablo de hombre, pero no tiene el ser de hombre, porque no usa verdaderamente de la virtud del nombre por el que es considerado. Que aquel se crea verdaderamente hombre que reconoce al Autor de los hombres; de lo contrario, «quien ignora, será ignorado (I Cor. XIV)». Qué sea el hombre sin estas cosas, lo define claramente la Escritura cuando dice: «Las estrellas no son limpias ante su presencia, ¿cuánto más el hombre podredumbre y el hijo del hombre un gusano?» (Job XXV).

De donde también Abraham, cuando es elevado a la cumbre de la suprema interlocución, cuando merece peculiarmente la gracia de la familiaridad divina, es abatido por el recuerdo de esta humildad cuando dice: «Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén. XVIII)». Pues también entre los griegos se refiere que se

mantiene esta costumbre: que cuando se crea a algún emperador en su dignidad, tan pronto como ha sido ceñido con las ínfulas imperiales, es decorado con la gloria de la corona y del cetro, cuando finalmente es rodeado por los obsequios de los próceres, cuando es recibido por los coros modulantes de los que cantan salmos; alguien se le presenta al encuentro, quien ciertamente en una mano ofrece un vasito lleno de huesos de muertos y de polvos, y en la otra una estopa de lino finamente peinada y suavemente deshecha con pelos colgantes, a la cual inmediatamente se le arrima fuego y de repente, en un abrir y cerrar de ojos, es consumida por la llama que la devora súbitamente: para que en lo uno deba considerar lo que es, y en lo otro pueda considerar lo que tiene. En las cenizas, en efecto, se reconoce a sí mismo como ceniza; en la estopa ya colige cuán súbitamente arderá el mundo en el día del juicio, a fin de que, mientras se considera a sí mismo y a sus cosas tan vanas, tan despreciables, de ninguna manera se insolente por haber ascendido al fastigio de la cumbre imperial; y mientras no se duda que el poseedor y la posesión están sujetos al caso común de todos, ya no se infle como desde un singular ápice de dignidad, él que ha sido promovido a las cosas más altas. Considere, pues, el hombre el hermoso orden de la condición mundana, y mientras ve que todas las cosas se atribuyen a sus usos, rinda gracias no a sí mismo, sino a su Creador; deprima bajo los talones de su juicio la gloria seductora del mundo: crea que el verdor de la carne es ya polvo árido, anteponga

siempre a sus ojos el día de su vocación como un espejo, tiemble ante el severo juicio de la discusión final, para que mientras ahora se somete a las leyes de su Creador, él que parece insigne entre las criaturas que son terrenas, sea también verdaderamente sublime en la gloria celestial.

Terminan los testimonios sobre el Eclesiastés.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES.

1. Sobre el aceite derramado. 2. Sobre la negrura de la esposa. 3. Sobre el manojito de mirra.

4. Sobre el lirio de los valles. 5. Sobre la caridad ordenada. 6. Sobre una y otra vida. 7. Sobre los agujeros de la piedra. 8. Sobre el lecho de Salomón. 9. Sobre los ojos de las palomas. 10. Sobre los dientes de la Iglesia. 11. Sobre los dos pechos. 12. Sobre la belleza de la amiga. 13. Sobre la corona del alma, o de la santa Iglesia. 14. Sobre el aquilón y el austro. 15. Sobre aquello que dice la Iglesia: Yo duermo, y mi corazón vigila. 16. Que el amado es llamado cándido y rubicundo. 17. Sobre los santos doctores. 18. Sobre el vientre de marfil de Cristo. 19. Sobre la garganta de Cristo. 20. Sobre la granada. 235-236 21. Sobre las cuadrigas de Aminadab. 22. Sobre el ombligo de Cristo. 23. Sobre la cabellera de la cabeza de Cristo. 24. Sobre la belleza de la esposa. 25. Sobre el fruto de la cruz. 26. Sobre el manzano. 27. Sobre el sello del corazón y del brazo.

Terminan los capítulos sobre el Cantar de los Cantares.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES.

CAPÍTULO I. Del sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Óleo derramado es tu nombre (Cant. I)». Crisma en griego se dice unción en latín. De crisma, pues, viene Cristo, y de Cristo se dice cristiano. Por el óleo, en cambio, debe entenderse el Espíritu Santo, como se dice por el Salmista a nuestro Salvador: «Te ungió tu Dios con óleo de alegría sobre tus compañeros (Sal. XLIV)». Por tanto, el nombre de Cristo es óleo derramado, porque la gracia del Espíritu Santo se propaga en tantos cuantos son los que obtienen verdaderamente el nombre de Cristo.

CAPÍTULO II.

«Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón (Cant. I)». Cedar se interpreta como tinieblas; estos son los infieles que no tienen la luz de la fe. Negra soy, dice, por el ardor de la persecución, por las adversidades que padezco de los hijos de las tinieblas; pero interiormente soy hermosa, porque el rey deseó mi belleza, y toda mi gloria está en el interior. Soy hermosa, dice, como una piel, esto es, el tabernáculo de Salomón. Pues como el tabernáculo se hace de las pieles de animales muertos, así solamente son habitáculo de Dios (Ef. II) aquellos que, muertos con Cristo, están también extintos para los vicios y los deseos de la carne (Ef. II).

Sigue: «No me miréis», dice, «porque soy morena, porque el sol me ha descolorido, oh hijas de Jerusalén (Cant. I)». Lo mismo también las almas fieles, constituidas ya por el deseo en aquella gloria celestial: No me miréis porque soy morena, esto es, no desesperéis, ni os espantéis demasiado, porque las tribulaciones me oprimen, porque las persecuciones me afligen, porque en este naufragio de tempestad y tormentas las olas hinchadas me golpean; porque el sol me ha descolorido, ya que sobre mí se ha encendido el ardor de la persecución y ha empañado el decoro de mi gracia y belleza. Como si dijera: No atendáis tanto a aquellas cosas por las que soy afligida exteriormente, cuanto pensad en la especie floreciente de la belleza interior. Tal es lo que dice el Apóstol: «No desmayéis en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria. Pues no son dignas las pasiones de este tiempo para la futura gloria que se revelará en nosotros (Rom. VIII)». Esta belleza interior y negrura exterior la comprendió brevemente Jeremías, diciendo: «Sus nazareos eran más blancos que la nieve, más nítidos que la leche, más rubicundos que el marfil antiguo, más hermosos que el zafiro (Lam. IV)». He aquí la belleza; pero oye la negrura, pues al instante sigue: «Denegrida está sobre los carbones su faz, y no son conocidos en las plazas; se pegó su piel a sus huesos: se secó y se hizo como madera (Ibíd.)». Pero miremos la negrura exterior, que ella misma abra de dónde viene la belleza interior: «Indícame», dice, «tú a quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde te recuestas al mediodía (Cant. I)». Como si dijera:

Oh esposo celestial, a quien mi alma ama inenarrablemente, en quien descansa continuamente por el deseo, a quien abraza con los brazos de la íntima dilección, en quien se deleita con todas sus entrañas; dime dónde apacientas; esto es: Tú que eres el buen pastor, dónde haces pacer a tus ovejas; y tú mismo dónde te recuestas, esto es, dónde descansas en el ardor de la persecución y el fervor de nuestra tentación, ¿dwonde, ciertamente, sino en aquellos que no saben ceder a la furiosa demencia, y no sucumben débilmente a los intentos de la malicia que acecha? No inmerecidamente, pues, se llamaba hermosa esta esposa, porque Él descansaba deleitablemente en ella en el mismo punto de la persecución, Él que con la serenidad de su rostro lo clarifica todo.

CAPÍTULO III.

En el sermón sobre las santas Flora y Lucila.

«Un manojito de mirra es mi amado para mí: entre mis pechos morará (Cant. I)». La mirra es claramente una especie aromática de excesivo amargor, con la que se condimentan los cadáveres de los muertos para que no se pudran fácilmente. De aquí es que el cuerpo del mismo Esposo, bajado de la cruz por Nicodemo y José, es condimentado con mirra y áloe, y envuelto en lienzos es entregado a la sepultura (Jn. XIX). ¿Qué se designa, pues, por el manojo de mirra sino la múltiple mortificación? Pues no dice: Un esqueje de mirra, sino un manojo, dice, de mirra es mi amado para mí. Como si dijera: Porque en toda

mi conversación me mortifico y ya no vivo por ninguna obra de mi propia voluntad, mi amado no se ha hecho para mí una simple rama, sino un manojo de mirra. De donde también el eximio predicador: «Yo», dice, «llevo los estigmas de Jesús en mi cuerpo (Gál. VI)». A cuya múltiple mortificación, ciertamente, también nos exhorta con él, diciendo: «Llevando siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (II Cor. IV)». Pues de aquello que llevamos en nuestro cuerpo, no reservamos ninguna parte del cuerpo vacía. Aquel, pues, lleva la mortificación de Jesús en su cuerpo que no deja nada de sí para sí, que no vive para sí sino para Cristo en todas las cosas, por quien ciertamente se crucifica por todas partes a sus propias voluntades. Aquí, pues, el amado se hace un manojo de mirra, porque en todas sus acciones ofreciéndose como extinto, recoge de algún modo un manojo múltiple de la mortificación de Cristo. Donde también se añade aptamente: «Entre mis pechos morará». Nadie duda de que entre los pechos del pecho está el lugar del corazón. El amado, pues, morará entre los pechos de la esposa, porque su infalible amor y deseo no se borra de su memoria. Entre mis pechos morará, como si dijera: El que se me ha hecho manojo de mirra por el amargor de la pasión, morará continuamente entre mis pechos por la dulzura del corazón: y el que exteriormente exaspera por el ejemplo de la muerte asumida, por la gracia infundida me endulza con íntima suavidad.

CAPÍTULO IV.

De un sermón en el natalicio de las vírgenes.

"Yo soy el lirio de los valles (Cant. II)." Claramente el Esposo se llama a sí mismo lirio por la blancura nívea de la purísima castidad. Lirio no de los montes, sino de los valles, porque elige las mentes piadosas de los humildes, no habita en los riscos de los soberbios.

CAPÍTULO V.

"El rey me introdujo en la bodega, ordenó en mí la caridad (Cant. II)." No dice: Dio lo que no encontró, sino "ordenó" lo que encontró desordenado. Pues algunos tienen en el lugar principal de su corazón a sus esposas, hijos, fincas u honores: pero en el segundo lugar, en cierto modo, ponen a Dios, mientras lo aman menos. Estos ciertamente parecen tener caridad, pero desordenada; ni guardan aquel orden de la caridad que la Verdad misma dispuso, cuando dice: "Amarás a Dios con todo tu corazón, este es el máximo y primer mandamiento, y el segundo es semejante a este, que amarás a tu prójimo (Matth. XXII)." Por lo tanto, no se jacte nadie de tener caridad si no está ordenada; así como tampoco de la fe, si es sin obras, y por ello está ociosa.

CAPÍTULO VI.

"Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cant. II)." Pues se dice que la izquierda está bajo la cabeza cuando la vida

presente es pisoteada, siendo despreciada por la mente, que es la cabeza de los pensamientos. Pero es apretada por los abrazos de la derecha, porque se deleita por todas partes solo en los deseos de la vida eterna.

CAPÍTULO VII.

"Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en los agujeros de la peña, y en la caverna del muro; muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos. Pues tu voz es dulce, y tu rostro decoroso (Cant. II)." Pues el alma santa con derecho es llamada amiga y esposa de Cristo; porque a Él se une por la fe y el amor. Pero esta esposa casi todavía yace, mientras se implica en las acciones mundanas; surge entonces, cuando es erigida para la disposición del servicio divino. Como si dijera: Tú que yaces en la molicie de la vida secular, levántate ya, y erígete al familiar compañerismo de mi contemplación. "Paloma mía, en los agujeros de la peña." Si, según el Apóstol, "la peña es Cristo (I Cor. X)", los agujeros de la peña son las llagas del Redentor; las cuales ciertamente no son cinco por casualidad, a saber, de la lanza y de los clavos; sino porque nosotros habíamos sido heridos por las llagas de los cinco sentidos, por estas cinco llagas somos restituidos a la salud perpetua. Estas eran ciertamente las puertas, por las cuales en el día del Sábado el profeta prohibía que se introdujeran cargas pesadas. En estos agujeros, pues, la paloma de Dios consiste, porque cualquier alma santa constituye toda la esperanza de su propia salud en la pasión de su Redentor.

Allí es defendida como del ataque de un halcón, porque es custodiada de todas las asechanzas de los espíritus malignos. Allí claramente anida, porque allí amontona los frutos de las buenas obras. De esta peña se dice por el Salmista: "Los montes excelsos para los ciervos, la peña refugio para los erizos (Psal. CIII)." Lo que se añade: "En la caverna del muro", suelen hacerse muros de piedras para la custodia de las viñas; como se dice por Isaías: "Se hizo una viña para mi amado en un cuerno en un lugar féltil, y un muro la rodeó y la cavó alrededor (Isa. V)." ¿Qué entendemos, pues, por el muro de piedras, sino el presidio y las guardias de los ángeles, por los cuales ciertamente el alma puesta en el certamen, mientras es amurallada y rodeada, es custodiada de todas las tentaciones de los espíritus adversarios? Además, lo que sigue: "Muéstrame tu rostro", entonces se dice que el alma muestra su rostro al esposo celestial, cuando contempla su belleza con miradas internas como con el rostro revelado: "Suene, dice, tu voz en mis oídos: pues tu voz es dulce y tu rostro decoroso." ¡Oh, qué dulce comercio! más aún, ¡qué inenarrable dulzura nace en las vísceras humanas, cuando el Creador y la criatura se deleitan alternativamente el uno en el otro con afectos, como se dice por el Profeta: "Sea dulce para Él mi alabanza, ¡yo en cambio me deleitaré en el Señor!" (Psal. CIII.)

CAPÍTULO VIII.

"He aquí el lecho de Salomón, sesenta fuertes lo rodean de los más fuertes de Israel (Cant.

III)." Pues los fuertes rodean el lecho de Salomón, mientras todos los santos custodian el íntimo descanso de nuestro Redentor pacíficamente con infatigable diligencia de deseo.

CAPÍTULO IX.

"Tus ojos son como de palomas, aparte de lo que se esconde intrínsecamente (Cant. IV)." Estos son los ojos de los cuales el Señor dice en el Evangelio: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Matth. V)". Aparte de lo que se esconde intrínsecamente. Porque aunque los santos doctores ahora contemplan a su Creador por la gracia de la contemplación, todavía se esconde algo grande, a lo cual en esta carne corruptible la agudeza de la mente humana no aspira. Donde sigue inmediatamente: "Tus cabellos como rebaños de cabras, que ascendieron de Galaad (Cant. IV)". Pues así como por los ojos se entiende a los doctores de la Iglesia, que están prelados para ver las cosas sumas y especiales en los miembros inferiores, así también por los cabellos y los rebaños de cabras se designa a los simples y a los súbditos; quienes ciertamente, aunque por su simplicidad no penetran todas las cosas místicas y sumas, sin embargo con su multitud y comparación adornan a la santa Iglesia como los cabellos a la cabeza, porque frecuentemente por el pecado se quita la figura del pecado. Galaad es montón de testimonio (acervus testimonii). Por Galaad, pues, entendemos a Cristo, a quien la multitud de todos los santos rinde testimonio. Por los cabellos, o los rebaños de

cabras, entendemos la multitud de los súbditos. Los rebaños de cabras, pues, ascienden del monte Galaad, porque la multitud de todos los santos se esfuerza por ascender a las cumbres de las virtudes desde Cristo, a quien se hacen fundamento para sí mismos. De donde podemos colegir que cuanto dista entre los ojos y los cabellos, tanto casi en el estudio de la contemplación debe distar entre los prelados y los súbditos, a fin de que estén atentos a los estudios espirituales de aquellos que les han sido encomendados, y vean no solo para sí, sino también para ellos.

CAPÍTULO X.

"Tus dientes como rebaño de ovejas trasquiladas, que ascendieron del lavadero (Cant. IV)." Además, se sabe que los dientes de la Iglesia son los santos doctores; a quienes primero se dijo: "Mata y come (Act. II)". Como si dijera: De aquello que son, mátalos con la espada del Espíritu, esto es, con la palabra de la predicación, y trasfiérelos al cuerpo de la Iglesia. Los dientes de la esposa, pues, son los doctores santos, quienes, puesto que son simples por la inocencia, y dejando todas las cosas son despojados de los vellones de sus facultades, y purificados por el agua del sagrado bautismo, son como un rebaño de trasquiladas, que ascendieron del lavadero.

CAPÍTULO XI.

"Tus dos pechos como dos crías gemelas de corza (Cant. IV)." Pues así como los dos pechos

son los dos Testamentos; así las dos crías son los dos pueblos, hijos de la Iglesia, a saber, el judío y el gentil.

CAPÍTULO XII.

De un sermón en el natalicio de las vírgenes.

"Toda hermosa eres, amiga mía; toda hermosa (Cant. IV)", a saber, interior y exteriormente. Por fuera en la perfección de la obra clara, por dentro en la limpieza del pensamiento purísimo.

CAPÍTULO XIII.

En un sermón sobre las santas Flora y Lucila.

"Serás coronada desde la cumbre de Senir, desde la cabeza de Amaná y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos (Cant. IV)." Amaná ciertamente es un monte de Cilicia, que por muchos es llamado también Tauro. Pero Senir y Hermón son montes de la tierra judía, en los cuales se cree que habitan leones y leopardos. Por estos montes, pues, han de entenderse los reyes y príncipes y las diversas potestades de este mundo; las cuales, como montes, se elevan a la cima de la soberbia y ofrecen habitación a los espíritus malignos como a leopardos y leones. Pues los espíritus perversos son llamados leones por la crueldad; leopardos, en cambio, porque este animal es de color variado, por la multiforme variedad del engaño y el fraude. De estos montes, pues, o cualquier alma fiel o la santa Iglesia es coronada, cuando con-

vierte a los príncipes del siglo a la fe, o los dirige a la rectitud de la santa conversación. Pero será coronada, o porque es remunerada por Cristo por el lucro aportado de ellos, o es honrada en el siglo por los mismos por quienes antes era oprimida. Es coronada, digo, desde las guaridas de los leones y los montes de los leopardos, cuando convierte a cualesquiera soberbios y engañosos de su depravación, y recibe premios eternos por sus costumbres corregidas.

CAPÍTULO XIV.

De un sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Levántate, Aquilón, y ven, austro, sopla por mi huerto, y fluyan sus aromas (Cant. IV)». ¿Qué se designa por el Aquilón, que ciertamente es un viento frío, sino la aspereza de la persecución? ¿Qué por los tiempos del austro, sino la remisión de los que halagan malvadamente? Pero entre ambos géneros de persecución, entre ambos argumentos del espíritu maligno, se manda que fluyan los aromas del huerto eclesiástico, porque el ánimo fuerte, atrapado entre estas luchas, abre cuanta fuerza, cuanta fe, cuanta invicta fortaleza ha ocultado hasta entonces, y como aromas fluyen hacia fuera, mientras las virtudes salen a la noticia humana y difunden a lo lejos y a lo ancho los olores de una piadosa opinión.

CAPÍTULO XV.

«Yo duermo, y mi corazón vigila. Voz de mi amado que llama: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de las gotas de las noches (Cant. V)».

Dice la Iglesia: «Yo duermo, y mi corazón vigila»; porque, evidentemente, la mente santa cuanto más se reprime del estrépito de la concupiscencia temporal, tanto más verdaderamente conoce las cosas internas; y tanto más vigila hacia lo íntimo, cuanto más solícitamente se oculta de la inquietud exterior. Duerme, pues, la esposa de los negocios y de la concupiscencia del siglo, pero tiene los ojos abiertos y siempre vigilantes en el ardor del amor de Dios. Pero porque este no es tiempo de pleno reposo, sino más bien de trabajo y de combate, de repente el amado llama a la puerta, y la incita a la preparación de entablar batalla con sus exhortaciones: «Voz, dice, de mi amado que llama». Llama el amado, cuando Cristo provoca a sus fieles o al incremento de sus virtudes, o ciertamente a ganar las almas de los prójimos. «Ábreme, hermana mía». Hermana ciertamente, porque has sido hecha coheredera mía de mi reino, y admitida en el vínculo de mi adopción fraterna. «Amiga mía», porque, arrancada del yugo de la servidumbre, has conocido los secretos de mi verdad. «Paloma mía», porque, vacía de la amargura de la hiel, y enriquecida con el don de mi Espíritu, que descendió en paloma. «Inmaculada mía», por la efusión de mi sangre has sido purgada de toda mancha de tus pecados. Ábreme, pues, a mí, esto es, sal del reposo y del

ocio de la contemplación que te es querida, y entrégate fervorosa y constantemente a dar testimonio de mi verdad. «Porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos de las gotas de las noches». La cabeza de Cristo es Dios, como dice el Apóstol (I Cor. XI); pero los cabellos son los íntimos pensamientos de los santos; los cuales no fluyen sueltos y disueltos, sino que están ligados por el vínculo del temor y el amor de Dios. En verdad, ¿qué recibimos por el rocío y las gotas de las noches, sino las mentes tenebrosas y frías de algunos réprobos? La cabeza del esposo en los réprobos, pues, está llena de rocío, cuando todos los mundanos se entumecen de la caridad de Dios y se desvanecen por la lascivia de sus placeres, según lo que el Señor dice: «Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos (Matth. XXIV)». De esta clase claramente, cuando persiguen y odian a los santos de Dios, en sus corazones como si los cabellos del esposo estuvieran llenos de las gotas de las noches; y cuando tales se multiplican y agravan a la Iglesia con persecuciones, entonces el Esposo exhorta a la esposa a que se levante e insista valientemente en el celo contra la prevaricación. Y la esposa a él: «Me he despojado, dice, de mi túnica, ¿cómo me la pondré?» (Cant. V.) Como si dijera: Me he despojado de los cuidados y ocupaciones del siglo y me he limitado solo al amor de tu contemplación; ¿cómo emprenderé ahora el camino de la excursión? ¿cómo soportaré el estrépito y la lucha de los que hablan en contra? Pero que la túnica significa los cuidados y solicitudes, lo muestra el

Señor cuando dice: «El que está en el tejado, no baje a tomar su túnica (Matth. XXV)», lo cual es decir abiertamente: El que se apoya en la sublime alcázar de la contemplación, de ninguna manera baje para implicarse de nuevo en las ocupaciones del negocio secular. «He lavado mis pies, ¿cómo los mancharé?» (Cant. V.) es decir, he lavado los pasos de mi obra de la aspersión del polvo terreno con dignos llantos de penitencia, ¿de qué modo podré ya, sino en las cosas a que estoy acostumbrada, meditar las celestiales? Sin embargo, pospone el reposo de la contemplación y, encendida interiormente al fervor de la obediencia, pronto se ofrece diciendo: «Mi amado metió su mano por el agujero y mi vientre tembló a su tacto (Ibid.)». Claramente el amado mete la mano por el agujero y toca el vientre, cuando el Creador con oculta inspiración visita el corazón e inflama al agón del combate y del santo trabajo. Pues que el vientre significa el corazón, lo muestra el profeta cuando dice: «Me duele mi vientre (Jer. IV)»; lo cual ciertamente revela qué era, cuando añade: «Los sentidos de mi corazón están disipados. Me levanté para abrir a mi amado (Cant. V)». Se levanta para abrir, porque la mente santa, humildemente obediente con el ánimo muy pronto, pisa su propia voluntad para cumplir con todas sus fuerzas la divina.

CAPÍTULO XVI.

En una epístola a Blanca y en un sermón sobre las santas Flora y Lucila.

«Mi amado es blanco y rubicundo, elegido entre miles; su cabeza es oro finísimo (Cant. V)».

El amado ciertamente es blanco por la virginidad, rubicundo por la pasión. Blanco, porque dice: «Yo soy el lirio de los valles (Cant. II)»; rubicundo, de quien dice Juan: «Porque nos lavó de nuestros pecados en su sangre (Apoc. I)». Elegido entre miles, porque de la multitud de todos los santos él es el único que fue digno de oír: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Matth. III, XII, XVII)». De quien también Salomón: «Un hombre, dice, entre mil he hallado (Eccl. VII)». El número mil ha de entenderse como la perfección de todo el género humano, en el cual el Salvador es como un único gorrión en el edificio: «Su cabeza es oro finísimo»; porque «la cabeza de Cristo es Dios (I Cor. XI)»; el cual ciertamente así como el oro sobresale entre los metales, así, aunque incomparablemente, descuella sobre todas las criaturas.

CAPÍTULO XVII.

«Sus ojos son como palomas sobre los arroyos de las aguas, las cuales están lavadas con leche, y residen junto a las corrientes plenísimas (Cant. V)».

Ciertamente los santos doctores de la Iglesia residen junto a las corrientes plenísimas de las Escrituras, de las cuales evidentemente ellos mismos extraen el exuberante torbellino de la verdadera sabiduría, y trasvasan los secretos del misterio celestial a sus oyentes.

CAPÍTULO XVIII.

En un sermón sobre san Juan apóstol y evangelista.

«Su vientre es de marfil, distinguido con zafiros (Cant. V)».

Entre los miembros del cuerpo humano, apenas se encuentra nada más frágil o tierno que el vientre; y por ello, por el vientre se recibe rectamente la fragilidad de la humanidad asumida en Cristo. Pero el marfil es el hueso del elefante, animal que ciertamente se dice que es castísimo y de naturaleza muy fría. El vientre del esposo, pues, es de marfil, porque la humanidad asumida del Redentor permaneció totalmente casta e inviolada de todo contagio de pecados. Pues «no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Petr. II)». Pero el zafiro es una piedra que tiene el color del cielo sereno. Por lo cual también en la visión del Señor se dice: «Había bajo sus pies como una obra de piedra de zafiro, y como el cielo cuando está sereno (Exod. XXIV)». Por los zafiros, pues, se entienden las obras de la divinidad, que el Señor mostraba en la carne. El vientre del esposo, pues, estaba distinguido con zafiros, porque la humanidad de Cristo refulgía con virtudes divinas. Ni se dice que estuviera lleno de zafiros, sino distinguido; de tal modo, evidentemente, que entre los zafiros apareciera la blancura del marfil, porque así el Señor, por parte del hombre asumido, obraba cosas humanas, de modo que a veces, sin embargo, por parte de la deidad mostrara también las divinas. Pues tener hambre, llorar, finalmente ser crucificado y morir, eran obras de

la humanidad; pero hacer milagros, y resucitar de entre los muertos no solo a otros, sino también a sí mismo, eran indicios evidentísimos de la divinidad.

CAPÍTULO XIX.

«Su garganta es suavísima (Cant. V)», porque con la meliflua suavidad de sus palabras se endulzan las mentes de los oyentes. «¡Cuán dulces, dice, son tus palabras a mi paladar; más que la miel y el panal a mi boca!» (Psal. CXVIII.) También todo él es deseable; porque en él, como atestigua Pedro, los ángeles desean mirar (I Petr. I):» o porque todo el misterio de su humanidad enciende el deseo en las mentes de los elegidos; de modo que, evidentemente, no solo la gloria de la resurrección los provoque, sino que la misma ignominia de la pasión los invite al ejemplo de la imitación. Es deseable, porque es preclaro y conspicuo en su singular nacimiento, en su muerte vivificante, en su gloriosa resurrección, en su triunfal ascensión; es deseable mientras habla, mientras obra maravillas.

CAPÍTULO XX.

En una homilía sobre el nacimiento de la Bienaventurada Virgen María.

«Descendí al huerto de los nogales, para ver los frutos de los valles, y para mirar si había florecido la viña y si habían brotado las granadas (Cant. VI)».

Ciertamente la granada está cubierta por una corteza amarga, pero en sus granos se oculta una dulce suavidad. Hay algunos, sin embargo, que mientras sufren asiduamente la cruz de Cristo en el cuerpo por la amargura de la aflicción, son refrescados en la mente por la dulzura de la contemplación íntima. Brota, pues, la viña de las granadas del esposo, porque la santa Iglesia nunca cesa de parir a tales. De esta misma viña habla la esposa al esposo en los mismos Cánticos, diciendo: «Madruguemos para ir a la viña, veamos si ha florecido la viña, si las flores producen frutos, si han florecido las granadas (Cant. VII)». Aquel existió como vendimiador de esta viña, quien, prensado en el lagar de su pasión, nos abrió los sentidos místicos de la palabra divina, y nos dio a beber el vino de la gracia evangélica. De cuyo vino, evidentemente, se dice de nuevo al esposo con la voz de la esposa: «Tu garganta es como el mejor vino, digno de mi amado para beber (Ibid.)».

CAPÍTULO XXI.

En un sermón sobre san Marcos evangelista.

«No supe; mi alma me turbó por las cuadrigas de Aminadab (Cant. VI)». Es la voz de la Sinagoga que, viendo que se ha conferido tan grande gracia a la santa Iglesia, se duele de haber recibido la fe demasiado tarde, por el hecho de no haber reconocido la verdad del Evangelio. Pues se sabe que Aminadab fue tataranieto de Judá; el cual es contado en la genealogía del Señor con los padres.

Se interpreta, además, Aminadab como "espontáneo de mi pueblo"; y por ello no incongruentemente significa a Cristo, que fue espontáneo de su pueblo, porque, siendo Dios, espontáneamente se hizo hombre; pues quien no por necesidad, sino por sola bondad nos fundó, asimismo por su propia voluntad nos redimió. Por lo cual también Santiago dice: «Voluntariamente nos engendró por la palabra de verdad (Jac. I)». Espontáneo, pues, se hizo de su pueblo, porque a quien la depravación humana rechazó de sí, la sola voluntad de la gracia divina lo restituyó. Pero la cuadriga de Aminadab es el Evangelio de Cristo, compactado con la muy concordante diversidad de los cuatro evangelistas. Cuya cuadriga ciertamente Cristo como auriga dispone y recorre la cuadrifida máquina del mundo con agilísima celeridad de predicación, como se dice por el Salmista: «El que envía su palabra a la tierra, velozmente corre su palabra (Psal. CXLVII)». Viendo, pues, la Sinagoga que de repente estalla la gracia de la predicación evangélica y vuela ágilmente por todas las provincias del mundo, súbitamente turbada se queja de que ella sola sea abandonada en su perfidia, habiéndose convertido a la fe las gentes: «No supe, diciendo, me turbó mi alma por las cuadrigas de Aminadab».

CAPÍTULO XXII.

«Tu ombligo es un cráter torneado que nunca carece de copas (Cant. VII)». Pues el ombligo es la parte más frágil del cuerpo. ¿Qué se designa, pues, por el ombligo de la Iglesia, sino la asam-

blea de los enfermos y débiles? ¿Qué, en cambio, por el cráter, sino que entendemos el orden de los predicadores? Quienes ciertamente ofrecen a las mentes de los oyentes los vinos de la doctrina celestial y los embriagan con las copas de la santa predicación. El ombligo de la Iglesia, pues, se compara merecidamente al cráter, porque muchas veces cualquier débil e enfermo se convierte en vaso de la doctrina celestial, que no carece de copas, porque no cesa de estar regado por los flujos de la elocuencia celestial. Por lo cual bien se dice que este cráter es torneado; ya que con el torno se trabaja más fácilmente. Pues a menudo recorren la santa predicación más expeditamente y sin tropiezo aquellos que han recibido la gracia de la predicación no por su propio estudio, sino divinamente. Aquella victoria de Sansón figuró esta gracia de la predicación que se ha de conceder a los hombres sencillos, o a las santas mujeres, por la cual ciertamente, enfervorizado, arrebatando la quijada de un asno, mató a mil hombres filisteos.

CAPÍTULO XXIII.

«Los cabellos de tu cabeza, como la púrpura del rey unida a los canales (Cant. VII)». Así como por la cabeza entendemos la mente, así por los cabellos de la cabeza no inconvenientemente recibimos los pensamientos. Pues así como los cabellos salen de la cima [de la cabeza], así los pensamientos proceden de la mente. Pues el color purpúreo, porque tiene la apariencia de la sangre, ¿qué insinúa por misterio, sino la pasión

del Señor? Pero ¿qué significan los canales, sino las mentes de los santos? Pues así como en los canales se derrama la sangre de los moluscos, para que la lana se convierta en color purpúreo, así en las mentes de los santos se recuerda la sangre de la pasión del Señor con asidua meditación, y así de algún modo cualquier alma piadosa se tiñe de sangre, para imitar la púrpura del Rey eterno. De este modo ciertamente somos hechos conformes a nuestro Salvador, para que seamos también merecidamente después coherederos.

CAPÍTULO XXIV.

«¡Qué hermosa eres y qué decorosa, carísima, en delicias; tu estatura se ha asimilado a una palmera (Cant. VII)!»

Ciertamente la mente santa es llamada carísima en delicias, porque, mientras es afligida fuera, desgastada por las persecuciones, ardiendo en piadosos deseos se recrea con la dulzura de la suavidad íntima. Cuya estatura se dice semejante a la palmera, porque así como no se inclina por los soplos de los vicios que titilan, así tampoco por los terrores de cualesquiera persecuciones; y mientras la rabia de los que la persiguen la golpea, como con arietes de amenazas impactados, ella, apoyada constantemente en el fundamento de la fe invicta, verdaderamente en pie y sobresaliendo, persevera insuperable. De ninguna manera semejante a aquella a quien se dice por el profeta sobre los espíritus malignos: Porque «te humillaron y dijeron a tu alma: Inclínate para que pase (Isa. LI)»; sino más bien guardando aquello

que el Señor dijo a los hijos de Israel: «Yo soy el Señor Dios, que os arranqué de la prisión de los egipcios, para que caminarais rectos». Y puesto que la palma suele adornar la mano victoriosa, rectamente se presenta el alma santa e insuperable como semejante a la palmera, porque por todo el curso de su combate medita el premio de la victoria consumada, y por ello estima en nada todo lo que tolera en las cosas ínfimas, porque erguida como una palmera, espera firmemente aquello que contempla en las celestiales.

CAPÍTULO XXV.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«Dije», dice el esposo a la esposa: «Subiré a la palmera y aprehenderé sus frutos, y tus ubres serán como racimos de vid; tus olores como los de las manzanas; tu garganta como el mejor vino (Cant. VII)». Pues todos los elegidos son los frutos de la cruz. Subió, pues, el Señor a la palmera y aprehendió sus frutos, porque tan pronto como colgó en la cruz por nuestra salvación, atrajo a todos los elegidos hacia sí mismo por el deseo del amor. Y entonces la santa Iglesia, por las ubres de los dos Testamentos, comenzó a derramar los vinos de la alegría espiritual, y a inspirar el olor de la concupiscencia celestial en las narices de las mentes humanas; para que incitada a seguir, nuestra mente diga felicitándose a sí misma: «Atráeme en pos de ti, correremos al olor de tus ungüentos (Cant. I)».

CAPÍTULO XXVI.

«Bajo el manzano te desperté (Cant. VIII)». Cuando el esposo hubo dicho a su amada: «Bajo el manzano te desperté», añadió consecuentemente: «Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Ibíd.)»; como si dijera: Porque yo te amé tanto que por la muerte de la cruz te desperté de la muerte, ámame tú también a cambio, y ponme en tu interior como un sello de amor íntegro y perfecto, no solo en tus pensamientos sino también en tus obras. Pues debemos tomar el manzano como la cruz del Señor; con el cual árbol compara a Cristo mismo en otro lugar, diciendo: «Como el manzano entre los árboles de los bosques, así es mi amado entre los hijos (Cant. II)». Por lo tanto, el manzano es la cruz de Cristo, por la cual fue despertada el alma, a saber, absoluta de los vínculos de la muerte eterna. «Ponme», dice, «como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant. VIII)». 246 ¿Qué debemos entender por el corazón, sino el pensamiento? ¿Qué por el brazo, sino la fortaleza de la obra? Por lo tanto, debemos imprimir a Cristo como un sello en nuestro corazón, para que ninguna irrupción hostil pueda violarlo. También debemos esculpir a Cristo en nuestras obras, para que, por todo lo que hacemos, nos demostremos discípulos del Maestro crucificado.

CAPÍTULO XXVII.

En la epístola a Blanca, y en el sermón sobre san Casiano.

«Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant. VIII)». A menudo, para recordar algo que no queremos entregar al olvido, atamos alguna señal en nuestro dedo o en nuestro brazo, para que, mientras la señal se observa con frecuencia, aquello que el olvido podría haber interrumpido, se mantenga continuamente en la memoria. Ahora bien, quienquiera que ama a Cristo, por así decir, pero disimula el obrar el bien, ya de algún modo ha puesto al esposo como un sello sobre el corazón. Pero quienquiera que parece atento a las buenas obras, pero yace frío y torpe ante el incendio del amor divino, ya este ha puesto la imagen de la santidad sobre el brazo, pero aún no ha impreso el sello de Cristo en el corazón. Para que, pues, el alma santa sea marcada con el carácter de Cristo en ambas partes, póngalo como sello en su corazón, para que se encienda hasta la médula con las teas de su amor. Póngalo también consecuentemente en el brazo, para que insista valientemente en las obras piadosas. Pablo había puesto a Jesús como sello en su cuerpo como si fuera en su brazo, cuando decía: «Yo llevo los estigmas de Jesús en mi cuerpo (Gál. VI)». Había puesto el sello sobre el corazón, cuando en otro lugar decía congratulándose: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (Ibíd.)». Ciertamente, de aquel cuyos estigmas llevaba expresados en el cuerpo, se gloriaba de tener su sello en la mente. Por lo demás, también el mismo Esposo celestial pone a cada

uno de sus elegidos como sello para sí y, en un grato intercambio, como para que no se borren de la memoria, los atiende: según lo que se promete a Zorobabel, duque de Judea, diciendo: «En aquel día te tomaré, Zorobabel siervo mío, y te pondré como un sello en mi presencia (Ageo II)». Y por el contrario, sobre cierto rey réprobo dice el Señor: «Si Jeconías fuera un anillo en mi mano derecha, de allí lo arrancaría (Jer. XXII)».

Terminan los testimonios del Cantar de los cantares.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA.

1. Que es benigno el espíritu de la sabiduría.

2. Mientras todas las cosas mantenían un silencio medio.

Terminan los capítulos.

247 COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA.

*CAPÍTULO PRIMERO. En el libro *Gratissimus*.*

«Porque benigno es el Espíritu de la sabiduría, y no librará al maldito (*maledictum*) de sus labios (Sab. I)». Pues el Espíritu Santo es llamado convenientemente benigno, porque retribuye bienes a quienes merecen males, e imparte el don de su gracia a los dignos de suplicio. ¿Quién debe ser entendido en este lugar por el nombre de «maldito», sino nuestro Redentor, quien, para soltarnos del vínculo de la maldición, no rechazó someterse él mismo a las maldiciones? De donde

también dice Pablo: «Cristo», dice, «nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición; porque escrito está: Maldito todo el que cuelga en un madero (Gál. III), para que en los gentiles la bendición de Abraham se hiciera en Cristo Jesús, para que recibamos la promesa del Espíritu por la fe (Deut. XXI)». Por lo tanto, el benigno Espíritu Santo no libró al maldito de sus labios, porque cumplió eficazmente en el tiempo congruo, por la exhibición de las obras, todos los suplicios de la pasión y muerte del Señor, que antes había predicho sobre Cristo por las bocas de los profetas. Pues entonces de algún modo lo libraría de sus labios, si no hubiera cumplido por el orden de las cosas lo que enunciaba sobre él por los oráculos proféticos. Donde debe notarse cuán profunda y cuán místicamente concuerda a la vez la sentencia de ambos doctores. Pues lo que uno dijo, que el Espíritu no librará al maldito de sus labios, es lo mismo que el otro aseveró: para que recibamos la promesa del Espíritu por la fe; y para mostrar el hombre sabio de qué maldito hablaba, añadió inmediatamente a la sentencia premisa: «Porque de sus riñones es testigo Dios, y de su corazón es escrutador verdadero, y de su lengua es oyente (Sab. I)». Pues porque la unidad del Padre y del Hijo es inseparable y coesencial, el Padre es aseverado con derecho como testigo de los riñones del Hijo y escrutador de su corazón, cuya virtud y sabiduría ciertamente es el Hijo mismo, creído diferente de él por ninguna desigualdad, y probado separado por ninguna adjunción. También es oyente de su lengua, como

él mismo testifica: «Padre», dice, «te doy gracias porque me has oído, y yo sabía que siempre me oyes (Juan XI)». Por lo tanto, por esto el espíritu no librará al maldito de sus labios, porque Dios es testigo y escrutador de su corazón y oyente de su lengua. Como si dijera patentemente: Por eso el Hijo de Dios sufrió los suplicios de la pasión, porque el mismo Hijo, que tiene con el Padre y con el mismo 248 Espíritu Santo una sola voluntad y una sola providencia, decretó que eso se hiciera por la salvación del género humano. De quien ciertamente el Apóstol dice: «Quien me amó», dice, «y se entregó a sí mismo por mí (Gál. II)».

CAPÍTULO II.

En el sermón segundo sobre san Bartolomé apóstol.

«Mientras todas las cosas mantenían un silencio medio, y la noche en su curso tenía el medio camino, tu palabra omnipotente, Señor, vino del cielo desde las sedes reales (Sab. XVIII)». Ciertamente, en el advenimiento del Señor, todas las cosas contenían un silencio medio, porque ya los profetas habían cesado, y todavía los apóstoles no venían a predicar la gracia de la nueva fe. Claramente el mundo consistía en cierto punto medio, mientras ya no restaban los oráculos de los profetas y todavía no relampagueaba la predicación apostólica. ¿Quién se entiende aquí por la «noche», sino el diablo, que es el autor de las tinieblas? El cual ciertamente camina de algún modo cuando no puede fácilmente cumplir lo que desea; pero entonces corre, cuando perfec-

ciona los votos de su malicia sin ningún obstáculo de contradicción, y ya no mantiene el margen del camino, sino el medio camino, mientras ve que nada le sale al paso que pueda retardar el ímpetu de su curso. Así pues, cuando bajo tan nocivo silencio el mundo callaba, y esta ocasión para perder a los hombres llamaba al diablo, él no solo tenía el medio camino, sino que también corría, porque cumplía eficazmente cualquier maldad que hubiera concebido en su mente. Pues ya el imperio romano lo ocupaba todo, y era necesario que aquellos que hasta entonces habían mantenido la ley de Dios al menos de algún modo, estuvieran ya sometidos a las leyes de los paganos. Bajo este silencio del mundo perecedero, pues, la palabra del Señor vino desde las sedes reales, porque de los pechos apostólicos, que son verdaderamente sedes del Rey eterno, brotó la palabra de la predicación evangélica. Pues ellos mismos son las sedes reales que Dios habita, ellos mismos son reyes y Padres de la Iglesia, como se dice: «Toda su gloria de la hija de los reyes está desde dentro (Sal. XLIV)». Estos mismos reyes, armed con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efés. VI), derrotaron al príncipe del mundo. De cuya espada de los apóstoles ciertamente se lee: «Duro vencedor saltó en medio de la tierra del exterminio, espada aguda llevando tu imperio fingido, y estando de pie llenó todo de muerte, y llegaba hasta el cielo estando en la tierra (Sab. XVIII)».

Terminan los testimonios del libro de la Sabiduría.

COMIENZA EL CAPÍTULO DEL LIBRO DEL ECLESIASTICO.

CAPÍTULO ÚNICO. En el sermón segundo sobre san Mateo, apóstol y evangelista.

«Moisés mandó una ley en los preceptos de las justicias, y una herencia a la casa de Jacob y las promesas a Israel (Ecli. XXIV)». Pero para que no nos detengamos más en estas palabras, esta ley, que se llama herencia de la promesa, es el santo Evangelio, que ciertamente fue prometido a los antiguos Padres, pero que a nosotros nos fue conferido por derecho hereditario al venir Cristo; donde pronto se añade: «Dispuso para David su siervo suscitar de él un rey fortísimo, sentado en el trono de honor por los siglos. El cual llena la sabiduría como el Fisón (Phison), y como el Tigris en los días de los frutos nuevos; el cual colma el sentido como el Éufrates; el cual multiplica como el Jordán en el tiempo de la cosecha; el cual envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Gihón (Geon) en el día de la vendimia (Ibíd.)». Estas cosas, pues, hermanos míos, fueron dichas tan lúcida y tan abiertamente sobre Cristo y los santos evangelistas que no necesitan ser expuestas para darlas a entender, sino que mientras oís el nombre de la vendimia en las palabras santas y místicas, vosotros que por la ocasión del tiempo tenéis entre manos las vendimias terrenas, vuestra prudencia debe recurrir de lo exterior a lo interior, y pensar en la santa vendimia espiritual. Pues dice al final de la sentencia: «El cual envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Gihón

(Geon) en el día de la vendimia (Ibíd.)». ¿Quién es aquel que envía la disciplina como la luz, sino aquel que, tras el rostro velado de Moisés, estando el mundo poseído por las tinieblas, infundió la radiante claridad de su Evangelio? Asiste, pues, como el Gihón, de quien también se dice por el Profeta: «El Señor Dios nuestro es un río que salta más gloriosamente en tierra sedienta (Ibíd.)». ¿Y cuál es la viña a la que asiste como el Gihón, y no cesa de regar con los humores de su predicación, sino aquella de la que se dice por el Profeta: «La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel»? (Isa. V). El Señor trasladó esta viña desde el Egipto de la antigua ley, y la introdujo en la tierra del Evangelio, que mana leche y miel.

Terminan los testimonios del libro del Eclesiástico.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE ISAÍAS PROFETA.

1. Sobre lo que se dice: Y fundirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces.

2. Que el día del Señor es sobre todo soberbio.

3. Que los serafines, teniendo seis alas, volaban ante el rostro de Dios.

4. Los ladrillos cayeron, pero edificaremos con piedras cuadradas.

5. Pondré sobre los que fueron de Moab un león. Envía, Señor, al Cordero, dominador de la tierra, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión.

6. Que la visión de todos será como las palabras de un libro sellado.

7. Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque di aguas en el desierto.

8. Por la maldad de mi pueblo lo herí, y dará al impío por sepultura y al rico por su muerte.

9. ¿Quién es este que viene de Edom con las vestiduras teñidas de Bosra?

10. ¿Acaso yo, que hago parir a otros, no pariré yo mismo, dice el Señor?

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS.

CAPÍTULO I.

«Y fundirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces (Isa. II)». Ciertamente, para los impacientes las correcciones son como espadas, pero si quieren que estas espadas se conviertan en hoces, los matorrales hirsutos de sus vicios, con los que están erizados, se mudan en cosechas. Por lo cual el profeta, habiendo dicho antes de nuestro Salvador «porque juzgará a las naciones y reprenderá a muchos pueblos», añadió inmediatamente: «Y fundirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces (Ibíd.)». Ciertamente, es un orden congruente, mientras primero el pecador es reprendido, y luego tanto las espadas se funden en rejas como las lanzas en hoces. Pues mientras alguien impaciente se hace más manso por la disciplina, como un campo llano es surcado por el cuchillo de la reprensión, luego es rociado con la dulce semilla de la santa predicación, y así finalmente es vestido con el fruto fecundo de las

buenas obras; para este, por tanto, las espadas se han hecho rejas y las lanzas se convierten en hoces. Porque el que antes reputaba el ser reprendido como ser golpeado como por una espada, ahora también sostiene de buena gana la reja de la sagrada doctrina, para dar frutos, y espera la hoz de la cosecha celestial, para llenar el almacén del granero celestial.

CAPÍTULO II.

En la carta a Blanca.

«El día del Señor es sobre todo soberbio y excelso, sobre todo arrogante y será humillado, y sobre todos los cedros del Líbano sublimes y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán, y sobre todos los montes excelsos, y sobre todos los collados elevados, y sobre toda torre excelsa, y sobre todo muro fortificado, y sobre todas las naves de Tarsis y sobre todo lo que es hermoso a la vista (Isa. II)». Se dice que el día del juicio divino es inminente a partir de cosas insensibles, pero a través de las figuras de cosas que carecen de razón, se entiende la estolidez de los hombres réprobos. Ciertamente los cedros del Líbano sublimes y erguidos son los poderosos de este siglo, elevados por la excelencia de la sublimidad terrena, pero infecundos en los frutos de las buenas obras. Pero las encinas ciertamente producen frutos, aunque no aquellos con los que el hombre se refresca, sino de los que se alimentan los puercos. Los puercos, pues, han de ser entendidos como los espíritus inmundos, que se ceban con

la inmundicia de los hombres sórdidos. Por lo demás, los montes excelsos y los collados elevados son todos los soberbios, extendidos hacia lo alto como por un montón de hinchado pensamiento, pero ajenos al trigo con el que los valles abundan (Sal. LXIV), y a todos los frutos de los estudios espirituales. Ya en verdad la torre excelsa y el muro fortificado insinúan a aquellos que, siendo pecadores, se constituyen en cierta fortaleza de inocencia, por así decirlo, y cubriéndose con el escudo de la defensa no permiten que los dardos de sus reprendedores lleguen hasta ellos. Pero Tarsis se llama «exploración de gozo»; pues quienquiera que en este siglo explora de dónde pueda gozar, sobre este el día del Señor que sobreviene inflige las molestias del pesar y la tristeza, por las que perpetuamente se amargue. Viene también el día del Señor, no sobre todo lo que es hermoso, sino sobre todo lo que es hermoso a la vista, porque en el día del juicio divino es oprimido por el peso quien ciertamente por dentro es confundido por la deformidad de los vicios que atacan latente; pero por fuera es paliado por cierta belleza de virtud sombreada, o más bien de honestidad.

CAPÍTULO III.

A Olderico, obispo de Fermo.

Cualquier mente humana que florece apoyada en un sano consejo, si se inquiere a sí misma sutil y solícitamente, apenas encuentra en sí por sus propias facultades de dónde pueda merecidamente esperar elogio. Ciertamente la condición

mortal, por todas partes coartada y constreñida, ¿qué sabe de donde pueda ser ensalzada? Pues, ¿quién sabe qué hubo en la eternidad antes de que Dios fundara este mundo? Pero aunque ignore qué hubo antes del principio del mundo, tal vez sepa qué será después de su término; a saber, si los astros servirán más allá en el ministerio de su curso, y si, tras las cosas que son ahora, sucederán de nuevo otros elementos. Por lo cual también describe que aquellos serafines que el profeta Isaías vio estar en la presencia del Señor tenían seis alas: «Con dos —dice— velaban el rostro, y con dos velaban los pies, y con dos volaban (Isa. VI)». Velaban, además, el rostro y los pies, no los suyos, sino ciertamente los de Dios. ¿Y qué ha de entenderse por el rostro de Dios, sino el principio del mundo? ¿Qué por los pies, sino el fin del mismo mundo? De las alas de los serafines, pues, son más las que velan y pocas las que vuelan, porque de la alteza de las obras divinas, aunque muy pocas se permiten volar a nuestra noticia, muchísimas se guardan ocultas en los tesoros de los secretos celestiales. Pues que ignoremos fundadamente qué hubo antes del principio del mundo y qué será ya después de la consumación, el mismo Isaías lo atestigua: «Anunciadme —dice— las cosas anteriores y las novísimas que han de venir, y diré que sois dioses (Isa. XLI)». De las cosas medias, en cambio, conocemos pocas de algún modo, las cuales se nos abren por el testimonio de las Escrituras. Por lo demás, incluso en estas mismas cosas cuánta penuria de noticia padecemos, el que fue sapientísimo entre los

hombres no se avergonzó de confesarlo. Pues dice Salomón: «Hay justos y sabios, cuyas obras están en la mano del Señor; y sin embargo el hombre no sabe si es digno de amor o de odio, sino que todo se guarda incierto para el futuro (Ecli. IX)». Donde ha de notarse que, diciendo que son justos y sabios, quienes ciertamente debieron haber conocido más sutilmente, afirma que también ellos ignoran las cosas que han de venir.

CAPÍTULO IV.

En la carta a Hermisindis, que el edificio de la soberbia humana pronto se destruye.

Quienes, despreciada la estructura de la conversación y la concupiscencia terrena, construyen la fábrica de un edificio espiritual, estos convierten los ladrillos en piedra, por así decirlo; y no en la arena de la esperanza mundana, sino en la piedra de la fe, que es Cristo, constituyen atrios que nunca caerán. Por lo cual se dice por Isaías: «Los ladrillos cayeron, pero edificaremos con piedras cuadradas; los sicómoros cortaron, pero los cambiaremos por cedros (Isa. IX)». Ciertamente, con ladrillos candentes y piedras cuadradas edifica quienquiera que castiga la lascivia de los vicios y los placeres con el rigor de una vida más estricta, quien vence la ley de la carne con la ley del espíritu, quien cambia la fortaleza del cuerpo por la virtud del ánimo. Por lo cual de nuevo se dice por Isaías: «Los que confían en el Señor cambiarán su fortaleza (Isa. XL)». Pues habiendo dicho no que asumirán, sino que cambiarán, patentemente se

dio a conocer que una es la fortaleza que se depone, y otra la que nuevamente se inicia. De aquí se dice a los elegidos por el Salmista: «Obrad varonilmente y confórtese vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor (Sal. XXX)». De aquí dice Salomón: «He aquí que sesenta fuertes rodean el lecho de Salomón de entre los más fuertes de Israel (Cant. III)».

CAPÍTULO V.

En el libro contra los judíos.

Isaías dando testimonio de Cristo: «Pondré —dice— sobre los que fueron de Moab un león, y sobre los restos de la tierra. Envía, Señor, al Cordero, dominador de la tierra de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión (Isa. XV, XVI)». Pues de esta nación de los moabitas salió el Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo, que domina en el orbe de las tierras. Pues el que es llamado león por su fortaleza, el mismo es afirmado cordero por su mansedumbre. Pero por «piedra del desierto» se entiende a Rut, la cual, desierta por la muerte de su primer esposo, engendró a Obed de Booz (Mat. I); de cuya estirpe descendió Cristo.

CAPÍTULO VI.

En el sermón sobre san Lucas evangelista.

«Y será para vosotros la visión de todos como las palabras de un libro sellado, el cual, cuando lo entreguen al que sabe letras, le dirán: Lee este;

y él responde: No puedo, pues está sellado (Isa. XXIX)». Pues, ¿qué es aquel libro sellado, sino el santo Evangelio envuelto en sentencias místicas y alejado lejos de la inteligencia de la mente humana por cierta profundidad secreta? Este es ciertamente aquel libro del que dice Juan: «Vi en la diestra del que estaba sentado sobre el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos (Apoc. V)». ¿Y cuáles son los sellos con los que se dice que el libro evangélico está sellado, sino aquellos siete sacramentos con los que ciertamente se cumple todo el orden de la dispensación del Señor, a saber, la encarnación del Señor, el nacimiento, la pasión, la resurrección, la ascensión a los cielos, luego el juicio, finalmente el reino? Con estos sellos, pues, el libro evangélico estaba de tal modo sellado que, si Cristo no lo hubiera abierto, no podría en absoluto estar patente para nadie. Por lo cual se añade: «He aquí que el león de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y soltar sus siete sellos (Ibíd.)».

CAPÍTULO VII.

En la misma carta.

«Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque di aguas en el desierto, ríos en lo inviable; para dar de beber a mi pueblo, a mi elegido (Isa. XLIII)». Pues, ¿qué designa la bestia del campo, sino la gentilidad, ciertamente carente de razón? ¿Qué se figura por los dragones, sino los maliciosos? ¿Y qué en verdad

por los avestruces, que tienen plumas pero no pueden volar, sino los hipócritas? Estas bestias, pues, glorifican a Dios, mientras Cristo propina las palabras del exuberante Evangelio al pueblo gentil, que estaba desierto e inviable. Así pues, la copa (scyphus) de la predicación evangélica fue dada a Pablo en Benjamín, para que él mismo cultive especialmente el desierto de la gentilidad y empape su aridez con la copiosa lluvia de la santa predicación. De cuya lluvia ciertamente está escrito: «El cual cubre el cielo con nubes y prepara la lluvia para la tierra (Sal. CXLVI)».

CAPÍTULO VIII.

En la carta al cardenal Alberico, sobre diez cuestiones.

Aquello también de Isaías, que pides que se te exponga: «Por la maldad de mi pueblo lo herí, y dará al impío por sepultura y al rico por su muerte (Isa. LII)»; según nos parece es tal como esto: El Padre omnipotente hirió al Hijo por los pecados de su pueblo, porque dispuso que él, para borrar nuestros pecados, se sometiera al patíbulo de la cruz. Pues para esto fue entregado el Hijo por el Padre, para que el siervo se hiciera libre, como dice el Apóstol: «El cual no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII)». Para esto el inocente fue herido con llagas, para que el pecador exulte sanado por el cardenal de sus llagas. Como se dice por el mismo Isaías: «Él fue herido por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros pecados, por cuyo cardenal fuimos sanados (Isa. LIII)». Pero nuestro

Redentor se dignó padecer por dos pueblos, a saber, el gentil y el judío, de los cuales uno era merecidamente llamado impío, el otro rico. Y el pueblo gentil ciertamente era impío; porque, sirviendo a los ídolos, ignoraba la piedad del culto divino. Esta piedad se dice en griego theosebeian (θεοσέβειαν). El pueblo judío, en cambio, había destacado como rico, porque mientras recibió los sábados, la circuncisión, los novilunios y todas las ceremonias de la ley divina, abundó como con copiosas riquezas del tesoro celestial. De cuyas riquezas el ya convertido Pablo exultaba que los corintios abundaran, cuando decía: «Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros en la gracia de Dios, que os ha sido dada en Cristo Jesús, porque en todas las cosas habéis sido hechos ricos en él, en toda palabra y en toda ciencia, de tal modo que nada os falte en ninguna gracia (I Cor. I)». Nuestro Salvador, pues, por la muerte que en sí recibió, devolvió al Padre dos pueblos resucitados de la muerte: el gentil, a saber, que en otro tiempo servía impíamente a los demonios, y el judío, el cual, aunque retenía la letra que mata e ignoraba el espíritu que vivifica, poseía sin embargo las riquezas de la ley divina.

CAPÍTULO IX.

En la homilía sobre la natividad de la bienaventurada virgen María.

«¿Quién es este que viene de Edom, con las vestiduras teñidas de Bosra?» Y poco después: «¿Por qué, pues, está rojo tu vestido, y tus vesti-

duras como las de los que pisan en el lagar?» (Isa. LXIII). Ciertamente el vestido de Cristo no es otra cosa que el cuerpo que tomó de la Señora y virgen María. Y sin embargo no es una cosa su vestidura y otra él mismo. Pues también nuestra carne se llama vestidura, pero no obstante nosotros mismos somos la carne con que nos vestimos. De cuya vestidura se dice por Juan: «Tenía en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. XIX)». Pues por el muslo se hace la propagación de la carne. El que, pues, vino ahora al mundo por la descendencia del género humano de la Virgen, e indicó por el misterio de su encarnación a todas las naciones quién era como Rey y Señor, tuvo escrito en su vestidura y en su muslo: «Rey de reyes y Señor de señores». Pues donde se dio a conocer al mundo, allí inscribió el conocimiento de su majestad. Este vestido, además, apareció rojo al profeta, porque nuestro Redentor derramó su propia sangre por nuestra redención. Al cual él mismo respondió: «El lagar lo pisé yo solo y de las naciones no hay varón conmigo» (Isa. LXIII). Pues él solo pisó el lagar en el que fue pisado, porque con su propia potencia venció aquella pasión que sostuvo. Pues el que soportó el patíbulo de la cruz hasta la muerte, de la misma muerte resucitó con gloria. Bien se dice, además: «Y de las naciones no hay varón conmigo (Ibíd.)»; porque aquellos por quienes había venido a padecer debían ser partícipes de su pasión; el cual, por el hecho de que aún no habían creído, se queja en la resurrección de aquellos cuya vida se buscaba en su muerte.

CAPÍTULO X.

En la carta a Cuniberto, obispo de Turín, sobre la incontinencia de los clérigos.

Ciertamente, en los pastores se juzga con razón que es inútil la castidad que se exhibe tan estéril que no pare otra castidad, especialmente cuando el mismo Dios omnipotente dice por Isaías: «¿Acaso yo, que hago parir a otros, no pariré yo mismo, dice el Señor?» (Isa. LXVI). Donde ha de notarse que diciendo «hago parir a otros», no «otras cosas», espera más bien los fetos de los varones y de los pastores de la Iglesia. El mal pastor, en cambio, puede cantar gimiendo con el mismo profeta: «No estuve de parto, y no parí, y no crié jóvenes, ni llevé a su crecimiento a las vírgenes (Isa. XXIII)».

Terminan los testimonios de Isaías.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DE JEREMÍAS.

1. De la matanza con que el Señor amenaza a Jerusalén, porque lo abandonaron.

2. Mandó el Señor a Jeremías que vaya al Éufrates y esconda allí, en un agujero de la piedra, el lumbare con que estaba ceñido.

3. Sobre lo que se dice: Que la perdiz abrigó lo que no parió: hizo riquezas, y no con juicio, en medio de sus días las dejará.

4. Que el Señor dice por Jeremías: ¿Acaso mis palabras no son como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra?

5. Que el Señor intenta contra los habitantes de Jerusalén la espada, el hambre y la peste: porque no escucharon a los profetas que les había enviado.

6. Que mientras Jeremías es sacado del pozo al que había sido arrojado, le bajan cuerdas y trapos viejos.

7. Maldito el que prohíbe su espada de la sangre.

8. Me embriagó con ajenjo.

9. De la boca del Altísimo no han salido ni bienes ni males.

10. Los hijos de Agar, que buscaron la prudencia que es de la tierra, el camino de la sabiduría.

Terminan los capítulos de Jeremías.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta a P. el arcipreste, donde habla del egreso del alma del cuerpo.

«He aquí que yo convocaré a todas las familias de los reinos del norte, dice el Señor; y vendrán, y pondrá cada uno su solio en la entrada de las puertas de Jerusalén, y sobre todos sus muros en derredor, y sobre todas las ciudades de Judá; y hablaré mis juicios con ellos sobre toda la malicia de los que me abandonaron (Jer. I)».

Ciertamente estas palabras, si no miraran a otros fuera de aquellos ciudadanos de la Jerusalén terrenal, de ninguna manera resonarían hoy en la santa Iglesia.

¿Qué son, pues, aquellas familias de los reinos del norte, sino las multitudes de los espíritus ma-

lignos, que reinan soberbiamente en las mentes tan frías?

Cada uno de estos pone su solio en la entrada de las puertas de Jerusalén, cuando custodian al alma infeliz que sale del cuerpo, con un asedio puesto alrededor para que no salga libre, a fin de arrastrarla ahora consigo al suplicio del fuego, en cuya mente antes fría reinaban.

¡Oh, cuán luctuosa, cuán lúgubre es aquella tardía e infructuosa penitencia, cuando el alma pecadora, empezando ya a ser absuelta de la cárcel de la carne en que se mantenía encerrada, mira tras de sí, dirige los ojos ante sí!

Ve tras de sí como el estadio estrechísimo y brevísimo de la vida mortal recorrido; ve ante sí la longitud de siglos interminables.

Pondera que lo que vivió voló como un momento de tiempo; contempla la infinita prolijidad de tiempos que amenaza y que comienza.

Pues aquello que es brevísimo transcurre como en un punto; pero a este camino en que ahora ingresa no le sale al encuentro fin alguno.

2. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata del lumbare de Jeremías.

«El Señor me envió a profetizar contra esta casa y contra esta ciudad todas las palabras que habéis oído. Ahora pues haced buenos vuestros caminos y vuestros estudios, y escuchad la voz del Señor vuestro Dios; y el Señor se arrepentirá del mal que ha hablado contra vosotros (Jer. XXVI)».

Hay algunos que, mientras se mudan por la penitencia y se convierten a Dios de todo cora-

zón, desesperando del crimen de la impiedad perpetrada, temen levantarse a la esperanza del perdón: a estos pues dice el Señor por el profeta: «Y el Señor se arrepentirá del mal que ha hablado contra vosotros».

Es decir, mientras vosotros os apartáis del camino de vuestra iniquidad, yo inmediatamente descansaré de la severidad de mi venganza; y mientras vosotros os mudáis de los males pasados por la penitencia, yo también mudaré misericordiosamente la sentencia que había proferido contra vosotros.

Por lo cual también está escrito: «Quien derrame la sangre del hombre, su sangre será derramada (Gén. IX)».

Y sin embargo no solo cualquiera del pueblo, sino incluso el mismo David, tras el homicidio y tras el adulterio, de ninguna manera es muerto, sino que es reparado al culmen del reino por la gracia sobrevenida.

¿Por qué pues se dice: «Quien derrame la sangre del hombre, su sangre será derramada», sino porque mientras el mismo hombre, tras el crimen perpetrado, se derrama ante Dios por una digna penitencia, es decir, se humilla, en él se cumple entonces saludablemente la sentencia sobre el derramamiento de la sangre?

Pues la sangre se derrama entonces por la sangre cuando, por la depravada delectación de la carne, brotan lágrimas de amarga penitencia, y de aquel mismo hombre de donde antes brotaba el vicio, emana ahora una fuente de misericordia y de piedad.

Lo que pues el Señor promete por Jeremías, a saber, que se arrepienta del mal que ha hablado, aparece pronto evidentemente hecho en los ninivitas.

Dice pues por Jonás: «Aún cuarenta días, y Nínive será subvertida (Jon. III)».

Y habiéndose ellos entregado a llantos y ayunos, pronto se añade: «Vio Dios las obras de ellos, que se convirtieron de su camino malo: y se compadeció Dios sobre la malicia que había hablado que les haría, y no la hizo».

¡Oh inefable mansedumbre de la piedad suprema! ¡Oh inestimable indulgencia del divino Creador hacia el género humano!

Nínive ciertamente es subvertida, y sin embargo no es borrada: es subvertida, digo, mientras se muda; y de lo que era mal, pronto se muda íntegramente a lo que es bien.

¿Por qué pues se dice que Nínive ha de ser subvertida, sino porque lo que había en ella debía perecer, para que lo que debía ser surgiera pronto saludablemente en ella?

Pues así entonces cualquier hombre es subvertido cuando es mudado del vicio a la virtud, de la malicia a la inocencia, o de la perfidia a la fe.

Pues también el mismo Saulo fue entonces saludablemente subvertido en el camino, cuando por la luz que resplandeció desde el cielo, persiguiendo inicuamente, fue derribado: pues entonces de Saulo fue hecho Pablo, cuando en él lo que soberbiamente se había hinchado pronto se extinguió, y en él lo que era devoto y sumiso se encendió.

CAPÍTULO II.

En la carta al obispo Alejandro, donde se trata del lumbare de Jeremías.

«Me dijo el Señor: Ve y procúrate un lumbare de lino, y ponlo sobre tus lomos, y no lo metas en agua. Y me procuré el lumbare según la palabra del Señor, y lo puse alrededor de mis lomos. Y vino a mí la palabra del Señor por segunda vez, diciendo: Toma el lumbare que te procuraste, que está alrededor de tus lomos, y levantándote ve al Éufrates, y escóndelo allí en un agujero de la peña. Y fui y lo escondí en el Éufrates, como me había mandado el Señor. Y sucedió que después de muchos días me dijo el Señor: Levántate, ve al Éufrates, y toma de allí el lumbare que te mandé que escondieras allí. Y fui al Éufrates, y cavé, y saqué el lumbare del lugar donde lo había escondido: y he aquí que el lumbare se había podrido, de modo que no era apto para uso alguno (Jer. XIII)».

¿Qué otra cosa se designa por este lumbare, sino el pueblo judío, que es entonces abiertamente ceñido por los lomos del Dios omnipotente cuando es constreñido por los mandatos de sus preceptos? Este lumbare pues es llevado al Éufrates y escondido en un agujero de la peña, porque aquel pueblo es conducido a la cautividad de Babilonia; y mientras allí permanece largo tiempo, se pudre por la hinchazón del orgullo arrogante: y así es reducido al antiguo lugar de Jerusalén, de modo que pronto se ve que no es apto para uso alguno del culto divino.

Pues también se manda que este lumbare sea de lino, porque en el lino nacido de la tierra se muestra que está presente el candor de la blanca castidad: el cual lumbare ciertamente se dice que no debe ser metido en agua, porque ciertamente aquel pueblo, que por la castidad debía haber estado limpio, de ninguna manera es limpiado del fango de su iniquidad por la gracia del bautismo. Y porque esa misma castidad carnal se pudrió entonces en él, cuando después de muchos días es conducido al Éufrates, es decir, a Babilonia: dignamente se sostiene después que no es apto para uso alguno, porque mientras aquel pueblo es reducido a su tierra pronto en el fin de los siglos, y es hallado culpable en la muerte de su Creador, ya de ninguna manera es aprobado como hábil para los divinos servicios.

3. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata de la perdiz.

«Como la perdiz abrigó lo que no parió, hizo riquezas, y no con juicio: en la mitad de sus días las dejará, y en su postrimería será un necio (Jer. XVII)».

4. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata del fuego y del martillo.

«¿Acaso no son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra? (Jer. XXIII)».

Ciertamente la palabra del Señor se sostiene que es como fuego porque, tan pronto como toca lo íntimo del corazón, lo purga de los deseos depravados y lo inflama con el amor divino.

Y se dice también que es como martillo que quebranta la piedra porque ciertamente los corazones de piedra, que no se doblan por los preceptos divinos, pronto los divide en lágrimas con las palabras de su corrección, y rompe hacia la compunción del arrepentimiento a los que endurecidamente se ponen rígidos.

De aquí es pues lo que se dice por el mismo profeta: «Sabe y ve que es malo y amargo el haber tú abandonado al Señor tu Dios (Jer. II)».

Es pues fuego mientras se apresura a quemar los vicios; pero martillo mientras golpeando abate la obstinación del corazón.

Y porque estos que descuidan encenderse por el fuego del amor divino, o desprecian quebrantarse bajo su martillo, son destinados pronto al incendio del fuego eterno, y son heridos pronto por martillos sempiternos: dignamente se añade pronto: «Por eso, he aquí que yo contra los profetas, dice el Señor, que hurtan mis palabras cada uno de su prójimo. He aquí que yo contra los profetas, dice el Señor, que asumen sus lenguas y dicen: El Señor dice. He aquí que yo contra los profetas que sueñan mentira, dice el Señor, que las contaron y sedujeron a mi pueblo en su mentira y en sus milagros (Jer. XXIII)».

5. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata de la espada y del hambre.

«Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo enviaré sobre ellos la espada, el hambre y la peste; y los pondré como higos malos, que no pueden comerse por su amargura. Y los perseguiré con la espada, con el hambre y con la peste: y

los daré en vejación a todos los reinos de la tierra, en maldición, en estupor, en silbido y en oprobio a todas las gentes a las cuales yo los arrojé (Jer. XXIX)».

¿Qué se designa en este lugar por la espada, el hambre y la peste, sino estas tres cosas, es decir, la guerra, la inedia y la mortalidad? Con cuyos males ciertamente es golpeado dignamente aquel pueblo que abandonó a su Creador por la depravación de una obra inicua. Pues padece la espada mientras es aniquilado por los enemigos; sostiene el hambre mientras es privado del pasto de la palabra espiritual; es también herido por la peste mientras pronto se corrompe por el hedor de la mala costumbre.

Y porque aquel pueblo, que por la fe debía haber sido dulce, se ha vuelto amargo por la iniquidad de la perfidia: dignamente se añade pronto: «Y los pondré como higos malos, que no pueden comerse por su amargura». Ciertamente higos buenos son estos que se endulzan en el sabor de la dilección divina; pero higos malos, los que por la iniquidad de la perfidia pronto se amargan de tal modo que en los banquetes de la refacción divina ya de ninguna manera pueden ser tomados por su amargura.

6. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata del pozo de Jeremías.

«Y bajaron cuerdas a Jeremías, y trapos viejos, y levantándolo lo sacaron del pozo (Jer. XXXVIII)».

¿Qué se designa en este lugar por el pozo, sino la vorágine de este siglo o la profundidad de la mi-

seria humana? En la cual ciertamente aquel pueblo fue arrojado, cuando por su malicia mereció ser alejado de la gracia del Dios omnipotente. Las cuerdas pues y los trapos viejos son los mandatos de la ley y los ejemplos de los antiguos Padres, con los cuales aquel pueblo es entonces sacado del profundo de la miseria humana, cuando tras el advenimiento del Salvador es revocado a la patria celestial por la gracia de la restauración.

7. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata de la prohibición de la espada.

«Maldito el que prohíbe su espada de la sangre (Jer. XLVIII)».

8. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata de la embriaguez de Jeremías.

«Me embriagó con ajenjo (Lam. III)».

¿Qué se designa por el ajenjo, sino la amargura de la penitencia? En la cual ciertamente aquel pueblo es entonces embriagado, cuando tras la depravación del crimen perpetrado, abunda entonces en lágrimas de arrepentimiento, cuando deplora amarguísimamente el haber pecado.

Y porque aquel a quien el arrepentimiento embriaga, humillado pronto de toda hinchazón de orgullo, pronto se vuelve raro en sí mismo: dignamente se añade pronto: «Y quebrantó mis dientes uno por uno, me alimentó con ceniza. Y mi alma fue repelida de la paz, olvidé los bienes (Lam. III)».

Pues los dientes son entonces quebrantados uno por uno, cuando la elación del orgullo, con la cual cualquiera se había hinchado soberbiamente contra su prójimo, es pronto quebrantada y

humillada por el digno arrepentimiento. Y entonces cualquiera es alimentado con ceniza, cuando confiesa con mente humilde que es tierra y ceniza.

El alma también es repelida entonces de la paz, cuando de la delectación carnal, con la que falazmente se halagaba en sí misma, es pronto amargada por la amargura extraña del arrepentimiento. Y entonces se olvida de los bienes, cuando tiene por nada los goces pasados que había tenido.

CAPÍTULO X.

En una epístola a Bonifacio, que la sabiduría espiritual debe preferirse a la prudencia exterior.

Así como la sabiduría celestial hace celestiales y legítimos hijos de la Iglesia, así la prudencia terrena vuelve a los hombres terrenos y bastardos. De los cuales se dice por Baruc: "También los hijos de Agar, que buscaron la prudencia que es de la tierra; los negociantes de la tierra, y Temán, y los fabuladores, y los buscadores de la prudencia, no conocieron el camino de la sabiduría, ni se acordaron de sus senderos (Baruc III)". Por tanto, aquellos que desean alcanzar la prudencia secular y desprecian la sabiduría espiritual son hijos de Agar, no de Sara: y convertidos en bastardos (manzeres), aunque israelitas, deben ser juzgados por derecho como no israelitas. Y puesto que Agar se interpreta como "extraña" (advena), estos no son hijos de la sabiduría, sino extraños y peregrinos. Ni pertenecen a aquellos a quienes

decía el Apóstol: "Ya no sois huéspedes ni extraños, sino que sois conciudadanos de los santos y domésticos de Dios (Efes. II)".

Aquí terminan los testimonios de Jeremías.

263-264 AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS.

1. Que la casa de Israel se me ha convertido en escoria.

2. Allí está Asiria, y sus sepulcros.

3. Que la tierra llega hasta las ventanas, y las ventanas están cerradas.

4. Que el juicio se sentó, y los libros fueron abiertos.

5. Que aborrecieron en la puerta al que corregía.

6. Aún cuarenta días, y Nínive será subvertida.

7. Que del Señor son los quicios de la tierra.

8. Que Jesús estaba vestido con vestiduras sucias.

9. Sobre la piedra que tiene siete ojos.

10. Sobre las cuadrigas de los evangelistas.

Aquí terminan los capítulos.

AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS.

CAPÍTULO I. En una epístola al obispo V.

"Toda la casa de Israel se me ha convertido en escoria (Ezeq. XXII)". Pues entonces la casa de Israel se convierte en escoria, cuando el pecador, golpeado por la animadversión divina, o bien cae en la vorágine de la desesperación, o bien

se enaltece por la impaciencia contra el imperio de Quien justamente se indigna. Por el contrario, como si permaneciera el metal mientras la escoria vuela bajo las percusiones divinas, cuando cualquier penitente, azotado por el azote celestial, arroja de sí la herrumbre de los vicios que horrorizan, y resplandece con la blancura de las virtudes que reflorecen y con el brillo de una vida resplandeciente.

CAPÍTULO II.

En un sermón sobre San Esteban, papa y mártir.

"Allí está Asiria y sus sepulcros (Ezeq. XXXII)". ¿Qué se entiende por Asiria, es decir, el rey soberbio, sino el diablo: "Quien, según lo que está escrito, es él mismo rey sobre todos los hijos de la soberbia"? (Job XLI.) ¿Qué son los sepulcros sino las moradas de los muertos? Además, el diablo cayó en la muerte cuando se alejó soberbiamente del autor de la vida: Quienquiera que, por tanto, permite que el espíritu de la malicia, que está verdaderamente muerto, habite en el hospicio de su corazón por una voluntad perversa, sin duda hace de sí mismo un sepulcro. Y es necesario que allí sufra junto con él los suplicios de los tormentos, a quien aquí se ofrecía como morada por la malicia de una obra perversa.

CAPÍTULO III.

En el primer sermón sinodal.

"La tierra llega hasta las ventanas, y las ventanas están cerradas (Ezeq. XXI)". Dice el Apóstol: "El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (I Cor. III)". Además, las ventanas de este templo son los sacerdotes que infunden al pueblo de los fieles la luz de la santa predicación. Pero cuando la tierra se amontona hasta las ventanas, con las ventanas cerradas el templo continuamente se oscurece; y cuando los negocios terrenos implican a los sacerdotes, como ventanas cerradas, el templo que pierde la luz queda en tinieblas. Por tanto, es necesario que nosotros, en cuanto podemos, estemos vacantes de los actos terrenos para que vigilemos constantemente las sagradas palabras. Como dice la esposa en el Cantar: "Tus ojos como palomas sobre los arroyos de las aguas, que están lavadas con leche, y residen junto a los flujos plenísimos (Cant. V)".

CAPÍTULO IV.

En una epístola a Blanca.

"El juicio se sentó, y los libros fueron abiertos (Dan. VII)". Ciertamente, estos libros deben entenderse como los mismos santos, cuyo mérito ahora es ocultado por ellos mediante la custodia de la humildad y está envuelto como el volumen de un códice para que no se lea. Pero entonces se abre a los ojos de todos para su gloria, para que en ellos los prevaricadores lean, como a través del artículo de una escritura ordenada, los mandatos de la ley divina que, mientras vivían, habían despreciado guardar. Allí ya se ven obligados incluso

a leer quienes aquí, por la altivez de la arrogancia, se dignaban no oír las palabras de Dios. Allí consideran que el yugo del Señor fue leve, y su carga suave (Mat. XI) para los mansos y pacientes, lo cual aquí juzgaban intolerable para las cervices de su soberbia. Allí todo lo soberbio se confunde, y todo lo que se había ensalzado se encorva bajo la indignación de tan gran majestad. Por lo cual se dice por Isaías: "Los ojos del hombre sublime han sido humillados, y se encorvará la altura de los varones: será exaltado el Señor solo en aquel día, porque el día del Señor es sobre todo soberbio y excelso; sobre todo arrogante, y será humillado; y sobre todos los cedros del Líbano sublimes y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán, y sobre todos los montes elevados, y sobre toda torre excelsa, y sobre todo muro fortificado, y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todo lo que es bello a la vista; y se encorvará la sublimidad de los hombres, y se humillará la altura de los varones, y será ensalzado el Señor solo en aquel día, y los ídolos serán totalmente triturados; y entrarán en las cavernas de las peñas y en las vorágines de la tierra ante la faz del pavor del Señor y ante la gloria de su majestad, cuando se levante para herir la tierra (Is. II)".

CAPÍTULO V.

En una epístola a Honesto.

"Aborrecieron en la puerta al que corregía, y al que hablaba perfectamente lo abominaron". A los cuales también un poco después dice: "Edifica-

réis casas de piedra cuadrada, y no habitaréis en ellas (Amós V)". Ciertamente, corrige en la puerta quien para esto castiga a cualquier reprendible, para impulsarlo al regreso a la patria celestial. Pero aquel que odia al que corrige no habita en la casa por él edificada; porque aunque haya puesto el edificio de una buena obra, sin embargo no merecerá habitar en él, porque por la puerta de la corrección se dignó no entrar; y quien no quiso ingresar por la aspereza del estrecho acceso, no podrá poseer la amenidad del atrio interior.

CAPÍTULO VI.

En una homilía sobre la natividad de la Bienaventurada Virgen María.

"Aún cuarenta días, y Nínive será subvertida (Jon. III)". Lo cual, porque no se lee que se haya hecho históricamente entonces, se espera que se cumpla todavía espiritualmente. Ciertamente, por Nínive se designa a este mundo; por los cuarenta días, en cambio, se insinúa todo el estado de la vida presente. Después de los cuarenta días, por tanto, Nínive será subvertida; porque después del transcurso de esta vida mortal, completado por supuesto el número de los elegidos, este mundo será destruido.

CAPÍTULO VII.

En el primer sermón sobre San Mateo apóstol y evang.

"Del Señor son los quicios de la tierra, y puso sobre ellos el orbe (I Rey. II)". Pues el orbe se

pone sobre los quicios de la tierra, cuando la santa Iglesia se consolida sobre las doctrinas evangélicas como sobre basas. De la cual también se dice en otra parte: "Sus cimientos están en los montes santos (Salm. LXXXVI)". Pues los que allí son llamados quicios, aquí son llamados montes. Claramente el número de los evangelistas concuerda tanto con el sitio del mundo como con el transcurso de los tiempos; porque hay tanto cuatro partes del mundo como otras tantas diversidades de tiempos. No es, pues, de extrañar que el mundo espiritual se compare con este visible; mientras se reconoce que ambos poseen entre sí no pocas similitudes.

CAPÍTULO VIII.

En una epístola al abad Mainardo.

"Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, y estaba ante la faz del ángel: el cual respondió y dijo a los que estaban ante él, diciendo: Quitad de él las vestiduras sucias. Y le dijo a él: Mira, he quitado de ti tu iniquidad, y te he vestido con vestiduras de gala. Y dijo: Poned una tiara limpia sobre su cabeza (Zac. III)". ¿Qué se entiende por Jesús, a saber, el gran sumo sacerdote, sino el Mediador de Dios y de los hombres? Claramente, así como por Zorobabel hijo de Salatiel, que procedía de la estirpe real de Judá, y Jesús hijo de Josedec, que administraba el derecho del oficio sacerdotal, el pueblo israelita escapó durante setenta años del yugo de la cautividad babilónica, y construyó con renovada novedad el templo de Jerusalén que ha-

bía sido destruido; así el número de los elegidos después de los tiempos de esta vida, que transcurren por una repetición septenaria de días, es arrebatado de la servidumbre de esta mortalidad por Jesucristo, que es el verdadero rey y sacerdote, y en la Jerusalén celestial se renueva el templo de Dios, que es la santa Iglesia. De la cual servidumbre ciertamente dice el Apóstol: Pues "también la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. VIII)". En aquel tiempo, por tanto, Jesús en su cuerpo, que es la Iglesia, depone las vestiduras sucias; entonces asume el régimen de honor y gloria, porque todo el coro de los elegidos es liberado del lúgubre escualor de la tristeza temporal, y se viste con la estola de la inmortalidad en aquel esplendor de la felicidad sempiterna. Lo cual también canta la Iglesia muy claramente en el salmo de la dedicación de la casa: "Convertiste", dice, "mi lamento en alegría para mí, rasgaste mi sayal y me ceñiste de gozo; para que mi gloria te cante y no sea afligido (Salm. XXIX)". También se pone una tiara limpia en su cabeza, porque es coronado con la gloria de la felicidad eterna.

CAPÍTULO IX.

En una epístola a los cardenales obispos; sobre la dignidad de la Iglesia Romana.

"He aquí la piedra que he puesto ante Jesús: sobre una sola piedra hay siete ojos (Zac. III)". Además, esta piedra es sin duda aquella peña

de la cual el verdadero Jesús promete a Pedro, diciendo: "Sobre esta peña edificaré mi Iglesia (Mat. XVI)". Siete ojos tiene, por tanto, esta peña; porque la santa Iglesia resplandece con otros tantos dones del Espíritu Santo: con los cuales ciertamente, como un candelabro de oro que brilla inextinguiblemente, ahuyenta las tinieblas de la ignorancia e ilustra las mentes de los hombres para contemplar el Sol de la justicia. Sobre lo cual dice el mismo profeta: "Vi, y he aquí un candelabro todo de oro, y su lámpara sobre su cabeza, y sus siete luces sobre él (Zac. IV)". Cuyo sacramento por cierto San Juan no calló haber aprendido en el Apocalipsis, a quien se le dijo: "El misterio de las siete estrellas que viste en mi mano derecha, y los siete candelabros de oro (Apoc. I)". Las siete estrellas son los ángeles de las siete Iglesias, y los siete candelabros son las siete Iglesias.

CAPÍTULO X.

En el segundo sermón sobre San Mateo, apóstol y evangelista.

Además, aquellas cuadrigas que el profeta Zacarías designa, cuando dice: "Y me volví, y vi, y he aquí cuatro cuadrigas que salían de entre dos montes, y los montes eran de bronce". De las cuales también dice poco después: "Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen para estar ante el Dominador de toda la tierra (Zac. VI)". Y se ha de notar que no se dice que hay una sola cuadriga de los cuatro evangelistas; sino que cada uno de ellos es llamado cuadriga, porque tanto

uno está en los cuatro, como los cuatro están en uno; mientras que por la intención de la misma fe, lo que es escrito por cada uno se encuentra en todos; y lo que es dicho por todos se encuentra en cada uno. Los dos montes de bronce, de en medio de los cuales se dice que salieron, son los dos Testamentos, que a semejanza del bronce son duraderos y sonoros, porque hasta el fin del mundo no encuentran término y por todos los espacios del mundo dan su tañido. "Porque por toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras (Sal. XVIII)". Los cuales también se refieren como vientos, porque de ellos está escrito: "A donde era el ímpetu del espíritu, allí caminaban (Ezeq. I)". Los cuales también salen para estar ante el Dominador de toda la tierra; porque lo que los santos predicadores aprovechan de la fructificación de los fieles, no se lo atribuyen a sí mismos, sino al autor de quien proceden todas sus ganancias. De los cuales se dice al Bienaventurado Job: "¿Acaso enviarás los relámpagos, e irán, y volviendo te dirán: Aquí estamos? (Job XXXVIII)".

Aquí terminan los testimonios de los libros de los profetas.

AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS MACABEOS.

CAPÍTULO I.

"Cuando nuestros padres eran llevados a Persia (dice la Escritura), los sacerdotes que entonces eran adoradores de Dios, habiendo tomado

el fuego del altar, lo escondieron ocultamente en un valle, donde había un pozo profundo y seco, y en él lo guardaron, de modo que el lugar era desconocido para todos." "Pero pasados muchos años, plugo al Señor que Nehemías fuera enviado por el rey de Persia." "Él envió a los nietos de aquellos sacerdotes que lo habían escondido para buscar el fuego; y, según nos contaron, no hallaron fuego, sino agua espesa (II Macab. I)". En todas estas palabras, aquello que especialmente se ha de notar es que el fuego se esconde primero en un pozo de valle profundo y seco, y después los que lo buscan no encuentran fuego, sino agua espesa. Pues la mente sincera y perfecta de quien busca con la intención del Señor no se designa incongruentemente por el pozo de valle profundo y seco; la cual ciertamente está seca de los fluidos halagos de los placeres carnales, y profundamente excavada de los escombros de la concupiscencia terrenal, y está fundada en el valle de la verdadera humildad. Por tanto, el fuego del sacrificio se introduce en este pozo cuando en la mente de cualquier elegido se concibe la llama del amor divino y primero se inflama el alma hacia el deseo celestial. Pero este fuego se convierte en agua, porque del fuego del amor divino se genera la compunción de las lágrimas. Y se ha de notar que se cuenta que allí se encontró no simplemente agua pura, sino agua espesa. Pues, ¿qué es el agua espesa sino la compunción de las lágrimas engordada por la grosura de la gracia divina? Con cuya grosura ciertamente ansiaba engordar el Profeta, cuando decía: "Como de enjundia y de

grosura se sacie mi alma (Sal. LXII)". Y por otro profeta se promete esta misma espesura, cuando dice: "Se deleitará en la grosura vuestra alma (Isa. LV)". Ni se ha de pasar por alto que se refiere que los que escondieron este fuego lo guardaron ciertamente, pero no lo extinguieron totalmente. Porque ciertamente el fuego del amor divino, que encendemos en el alma de nuestro corazón, para que de los aromas de las buenas obras ofrezcamos a Dios un dulce sacrificio, debemos en el mismo inicio de nuestra conversión guardarlo cuidadosamente en el interior, no sea que se evapore por los soplos del aura carnal; pero de ningún modo debemos mostrarlo hacia afuera por la ostentación de la jactancia. "De modo que el lugar", dice, "era desconocido para todos". Porque, como dice el Señor: "Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas (Mat. VI)". Y después de un poco: "Tú, en cambio, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara, para que no parezca a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en lo escondido". Pero después de muchos años, este fuego se encuentra como agua espesa; porque, después de que por largo tiempo nuestra mente se solidifica en el amor del amor divino, después estalla al público de la obra por las lágrimas de compunción. La cual agua ciertamente es espesa entonces, cuando engorda por la maceración de nuestra carne. Pues así como se dice que es gordo lo que es carnoso y lleno, así se dice que es gorda y espesa aquella compunción que no está solo en la superficie de la voz, sino que se procrea de la grosura de la devoción íntima. A este pozo, por tanto,

envió Nehemías a los nietos de los sacerdotes, porque nuestro Redentor envía a esta limpieza de corazón a aquellos que por la imitación son hijos de los santos padres, para que buscando el fuego, encuentren agua espesa; para que primero arda en ellos el fuego del amor divino, y después brote el agua de la compunción. De aquí es que el bienaventurado Job dice: "Mis vestidos me sumergirán en el fango, y mis ropas me abominarán (Job IX)". Lo cual se hace entonces, cuando sentimos que las mismas buenas obras que hacemos, en comparación con la pureza divina, son como la suciedad de un fango.

CAPÍTULO II.

En una epístola al cardenal Alberico.

Además, sobre lo que preguntas qué se hizo del arca del Señor y del tabernáculo del pacto que fueron fabricados en el desierto; así como la ignorancia de este asunto no estorba casi nada, así difícilmente se prueba que el conocimiento confiera alguna utilidad. Sin embargo, según relata la autoridad de la Escritura, en el monte Abarim, donde se reconoce que Moisés fue sepultado, se encuentra que el tabernáculo junto con el arca y también el altar del incienso fueron escondidos por manos del profeta Jeremías. Lo cual se declara con evidente indicio, si se atiende diligentemente al comienzo del segundo libro de los Macabeos: "Estaba escrito, dice, en la misma Escritura, cómo el profeta mandó que el tabernáculo y el arca, habiéndosele hecho una respuesta divina, lo acom-

pañaran, hasta que salió al monte al que Moisés subió y vio la claridad de Dios." "Y llegando allí Jeremías, encontró un lugar de cueva, e introdujo allí el tabernáculo, y el arca, y el altar del incienso, y obstruyó la puerta (II Mac. II; Deut. XXXIV)". Estos tres sacramentos, por tanto, como se ha dicho, los escondió Jeremías en el prefato monte Abarim. Si algo más se hizo con ellos después o si por cierto permanecieron así intactos, porque la Escritura no lo menciona en ninguna parte, no presuma tampoco nuestra curiosidad indagarlo.

Pues es un soldado delicado el que quiere triunfar antes de entablar combate, trillar antes de arar los campos. Considerado ciertamente el orden de las Escrituras, se sopesa rectamente la serie de nuestras acciones: pues primero la ley, luego el juicio, finalmente sigue la historia de los reyes. Ahora ciertamente nos conviene guardar los mandatos de la ley divina que nos han sido impuestos; después somos compelidos a dar cuenta de nuestras obras ante el tribunal del tremendo Juez; finalmente se nos dará reinar sin fin en aquella gloria de la claridad superna. Guarde, pues, el orden quien quiera evitar a Babilonia. Aquel ciertamente confunde viviendo el orden de su vida que quiere reír antes de llorar. Cuando Salomón dice: "Tiempo de llorar y tiempo de reír (Ecl. III)". Aquel también deserta de la línea del recto orden que en el amor pospone al Creador de todo a las cosas creadas. Como se dice por voz divina al hombre perverso: "Me pusiste detrás de tu cuerpo". Pues pone al Señor detrás de su cuerpo quien se esfuerza más en consultar la utilidad

o el placer de su carne que en guardar los preceptos de Dios. De aquí es que la esposa dice en el Cantar: "Ordenó en mí la caridad (Cant. II)". En ninguna parte por cierto se encuentra un precepto en las ceremonias del Antiguo Testamento de que se mezcle miel con los sacrificios. Por lo cual se entiende que para aquellos que ofrecen a Dios el sacrificio de su vida, Dios no quiere que haya ninguna dulzura carnal, nada que viva en ellos que pertenezca al placer carnal. Pero el aceite se introduce frecuentemente, para que la ofrenda de toda nuestra operación se ofrezca alegremente. "Pues Dios ama al dador alegre (II Cor. IX)". En todas las cosas también se manda mezclar sal para que todo sacrificio de buena obra esté sazonado con la sal de la razón, de la discreción y de la sabiduría celestial.

SOBRE LAS PETICIONES DEL ELUCIDARIO Y LAS RESPUESTAS DEL MISMO.

Quest. 1. Si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla, ¿por qué no se circuncida en la carne el cristiano?

Respuesta. Al contrario, ya por eso el cristiano no se circuncida en absoluto; porque lo que se profetizaba con la circuncisión, Cristo lo cumplió. Pues el despojo de la vida carnal, que había sido figurado en la ley antigua, se ve ya completado en la resurrección de Cristo; y lo que esperamos que sea futuro en nuestra resurrección, ya se encomienda en el misterio del sagrado bautismo. Por tanto, la circuncisión carnal se desprecia con razón como superflua, cuando ya se figura la

espiritual, para cuya significación aquella había precedido.

Quest. 2. ¿Por qué omite el cristiano guardar el Sábado, si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla?

Respuesta. Por nuestra parte, el Sábado no se guarda por esta razón: porque lo que entonces se envió por delante en figura, vemos que ya se ha cumplido por la exhibición de la realidad. Pues en Cristo guardamos el verdadero Sábado del descanso espiritual, cuando ponemos la esperanza solo en Él, y así descansamos en Él con todo el amor y devoción del corazón, de modo que cesamos de toda obra servil de los vicios y de la ambición de las cosas terrenales. A la celebración de este Sábado Él mismo nos provoca, cuando clama: "Venid a mí", dice, "todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré." "Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mat. XI)." Por lo tanto, decimos que el culto del Sábado carnal es superfluo, cuando ya celebramos aquel verdadero y saludable por el cual fue instituido.

Quest. 3. Si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano descuida la diferencia de alimentos que se manda observar en la ley?

Respuesta. Al contrario, por esto no se admite esta diferencia de alimentos por los cristianos: porque aquello que por esto se figuraba es cumplido por Cristo. Pues la inmundicia, que entonces se evitaba en los alimentos, ahora se reprueba

en las costumbres humanas. Pues así como todos los santos y justos son transferidos al cuerpo de Cristo, así por Él los réprobos e inicuos son repelidos como alimentos inmundos. Después que la misma Verdad que se significaba llegó, merecidamente cesó la sombra de la significación.

Quest. 4. Si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no se cuida de ofrecer a Dios sacrificio con las carnes de animales?

Respuesta. Al contrario, por esto no se ofrece por los cristianos tal clase de sacrificio: porque todo lo que en aquellas víctimas se realizaba típicamente, todo se cumple verdaderamente en la inmolación del Cordero "que quita los pecados del mundo (Juan I)". Y porque todas aquellas cosas no tenían nada más de salvación, sino que unánimemente tendieran a este sacrificio nuestro —esta única cosa designaría la diversidad de todas las ceremonias—, después que brilló la hostia singular, la múltiple sombra que precedía se desvaneció. Pues, ¿quién no sabe que los mismos sacrificios fueron impuestos más bien para esto al pueblo desobediente, para que no fornicara con los ídolos, que ofrecidos a Dios como si Él mismo los deseara?

Quest. 5. Si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no observa los ázimos que la ley manda?

Respuesta. Por esto se considera de poco valor por los cristianos aquel ázimo visible y corporal: porque purgado el fermento de la vieja vida, una nueva aspersión se cumple espiritualmente. Pues

entonces la escritura de la ley era precepto, ahora es testimonio; y después que llegó aquello que se significaba, esto que significaba pereció.

Quest. 6. Si Cristo vino a cumplir la ley, ¿por qué el cristiano no celebra la Pascua con la sangre del cordero pascual, siendo que la misma ley tanto lo decreta?

Respuesta. Aquí se ha de responder lo mismo que ya se dijo arriba: porque después de que se reconoce que ha llegado aquel verdadero Cordero que se significaba, se juzga superfluo aquel que significaba. Con cuya sangre ciertamente no ungimos ya puertas de madera o de piedra, sino que más bien sellamos las entrañas del hombre interior.

Quest. 7. Si no anuló la ley Cristo, ¿por qué el cristiano no celebra el novilunio mandado por la ley?

Respuesta. Por esto también el cristiano desprecia celebrarlo: porque todo aquello por lo cual antiguamente se celebró, Cristo lo cumplió; pues la solemnidad de la luna nueva designa que se hace una nueva criatura en el hombre, de la cual dice el Apóstol: "Si, pues, alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron, y he aquí que todas han sido hechas nuevas (II Cor. V)".

Quest. 8. Si Cristo no vino a anular la ley, ¿por qué el cristiano no observa aquellos bautismos de abluciones que la ley manda?

Respuesta. Por esto estos no merecen el culto de la observancia cristiana, porque entonces fueron sombras de cosas futuras de las cuales ahora

poseemos el efecto claro. "Pues fuimos sepultados juntamente con Cristo por el bautismo en la muerte; para que así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en novedad de vida (Rom. VI)."

Quest. 9. Si la ley fue cumplida por Cristo, no anulada, ¿qué razón se objeta para que no se guarde por los cristianos la solemnidad de la fiesta de los tabernáculos?

Respuesta. El tabernáculo de Dios es la sociedad del pueblo cristiano, y puesto que aquel tabernáculo prefiguraba a la santa Iglesia, se desprecia el signo después de que llegó lo que había sido presignificado. Pues no se llamaría tabernáculo del testimonio, a menos que atestiguara a alguien aquellas cosas de la verdad que debían ser declaradas en su propio tiempo. Lo que, por tanto, entonces se hacía figurado por precepto, ahora se ve presencialmente revelado por testimonio: y cuando ya se contempla lo que se figuraba, lo que figuraba se juzga superfluo en todo.

Quest. 10. Si Cristo no quiso anular la ley, sino cumplirla, ¿por qué el cristiano descuida observar el séptimo año de remisión, o incluso el jubileo?

Respuesta. Porque la Verdad y Sabiduría de Dios, que mientras enseña a los ángeles en el cielo, vino también a enseñar a los hombres en la tierra. Lo que antes había mandado observar carnalmente bajo la sombra de un enigma, después mandó a sus discípulos que se entendiera

espiritualmente. Pues así se manda que el séptimo día sea festivo para que por él se designe el descanso eterno. Así también en el séptimo año, así también en el Jubileo, que por el círculo de los años con el número septenario siete veces replicado y una unidad añadida, se lleva al quincuagésimo, se intima el descanso seguro de la perpetua bienaventuranza. Pues al comenzar el Jubileo se toca la trompeta, y todos vuelven a sus propias posesiones. Porque, como dice el Apóstol: "El mismo Señor con mando, y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo, pues sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptos (I Tes. IV)". El volver cada uno a sus posesiones es recibir de inmediato sus propios cuerpos incorruptos. Entonces volverá Adán a la antigua tierra de su carne en la que primariamente había habitado; entonces a Noé, Abraham, Moisés y a todos se les devuelve la propia posesión, mientras se les reforma un cuerpo incorruptible. Nuestro Redentor, por tanto, que "abrió el sentido a los discípulos para que entendieran los misterios de las Escrituras (Luc. XXIV)", no quiso que el Jubileo, no quiso que el séptimo año de remisión o las demás ceremonias del rito legal se observaran carnalmente, después de que hizo que todas estas cosas se entendieran espiritualmente: pues entonces los mandatos legales se cumplen verdaderamente cuando se hacen según la inteligencia espiritual para la cual fueron instituidos. Pues entonces estaban vacíos, a saber, eran sombra e imagen de la realidad, no

la realidad misma, cuando se guardaban carnalmente.

SOBRE LAS AMENAZAS Y PROMESAS DE DIOS.

De ningún modo debió cambiarse lo que el Papa concedió, lo que estableció por decreto (Pet. Dam. tomo III, opusc. 4). ¿Qué tiene de extraño si los hombres cambian los estatutos, cuando Dios omnipotente cambia también aquellas cosas que son establecidas por Él mismo? Pues de aquello que promete a veces disminuye, o incluso retira todo; a veces amenaza con males, y no los inflige. ¿Qué es lo que Dios nunca prometió y disminuyó? Si no se te ha olvidado, puedes recordar que dijo el Señor a Noé: "No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carne, y sus días serán de ciento veinte años (Gén. VI)". Pero como la Escritura conmemora que Noé tenía entonces quinientos años cuando el Señor le hablaba estas cosas; y que ya tenía seiscientos cuando estalló el cataclismo, patenta claramente que veinte años fueron sustraídos del espacio del número prescrito. El espacio de vida, por tanto, que Dios prometió al género humano lo disminuyó, porque el reato de su perversidad creció. También a Judá por boca del patriarca prometió el Espíritu Santo, diciendo: "No se quitará el cetro de Judá, ni el caudillo de su muslo, hasta que venga el que ha de ser enviado (Gén. XLIX)"; y sin embargo ni en los tiempos de los Jueces leemos que hombres de la tribu de Judá siempre hayan tenido el mando sobre Israel; ni se encuentra que reyes de la

misma tribu hayan tenido el principado hasta la llegada de Cristo. Consta, por tanto, que a menudo Dios omnipotente disminuyó lo que prometió al hombre, porque el hombre no cumplió lo que debía a Dios.

¿Dónde ha prometido Dios algún bien, y no lo ha cumplido? Recuerda que dijo el Señor a Josías, rey de Judá: "Por cuanto", dijo, "viste las palabras del volumen, y tu corazón se aterró, y te humillaste ante el Señor al oír las palabras contra este lugar y sus habitantes; y rasgaste tus vestiduras, y lloraste ante mí, por tanto yo te reuniré con tus padres, y serás reunido en tu sepulcro en paz"; y sin embargo poco después dice la Escritura: "En sus días subió el Faraón Necao, rey de Egipto, contra el rey de los asirios al río Éufrates, y Josías fue al encuentro de él, y murió en Magedo cuando lo vio (IV Reyes XXIII)". A Sedequías también, rey de Judá, se le dice por Jeremías: Oye la palabra del Señor, Sedequías, rey de Judá: Esto dice el Señor para ti: "No morirás por la espada, sino que morirás en paz, y según las combustiones de tus padres, los reyes anteriores que fueron antes de ti, así te quemarán; porque esta palabra la he hablado yo, dice el Señor (Jer. XXXIV)". Lo cual, por cierto, cómo pudo suceder, quien escudriñe la serie de la historia nunca podrá encontrarlo. Pues después que fue capturado una vez por el rey de Babilonia, y trasladado a Babilonia, nunca más se lee que fuera absuelto de sus vínculos. Por un justo juicio, por tanto, Dios retiró al hombre a veces los bienes que prometió, cuando el hombre rebelde despreció guardar sus mandatos.

Prosigue también, ¿cómo Dios no inflige lo que amenazó?

Nadie que pise el umbral de la Iglesia ignora que Jonás, enviado por el Señor a Nínive, exclamó diciendo: "Todavía cuarenta días, y Nínive será subvertida (Jon. III)". Pero porque aquella ciudad se convirtió al Señor con todo su corazón, de ningún modo fue borrada por la subversión de la destrucción según la sentencia amenazadora del Señor. Como por tanto Dios omnipotente no solo es veraz, sino que es la misma verdad, permaneciendo inviolado el propósito de su consejo, a menudo varía el orden de su juicio exterior según la calidad del mérito humano, ya sea probo o improbo; para que tanto el corregido de su maldad escape de lo que Dios justamente amenaza, como el caído en culpa de ningún modo perciba los bienes que promete. De aquí es que por Jeremías dice: "Haced buenos vuestros caminos y vuestros estudios, y oíd la voz del Señor vuestro Dios, y se arrepentirá el Señor del mal que ha hablado contra vosotros (Jer. XVII)". De aquí es que a Helí también por el hombre de Dios dice el Señor: "Hablando hablé, para que tu casa y la casa de tu padre ministraran en mi presencia para siempre: pero ahora dice el Señor: Lejos esté esto de mí, sino que a cualquiera que me glorifique, yo lo glorificaré; pero los que me desprecian, serán innobles (I Reyes II)".

Rectamente por cierto has robustecido todo lo que habías propuesto con claros testimonios de las Escrituras; ahora, sin embargo, rinde cuentas sobre la injuria de mi señor el rey.

Al glorioso rey, al elegir nosotros un pontífice, lejos de nosotros que hayamos inferido injuria; ya que a esto nos impulsó la necesidad, no la rapiña. A esto, digo, nos atrajo involuntariamente el inminente peligro de la guerra civil, no la malicia de dañar al imperio.

¿Qué me importan a mí todas estas cosas? mientras conste que, pasara lo que pasara, de ningún modo debiste infringir la sentencia del santo papa; ¿por ninguna razón fue lícito violar el misterio del decreto sinodal? Pues como afirma la Escritura: "Mejor es que surja el escándalo que el que se abandone la verdad". Pues si los bienaventurados mártires hubieran temido esta guerra, se habrían convertido sin duda en desertores de la santa milicia.

No ignoras que entre todos los santos mártires, Pedro y Pablo poseen el principado en la cumbre del senado apostólico. De ellos debemos seguir las huellas, su forma debe imprimirse en nuestros actos; bajo su disciplina maestra debemos vivir.

Esto por cierto está claro.

Escucha, pues, a Pablo afirmando verazmente sobre su coapóstol Pedro: "Antes", dice, "de que vinieran algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; pero cuando llegaron, se retraía y se separaba, temiendo a los que eran de la circuncisión (Gálat. II)". Vemos, pues, a Pedro no rígido, sino discreto: pues temía a los judíos no fuera que por la ocasión de los gentiles se alejaran de la fe de los cristianos; y para no perder al rebaño perdido, imitó el ejemplo del buen pastor: "Pues

se hizo para los judíos como judío, para ganar a los judíos"; así como Cristo apareció en forma de carne de pecado, para librar al hombre de los pecados; y aunque no dudaba que la ley de Moisés debía ser abolida, consultando sin embargo por los hermanos todavía rudos y débiles, mantuvo por un tiempo la sombra de la ley para que en algún momento los promoviera a conocer perfectamente la plenitud de la verdad. En esto, por tanto, el B. Pedro nos dio una regla de discreción, en cuanto que a veces, donde sin embargo no dañe muchísimo, nos desviemos un poco de la senda de la rectitud para poder consultar por los débiles.

Tú que dices que Pedro a veces mantuvo la ley judaica; ¿por qué no dices también lo que se lee en la misma Epístola: a saber, que "¿Pablo lo reprendió en la cara?" "En la cara", dice, "le resistí, porque era reprendible, y le dije: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como los judíos, ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar?"

Lo que Pedro hizo por compasión de misericordia, Pablo lo arguyó por el magisterio de la disciplina. Aquel hizo esto dispensativamente para quitar el escándalo a los débiles; este lo corrigió para que cualquier indiscreto no lo trajera por doquier como ejemplo. En Pedro aprendamos que seamos discretos cuando el peligro es inminente. En los sermones de Pablo seamos instruidos para que en las cosas sanas nuestra vida sirva meramente a la rectitud. Escucha también consecuentemente al mismo Pablo, oponiendo a nuestros ojos la línea de la discreción de oro, y

autor de la misma compasión dispensativa. Pues como testifica la historia de los Hechos apostólicos: "Recorría Pablo Siria y Cilicia, confirmando las Iglesias, y llegó a Derbe y Listra, y he aquí que había un cierto discípulo, de nombre Timoteo, hijo de una mujer viuda fiel, pero de padre gentil (Hech. XVI)". A este, pues, para llegar al compendio, el Apóstol lo circuncidó; porque temió a los judíos, o más bien a los judíos que estaban en aquellas regiones. ¿Por qué, pues, circuncidó a un hombre fiel no judío, que a saber estaba incircunciso, sino gentil de nación? sino para servir al estudio de la discreción, no fuera que los judíos fieles cayendo en escándalo se alejaran de la fe. Esto también vuelve ahora a la memoria: que a veces, según la costumbre de los nazareos, nutrió su cabellera por voto; y después que hubo navegado a Siria, puesto en Cencrea, se tonsuró la cabeza según los mandatos de la ley (Hech. XVIII). Relata todavía Lucas, escritor de la sagrada historia: "Cuando", dice, "llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gusto; y al día siguiente Santiago y todos los ancianos que estaban con él, comprobado su Evangelio, le dijeron: Ves, hermano, cuántos miles hay en Judea que han creído en Cristo, y todos ellos son celadores de la ley." Pero han oído de ti que enseñas la disensión de Moisés a aquellos que están entre los gentiles de los judíos, diciendo: Que no deben circuncidar a sus hijos, ni entrar según la costumbre." ¿Qué es, pues? ciertamente conviene que se reúna la multitud; pues han oído que has llegado." Haz, pues, esto que te decimos: tenemos

cuatro hombres que tienen un voto sobre sí; tomados estos, ..."

Que a nadie le sea lícito ignorar: Todo lo que se consagre al Señor, ya sea hombre, animal o campo, o lo que sea que una vez haya sido consagrado, será el Santo de los Santos para el Señor, y pertenece al derecho de los sacerdotes; por lo cual será inexcusable todo el que pida, quite, arrase, invada o arrebate un ciudadano al Señor y a la Iglesia, para que sea juzgado como sacrílego, y si no quisiere enmendarse, sea excomulgado. El que quitare algo a su padre, es partícipe de homicidio. Nuestro Padre sin duda es Dios que nos creó; nuestra madre, en cambio, la santa Iglesia que nos regeneró en el bautismo. Por lo tanto, el que quita, arrebata o defrauda el dinero de Cristo y de la Iglesia, es un homicida y ante el Señor es reputado como homicida. Pues el que quitare las cosas de la Iglesia, comete sacrilegio y como sacrílego ha de ser juzgado. Para que nosotros, pues, pongamos el frente de combate de la contienda espiritual contra los espíritus malignos, es sumamente necesario que nos encontremos siempre unidos y estrechados por la caridad, y nunca interrumpidos por la discordia; porque cualesquiera que sean las buenas obras en nosotros, si falta la caridad, por el mal de la discordia se abre un lugar en el frente, por donde el enemigo pueda entrar para herirnos. El antiguo enemigo ciertamente no teme la castidad en nosotros, si fuere sin caridad; porque él mismo no es presionado por la carne para que su lujuria se disuelva. No teme la abstinencia, porque él mismo no usa alimento,

porque no es urgido por la necesidad del cuerpo. No teme la distribución de las cosas terrenales, si a esa misma obra le falta la caridad; porque de los subsidios de las riquezas ni él mismo carece. Pero teme mucho en nosotros la verdadera caridad, asimismo el amor humilde que nos prestamos mutuamente, y envidia demasiado nuestra concordia; porque esta la tenemos nosotros en la tierra, la cual él, no queriendo tenerla, la perdió en el cielo. Bien se dice, pues: "Terrible como un ejército formado en escuadrones"; porque los espíritus malignos temen tanto a la multitud de los elegidos cuanto los ven unidos y congregados contra sí por la concordia de la caridad. Cuán grande sea, por lo demás, la virtud de la concordia se muestra cuando sin ella las restantes virtudes se demuestran no ser virtudes. Pues grande es la virtud de la abstin...

Lo demás se echa de menos.

[AL LECTOR.]

A su lector, el señor CONSTANTINO, abad de Montecasino.

Pensamos que debes ser advertido, excelente lector, que estas colecciones extractadas de las Obras de San Pedro Damián han sido buscadas por nosotros con gran diligencia. Pero, sin embargo, solo se han encontrado aquellas sobre el Antiguo Testamento, y estas imperfectas, según parece, las cuales ahora sacamos a la luz. Pues las exposiciones del Nuevo Testamento, que también (como indica la antigua inscripción) el mis-

mo autor, discípulo del santo doctor, compiló, no pudieron encontrarse de ninguna manera. Adiós.